
KAROLYN CISEAU
ACADEMIA
DE OTOÑO
LA HIJA DE LA NIEBLA

ACADEMIA DE OTOÑO

LA HIJA DE LA NIEBLA

KAROLYN CISEAU

ÍNDICE

1. Encuentro en la niebla
2. ¡Vuela, pajarito!
3. La diversión no es lo mío
4. Lluvia estremecedora
5. Paseo por el bosque para excursionistas avanzados
6. Disputa entre hermanos
7. No soy Mata Hari
8. Pesadilla alrededor de la hoguera
9. Un medio para un fin
10. Con todos los sentidos
11. Charla de chicas
12. A merced de la oscuridad
13. Fuera de control
14. Reencuentro inesperado
15. La gratitud da hambre
16. Fiebre de caza
17. A la fuga
18. Una danza en el filo de la navaja
19. Historias de besos
20. Sin monstruos a la vista
21. Por otra parte
22. Un juego de engaño
23. Revelaciones
24. La cinta azul
25. Lo sé todo
26. Con corazón de guerrero
27. Llegará el día
28. Confianza y traición
29. Una nueva era
30. Sobre mi cadáver
31. Momentos robados
32. Gris
33. Los acantilados negros
34. La oscura canción de la noche

35. ¡Libérame!
36. Caminos separados

(No) un adiós para siempre

Niebla

Academia de Otoño. La hija de la niebla

Copyright © 2025 por Karolyn Ciseau

Drachenmond Verlag GmbH | Auf der Weide 6 | 50354 Hürth | Alemania

Todos los derechos reservados.

Edición y corrección: Textwerkstatt Anne Paulsen
Diseño de portada: M. D. Hirt
Traducción: Monica Lopez

mail@karolynciseau.de
www.karolynciseau.de

1

ENCUENTRO EN LA NIEBLA

La muerte acechaba en la niebla. Era una verdad inquietante que aprendí muy pronto y que se había grabado en mi corazón. Me acompañaba por el sombrío bosque otoñal como una sombra, golpeando como un pájaro salvaje contra los barrotes de mi jaula.

Me agazapé oculta tras el poderoso tronco de un cedro, con la mano apretada contra la corteza húmeda y cubierta de musgo. Mis ojos estaban fijos en el crepúsculo del bosque, teñido de rojo por los últimos destellos del crepúsculo y prestando un resplandor llameante a la niebla naciente. El profundo silencio del atardecer estaba impregnado de un inquietante susurro: el canto de los caminantes de la niebla. Buscaban víctimas. Vagabundos que se habían perdido en el bosque, personas de cuya energía vital podían alimentarse.

Un crujido atrajo mi mirada hacia la derecha. Vi la melena pelirroja de Trish. Estaba agazapada detrás de un arbusto, con los ojos fijos en el bosque que teníamos delante. Su figura me recordó algo que olvidaba con demasiada frecuencia en los tensos momentos previos a un combate: no estaba sola. Dispersos bajo el velo de niebla estaban mis compañeros de clase, cada uno de nosotros una sombra solitaria, unidos por el destino compartido y la tensión silenciosa del enfrentamiento que se avecinaba.

Mi respiración era superficial y cada fibra de mi cuerpo estaba tensa. La adrenalina corría por mis venas, echando chispas por mi sangre y manteniendo a raya el miedo. Cada latido era un

tamborileo en mis oídos, una frenética cuenta atrás que anunciaba el momento inevitable. Agarré con fuerza el mango de mi daga de plata, cálido y familiar en mi mano.

Los árboles que me rodeaban eran centinelas silenciosos, antiguos gigantes testigos de nuestra guerra eterna. El aroma a resina fresca y musgo húmedo llenaba el aire, acompañado del sabor salado del miedo en mis labios. Esta era la hora de la Cazadora, el momento previo a la tormenta.

Era el momento de la caza.

—¡Shh, Eris!

Mi cabeza se giró con brusquedad. Keyla estaba sentada detrás de mí, a menos de tres metros, en una rama alta. Dejaba las piernas colgando despreocupadamente, como si estuviera allí arriba por diversión. Se pasó las manos por el pelo, recogiéndolo en una coleta. Con sus rizos negros, su traje de combate negro y su piel oscura, parecía una pantera. Una pantera muy, muy informal. Todo en ella parecía despreocupado, pero yo sabía lo rápido que una chica aparentemente despreocupada podía convertirse en una mortífera cazavampiros. Keyla era una de las mejores de nuestro curso, y eso ya era mucho decir. Después de todo, la Academia de Otoño ya había producido algunas cazadoras sobresalientes.

—¿Qué pasa? —susurré mientras cambiaba el peso de un pie a otro.

—¿Vas a celebrarlo con nosotros más tarde?

Dirigí a Keyla una mirada incrédula. ¿De verdad creía que era el momento adecuado para hablar de nuestros planes nocturnos? Sacudí la cabeza y me di la vuelta.

Trish respondió en mi lugar:

—¡No te molestes, Keyla! Eris aún debe estar entrenando… o informando a su madre.

El reproche en su voz era imposible de pasar por alto, algo con lo que yo estaba demasiado familiarizada. Era la hija de la directora y a las chicas no les gustaba que le hablara a mi madre de nuestras tareas. Como si tuviera otra opción. Mi madre era estricta y tenía una obsesión por el control que habría vuelto loco hasta al contable más meticuloso.

—Vamos a ver —respondí evadiendo el cometario.

—Claro, lo que tú digas. —Keyla sonaba decepcionada.

Me sorprendió que le diera importancia a mi respuesta. Nunca había salido de fiesta con las otras cazadoras. Parecía tonto e irrelevante. Teníamos un deber que cumplir. Protegíamos a los que no podían protegerse a sí mismos, asegurándonos de que el mundo de las brumas no invadiera el mundo de los humanos. Era una tarea seria, que dejaba poco espacio para la diversión y la distracción.

—Ya vienen —dijo Trish con calma, sacándome de mis pensamientos.

El susurro en la niebla se hinchó. Me envolvía como algodón y pesaba sobre mis miembros. Sentí el impulso familiar de ir hacia él y rendirme. Pero sabía que no debía hacerlo. Todos nos habíamos entrenado durante años para resistir los susurros de los Caminantes de la Niebla. Todos habíamos aprendido a separar esa parte de nosotros mismos que reaccionaba a las voces susurrantes como una polilla a la llama.

Las ramas crujieron y cuatro figuras oscuras surgieron de la niebla. Parecían humanas, pero su belleza era sobrenatural, al igual que su velocidad y su fuerza. Una persona normal estaría indefensa ante estas criaturas, pero nosotros no.

—El de la izquierda es el mío —decidió Trish, señalando con la cabeza a un gigante de hombros anchos y pelo largo gris plateado.

—Sabía que lo elegirías. Se parece *al Brujo* —comentó Keyla mientras se deslizaba por el árbol con la agilidad de un gato de presa.

—¿Cómo quién? —pregunté, irritada.

—Geralt de Rivia.

—¡Olvídalo! Eris vuelve a vivir detrás de la luna —intervino Trish con una sonrisa y desenvainó su daga de plata.

Antes de que pudiera recordarle que no se trataba de ver quién era el caminante de niebla más feroz, se marchó enfadada. Trish era un torbellino, enérgica e incontenible. Su daga plateada era una extensión de su propio cuerpo, un arma que blandía con una gracia casi feroz. Saltó hacia el *Mistwalker*, cada golpe, cada patada, cada giro, una expresión de su implacable ferocidad.

El gigante respondió con un gruñido furioso antes de devolverle el ataque con brutal rudeza.

—Y una vez más, el más pequeño ha arrebatado al más grande —comentó Keyla divertida.

Por un momento observó cómo Trish ponía de rodillas al gigante, y luego se lanzó a la refriega, rodeando a los Caminantes de la Niebla restantes como un depredador a la caza, antes de atacar con una velocidad y una precisión impredecibles.

La seguí en la batalla. Carecía de la ferocidad de Trish o de la elegancia felina de Keyla, pero a diferencia de ellas, siempre mantenía una visión de conjunto. Mis movimientos eran controlados, mis pasos previsores. Manejaba mi daga con precisión clínica. Y por muy diferentes que fuéramos Trish, Keyla y yo, seguíamos formando una unidad.

La niebla que nos rodeaba se espesó. Oí los sonidos de las otras cazadoras luchando, pero apenas podía distinguirlos en la niebla que todo lo envolvía. Mi oponente, una mujer atlética con una salvaje melena negra, aprovechó mi repentina confusión y se lanzó al ataque.

Un grito rasgó la niebla y luego sentí el implacable empuje de su hombro contra mi pecho. Me tambaleé hacia atrás y apenas pude agarrarme antes de caer al barro. Mi daga, que hacía unos segundos sostenía con fuerza en la mano, yacía reluciente entre las hojas mojadas. Sin vacilar, me lancé hacia delante justo cuando ella se abalanzaba de nuevo sobre mí.

Chocamos y la fuerza de su ataque me dejó sin aire en los pulmones. La sombría sonrisa de la mujer de pelo negro no mostraba alegría, solo una determinación implacable. Me derribó con movimientos crudos y poderosos, sus manos se cerraron alrededor de mi cuello y apretaron. Sus labios pintados de rojo se movían incansablemente. Los susurros de su boca se hicieron más insistentes, retorciéndose contra la barrera interior que yo había erigido, buscando puntos débiles. El caminante de la niebla intentaba robarme la energía vital.

Hubo un breve momento de pánico en mi interior, pero luché contra ese sentimiento. En mi cabeza se repitieron escenas de mi

entrenamiento de combate. Las palabras de mi maestro resonaban en mi cabeza, instrucciones sobre cómo escapar de la posición en la que me encontraba. Conté hasta diez para calmar mi mente, luego agarré los pulgares de mi atacante con ambas manos y los empujé hacia fuera mientras giraba hacia un lado con un repentino movimiento de torsión de la parte superior de mi cuerpo.

La mujer de pelo negro soltó un grito de rabia y su agarre se aflojó. Me enderecé en un santiamén y le asesté un golpe que la arrojó lejos de mí. Mis manos, ahora libres, buscaron a tientas mi daga entre el follaje. Sentí alivio al sentir el mango. Sin dudarlo, me abalancé sobre mi oponente. Intentó defenderse, pero fui más rápida que ella. La hoja plateada golpeó su caja torácica y un grito resonó en el crepúsculo, seguido de un profundo y estremecedor jadeo. Sus ojos se abrieron de golpe y su cuerpo desapareció en la niebla.

Con la respiración agitada, me pongo en pie y miro a mi alrededor. Mi entorno seguía bañado en una bruma gris plateada. Aparte del susurro de la niebla, no se oía nada. Ni sonidos de lucha, ni pasos, ni crujidos de hojas.

—¿Keyla? ¿Trish?

Nada.

¿Dónde estaban? ¿Nos habíamos alejado tanto en la pelea que ni siquiera oían mis llamados? ¿Les había pasado algo?

Las dudas me roían el corazón mientras intentaba recuperar la orientación. El mundo que me rodeaba era un velo borroso que se oscurecía cada vez más con el sol menguante. En algún lugar estaban mis compañeras de clase, pero era imposible saber exactamente dónde. Era como si la niebla se hubiera tragado todos los sonidos y señales de vida.

De repente, un grito rompió el silencio: «¡Eris!».

¡Keyla!

No dudé ni un segundo. Impulsada por el sonido desesperado de su voz, me sumergí en el impenetrable muro de color gris plateado, con los sentidos al límite. Oí el sonido de vapores susurrantes, sentí la fría humedad en mi piel y olí la dulzura terrosa del suelo del bosque. Pero, ¿dónde estaba Keyla?

¿Dónde, dónde, dónde?

De repente, la silueta de Keyla se abrió paso a través de la bruma. Estaba luchando contra un caminante de la niebla, una figura alta y musculosa que se movía con dificultad. Normalmente, Keyla habría estado muy por encima de él, pero cojeaba. El cuero de su traje de combate negro estaba desgarrado a la altura del muslo. Goteaba sangre de una herida abierta.

—¡Mierda! —jadeé.

—Puedes repetirlo —gimió Keyla entre dientes apretados.

—¿Dónde está Trish?

—No lo sé. Tal vez todavía se está divirtiendo un poco con su *Witcher*.

—¿Puedes ayudarme a matar al tipo ahora?

Sin esperar mi respuesta, Keyla volvió a abalanzarse sobre el caminante de la niebla. Sus movimientos seguían siendo precisos y elegantes a pesar de la herida, pero me di cuenta de que le dolía. Su mandíbula estaba tensa y sus pasos vacilantes mientras arremetía contra su oponente.

El caminante de la niebla no pareció impresionarse por su ataque. Con un brusco movimiento de mano, agarró a Keyla y la arrojó hacia un lado. Ella chocó con la espalda contra un viejo árbol nudoso y cayó al suelo.

—¡Keyla! —grité alarmada, pero ella ya estaba luchando por ponerse en pie.

Juntas trabajamos en el caminante de niebla con una mezcla de estocadas y patadas.

—Este tipo… realmente no está… muerto —jadeó Keyla.

—¡Dame un respiro!

Aparentemente de la nada, Trish saltó sobre la espalda del Caminante de la Niebla y se aferró a su cuello. Con un rápido movimiento, levantó su daga y le cortó el cuello. Al instante, su cuerpo se disolvió en una neblina de bruma y niebla.

—Gracias. —Keyla respiró aliviada.

Trish cayó de pie, sacudió la cabeza con una sonrisa y se limpió la cuchilla en la pernera del pantalón. Tenía sangre por todo el pelo.

—Tampoco se te puede dejar solo. Espera, ¿es tu sangre?

Señaló con la cabeza la herida del muslo de Keyla. Keyla le respondió algo, pero dejé de seguir la conversación.

La niebla se había disipado un poco, la luna palidecía en el cielo azul grisáceo del atardecer y algo se movía en las sombras entre los árboles. Una figura envuelta en una capa negra, con la capucha baja sobre el rostro.

—¡Eris! —Era el susurro inconfundible de un caminante de la niebla.

Pero algo era diferente. Las palabras susurradas resonaban en mi interior, me acariciaban y se instalaban perezosamente en mi mente. solo me di cuenta de que había bajado mi barrera cuando ya estaba poniendo un pie delante del otro.

Paso a paso, caminé hacia la figura oscura. No había vacilación, ni miedo, ni resistencia. solo existía el deseo de fundirme con el susurro de la niebla, de entregarme a él.

Ser uno con él.

—¡Eris!"

La figura levantó la cabeza. solo pude reconocer vagamente el rostro bajo la capucha. Era un hombre con el pelo oscuro hasta los hombros. Lo más llamativo eran sus ojos color ámbar, que parecían brillar en la oscuridad. Me hechizaron. Caminé hacia él como en trance, incapaz de pensar con claridad en lo que hacía.

Cuando estuve lo bastante cerca, extendió una mano hacia mí. Sus dedos tocaron suavemente mi barbilla, bajaron por mi cuello y se detuvieron un momento entre mis clavículas. Su otra mano buscó la daga de plata que tenía en la mía. Sin querer, dejé que me la quitara.

Los labios carnosos del Caminante de la Niebla se curvaron en una sonrisa mientras deslizaba la punta de la daga por mi torso. Estaba jugando conmigo. Una estocada y podría matarme. Pero no lo hizo. Esperó mi reacción.

Una reacción que no llegó porque mi cuerpo no me obedecía. Porque los latidos de mi corazón se habían ralentizado y mis miembros pesaban tanto que cualquier movimiento parecía imposible. Me quedé allí y esperé. Esperando la muerte.

Los ojos del Caminante de la Niebla se entrecerraron al mirarme más de cerca. Parecía como si buscara algo en mí, una respuesta que solo yo podía darle. El tiempo se detuvo mientras sostenía la daga de plata frente a mi cara, la hoja afilada y brillante a la luz de la luna. Luego, tan repentinamente como había empuñado la daga, la dejó desaparecer en las profundidades de su capa.

—En otra ocasión —susurró. Su voz tenía una extraña melodía que a mis oídos sonaba como una lengua extranjera. Las palabras parecían suspendidas en el aire, como si fueran parte integrante de la niebla.

Su capa ondeó ligeramente al viento mientras se retiraba entre las sombras. Incapaz de responderle, me quedé mirándole. solo cuando su figura desapareció en la niebla pude volver a respirar. El corazón me latía con fuerza contra las costillas y las piernas me flaquearon. Caí de rodillas y mi mano buscó por instito la daga, pero ya no estaba allí. Todavía confusa y exhausta, me senté inmóvil en el frío suelo del bosque, con las últimas palabras del caminante de la niebla resonando en mi cabeza: «En otra ocasión».

2

¡VUELA, PAJARITO!

—Tengo preguntas.

Mi madre me miró fríamente a través de su escritorio. El escritorio de roble oscuro era un eco silencioso de su estricto orden y control: nada de papeles ni bolígrafos tirados por ahí sin cuidado. Todo estaba en su sitio. Era opresivo. Cada vez que entraba en el despacho, me sentía como el lápiz sin punta tirado en medio de la mesa, desordenándolo todo.

—Sí… —dije con lentitud, fijando mi mirada en el brillante tablero de la mesa como si pudiera escapar de la incómoda conversación.

Trish y Keyla me habían llevado con mi madre justo después de mi aterrador encuentro en el bosque. Probablemente pensaron que me estaban haciendo un favor, pero ahora estaba aquí y tenía que responder por algo que ni yo misma entendía.

Mi madre cogió sus bolígrafos de plata y tamborileó sobre sus papeles, señal inequívoca de que estaba irritada y a punto de echarme la bronca.

—¿Eris?

—No ha pasado nada —intenté tranquilizarla—. Estoy ilesa y…

—Has perdido tu daga. Yo no llamaría a eso *nada*.

Me mordí el labio inferior. En sentido estricto, no había perdido mi daga. Me la arrebataron sin oponer resistencia. Pero mencionar ese hecho probablemente no ayudaba a mi causa. Así que me ceñí a la historia que Trish y Keyla le contaron a mi madre. Había

desaparecido de repente en la niebla y, cuando reaparecí, estaba agachada en el suelo, completamente confusa y sin mi daga. Mis dos compañeras no notaron nada en el caminante de la niebla con los ojos de color ámbar, a pesar de que solo habíamos estado a unos metros de distancia. Era extraño. Tan extraño que me pregunté si tal vez imaginé al caminante de la niebla. Pero entonces, ¿dónde terminó mi daga?

—¿Y? —Mi madre levantó las cejas exigente.

Cedí con un suspiro.

—Había un caminante de la niebla. Me sorprendió y perdí mi daga —murmuré, omitiendo algunos detalles no del todo insignificantes de la historia—. Eso es todo.

Mi madre resopló.

—¿Te sorprendió? ¿Cómo podría sorprenderte? Entrenas el doble de duro y el doble que tus compañeros. Incluso te he puesto un entrenador personal. ¿Y aún así te dejas sorprender por un caminante de niebla?

—No volverá a ocurrir.

Me enderecé y me obligué a mirar a mi madre a los ojos. solo ahora me di cuenta de lo agotada que parecía. Su rostro, ya de por sí delgado, estaba aún más demacrado que de costumbre y su largo cabello rubio fresa parecía apagado. Probablemente se debía a los innumerables ataques de los Mistwalker que mantenían en vilo a la Academia de Otoño. Se habían duplicado en los últimos meses, y no pasaba una noche sin que temiéramos perder a uno de los nuestros.

Todas éramos chicas y jóvenes en la Academia de Otoño, ninguna mayor de dieciocho años. Hace apenas dos años, la escuela había servido como centro de entrenamiento. Solo las cazadoras experimentadas habían emprendido la lucha contra los Caminantes de la Niebla. Pero cada vez era más difícil hacer retroceder al mundo de la niebla y a sus habitantes. Muchas muertes ocurrieron entre las cazadoras mayores, heroínas que murieron luchando por el bien. Pero que dejaron huecos que había que llenar, y la promoción de la Academia de Otoño no tuvo más remedio que hacerlo. Así que, noche tras noche, salimos a la caza de los caminantes de la niebla,

peinando los bosques canadienses en pequeños grupos y con la esperanza de escapar con vida.

Sabía que mi madre estaba preocupada por mí. Cuando tenía diez años, casi me matan en un ataque de los Caminantes de la Niebla a la Academia. Desde entonces, había hecho todo lo posible para asegurarse de que no volviera a ocurrir. Me protegía. Planeaba mi entrenamiento y mi rutina diaria hasta el último detalle, sin dejar nada al azar. Y se había asegurado de que casi nunca saliera de la escuela. El hecho de que ahora me fuera de caza con las demás debía de volverla loca de preocupación. Pero tenía una forma divertida de demostrarlo.

—No, no volverá a ocurrir —dijo mi madre con firmeza, sin apartar sus ojos azules de mí en ningún momento—. Hablaré con Maureen. A partir de ahora, te presentarás ante ella todas las tardes después de la cacería y entrenarás.

Más entrenamiento de combate.

Cerré las manos en puños bajo el tablero de la mesa. No me bastaba con tener que entrenar todas las mañanas antes de empezar las clases y todas las tardes cuando mis compañeros se dedicaban a sus actividades de ocio. No me extrañaba no tener amigos. Mi entrenadora, Maureen, era la única con la que pasaba tiempo fuera del horario escolar, aparte de mi madre.

—De acuerdo. ¿Puedo irme ya? —pregunté, intentando que no se notara mi enfado.

Mi madre se levantó, cogió una carpeta de su demasiado ordenado escritorio y la colocó en una de las estanterías altas.

—Estás enfadada —afirma con naturalidad—. Tienes la mandíbula tensa. Pero es por tu propio bien, Eris. Espero que lo sepas.

—Claro que lo sé.

Mi enfado dio paso a una resignación familiar. Mi madre quería protegerme, no tenía sentido enfadarse por ello.

—Bien, entonces dirígete a Maureen. Dile que te dé una daga nueva. Y tal vez la próxima vez trates de no darme tanta pena, entonces podremos hablar de aliviar tu horario de entrenamiento.

Me dedicó una sonrisa cansada y yo hice todo lo posible por devolvérsela. Pero el nudo en la garganta me lo impidió.



—¿Más entrenamiento de combate?

Maureen levantó las cejas y me lanzó una mirada crítica. Parecía cualquier cosa menos feliz. No me extraña. No era la única que apenas tenía tiempo libre debido al duro horario de entrenamiento de mi madre. Y me imaginaba que aquella mujer de unos treinta años, con el pelo corto y canoso, tatuajes y un piercing en la nariz, podría pensar en algo mejor que cuidarme todas las tardes. Consideré por un momento la posibilidad de contarle a Maureen mi extraño encuentro en el bosque, pero luego me limité a encogerme de hombros disculpándome.

—¡Lo siento!

Caminé por las alfombras grises de la sala de entrenamiento hacia los espejos que ocupaban toda la pared. La lucha contra los Caminantes de la Niebla apenas había dejado marcas. Mi traje de combate negro estaba intacto, mi coleta apenas un poco deformada. El mechón de cabello castaño que me arrancaba cada vez para ocultar la gran marca de nacimiento alargada que tenía en la mejilla izquierda se me pegaba a la piel pálida, empapada de sudor. Me deshice el pelo, lo sacudí y volví a atármelo.

—Bueno, ¿una pequeña inspección de belleza? —se burló Maureen—. No te preocupes, sigues siendo la más bella de todas, *Blancanieves*.

La miré con el ceño fruncido.

—Si soy Blancanieves, ¿eso te convierte en la madrastra malvada?

—Pensé que ya tenías uno de esos. Así que sin la parte del escalón.

Maureen me guiñó un ojo conspiradoramente mientras se dirigía a la armería, seleccionaba una daga de plata y me la tendía. Me acerqué a ella, cogí el arma y la balanceé en mi mano.

—No tan buena como tu daga original —admitió Maureen—. Haremos una nueva para ti. Pero hasta que esté lista, puedes quedarte con esta.

—Bien. —Torcí la muñeca para acostumbrarme al peso de la daga. Era un poco más pesada que la que me habían quitado. Ya echaba de menos mi vieja daga—. Entonces, ¿qué estamos entrenando? La última vez nos centramos en el juego de piernas.

—¿Ah, sí? —Maureen bostezó demostrativamente. "¿No tienes nada mejor que hacer?

—*¿Mejor*? —La miré sin comprender.

—Sí, has tenido un día ajetreado. ¿No quieres tomarte un descanso? ¿Quizás hacer algo con las otras chicas?

Pensé en la sugerencia de Keyla de salir con ella y las demás cazadoras para celebrarlo. Era de suponer que aquel plan se había cancelado hacía tiempo, ahora que Keyla tenía lesionado el muslo. Por otro lado, no sería la primera vez que a mi compañera de clase le remendaban la pierna solo para ir a la siguiente fiesta poco tiempo después. Las cazadoras sanamos más rápido que la gente normal. Sin embargo, era absolutamente imprudente no descansar después de una herida así.

—No, está bien —le dije y le hice un gesto para que se fuera—. Vamos a entrenar un poco.

—Eris.

Maureen me lanzó una mirada que dejaba claro que yo estaba siendo bastante obtusa. Puede que yo no tuviera planes para esta noche, pero ella sí.

—Oh… ¿Tienes una cita?

Ella asintió.

—Con Josh.

Hice una mueca, lo que provocó que Maureen levantara la mano como para taparme la boca.

—¡No digas nada ahora! Sé que no te gusta Josh.

—No, yo… solo creo que es una pérdida de tiempo.

Maureen soltó una carcajada incrédula.

—¿Salir con alguien que te parece inteligente, atractivo y buenísimo es una pérdida de tiempo?

—Enamorarse es una pérdida de tiempo.

Me volví hacia una de las dianas de madera situadas en el lado opuesto de la sala de entrenamiento y le apunté con mi daga plateada. La hoja giró en el aire y la punta se clavó exactamente en el centro de la madera.

Maureen se puso delante de mí y me puso las manos en los hombros.

—A veces suenas igual que tu madre, y no lo digo como un cumplido —dijo.

No tenía por qué hacer hincapié en esto último. Mi madre y Maureen habían sido amigas, pero con el tiempo se habían distanciado. Hoy solo se hablaban cuando lo necesitaban.

—¡Ve y diviértete, Eris! El mundo ya es bastante oscuro sin que hagas de *Grinch*.

—¿El qué?

—¡No importa, solo vete! El mundo está abierto para ti, así que vuela, pajarito.

Maureen me dio la vuelta y me empujó hacia la puerta. Avancé a trompicones unos pasos desmotivada.

—¿Sabes que podría delatarte? —señalé.

—Pero no lo harás —susurró mientras me empujaba enérgicamente hacia la salida.

Admití mi derrota. Tal vez me vendría bien tomarme un descanso de mis obligaciones como cazavampiros, de mi madre y, sobre todo, de mi voz interior, que no dejaba de reprocharme que hubiera dejado marchar al caminante de la niebla de ojos ámbar.

3

LA DIVERSIÓN NO ES LO MÍO

Un carraspeo me hizo levantar la vista. Me dirigía a la biblioteca del colegio, con mi ensayo sobre *Las cuatro piedras fundacionales y su historia* en las manos. Si no iba a practicar, al menos podía asegurarme de que la profesora Silverstone no me pusiera otra nota mediocre por mi actuación. Pensaba coger dos o tres libros y retirarme a mi habitación, pero Trish me lo impidió. Se interpuso en mi camino y me lanzó una mirada desafiante. Su pelo pelirrojo sobresalía en todas direcciones. Al parecer, ni siquiera había pensado en domarlo después de la pelea con los caminantes de la niebla.

—¡Eh, Eris!

—Trish.

Me detuve, sin saber qué decir. Probablemente tenía curiosidad por saber a qué se debía mi extraño ataque de debilidad en el bosque, una pregunta cuya respuesta yo mismo desconocía. Pero la mente de Trish parecía estar en otra parte.

—Keyla quiere saber si vendrás a celebrarlo con nosotras. Le dije que no valía la pena preguntarte de nuevo, pero pensó que eras una de nosotras y no nos dejarías colgadas. Sobre todo porque todas nos merecemos un poco de distracción después de la pelea de esta noche.

—¿Keyla? —Alcé las cejas sorprendida—. ¿Está bien otra vez?

Trish se encogió de hombros.

—Es dura. ¿Y ahora qué?

—Tengo esta redacción escolar…

Miré con inquietud el cuaderno que tenía en la mano.

—Por supuesto…

Trish asintió como si hubiera esperado exactamente esa respuesta. De alguna manera me molestaba que pensara que yo era tan predecible. No era razonable salir de fiesta. Era una pérdida de tiempo. Y a mi madre le daría un ataque de nervios si supiera que me lo estaba planteando.

A veces suenas exactamente igual que tu madre, y eso no es un cumplido. Las palabras de Maureen resonaron en mis oídos.

Quería ser muchas cosas: una buena alumna, una luchadora excepcional, pero desde luego no una copia de mi estricta y controladora madre.

—Vale —me oí decir.

—¿De acuerdo? —Trish me miró con fijeza, irritada.

—Voy contigo.

Con la boca abierta, estaba seguro de que Trish estaba tan sorprendida por mi respuesta como yo.

—Bueno… está bien. —Ella me dio una sonrisa fallida que negó sus palabras. Probablemente habría sido feliz prescindiendo de mi compañía—. Te veré en la puerta de la escuela a las once.

—¡Súper!

Mi sonrisa no era en absoluto inferior a la de Trish. ¿Qué estaba haciendo? No me apetecía nada salir de fiesta con mis compañeros. Ya estaba segura de que me sentiría fuera de lugar. Pero dije que sí y ya no había marcha atrás.



—¿Tú también quieres uno?

Keyla me puso el vaso de tequila delante de las narices y me dirigió una mirada casi esperanzada. El penetrante olor del alcohol me hizo apretar la boca involuntariamente.

—No, gracias.

Aguafiestas.

Me di cuenta de que Trish pensaba eso. Pero ya había ido en contra de mis principios cuando me uní a las otras cazadoras y vine aquí. No iba a tirar mis principios por la borda para siempre bebiendo alcohol. Esa cosa te volvía descuidada, confundía tus sentidos y te hacía perder el control. Cosas que una cazavampiros vigilante no podía permitirse, ni siquiera a deshora, como insistían las otras chicas.

—¡Vamos, solo una! —me imploró Keyla.

Tuvo que gritar para ahogar el estruendo del bajo. El suelo vibraba bajo nuestros pies y en el aire flotaba un espeso humo de cigarrillo.

Las Siete Sombras era un lugar bastante destartalado, pero era la única discoteca en kilómetros a la redonda. La Academia de Otoño estaba en medio de la nada, y Pine Tree Creek era el pueblo más cercano sin nada que ofrecer aparte de este lugar para emborracharse.

La clientela era muy variada. Keyla me había dado una breve descripción de los clientes habituales cuando entré. Sentado en la barra estaba Archie, un hombre de unos cincuenta años que se bebía sus cinco o seis cervezas cada noche y fumaba un cigarrillo tras otro. Luego estaban Poppy y Harriet, dos solteras de sesenta años que probablemente seguían esperando hacer la pesca de sus vidas en *Siete Sombras*. Y, por último, Shirley, que todo el mundo sabía que solo tenía dieciséis años y no debía estar aquí. Pero el portero parecía apiadarse de la chica que había acabado en este tugurio hacía tres años, después de que sus padres se separaran. En conjunto, era un grupo miserable, disgregado por un grupo cambiante de mochileros que paraban regularmente en Pine Tree Creek en sus excursiones. Esta noche había tres chicos y dos chicas en la pista de baile, bailando *Stayin' Alive* de los Bee Gees, una canción que no podía ser más apropiada.

—Voy a tomar un poco de aire fresco —dije, ignorando el vaso de chupito que Keyla aún me tendía con el brazo extendido.

—De acuerdo. —Parecía decepcionada.

Me dio pena dejarla así. Ella había hecho un verdadero esfuerzo por incluirme en el grupo, pero yo no quería doblegarme. Esta no

era yo, no era mi mundo, y un vaso de tequila no cambiaría eso.

Con pasos rápidos, crucé el estrecho pasillo con el desconchado papel pintado negro que dejaba al descubierto la desnuda pared de hormigón que había debajo y subí los escalones metálicos hasta la salida. Una brisa fresca me recibió al abrir la puerta que daba a la calle. Me recorrió un escalofrío por los brazos, prometiéndome alivio del calor sofocante del interior.

El aire nocturno estaba impregnado del aroma de los bosques circundantes, una mezcla de agujas de pino húmedas y musgo mojado que contrastaba fuertemente con el olor a tabaco y cerveza de la discoteca. La oscuridad, solo interrumpida por el tenue resplandor de las farolas, parecía demasiado profunda e insondable. Era como si la quietud de la noche absorbiera el caos de la música que aún se escuchaba amortiguada desde el interior del edificio.

Atravesé el aparcamiento, pasé junto a unos cuantos coches dispersos aparcados allí, cuyos propietarios probablemente estaban demasiado borrachos para conducirlos. Me senté en el muro de hormigón que bordeaba el aparcamiento y cerré los ojos un momento.

¿Qué hacía yo aquí? ¿Rebelarme contra mi madre? ¿O era más bien un intento de huir de una verdad a la que aún no estaba preparada para enfrentarme? Me había dejado dominar por un caminante de la niebla. No, *dominada* no era la palabra adecuada, porque no había hecho nada, nada en absoluto, para oponerme a él.

La última vez que me sucedió algo así fue a los diez años, cuando los Caminantes de la Niebla atacaron la Academia. Uno de ellos me había cogido de la mano y me había arrastrado con él al bosque. Yo le seguí, paralizada por el pánico, hasta que mi madre intervino y me salvó.

Entonces había sido una niña asustadiza, pero hoy esa excusa ya no valía. Entonces, ¿por qué permití que el caminante de la niebla cogiera mi daga? ¿Que la deslizara lentamente por la parte superior de mi cuerpo? Aún podía sentir la punta de la daga a través de la tela de mi ropa. Me estremecí.

—¿Tienes frío?

—¿Qué?

Me giré hacia la voz oscura. No muy lejos de mí, apoyado en una farola, había un joven de pelo negro desordenado. Llevaba unos vaqueros oscuros y una cazadora de cuero. Llevaba las manos metidas en los bolsillos. Cuando balanceé una pierna sobre el muro de hormigón para verle mejor, una pequeña sonrisa cruzó sus labios.

—Te pregunté si tenías frío.

—¿Por qué? ¿Me prestas tu chaqueta?

El tipo estaba flirteando conmigo, eso estaba claro. Pero aunque era bastante atractivo, no me apetecía dejar que entablara conversación conmigo.

—Sinceramente, no. —Apartó la mirada de mí y la centró en los abetos que teníamos delante, que proyectaban largas sombras a la pálida luz de la luna—. No te conozco, y hace un frío del carajo. No sé cómo puedes sentarte aquí con esa camiseta tan fina.

—Vaya, todo un caballero.

Puse los ojos en blanco.

—Nunca he pretendido serlo.

Nos quedamos un momento en silencio, ambos mirando hacia los abetos. El silencio se rompe con el sonido sordo de la música, el zumbido eléctrico de las farolas y el suave murmullo de un arroyo cercano.

Pensé en volver a entrar, pero decidí no hacerlo. Al menos aquí, en la oscuridad del aparcamiento, no tenía que fingir ser alguien que no era.

—De todas formas, no habrías cogido mi chaqueta —dijo finalmente el desconocido.

—Así es —confirmé.

—¿Qué haces aquí fuera?

Podría haberle dicho que nada más quería tomar un poco de aire fresco, pero por alguna razón la verdad se me escapó con una sola palabra: «Escapar».

Se rio con un bufido.

—Bueno, estoy seguro de que el camarero diluye el alcohol con agua, y la afición del DJ por los Bee Gees tampoco es que digamos embriagadora a la larga… pero, ¿es esa una razón para huir de inmediato?

Sacudí la cabeza.

—Todo esto no es lo mío.

—¿Qué no es lo tuyo? ¿Divertirse?

Ladeó la cabeza y me miró. Una sonrisa curvó sus labios. La luz tenue iluminaba los bordes afilados de su rostro: sus pómulos pronunciados, la mandíbula fuertemente definida y las cejas hundidas que le daban una expresión seria, casi sombría.

—Tú también estás aquí fuera —respondí sin contestar a su pregunta.

—Ese soy yo.

Se acercó, apoyándose en el muro de hormigón a unos metros de mí, con las manos aún enterradas en los bolsillos. Mi cuerpo reaccionó ante él, alineándose instintivamente como si fuéramos dos depredadores acechándonos. Me molestaba que hubiera perturbado mi paz. Igual que me molestaba que sintiera curiosidad por saber más de él.

—¿Estás de paso? —quise saber.

Lo más seguro era uno de los mochileros que estaban de fiesta tan bulliciosamente allí dentro. Aunque me resultaba difícil imaginármelo botando por la pista de baile. Desprendía más bien *un aura de viajero* solitario.

—Tal vez —respondió, inclinando la cabeza hacia atrás como si quisiera mirar las estrellas.

¿Quizás? ¿Qué clase de respuesta era *tal vez*?

resoplé enfadada.

—Dime, ¿ese truco suele funcionar?

—¿Qué truco?

Se volvió hacia mí.

—La del tipo oscuro, sexy e inescrutable.

—¿Crees que soy sexy?

Sentí que el calor me subía a la cara, una mezcla abrasadora de vergüenza y rabia que me tiñó las mejillas de rojo.

—Yo no he dicho eso —protesté.

—Oh sí, justo ahora.

—Dije que fingías ser sexy. No que seas sexy.

—De acuerdo.

Se notaba que se reía para sus adentros. Se estaba burlando de mí. De la chica que escapó de una fiesta solo para correr a los brazos de un atractivo desconocido aquí fuera.

También balanceé la otra pierna por encima del muro de hormigón y salté al asfalto. Toda esta conversación era ridícula. La terminaría aquí y ahora.

Me dirigí con decisión hacia la entrada de la discoteca, pero el desconocido se interpuso en mi camino.

—¿Quieres irte ya?

—Mis amigas me están esperando.

—¡Entonces que esperen!

No se movió, no me abrazó. Se quedó allí, con la cara a unos centímetros de la mía. Mi pecho subía y bajaba en respiraciones irregulares que llegaban demasiado rápido. Mis ojos se clavaron en los suyos. Eran negros como el ópalo, como la noche más oscura, y me recordaban a los bosques envueltos en niebla.

Tragué en seco.

—Yo no hago esas cosas.

—¿Qué no estás haciendo? —Su voz era un aliento que estalló cálidamente en mi mejilla.

Besar a un desconocido en un aparcamiento, pensé, pero las palabras no me salían de la boca.

De hecho, nunca había besado a nadie. Pero tampoco me había sentido nunca tan inexplicablemente atraída por nadie. A pesar de que aquel tipo me tenía contra la pared con unas cuantas palabras, no podía negar la atracción física. Podría haberme ido. Todo lo que tenía que hacer era apartarme y continuar mi camino.

Pero no lo hice.

Sin dejar de mirarme, el desconocido sacó las manos de los bolsillos de su chaqueta de cuero. Mi corazón latió más deprisa, errático, mientras él permanecía inmóvil. Sentía su aliento rozándome la cara con suavidad. Mi entorno parece desdibujarse, mis sentidos concentrados en él, en el calor que emana y en el suave susurro de su chaqueta de cuero.

—No te preocupes, Eris —dijo, su voz un murmullo suave y oscuro—. Solo te dolerá un momento.

Puso su mano en mi mejilla. Era cálida y áspera. El contacto me recorrió como una descarga eléctrica, me hormigueó la piel y me impidió pensar con claridad.

El significado de sus palabras penetró lentamente en mi conciencia. Sabía mi nombre, aunque no nos hubiéramos presentado. ¿Y qué significaba eso? *Solo dolerá un momento.*

¿Qué me dolería?

De repente, todo mi cuerpo se puso en alerta. Quise dar un paso atrás, separarnos, pero su mano libre me rodeó la cintura y me apretó contra él. Sentí cada músculo duro y tenso de su pecho. Un susurro melódico salió de sus labios: la canción de los Caminantes de la Niebla.

Él es uno de ellos.

Me di cuenta demasiado tarde. Levanté mi barrera interior, armándome contra el susurro. Pero cuando la mano del caminante de la niebla tocó mi mejilla, un poder oscuro fluyó hacia mí, recorrió mis venas como oscuridad líquida y rompió mi barrera.

Sentí que algo tiraba de mí. Cómo envolvía mi mundo en sombras y arrancaba todo el calor de mi cuerpo. Mis rodillas cedieron y la parte superior de mi cuerpo se desplomó contra el caminante de la niebla. Me abrazó con fuerza, sus labios cerca de mi oreja.

—Pronto terminará —susurró.

Sentí su mano en mi espalda, una presencia oscura que atravesaba la tela de mi camiseta de tirantes. Entonces perdí el conocimiento y el mundo a mi alrededor se sumió en la oscuridad.

4

LLUVIA ESTREMECEDORA

—¡JODER!

Abrí los ojos con dificultad y miré a mi alrededor. No estaba muerta. Pero eso era lo único positivo de mi situación. Alguien —probablemente el guapísimo caminante de la niebla, y diablos, ¿por qué no sospeché desde el principio?— me había atado a una silla de madera. Las cuerdas me cortaron las muñecas y me quemaron la piel.

Miré a mi alrededor bajo la luz gris de la mañana, que caía por una ventana sucia. Me encontraba en una pequeña cabaña. Era de madera tosca, probablemente de los bosques vecinos. Los tablones eran visiblemente viejos, marcados por el viento y la intemperie. En el centro de la habitación había una desvencijada mesa de comedor, sobre la que yacían varias botellas vacías junto a una vieja lámpara de aceite. En la pared de detrás había una sencilla cama de madera, junto a la cual había una mecedora que se movía suavemente de un lado a otro con la brisa que silbaba por las rendijas de la cabaña. En el lado opuesto, en diagonal detrás de mí, una chimenea ocupaba casi toda la pared contraria, con sus fauces de piedra negras y tiznadas por las cenizas de fuegos pasados.

La cabeza me latía con fuerza, tenía los brazos y las piernas dormidos y sentía los sentidos un poco entumecidos, como si me hubieran arrancado de un sueño profundo. Sin embargo, intenté aflojar las cuerdas que me ataban las muñecas a la espalda. Fracasé

estrepitosamente. Las ataduras solo me cortaron más profundamente la piel.

Mantén la calma, Eris.

Conté hasta diez, luchando contra el pánico que amenazaba con invadirme. Una vez más, dejé que mi mirada recorriera la habitación. Esta vez me centré en lo esencial. Cosas que pudieran ayudarme a romper los grilletes. Cosas que pudiera utilizar como arma cuando volviera mi secuestrador. Palpé mi teléfono móvil en el bolsillo, pero a menos que estuviera a punto de lanzárselo a mi secuestrador, era de poca utilidad. Apenas había cobertura en los bosques canadienses. Así que seguimos: el recogedor junto a la chimenea, un mechero, las botellas vacías. Decidí probar suerte con estas últimas.

Apretando los dientes, me balanceo hacia delante y hacia atrás, acercando la silla a la mesa con cada movimiento. Los músculos me ardían por el esfuerzo y la cabeza me latía al mismo ritmo que el corazón. Por fin llegué a mi destino. Con un último esfuerzo, empujé la silla contra la mesa. Agotada, me dejo caer hacia atrás y respiro con dificultad.

Las botellas sobre la mesa se tambaleaban cayéndose sobre la madera y una de ellas rodó hasta el borde de la mesa. Observé con sombría satisfacción cómo caía al suelo y se hacía añicos. Le siguió una segunda botella. Los fragmentos volaron en todas direcciones, brillando como joyas verdes a la pálida luz de la cabaña.

Dejé que la silla me inclinara hacia un lado. Aterricé en el suelo de madera con un fuerte golpe. Un dolor sordo me atravesó el hombro, pero lo ignoré. A ciegas, busqué a tientas los fragmentos de cristal con las manos atadas. Finalmente, mis dedos atraparon un fragmento grande y afilado. Contuve la respiración y cerré los ojos mientras empezaba a cortar la cuerda con cuidado.

El fragmento me cortó la piel. Sentía la sangre correr por mis manos. Una y otra vez resbalé. Lo intenté una y otra vez. Se me llenaron los ojos de lágrimas y respiré entrecortadamente. Pero no me rendí y seguí trabajando en la cuerda. Con cada corte, con cada movimiento, me acercaba un pasito más a la libertad.

Por fin, después de lo que me pareció una eternidad, la cuerda cedió. Sentía las manos entumecidas y torpes, pero estaban libres. Dejé caer el trozo de cristal y me incorporé, mirándome las palmas cortadas e intentando aclarar mis ideas.

¿Qué hacía yo aquí? ¿Por qué el caminante de la niebla me había capturado y no me había matado de inmediato? ¿Y cuánto tiempo me quedaba hasta que volviera?

Sabía mi nombre de pila, lo que significaba que mi secuestro no podía haber sido una coincidencia. Pero, ¿quién era este tipo?

En cualquier caso, era mucho más que un simple caminante de la niebla, de eso no cabía duda. Había destruido mi barrera interior con un simple toque de su mano. ¿Cómo era posible algo así? Cuando conocí al caminante de la niebla de ojos ámbar en el bosque, yo había bajado voluntariamente mi barrera —por qué lo había hecho seguía siendo un misterio para mí—, *pero él* la había destrozado con su poder. La hizo pedazos como si no fuera más que una fina hoja de papel.

También liberé mis tobillos de los grilletes antes de ponerme en pie. No fue demasiado pronto. Unos pasos se aproximaron, la madera crujió y una llave se introdujo en la cerradura de la puerta principal.

Miré a mi alrededor apresuradamente, buscando un arma, una salida, cualquier cosa que pudiera ayudarme. Mis dedos volvieron a encontrar el fragmento de cristal y lo agarré con fuerza. El filo me cortó la piel, pero ignoré el dolor punzante y me coloqué junto a la puerta, con la espalda apoyada en la pared de madera.

Cuando la puerta se abrió y entró el caminante de la niebla, estaba preparada. Me abalancé sobre él, con el fragmento de cristal en la mano levantada. Apunté a su garganta con todas mis fuerzas. Pero fue rápido y esquivó mi brazo. Mi arma no dio en el blanco y cayó al suelo, donde se hizo añicos.

Luché tenazmente y le di una patada en la boca del estómago. Se le escapó un gemido y me propinó una patada lateral que me lanzó contra la pared. Me golpeé la cabeza contra la madera. Ignoré el golpe sordo y volví a lanzarme contra él. Él se agachó y yo aproveché el impulso para rodearle la cintura con las piernas. De un

tirón, intenté desequilibrarlo y tirarlo al suelo. Se tambaleó, pero no cayó. Sus manos me agarraron en un intento de apartarme. Desesperado, nos estampó a los dos contra la pared y me dejó sin aire en los pulmones. Yo estaba momentáneamente desprevenida y él aprovechó la oportunidad para empujarme.

Aterricé con fuerza en el suelo. Los fragmentos de la botella rota se clavaron en mi espalda. Ahogué un grito e intenté ponerme en pie. Pero antes de que tuviera la oportunidad, él estaba encima de mí, con las manos alrededor de mi cuello.

—No quiero hacerte daño, Eris —gimió, respirando con dificultad mientras aflojaba un poco el agarre de mi cuello.

—¿En serio? —jadeé—. Te lo hice.

—No me hagas quitarme los guantes.

Solo ahora me di cuenta de que llevaba unos finos guantes de cuero negro que se ceñían con fuerza a sus manos. Pensé en cómo su mano había tocado mi mejilla, pensé en el oscuro poder que sentí.

—¿Qué pasa si te los quitas? —pregunté con fuerza.

—Estaría drenando tu energía.

Ya lo sospechaba. Pero darme cuenta de que podía hacerlo y de que yo no tenía nada con lo que oponerme a él fue un shock.

Abandoné mi resistencia y le dirigí una mirada sombría.

—¿Qué quieres?

El caminante de la niebla soltó mi cuello y se enderezó. Me tendió la mano para que me levantara, pero hice caso omiso.

—Me llamo Callum. Callum Vaillancourt —dijo.

Hice una mueca de dolor al incorporarme, sintiendo las innumerables astillas en la espalda. Se me habían clavado en la piel a través de la fina tela de la blusa.

—No me importa cómo te llames —siseé entre dientes apretados —. ¡Quiero saber lo que quieres de mí!

O cómo puedo matarte, añadí en mi mente mientras medía mis posibilidades de atacarle de nuevo.

—Estás herida —afirmó Callum con naturalidad, acercándose a mis manos ensangrentadas.

Se la quité. Lo único que me faltaba era que el tipo se mostrara cariñoso después de haberme secuestrado unas horas antes.

—¿Qué quieres? —repetí con voz cortante e inflexible.

Se tensó y cruzó los brazos delante del pecho. Solo entonces me di cuenta de que tenía otra ropa. Ya no era el joven con vaqueros y cazadora de cuero que yo creía que intentaba ligar conmigo. Todo en él —desde la pesada capa negra hasta las botas de cuero— gritaba Nebelwanderer. Parecía más viejo que antes, más oscuro y aterrador, y me pregunté cómo había podido dejarme engañar por él como lo hice.

—Quiero negociar un trato —respondió Callum a mi pregunta—. Pero primero vamos a quitarte estas astillas y vendarte las manos.

Su mandíbula rechinaba como si estuviera enfadado porque esto no estaba saliendo según lo planeado. Al parecer, no esperaba que intentara escapar. Eso era bueno, porque significaba que me había subestimado. Yo medía un metro sesenta, era menuda y tenía la nariz respingona. La mayoría de los adversarios me subestimaban y casi siempre era su perdición.

—¿Qué te importan unas cuantas astillas? —pregunté mientras luchaba por ponerme en pie.

Sentía el cuerpo como si me hubiera atropellado un camión.

Callum se dirigió a una puerta situada junto a la cama de madera que daba al cuarto de baño contiguo y desapareció tras ella. Mi mirada revoloteó hacia la puerta principal, que estaba entreabierta, revelando una vista del denso bosque de coníferas. Podría intentar escapar, pero sin duda estaba preparado para ello. Y con todas las astillas que tenía clavadas en la piel, correría por el bosque como un ciervo herido que huye del cazador. Esa no era una opción. Necesitaba un plan. Un plan de verdad.

—No me importan las astillas —oí la voz de Callum desde el baño, y no podía sonar más indiferente—. Pero lo más seguro es que tu madre no estará muy cooperativa si le envío a su querida niña de vuelta con innumerables cortes.

¿Quería enviarme de vuelta? Lo miré asombrada mientras salía del cuarto de baño armado con pinzas, un paño, vendas de gasa y un frasco marrón de farmacia. Lo colocó todo sobre la desvencijada

mesa de madera del centro de la habitación. Luego cogió la silla que derribé durante mi intento de liberarme del suelo y asintió sombríamente en su dirección.

—¡Siéntate ahí!

—¿Para que puedas atarme de nuevo?

Refunfuñó indignado.

—Haces un montón de preguntas. Quizá debería no solo atarte, sino también amordazarte. Pero no, por ahora lo único que quiero es sacarte las astillas.

—Lo haré yo mismo.

De mala gana, me senté y cogí las pinzas, arrancándome una a una las astillas de las palmas de las manos. Cuando terminé, saqué el tapón del frasco de boticario y olfateé.

—¿Alcohol, supongo?

Asintió y puse un poco del líquido transparente en el paño para limpiar los cortes. El alcohol ardía como el fuego en mis heridas. Cuando por fin terminé, me dolía la mandíbula, de tanto apretar los dientes.

Dejé que Callum me ayudara con el vendaje. Trabajó con rapidez y diligencia, y sus manos no tocaron las mías ni una sola vez hasta que aseguró las vendas con pinzas. Luego dio un paso atrás e inspeccionó mi espalda.

—No puedes curarlo tú sola —se dio cuenta.

—No es tan dramático.

Intenté levantarme, pero me puso una mano en el hombro y me empujó de nuevo a la silla.

—Uno de los fragmentos es bastante grande. Y probablemente tiene un centímetro de profundidad.

—Está bien. —Suspiré—. ¡Entonces sácalos!

—Traeré unas tijeras.

—¿Qué? ¿Para qué?

Alarmada, vi cómo Callum desaparecía de nuevo en el baño y regresaba poco después con unas tijeras.

—Para abrirte la ropa —respondió a mi pregunta sin pestañear.

—Eh, no. No vas a hacer eso.

Ni siquiera llevaba sujetador porque pensaba que los tirantes dobles parecían estúpidos. Dios sabe en qué estaba pensando. No era como si hubiera planeado ligar con un tío en esta fiesta. Sin embargo, estaba preparada para todo menos para ser secuestrada por un caminante de la niebla que ahora intentaba meterse en mis pantalones.

Callum se inclinó sobre mí y levantó la mano con las tijeras, pero se la aparté de un manotazo. Nos miramos con rabia. Fue una pelea silenciosa, a la que Callum puso fin cuando bajó la mano y se levantó.

—Créame, princesa, no tengo el menor interés en verla desnuda, y por lo que a mí respecta, podría desangrarse hasta morir en el suelo de la choza. Pero hay cosas más importantes que eso. Y no voy a poner en peligro mi misión solo porque actúas como una estúpida testaruda. Así que ahora vas a dejar que me ocupe de tu espalda o me quitaré los guantes y te drenaré tanta energía que caerás inconsciente y no podrás defenderte.

Me estremecí. La idea de estar inconsciente a su merced era mil veces peor que pasar por todo aquello despierta. Al menos así aún tenía la oportunidad de defenderme.

Apreté los dientes.

—Suena tentador, pero no gracias.

—Eso es lo que pensaba. ¿Vas a quedarte quieta ahora?

De mala gana, asentí con la cabeza y crucé los brazos delante del pecho, sujetando la tela de la camiseta de tirantes mientras él la cortaba por detrás. Con movimientos precisos, retiró las astillas más pequeñas. Su cálido aliento rozó mi piel desnuda. Luego, sin previo aviso, me arrancó una astilla más grande de la espalda y presionó el paño empapado en alcohol sobre la herida.

—¡Mierda! —jadeé, con la voz entrecortada por el dolor.

—No morirás por ello —dijo con frialdad—. Tengo que vendar la herida.

Claro que tenía que hacerlo. Arrugué la tela de la camiseta de tirantes sobre mi pecho para que pudiera ponerme el vendaje de presión. Me pareció una eternidad estar allí sentada delante de él, semidesnuda y desprotegida. Cuando terminó, se acercó a la cama,

cogió una manta de ganchillo que había sobre ella y me la echó en el regazo.

—¡Toma! Envuélvete con esto. Y luego hablaremos.

Intenté no coger la manta demasiado frenéticamente, intenté que no se notara lo expuesta que me sentía.

—¡Muy bien, hablemos! Sobre por qué me secuestraste y me llevaste a esta choza destartalada en el bosque.

—Sobre quién soy —me corrigió.

Vaya, el tipo estaba muy pagado de sí mismo si se daba tanta importancia.

Me encogí de hombros.

—¿Realmente importa ahora?

—Sí, así es.

Parecía que no iba a dejarme marchar hasta que me hubiera contado toda la maldita historia de su vida. Así que me envolví el torso con la manta y me recosté con un suspiro.

—¡Entonces, vamos! Vamos, ¡dime! ¿Quién eres?

Callum cruzó los brazos delante del pecho y se recostó contra la pared de madera. Sus ojos negros como el ópalo estaban clavados en mí, registrando cada uno de mis movimientos, cada una de mis reacciones, por pequeñas que fueran. Me escrutó durante un momento, como si intentara calibrar si podía confiar en mí.

—Soy el hijo del Rey de la Niebla —dijo finalmente—. Y quiero destruir a mi padre.

5

PASEO POR EL BOSQUE PARA EXCURSIONISTAS AVANZADOS

El hijo del Rey de la Niebla.

La idea era tan absurda que casi me reí a carcajadas. Claro, me había secuestrado el líder de los Caminantes de la Niebla, y él no tenía menos planes que derrocar a su padre.

—¿Y cómo puedo ser de ayuda a Su Alteza? —me burlé—. ¿Quieres atraer a tu padre a una emboscada y que yo le sorprenda con mi daga de plata?

—No me crees.

Callum me escrutó. Intentaba ocultar sus sentimientos tras una máscara rígida, pero estaba disgustado, lo notaba incluso por las pocas palabras.

—No, la verdad no —respondí, apoyándome en la mesa que tenía delante mientras escrutaba a Callum.

No parecía un príncipe. No solo porque no llevaba corona, sino porque irradiaba algo áspero y menos regio. No parecía alguien a quien todo le hubiera caído en suerte desde su nacimiento.

—¿Esperas que me crea que el mismísimo Príncipe de la Niebla ha venido a Pine Tree Creek a secuestrar a una Cazadora cualquiera?

Callum negó con la cabeza.

—No una cualquiera. Eres la hija de la directora, después de todo.

—¡Qué suerte la mía! Pero el Príncipe de la Niebla nunca se ensuciaría las manos. Para eso tiene a sus secuaces.

Callum entrecerró los ojos.

—Es sorprendente lo bien que conoces las costumbres políticas de mi pueblo —replicó burlándose.

—Obviamente mejor que tú.

¿Creía este tipo que podía tomarme por tonta? ¿O de verdad se creía el Príncipe de la Niebla? ¿Acaso me había secuestrado un loco?

Callum se apartó de la pared y vino hacia mí.

—Quiero que le des algo a tu madre —dijo.

Sacó de debajo de su capa un pergamino enrollado, sujeto con una cinta azul, y me lo tendió. Lo miré con desconfianza.

—¿Qué?

—Un voto de confianza. El papel contiene información sobre un ataque planeado por los Caminantes de la Niebla.

Cogí el pergamino con desconfianza y le di la vuelta entre las manos, con las yemas de los dedos acariciando el áspero papel.

—No creerás de verdad que voy a caer en esto, ¿cierto? ¿Qué dice el pergamino? ¿Lugar y fecha? Presumiblemente tú y tus amigos Mistwalker están esperando allí para emboscarnos. Reconozco una trampa cuando la veo.

—Lo dice la chica que me dejó secuestrarla… Se rio suave y oscuramente, y me habría encantado romperle la mandíbula—. ¡Dale el pergamino a tu madre! Ella sabrá qué hacer.

—Por supuesto que lo haré.

Hice un movimiento para arrancar el pergamino, pero me agarró de las muñecas. De repente, su cara estaba tan cerca que pude ver el brillo violeta de sus ojos color ópalo. Brillaban con rabia.

—¡No sobrestimes tu importancia, princesa! —gruñó—. Eres una mensajera, y una mensajera es tan valiosa como el mensaje que transmite.

Me aparté de él.

—¡Tu mensaje es un montón de mierda!

—Deja que tu madre decida eso.

—Mi madre nunca confiaría en ti —siseé, pero por alguna razón mi respuesta provocó una extraña sonrisa en Callum.

—Créeme, lo hará —dijo con calma—. Y nos volveremos a ver pronto.

Una oscuridad líquida corrió por mis venas y se extendió por todo mi cuerpo. Ni siquiera me había dado cuenta de que Callum se había quitado los guantes. Aturdida, levanté la vista hacia él. Solo podía reconocerlo a través de un velo, sus rasgos sombríos y lúgubres.

—¡Cabrón! —murmuré.

Entonces volví a perder el conocimiento.



Cuando me desperté, era por la tarde y Callum se había ido. Sobre la mesa, junto a mi silla, una sudadera negra nueva con la etiqueta aún pegada, el pergamino y una botella de agua al lado se encontraban. Callum podía ser un gilipollas, pero estaba claro que le importaba que sobreviviera, al menos hasta que le hubiera dado su mensaje a mi madre.

Gemí mientras me levantaba con dificultad. Me dolían las extremidades y la herida de la espalda me palpitaba incómodamente. Cogí la botella de agua con avidez, desenrosqué el tapón y bebí unos cuantos tragos. Luego arranqué la etiqueta de la sudadera y me la puse. Me quedaba un poco holgada, pero al menos me abrigaba. Me levanté y caminé hacia la puerta con las piernas rígidas. Cuando giré el pomo, crujió al abrirse.

Bajé vacilante los podridos escalones de madera de la cabaña y miré a mi alrededor. Como había sospechado, me encontraba en medio de la naturaleza canadiense, rodeada de coníferas cuyo resinoso olor se mezclaba con el dulce aroma del húmedo aire otoñal.

Llovía. Una lluvia fina que caía suavemente sobre mi piel y me mojaba la cara mientras avanzaba unos pasos. Un camino de tierra se extendía ante mí, serpenteando desde la cabaña hasta la orilla de un arroyo cercano. La melodía ondulante del agua se unía al fino repiqueteo de la lluvia.

Cerré los ojos un momento, respiré hondo y llené mis pulmones con el aire fresco y terroso. Era libre, y no parecía que Callum

tuviera pensado volver. Lo único que tenía que hacer era encontrar el camino a casa y olvidarme de todo.

Pensé en el pergamino. ¿Debería dejarlo en la cabaña? ¿O llevármelo conmigo y destruirlo más adelante? Si se lo daba a mi madre, tendría que contárselo todo. Y entonces se enteraría de que me había colado en una fiesta y luego me habían secuestrado. No podía ni imaginar cuántas sesiones de entrenamiento me daría por eso. Probablemente obligaría a Maureen a vigilarme día y noche para asegurarse de que no volviera a ocurrir.

¿Pero y si había algo en la historia de Callum? No creía que fuera el Príncipe de la Niebla, pero tal vez de veradad planeaba destruir al Rey de la Niebla. Estaba muy convencido de que mi madre le creería en cuanto leyera el pergamino.

Volví a la cabaña y desenrollé el papel. No había gran cosa. solo la fecha y la hora, las coordenadas y tres frases cortas:

Tengo más. Envía a tu hija de vuelta a la cabaña en la próxima luna llena. Ella será mi persona de contacto.

¡Eso era ridículo! Mi madre nunca lo aceptaría. Sin embargo, volví a enrollar el pergamino y lo rodeé con la cinta azul. Me lo guardaría en el bolsillo. Siempre podría decidir qué hacer con él más tarde.

Me puse el pergamino bajo la capucha para que no se mojara, cogí la botella de agua y seguí el camino que se alejaba de la cabaña. A cada paso era más empinado. Estuve a punto de resbalar en la tierra mojada unas cuantas veces, pero conseguí bajar sana y salva.

¿Hacia dónde? Observé a mi alrededor, esperando que algo me resultara familiar. Los árboles se alzaban a mi alrededor como gigantes verdes, sus troncos grises y nudosos, sus copas perdidas en la niebla. Los senderos serpenteaban entre ellos, a veces anchos

y abiertos, a veces estrechos y ocultos. Ninguno de ellos me ofrecía orientación.

Eso no estuba bien. Nada bien. Los bosques canadienses eran enormes. Podías perderte aquí y no encontrar nunca el camino de vuelta. Incluso en las zonas donde no había caminantes de niebla, los turistas seguían perdiéndose.

—¡Mierda!

Crucé los brazos delante del pecho para protegerme del frío húmedo que se introducía en mis extremidades. ¿Debería volver a la cabaña? Quizá hubiera un mapa de la zona en alguna parte. Era evidente que Callum quería que volviera a la Academia de Otoño y le entregara el mensaje a mi madre. Si me perdía en el bosque, me moría de hambre o me mutilaba un oso, difícilmente ayudaría a sus planes.

Una marca en uno de los troncos me llamó la atención. Alguien había tallado una daga con una luna creciente en la corteza: el símbolo de la Academia de Otoño. No podía ser una coincidencia.

Busqué entre los troncos de los árboles, tardé un rato hasta que descubrí otro símbolo a varios metros, y luego otro. Estaban bien escondidos. Cualquiera que no los buscara apenas los notaría. Los seguí adentrándome en el bosque, alejándome de los caminos trillados. En mi mente, volví a trazar la ruta que había encontrado, conectando punto por punto, marca por marca.

La luz del día se desvanecía, dejando el bosque sumido en misteriosas sombras. Los árboles eran grandes siluetas sombrías y la niebla se arrastraba inexorablemente de entre los troncos.

Aceleré mis pasos. Mis sentidos se agudizaron, mis ojos buscaban señales de peligro, mis oídos escuchaban los sonidos del bosque. Cada sombra podía ser un caminante de la niebla al acecho de una víctima, cada crujido un depredador.

Oí el sonido de un río a lo lejos. Continué mi camino, encontrando más símbolos que me indicaban la dirección correcta. Entonces, por fin, vi algo familiar entre tanta extrañeza: el lecho del río donde nos reuníamos antes de nuestras cacerías. Sabía que las otras cazadoras se sentaban a menudo alrededor de la hoguera. Una chimenea me recordó las reuniones nocturnas.

Ahora que conocía el camino a casa, mis pasos se volvieron cada vez más lentos. Solo de imaginar lo que me esperaba, mi paso se aminoró. Después de todo, había estado desaparecida durante casi un día entero. Mi madre debía de estar muy preocupada por mí. Y yo conocía su manera de expresar su preocupación. Lo que me esperaba en casa era la mayor bronca de mi vida.

6

DISPUTA ENTRE HERMANOS

—¡Eris, gracias a Dios! ¿Estás bien?

Maureen me abrazó con fuerza cuando entré en la zona de prácticas.

—Todo va bien, estoy bien —le aseguré mientras miraba la plaza por encima de su hombro.

Los mayores estaban calentando para la cacería vespertina. Vi a Keyla y Trish en uniforme de combate juntando las cabezas y mirándome, pero sin atreverse a acercarse más. No eran las únicas que cuchicheaban. Mi repentina aparición probablemente había hecho hervir la fábrica de rumores.

Maureen me soltó de su abrazo y me examinó de arriba abajo en busca de heridas. Sus ojos se detuvieron en la sudadera negra con capucha, que claramente no era mía, y luego miró las vendas de mis manos.

—Tu madre está loca de preocupación. Keyla y las otras chicas le confesaron que estabas de fiesta y desapareciste de un momento a otro. ¿Qué pasó?

—Yo… —Pensé por dónde empezar. Si le contaba lo del secuestro ahora, Maureen se asustaría, y no podía permitir eso. No si podíamos estar seguras de la atención de las otras cazadoras—. Quizá debería hablar con mi madre primero —sugerí.

—Por supuesto. —Maureen asintió en señal de comprensión, aunque estaba claro que rebosaba curiosidad y preocupación. Le di

crédito por no hacer más preguntas—. Eleonore está en su despacho. ¿Quieres que te acompañe?

—No. —Sacudí la cabeza—. Podría arrancarme la cabeza, pero tendré que pasar por ello sola.

—Ya veo. Mantén la barbilla alta.

Mi nerviosismo creció sobre medida mientras me apartaba de Maureen y caminaba hacia la sólida puerta de roble de la Academia. Estaba adornada con el símbolo de la Cazadora que me había hecho compañía en el bosque. Subí los escalones de piedra y entré en el vestíbulo. El crepúsculo caía a través de las ventanas góticas sobre las baldosas de piedra y acompañaba el eco de mis pasos. Todo estaba en silencio. Las mayores estaban en el campo de prácticas, las demás alumnas probablemente estaban sentados juntos en las salas comunes del piso superior o haciendo los deberes.

Pasé junto a los retratos de antiguas cazadoras que se alineaban en la pared del vestíbulo y giré hacia el pasillo que conducía a las aulas. El olor familiar a papel y tinta llenaba el aire. Al final del pasillo estaba el despacho de mi madre. Antes de llegar, la puerta se abrió y ella salió con el rostro tenso y una mano en la sien, como si le doliera la cabeza. Cuando me vio, sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Eris! ¿Dónde demonios has estado?

—Me han secuestrado —solté.

Hasta hace un momento había podido mantener la compostura, pero ahora los acontecimientos de las últimas horas se abatían sobre mí como una avalancha. Se me llenaron los ojos de lágrimas y las manos empezaron a temblarme. Las cerré en puños, intentando ocultar mis emociones, pero a mi madre no se le escapaba nada. Por un momento, su máscara de autocontrol cayó y dio paso a una expresión afectada.

—¿Qué quieres decir con que te han secuestrado?

Tragué saliva contra la opresión de mi garganta.

—Había un caminante de la niebla. De algún modo consiguió dominarme. Me desperté en una cabaña y… Dijo que era el Príncipe de la Niebla.

—¿El Príncipe de la Niebla? —repitió mi madre. De repente, su voz era fría como el hielo.

Algo había cambiado en su actitud. Hace un momento estaba segura de que quería darme un abrazo, pero ahora parecía aún más distante que de costumbre.

—Me dio algo para ti —dije y saqué el pergamino enrollado de debajo de la capucha.

Se lo confesé todo a mi madre. No tenía sentido ocultarle este último dato.

Me cogió el pergamino con expresión inescrutable. Sus dedos temblaron imperceptiblemente al desatar la cinta con la que estaba atado. Observé sus ojos recorriendo los números y las frases, y su piel, ya pálida, pareció palidecer un poco más.

—Es una trampa —dije con rapidez—. Sé que es una trampa.

Levantó una mano, haciéndome callar.

—¡Ahora no, Eris!

—Pero…

—¡Vete a tu habitación! Deberías descansar.

No era lo que yo esperaba. Atónita, miré a mi madre, pero sus ojos seguían fijos en el pergamino, como si viera en él algo que yo no podía ver. Sin decir palabra, se apartó de mí, entró en su despacho y cerró la puerta tras de sí. Me quedé allí de pie, con lágrimas en los ojos, sin saber qué hacer. Mi madre no me había echado la bronca, pero quizá me encontraba en el ojo del huracán.

~

—¡Eris, estamos aquí!

Keyla me saludó con la mano. Estaba de pie junto al aula con Trish y otras chicas, con su carpeta de *Historia de los Caminantes de la Niebla* bajo el brazo y una sonrisa nerviosa en los labios.

Ahogué un bostezo. La noche había sido demasiado corta. Mientras la llovizna se convirtió en una auténtica tormenta otoñal y sacudía las contraventanas de la Academia, yo estuve dando vueltas

en la cama. Mis pensamientos se habían centrado en el pergamino que Callum me dio.

¿Y si era una trampa y mi madre cayó en ella? ¿Y si no lo era? ¿Y si todo lo que Callum dijo era cierto y realmente era el Príncipe de la Niebla que quería traicionar a su padre?

No, simplemente no podía ser. Mi instinto me decía que tenía que haber algo más. Pero entonces, ¿qué esperaba Callum de todo esto?

Me acerqué a Keyla y a los demás y les devolví la sonrisa.

—¡Eh! —respondí insegura.

—¿Dónde has estado? —preguntó Keyla—. Cuando salimos de la discoteca, no pudimos encontrarte. Pensamos que ya habrías vuelto a la Academia, pero tampoco estabas aquí. Y cuando le contamos a tu madre lo de nuestro viaje, estaba tan preocupada por ti que se volvió loca. Nos amenazó con echarnos del colegio si no aparecías.

Se parecía a ella. Me encogí de hombros tímidamente.

—No tengo ni idea. Quería volver a la Academia y luego debí de perderme de camino a casa —respondí con evasivas.

No sabía qué tramaba mi madre con el pergamino, pero desde luego no le haría ninguna gracia que contara a todo el mundo lo de mi secuestro… y mucho menos que difundiera rumores sobre el Príncipe de la Niebla.

Keyla me miró con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad? ¿Llevas un día entero en el bosque?

Asentí, sintiéndome la mayor de las idiotas. ¿Qué cazadora tenía tan poco sentido de la orientación que no era capaz de encontrar el camino a la Academia?

—¿Y qué pasó con tus manos?

Trish señaló las vendas blancas.

—Me caí varias veces —murmuré, como si no fuera para tanto.

De hecho, mis heridas eran casi invisibles. Me las había mirado esta mañana. Solo la de la espalda seguía palpitando débilmente.

—¿Te caíste?

Trish no parecía muy convencida, pero el timbre del colegio me evitó dar más respuestas. Me apresuré a pasar junto a ella y entrar en el aula.

Aunque el día acababa de empezar, había mucho ajetreo. Mis compañeras hablaban entre sí, ordenaban sus trabajos o discutían las mejores técnicas de combate. Los rayos de sol entraban por las altas ventanas y dibujaban patrones caleidoscópicos en el pulido suelo de madera. Me dirigí a mi asiento habitual en primera fila. A mi izquierda, una ventana abierta a través de la cual podía ver el extenso jardín de hierbas de la Academia. Desde fuera entraba un aire fresco y terroso. Mi mirada se desvió hacia el proyector, cuyo silencioso zumbido llenaba la sala. Probablemente, la profesora Silverstone tenía preparada otra presentación: era su especialidad.

—¡Eh, Eris!

Emma, una alumna del primer ciclo, se paró de repente junto a mi mesa. Levanté la vista, sorprendida.

—¿Sí?

—Me envía tu madre. Dice que debes ir a su oficina durante tu hora de almuerzo.

—Ah, vale. Gracias.

Asentí con la cabeza a la chica rubia de la coleta y bajé los ojos a mis papeles del colegio. No era la primera vez que mi madre enviaba a una de mis compañeras para citarme, y odiaba que lo hiciera. Solo hacía que mi papel como hija de la directora cobrara más importancia. Estaba segura de que las otras chicas escucharon la breve conversación entre Emma y yo, porque literalmente podía sentir sus miradas curiosas sobre mí. En un día normal esto habría sido bastante incómodo para mí, pero hoy podía prescindir de cualquier atención.

Mientras pensaba en lo que mi madre quería de mí y en si, después de todo, iba a conseguir que me echaran la bronca, la profesora Silverstone entró en la clase. Las alumnas se callaron de inmediato cuando la mujer alta del moño se acercó a la mesa. Llevaba una falda larga gris y una blusa morada. De su cuello colgaba un colgante de plata con forma de daga en miniatura, recuerdo de sus días como cazavampiros activa.

—Señoritas, hoy queremos repasar la historia de la primera Cazadora —empezó, mirando seriamente al grupo—. Por favor,

vayan a la página 56 de sus libros de texto. Señorita Archer, ¿sería tan amable de leer en voz alta el primer párrafo?

Crujió el papel y oí la voz de Kathy Archer leyendo entrecortadamente:

Los orígenes de las Cazadoras se remontan al siglo XVII. A una época en la que aún había tres Reyes de la Niebla, hermanos que gobernaban el mundo de la Niebla. El poder del Oro de Otoño era nuevo y desconocido, un poder que querían aprovechar para crear el arma definitiva, una que asegurara su dominio para siempre. Pero en su codicia y lucha por el control de este poder abrumador, no pudieron llegar a un acuerdo. En su lugar, confiaron esta tarea a su hermana menor, creyendo erróneamente que podrían manipularla con facilidad.

Pero la hermana menor luchó contra sus hermanos y utilizó el poder del Oro Otoñal no para controlar, sino para defenderse. Se convirtió en la primera cazadora, un faro de luz contra la oscuridad propagada por sus hermanos.

A lo largo de los siglos, el legado de la primera cazadora ha continuado y evolucionado. Hoy en día, las Cazadoras se entrenan en la Academia de Otoño, un baluarte de educación y resistencia contra los Caminantes de la Niebla. La Academia solo selecciona mujeres que han sido bendecidas con el don del Oro de Otoño. Son sobrenaturalmente fuertes, inimaginablemente rápidas y hábiles. Son la última línea de defensa contra las sombras, la llama eterna en la oscuridad, el legado vivo de la primera Cazadora.

—Muchas gracias, señorita Archers. Bueno, lo admito, el texto es un poco turgente —dijo la profesora Silverstone mientras cogía el mando a distancia del proyector y pulsaba un botón. Un dibujo de los tres reyes de la niebla se proyectó en la pared—. Pero eso no debe impedirnos ahondar en la historia de origen de las cazadoras.

Señorita Lancaster, ¿puede decirnos algo más sobre los tres caballeros aquí presentes?

—Por supuesto. —Trish se aclaró la garganta—. Estos son los tres Reyes de la Niebla. Viajaban por los bosques canadienses a principios del siglo XVII. Eran comerciantes de pieles y estaban a la caza de zorros y castores. Pero en su lugar encontraron el oro de otoño, una piedra que abría un portal al mundo de las brumas y les otorgaba poderes insospechados.

—Muy bien. Señorita Malloy, ¿por qué no nos cuenta cómo surgió la pelea entre los hermanos?

La profesora Silverstone pulsó el mando a distancia y la imagen cambió, esta vez a una escena espantosa. Dos de los Reyes de la Niebla yacían muertos en el suelo, con los rostros contorsionados en una expresión de terror y traición. El tercer rey, el superviviente, estaba entronizado sobre ellos, con el oro otoñal aferrado triunfalmente en su mano ensangrentada.

—Muy gráfico —murmuró una de las chicas con disgusto.

Los demás se rieron. La profesora Silverstone tenía predilección por esas escenas sangrientas. No pasaba una presentación sin que viéramos al menos dos o tres imágenes de ese tipo.

—La codicia de poder llevó a los hermanos a la perdición —empecé, con la mirada fija en el espantoso cuadro de la pared—. Cada uno de los tres intentó hacerse con el oro de otoño. Casimiro y Benito, los dos hermanos mayores, lucharon entre sí hasta que ambos murieron en una feroz batalla. El hermano menor, Alarico, sobrevivió. Se convirtió en el único gobernante del Mundo Brumoso.

La profesora Silverstone asintió mientras lanzaba una diapositiva con la foto de Alaric a la pared. Escruté al joven de hombros anchos, labios carnosos y frente alta. ¿Se parecía Callum a él? ¿Era realmente el Príncipe de las Brumas? Y si era así, ¿cuántos años tenía? ¿Varios cientos de años? Y yo que pensaba que era un joven normal.

No es el Príncipe de la Niebla. No puede ser él, traté de tranquilizarme.

Pero me quedó una pequeña duda que me acompañó durante el resto de la lección.

~

—¿Buscas algo en particular, amor?

—¿Eh?

Aparté los ojos del libro que sostenía y miré hacia abajo. La señora Leclerc, la bibliotecaria del colegio, estaba de pie junto a la escalera en la que yo hacía equilibrios. La mujercita de pelo gris, vestido y rebeca verde oscuro me observaba con curiosidad por encima del borde de sus sencillas gafas plateadas mientras bebía un sorbo de su taza de té floreada. El olor a salvia me llegó a la nariz mientras bajaba por la escalera.

Teníamos un inesperado periodo libre, y en lugar de presentarme ante Maureen para el entrenamiento de combate, había pasado los últimos treinta minutos intentando averiguar todo lo que podía sobre el Rey de la Niebla… o, mejor dicho, si tenía un hijo. Pero no había llegado muy lejos. La mayor parte del texto se centraba en la historia de la creación del Mundo de las Brumas y la primera Cazadora, la disputa entre los hermanos y la victoria de Alarico. Todo lo que seguía era incompleto y fragmentario.

La señora Leclerc cogió el libro de mi mano y leyó el título. *El origen del mundo brumoso. Un tratado*.

—El libro es una basura —se dio cuenta—. ¡Deberías preguntarme a mí si buscas algo! Conozco al dedillo todos los libros de estas cuatro paredes.

Hizo un gesto de barrido que incluía las altas estanterías de roble oscuro, las largas mesas de lectura pulidas y el fresco del techo pintado con adornos que representaba un bosque otoñal. No me cabía duda de que la señora Leclerc era la persona perfecta con la que hablar, pero dudé en confiarle algo. Al final, decidí contar una mentirijilla piadosa.

—Estoy escribiendo una redacción sobre el Rey de la Niebla y su historia. ¿Sabes si tiene descendientes? ¿Un hijo tal vez?

—¿Un hijo? —La señora Leclerc frunció el ceño—. Es una pregunta interesante. ¿Qué te hace pensar eso?

—Yo… solo me preguntaba quién gobernaría el Mundo de la Niebla si el Rey de la Niebla muriera.

—Querrás decir *si* alguna vez muere —me corrigió la señora Leclerc—. Por lo que sabemos, el oro de otoño le ha dado al Rey de la Niebla el poder de la vida eterna.

—Pero se le puede matar —insistí—. La muerte de sus hermanos lo demuestra.

—Es cierto. —La señora Leclerc pareció pensárselo un momento, luego se subió las mangas de la rebeca, se acercó a una de las estanterías y sacó un grueso libro encuadernado en cuero. Mientras hojeaba el libro, observé el tatuaje de su brazo: un delicado dibujo entrelazado de hojas de roble y runas antiguas.

—Aquí está. Siempre he encontrado este pasaje un poco extraño. Pero si asumes que el Rey de la Niebla tiene un hijo, tiene mucho sentido.

Colocó el libro en una de las mesas de lectura, encendió la antigua lámpara de latón y se hizo a un lado para que yo también pudiera leer el párrafo.

Marzo, 2002

La Academia ha sido atacada. Los Caminantes de la Niebla confían en la victoria. Hablan de un vástago que lleva el eco de la vieja sangre. Dicen que será nuestra perdición. El susurro del viento que recorre los valles brumosos trae palabras de cambio.

—¿Quién escribió esto? —pregunté mientras mis dedos recorrían las palabras escritas con tinta.

La señora Leclerc negó con la cabeza.

—Es de las Crónicas de la Academia, que las Cazadoras escriben año tras año. No tiene nombre. Pero quienquiera que fuese probablemente tenía un don para lo dramático.

Los latidos de mi corazón se aceleraron. Dramática o no, la entrada proporcionaba una pista de que el Príncipe de la Niebla podría existir en realidad. Eso era preocupante, porque si existía un Príncipe de las Brumas, no podía descartarse que Callum estuviera diciendo la verdad.

7

NO SOY MATA HARI

—¡No puedes hablar en serio!

Me levanté de un salto del banco donde mi madre y yo habíamos almorzado. Había insistido en que cogiéramos algo de la cantina y nos sentáramos fuera. Pero después de la bomba que acababa de soltar, más valía que nos hubiéramos quedado sin comer, porque ahora, desde luego, no iba a poder terminar ni un bocado más.

—¡Siéntate, Eris! —ordenó mi madre con frialdad mientras miraba a su alrededor y sonreía a un pequeño grupo de colegialas que nos miraban con curiosidad—. Tus compañeras ya se están preguntando por qué montas tanto jaleo.

Me detuve, con el bocadillo aún en la mano, sin saber qué hacer con él. De hecho, no me habría importado tirárselo a la cara a mi madre.

—¿Quieres que vuelva a reunirme con mi secuestrador? —siseé, atónita.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—No seas tan melodramática. Después de todo, te dejó ir. Y parece que tiene información valiosa para nosotras.

Resoplé. Era curioso: normalmente, la idea de que pudiera haberme pasado algo bastaba para que mi madre entrara en pánico, pero ahora estaba dispuesta a arriesgar mi vida por información. Información que probablemente solo pretendía despistarnos.

—No podemos confiar en Callum. ¿Te crees toda esta historia de que es el Príncipe de las Brumas y quiere derrocar a su padre?

Mi madre me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia el banco del parque.

—No conozco sus intenciones, pero sí, hay buenas razones para creer que es el Príncipe de la Niebla.

—¿Cuáles? —quise saber.

—¿Perdón?

Mi madre parpadeó irritada, como si mi pregunta fuera absurda. Como si fuera completamente absurdo que yo hiciera preguntas en lugar de obedecerla ciegamente. Apreté los dientes.

—¿Qué razones? ¿Por qué estás tan segura de que es el Príncipe de la Niebla?

—No es información que pueda compartir contigo, Eris —respondió secamente—. Lo que te pido es que te presentes en la cabaña de la que habló el Príncipe de la Niebla en la próxima luna llena. Averigua cuáles son sus verdaderos planes, encuentra sus puntos débiles y utilízalo como él te ha utilizado a ti.

Encuentra sus debilidades. Úsalo.

Las palabras tenían mal sabor. ¿Quién se creía mi madre que era? ¿Mata Hari?

—¿Y si me hace algo? —pregunté.

—Ya te dejó ir una vez. Lo hará de nuevo.

Mi madre parecía muy segura de sí misma, pero no había estado allí cuando Callum me había robado el conocimiento con un solo toque de sus manos. Era superior a mí y todos mis poderes de cazavampiros no podrían salvarme si él me quería muerta.

—¿Y la fecha y las coordenadas que te dio? —le pregunté—. ¿Vas a investigarlo? ¿Y si es una trampa?

—Tenemos que averiguarlo —dijo mi madre con voz tranquila—. Enviaré a un puñado de cazadoras a la coordenada.

No podía creer que tuviera tanto control. Hablaba de mis compañeras de clase, con cuyas vidas estaba jugando.

—¿Y si la envías a la muerte?

Mi madre bajó la cabeza.

—Bueno, espero que no. Tendrás cuidado, y…

—¿Tendrás? —la interrumpí.

—Dirigirás el grupo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de rabia.

—No soy más que un peón para ti —acusé a mi madre, pero ella negó con la cabeza.

Cuando me miró, había determinación en su mirada.

—No, Eris. Tú eres mi reina. Pero un buen jugador de ajedrez también debe estar dispuesto a arriesgar su pieza más valiosa si quiere ganar.



Después de la conversación con mi madre, temblaba de rabia. Nunca había sido especialmente cariñosa —estaba acostumbrada a ello—, pero ahora su comportamiento era frío y calculador. Estaba dispuesta a poner mi vida en peligro.

Y, sin embargo, de algún modo la comprendía. Sí, yo era su hija, pero había mucha más gente de la que se preocupaba. Las estudiantes de la Academia, los profesores y, por último, pero no menos importante, aquellos a los que protegíamos de los Caminantes de la Niebla. ¿Y si realmente hubiera una forma de destruir al Rey de la Niebla? ¿Y si pudiéramos acabar con la guerra de una vez por todas? ¿No valía la pena arriesgar algo?

La campana de la gran torre del reloj dio la una: hora de volver a clase. Pero la idea de ir ahora a *Estudios Mágicos Avanzados* y escuchar las divagaciones del profesor Ludwig sobre su estancia en la Academia de Invierno me hizo desfallecer. En lugar de eso, rodeé la Academia y caminé hacia el jardín.

Venas plateadas recorrían la fachada de ladrillo rojo del edificio. Eran un recordatorio constante de que teníamos que defendernos de los Caminantes de la Niebla. El contacto con la plata era doloroso para ellos y les quemaba la piel. Nuestras dagas eran de plata por la misma razón. La próxima vez que me encontrara con Callum, sin duda llevaría la mía conmigo. Estaba segura de que no me salvaría, pero era un comienzo.

El jardín, al que llegué por un estrecho camino de grava, era un caleidoscopio de colores otoñales. Las hojas de los árboles eran de un dorado brillante y un burdeos intenso. El olor a hojas húmedas y tierra fresca flotaba en el aire, salpicado por el dulce aroma de las manzanas caídas. El viento traía hasta mí las risas lejanas y las conversaciones de las otras alumnas, una suave melodía que luchaba contra el crujido de mis pasos.

Sentí un escalofrío, una frialdad que parecía provenir de lo más profundo de mí. Era el regusto de la pelea con mi madre, una mezcla de rabia, desesperación y decepción que parecía corroerme por dentro. Pero tenía un trabajo que hacer, no solo como su hija, sino como parte de la Academia, como defensora de los Caminantes de la Niebla. Cerré los ojos, respiré hondo y dejé que el calor del sol otoñal aclarara mis pensamientos.

Cuando volví a abrir los ojos, miré la Academia. Sus paredes rojas, las venas plateadas y la alta torre del reloj. Este era mi hogar, el lugar que tenía que proteger. No importaba si me gustaban las decisiones que tomaba mi madre. Teníamos un enemigo común. Y yo haría cualquier cosa para destruirlo.



—¿Así que de verdad no quieres decirme dónde has desaparecido durante tanto tiempo? —preguntó Maureen mientras bloqueaba sin esfuerzo uno de mis puñetazos.

Era el final de la tarde. Hora de mi entrenamiento de lucha. Hora de dejar que Maureen me diera unos buenos azotes.

Había decidido que hoy lucharíamos sin armas, lo que significaba que yo recibiría algunos golpes no muy agradables. Maureen era rápida y ágil, y siempre parecía ir un paso por delante de mí. Era como si se anticipara a todos mis golpes y patadas.

Esquivé una patada lateral y salté hacia atrás para ponerme a salvo. El sudor me caía por la frente y me escocía los ojos. El chándal se me pegaba desagradablemente a la piel.

—Sabes que no me está permitido hablar de ello —respondí, jadeando—. Mi madre me lo ha prohibido.

—Eleonore es muy buena prohibiendo cosas.

Maureen arremetió con el puño y yo esquivé el golpe en el último momento.

—Vale, pausa —exigí.

Me aparté de Maureen y me dirigí al fondo de la sala de entrenamiento para beber agua y secarme el sudor de la cara. Me esforcé por recuperar el aliento mientras intentaba pensar febrilmente en una forma de escapar de la conversación con mi entrenadora. Sabía que no dejaría de indagar. Y me habría encantado contárselo todo. Pero mi madre me arrancaría la cabeza si lo hacía, y me gustaba mi cabeza.

—¿Qué tal la reunión con Josh? —pregunté para distraer a Maureen.

—Bien. —Había algo acechando en su voz. Ella vio a través de mi maniobra de distracción—. Eris, lo que pasó después de esa fiesta, me lo puedes decir. No importa lo que diga tu madre.

—Lo sé. —Me volví hacia ella y puse una cara que decía exactamente lo contrario—. ¿Continuamos?

Suspiró.

—Bueno, está bien. Trabajemos en tu patada frontal. Es muy débil.

—Bueno, muchas gracias.

—Oye —levantó las manos disculpándose—, solo estoy siendo sincera.

—¿No puedes ser un poco menos honesta? —refunfuñé.

—Lo intenté una vez. Me sentí mal.

Maureen se encogió de hombros y yo me reí contra mi voluntad. Por un momento, Callum y mi madre cayeron en el olvido. Reanudamos nuestro entrenamiento y me perdí entre patadas frontales y puñetazos, bloqueando todo lo demás a mi alrededor. Pero eso no duraría mucho. La fecha que aparecía en el pergamino que Callum me había dado era de solo cuatro días en el futuro.

8

PESADILLA ALREDEDOR DE LA HOGUERA

Campamento de Aventura Lago Azul.

Mis ojos sobrevolaron las letras azules y amarillas de un cartel de madera situado sobre la entrada. Miré a mis compañeras, preguntándome si se sentirían tan incómodas como yo. Esto era un campamento de otoño para adolescentes. E independientemente de si las coordenadas que nos había dado Callum eran una trampa, o si realmente era inminente un ataque de los Caminantes de la Niebla, me preocupaba que los adolescentes quedaran atrapados en el fuego cruzado.

Aprovechamos las sombras del atardecer para colarnos en el lugar sin ser vistas. El campamento se extendía a lo largo de la orilla protegida del viento de un enorme lago oscuro y brillante. La superficie lisa del agua reflejaba el cielo azul grisáceo, en el que ya asomaban las primeras estrellas pálidas. Varias canoas de colores yacían en la orilla, un poco a un lado.

En el centro del campamento ardía una hoguera alrededor de la cual se habían reunido varios chicos y chicas. Reían y charlaban. Olía a leña quemada y a algo dulce, probablemente malvaviscos asados. La hoguera bañaba las cabañas de madera circundantes con un cálido resplandor. Los restos del día yacían esparcidos por la hierba: una mochila olvidada, una gorra de béisbol y unos cuantos *frisbees* y pelotas tirados descuidadamente a un lado. Aquí y allá se divisaban hamacas entre los árboles, balanceándose abandonadas al viento.

A pesar del ambiente pacífico, la tensión entre nosotras, las cazadoras, era palpable. Sabíamos que la escena podía convertirse en un campo de batalla en cualquier momento. Pero por ahora, lo único que podíamos oír eran las alegres voces de los campistas contándose historias, acompañadas por el canto de los grillos y las risas ocasionales de algún adolescente.

—¡Qué asco! Qué asco —susurró Keyla, que caminaba a mi lado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué clase de monstruo ataca un campamento juvenil? Los chicos no tienen más de catorce o quince años.

—¿Qué esperas? ¿Que los Caminantes de la Niebla de repente desarrollen conciencia?

—No es que no sean capaces de hacerlo.

Me encogí de hombros. Para ser sincera, en ese momento no me importaba el sentido de la moralidad de los Caminantes de la Niebla. A diferencia de mis compañeras, que creían que la información sobre el ataque procedía de una fuente fiable, a mí me preocupaba algo totalmente distinto. Si se trataba de una trampa, quizá los Caminantes de la Niebla ya nos estaban esperando y habían caído de una emboscada. Escudriñé los arbustos y árboles circundantes que soplaban suavemente al viento y traté de divisar a los posibles atacantes.

—¡Allí! —Sonja señaló con la cabeza una de las cabañas, donde un tipo alto y moreno estaba apoyado en la pared de madera y hablaba con una de las chicas. Ella soltó una risita y siguió pasándose los dedos por el pelo mientras hablaban. Era evidente que estaban flirteando el uno con el otro.

—¿Crees que es un caminante de la niebla? Parece mayor que ella.

—Quizá se quedó atascado unas cuantas veces —conjeturó Kathy.

—Si te ves tan bien, no te quedarás sentada —replicó Trish con convicción.

Parecía a punto de desenvainar su daga de plata y cargar contra el tipo.

—Oh sí, no veo qué tiene que ver la belleza con la inteligencia. Además, no podemos matarlo solo porque a ti te parezca sexy —intervino Keyla en la conversación.

—¡Chicas! —intenté llamar al orden a mis compañeras, pero caí en saco roto.

—Nunca dije que me pareciera sexy. —Trish sonaba ofendida.

—Dijiste que era guapo.

—Esa es una afirmación puramente objetiva. ¿O no está de acuerdo?

—¡Eh, miren la hoguera! —siseé, silenciando por fin la conversación.

Allí se había reunido un grupo de hombres y mujeres jóvenes, todos ellos extremadamente guapos y ajenos al resto de participantes en el campamento, como era de esperarse. Vi cómo una mujer de pelo rubio rizado se inclinaba hacia uno de los jóvenes sentados alrededor de la hoguera y le susurraba algo al oído. Él la miró y ella le dedicó una sonrisa seductora, que él devolvió asombrado. El chico no tenía ninguna posibilidad. Bajó el palo con el que había estado pinchando la hoguera, se levantó y la siguió.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Keyla.

Los ojos de mis compañeras se volvieron hacia mí. Era mi misión, pero me sentía impotente. Aunque mi madre lo quisiera: yo no era un líder. Era una luchadora solitaria. Y el luchador solitario que había en mí quería ir tras la rubia y el adolescente que acababan de desaparecer entre los árboles.

Respiré hondo y miré a mi alrededor.

—¡Sonja, tú sigue a la rubia! ¡Trish, encárgate del tipo que habla con la chica!

—¡Sí, Trish, coge a Mr. Sexy! —Keyla sonrió, pero enseguida volvió a ponerse seria cuando levanté las cejas.

—¿Qué hacemos los demás?

—Vigilaremos a los otros caminantes de la niebla. Es demasiado pronto para intervenir. Podrían aparecer más.

—¡Un plan sólido!

Keyla me chocó el hombro de forma amistosa, pero yo estaba demasiado nerviosa para reaccionar. Si algo salía mal y una de las

chicas o un participante del campamento resultaba herido, sería culpa mía.

Sonja y Trish desaparecieron y yo volví a observar al grupo alrededor de la hoguera. Conté cuatro caminantes de la niebla. solo quedábamos tres, pero estaba segura de que podríamos con ellos. Al menos mientras…

—¡Mierda! —Keyla me miró alarmada.

Yo también lo oí: el susurro melódico de varias voces abriéndose paso en la oscuridad.

—Probablemente sean una docena de Caminantes de la Niebla. —Kathy intentó sonar controlada, pero pude oír el miedo en su voz.

Había demasiados. Demasiados.

Todo dentro de mí gritaba que me retirara. Tenía que proteger a las otras cazadoras, pero no podíamos abandonar a los campistas a su suerte. Me apresuré a buscar a Trish y Sonja. Trish se había detenido y nos miraba. Ella también era consciente de la gravedad de la situación. Pero Sonja hacía tiempo que había desaparecido entre los árboles. No podríamos contar con su ayuda y solo podía rezar para que no se encontrara con más caminantes de la niebla en el bosque.

—¡Ya vienen!

Keyla señaló hacia los árboles y arbustos que había detrás de la hoguera. Varias figuras oscuras surgieron de las sombras y caminaron hacia los jóvenes. Los campistas se inquietaron, algunos hicieron ademán de levantarse, pero los susurros los envolvieron y calmaron, confundiendo sus sentidos. Los caminantes de la niebla les drenarían la energía vital uno a uno si no hacíamos nada.

—Tenemos que intervenir —decidí sin más dilación—. ¡Ya! ¡Ya!

Me levanté de un salto, seguido por Kathy y Keyla. Salimos corriendo de nuestro escondite, directas a los brazos del enemigo. Los Caminantes de la Niebla retrocedieron, sorprendidos por nuestra repentina aparición. El murmullo cesó un instante antes de reanudarse, esta vez más fuerte, más furioso, como el silbido amenazador de una serpiente.

Al menos no parecían haber esperado que apareciéramos. Callum no nos había tendido una trampa. Eso era un alivio, aunque nuestras

posibilidades de ganar esta pelea no eran demasiado buenas. Éramos tres, cuatro con Trish, y nos enfrentábamos a una veintena de hombres. Pero no podíamos dejar que eso nos intimidara.

Mientras corría, desenvainé mi daga y me abalancé sobre el Caminante de la Niebla que tenía más cerca. Se agachó ante mi ataque y me apuntó a la cara con el puño. Salté a un lado, sentí la fría brisa de su movimiento en la piel y devolví el golpe. Mi daga encontró su objetivo y el caminante de la niebla cayó, disolviéndose en nubes de vaho y niebla. Uno menos, solo quedaban dos docenas más.

El caos se desató a mi alrededor. Keyla se movía en una danza mortal con tres caminantes de la niebla que la rodeaban. Kathy y Trish luchaban codo con codo, ambas en una mezcla arremolinada de determinación y rabia.

Los participantes en el campamento habían salido de su estupor. Gritaron de pánico, corrieron, tropezaron y cayeron sobre objetos que dejaron tirados. Una silla plegable en la que estuvo sentado uno de los jóvenes fue derribada y cayó al fuego. Las llamas se extendieron con avidez hacia la madera.

Oí un grito, seguido de un ruido sordo. Uno de los chicos cayó sobre una de las canoas mientras intentaba escapar. Un caminante de la niebla se inclinaba sobre él y me susurraba. El chico parecía débil, con los ojos muy abiertos por el pánico, mientras el monstruo absorbía su energía lenta pero inexorablemente.

—¡No! —grité y me lancé sobre el caminante de la niebla.

Fue rápido. Con un solo movimiento, me esquivó y salí despedido hacia atrás. Mi cuerpo golpeó con fuerza el suelo junto a la hoguera ardiente. Una ola de calor me recorrió la piel, acompañada de un fuerte olor a madera quemada. Las cenizas se arremolinaron y se introdujeron en mis ojos, haciéndolos arder y lagrimear.

Por un momento, todo fue un borrón de luces y sombras, dolor y ruido. Los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos y se fundían con el bullicio que me rodeaba. Los gritos desesperados de los jóvenes, el fuego crepitante, los sonidos de la batalla y los susurros sibilantes de los caminantes de la niebla llenaban el aire.

Me puse en pie. El corazón me martilleaba en el pecho mientras intentaba concentrarme en lo que me rodeaba: en la posición del Caminante de la Niebla y en los gemidos del chico, cada vez más débiles. Pero sin una visión clara, estaba perdida, mi orientación normalmente nítida era confusa y el mundo que me rodeaba un caos arremolinado.

Pero tenía que hacer algo. Tenía que ayudar al chico.

Aferré mi daga y di un paso delante del otro, entrecerrando los ojos para distinguir algo más que meras siluetas. Mi pie chocó contra algo y perdí el equilibrio, cayendo sobre la hierba. Mis manos buscaron a tientas el obstáculo sobre el que había caído y encontraron una mano, un brazo.

Un cuerpo.

Era el muchacho al que había intentado salvar. Su piel estaba fría, como si le hubieran drenado toda la vida, y ya no se movía.

—No —susurré—. No, no, no.

Todo fue culpa mía. Debería haber sido más rápido. Debería haber…

Ya no había tiempo para reproches. Una mano me agarró bruscamente por la nuca y tiró de mí hacia arriba.

—¿Aún no has tenido bastante? —oí el siseo del caminante de la niebla en mi oído.

Levanté la daga para defenderme, pero me agarró la mano y me la retorció. Su rostro se contorsionó cuando su piel tocó la plata de la daga. Olía a carne quemada, pero el caminante de la niebla no cedió. Un dolor agudo me recorrió la muñeca. Me negué a soltar el arma. Ya me la habían arrebatado una vez, y no me ocurriría una segunda vez. En lugar de eso, pateé con todas mis fuerzas. Mi pie alcanzó el tobillo del caminante de la niebla. Se dobló y ambos caímos al suelo. Pero él ya estaba encima de mí y volvió a forcejear conmigo.

Luchamos ferozmente. De algún modo, consiguió retorcerme la mano para que la punta de mi daga me apuntara a la cara. Sentí cómo me cortaba la piel de la mejilla, sentí el calor pegajoso de la sangre abriéndose paso por mi cara.

—Ahora morirás —siseó el caminante de la niebla, con la cara tan cerca de la mía que pude percibir el olor acre de su aliento.

—Famosas últimas palabras —oí que se burlaba Keyla. El Caminante de la Niebla se disolvió y reconocí su silueta junto a mí, con una mano extendida hacia mí. En la otra, aún sostenía su daga de plata, que había clavado en la espalda del Caminante de la Niebla —. ¿Estás bien?

—Creo que sí.

Me temblaba la mano cuando agarré la de Keyla y dejé que me pusiera en pie. Solo podía reconocer vagamente mi entorno. Todo estaba más tranquilo. ¿Significaba eso que habíamos derrotado a los Caminantes de la Niebla?

—Parece que tenemos la situación bajo control —oí decir a Keyla. Sonaba exultante, probablemente por toda la adrenalina que aún corría por su cuerpo.

Pero yo solo podía pensar en el niño que yacía muerto en la hierba. Keyla se equivocaba: no teníamos absolutamente nada bajo control.

9

UN MEDIO PARA UN FIN

Mis pasos se convirtieron en un suave susurro cuando llegué al borde del claro donde se alzaba la vieja cabaña de madera. Parecía un fantasma de mi pasado, mudo y amenazador bajo el resplandor plateado de la luna llena que brillaba a través de las otoñales copas de los árboles desnudos. Un viento frío hacía crujir las ramas caídas a mi alrededor. Todo dentro de mí gritaba que me pusiera en pie y diera media vuelta, que volviera a la Academia. Pero mi madre no lo permitía.

Tras el desastre del *Campamento de Aventuras del Lago Azul*, había dejado claro que no toleraría más errores de ese tipo. A sus ojos, yo había fracasado por enviar a mis compañeras a la batalla sin tener una visión de conjunto. Había actuado precipitadamente y me había dejado llevar por mis emociones, y ahora uno de los campistas estaba muerto.

Si volvía ahora sin haber conseguido nada, perdería para siempre el respeto de mi madre. Así que levanté la mano, que sentía demasiado pesada, y golpeé contra la áspera madera de la cabaña.

Nadie respondió.

Giré el pomo con lentitud, empujé la puerta, que chirrió sobre sus goznes, y miré con cuidado en el interior. La cabaña estaba vacía. Parecía más ordenada que la última vez. Las huellas de la pelea habían desaparecido, al igual que las botellas vacías. En la

chimenea ardía un fuego crepitante y en la mesa, en el centro de la habitación, había un pequeño termo y dos tazas.

¿Qué se suponía que era esto? ¿Una fiesta de café?

—¿Vas a entrar o te vas a quedar ahí fuera mirando al vacío el resto de la noche?

La voz de Callum, fría y burlona, me hizo estremecer. Mi cuerpo reaccionó instintivamente. Giré sobre mí misma y salté hacia atrás, chocando contra el marco de la puerta con demasiada brusquedad. Callum levantó las cejas divertido.

—Bueno, ¿estamos particularmente nerviosos hoy?

—Solo porque mi madre me dijo que no te matara —gruñí, mirándole de arriba abajo.

Llevaba una camisa de lino negra con las mangas remangadas para mostrar sus antebrazos bien entrenados, pantalones negros y botas negras. En las manos llevaba los mismos guantes de cuero ajustados que la última vez que nos vimos. Sostenía dos gruesos troncos que, obviamente, acababa de traer de un refugio seco cercano. Como no hice ademán de entrar en la cabaña, me empujó y se arrodilló frente a la chimenea para echar la leña.

—Así que tu madre me creyó —dijo sin volverse hacia mí. Ni siquiera parecía un poco sorprendido.

—Sí —admití a regañadientes.

Aún no tenía ni idea de por qué mi madre estaba convencida de que Callum era el Príncipe de las Brumas. Era de todo menos crédula. Pero la pista que nos dio el ataque fue valiosa. Había salvado muchas vidas. Y tal vez podríamos salvar aún más con su ayuda.

Lo observé furtivamente, preguntándome si mi primera impresión me había engañado y si en verdad era el Príncipe de la Niebla. Era mucho más poderoso que otros Caminantes de la Niebla, de eso no cabía duda. Recordé la entrada de las crónicas de la Academia. Era de 2002.

—¿Cuántos años tienes? —solté.

—Veintiuno.

Eso encajaba. ¿Pero era prueba suficiente?

—¿Y en qué mes naciste?

—¿Por qué? ¿Quieres calcular mi ascendente y ver si somos compatibles? Basta de preguntas. —Callum se levantó y se quitó la ceniza de las manos. Sus ojos negros como el ópalo permanecían fijos en mí, con una expresión inquebrantablemente sombría, aunque ahora había cierta burla en ella—. ¡Quiero verte aquí todos los domingos a medianoche a partir de ahora!

Torcí la boca en una mueca torturada.

—¿Qué se supone que es esto? ¿Una cita?

Una sonrisa cínica cruzó su rostro.

—Puedes llamarlo como quieras. Pero vendrás porque quieres información. Porque la necesitas.

Sentí que la ira y la frustración crecían en mi interior. ¿Cómo podía estar tan seguro de sí mismo? Pero algo más se agitó también en mi pecho, una pequeña chispa de curiosidad. Por mucho que odiara admitirlo, Callum tenía razón. Necesitábamos los conocimientos que él poseía si queríamos tener alguna oportunidad contra los Caminantes de la Niebla.

—¿Qué quieres por ello? —quise saber.

Todo tenía un precio, y yo estaba segura de que Callum aún no le había puesto nombre al suyo. Mi madre estaba tan interesada en la información que tenía para nosotros que lo ignoró por completo. Pero no iba a involucrarme tan fácilmente en un juego cuyas reglas desconocía.

—Siempre en guardia, princesa. Apuesto a que harás que tu madre se sienta muy orgullosa.

Resoplando, di un paso dentro de la cabaña. Si Callum pensaba eso, es que aún no había conocido a mi madre.

Frunció el ceño.

—¿Qué te ha pasado en la mejilla?

Inconsciente, me llevé la mano a la cara. La herida que el caminante de la niebla me infligió en la pelea casi se había curado, pero estaba dejando una antiestética cicatriz.

—No es nada —respondí evasiva, evitando la mirada de Callum.

Dio un paso hacia mí, me puso el dedo índice bajo la barbilla y me obligó a mirarle.

—Querías saber lo que exijo por la información que obtienes de mí: honestidad. Así que, ¿qué tal si empezamos por lo que te pasó en la mejilla?

—Solo un percance en la batalla. Estábamos en el *Campamento de Aventuras del Lago Azul* y uno de los Caminantes de la Niebla me sorprendió.

Di un paso atrás, me zafé del agarre de Callum y crucé los brazos delante del pecho a modo de defensa. No me gustaba admitir mi debilidad.

—¿Estuviste entre las cazadoras que lucharon? —preguntó incrédulo.

—Yo las guié.

…y fracasó, añadí en mi mente, y sentí como si pudiera sentir el cuerpo sin vida del chico bajo mis manos una vez más. No fui capaz de salvarle.

—Pero solo eres una estudiante —objetó Callum.

Su mirada delataba pura incomprensión.

—¿Y qué?

Levanté la barbilla desafiante. Sí, no todo había salido a pedir de boca, pero eso no significaba que una alumna de la Academia de Otoño no fuera capaz de dirigir una misión así.

—Que yo sepa, hay cazadoras totalmente entrenadas para este tipo de cosas. ¿Dónde estaban?

—Mi madre no quería que se involucraran hasta estar segura de que no era una trampa.

—Así que envió a su única hija. —Callum sonaba casi enfadado ahora—. ¿Cuántas eran?

No las suficientes…

—Éramos cinco.

Callum exhaló con un bufido.

—Dile a tu madre que deje de arriesgar la vida de su hija o se acabó el trato.

¿Qué significa eso ahora?

Sacudí la cabeza con rabia.

—¿Qué te importa si vivo o muero?

Salvó los últimos metros que nos separaban con pasos rápidos y me agarró por los codos. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos.

—Me importa porque eres mi persona de contacto y no me apetece buscar una nueva. —Se apartó de mí de un tirón—. Además, en el futuro vendrás dos horas antes para que pueda entrenarte. No quiero que vuelva a pasar algo así.

¿Qué se creía que estaba haciendo? Yo sabía pelear, lo había aprendido desde niña. Y Maureen y yo entrenábamos de la mañana a la noche. Definitivamente no necesitaba lecciones de alguien como él.

—No, gracias —apreté con calma entre los dientes.

—Eso no fue una oferta.

—Todavía lo rechazo.

Me lanzó una mirada desafiante.

—¡Entonces espero que te diviertas explicándole a tu madre por qué nuestro trato está fracasando! Obviamente, para ella no eres más que un medio para conseguir un fin.

—¡Cállate! —le siseé.

Sus palabras tocaron una fibra sensible.

Pensé en lo que me había dicho mi madre: *Eres mi reina, Eris. Pero un buen jugador de ajedrez también debe estar dispuesto a arriesgar su pieza más valiosa si quiere ganar.*

Se me hizo un nudo en la garganta al pensarlo y un temblor recorrió mi cuerpo. Me apresuré a esconder las manos temblorosas detrás de la espalda. Callum me observó con ojos fríos e indiferentes.

—Domingo por la noche, a las diez —dijo—. Te estaré esperando.

—¡Diviértete! —le espeté.

Entonces salí de la cabaña y me adentré en la oscuridad.



El crujido de las hojas bajo mis botas llenaba el silencio del bosque otoñal por la noche mientras me apresuraba a atravesar las escasas ramas. La luna iluminaba lo justo para que pudiera reconocer las

marcas que me llevaban de vuelta a la Academia. Ráfagas frescas y cortantes soplaban alrededor de mi cara, haciendo que los mechones sueltos de pelo que se habían escapado de mi coleta ondearan salvajemente.

Las palabras de Callum resonaron en mi cabeza y me provocaron un cosquilleo incómodo en el estómago. ¿De verdad significaba tan poco para mi madre? ¿Era solo un medio para conseguir un fin? ¿Y por qué Callum insistía en entrenarme?

No podía entenderle. Por un lado, no ocultaba que me odiaba tanto como yo a él. Éramos enemigos. Cazadora y Mistwalker, enzarzados en una batalla eterna que había empezado mucho antes de que naciéramos y continuaría mucho después de que muriéramos. Sin embargo, reaccionó ante la herida de mi mejilla como si le importara.

Quería entrenarme. Eso era ridículo. Y, sin embargo, sabía cuál sería la respuesta de mi madre: *mientras obtengamos información de él, harás lo que te pida.*

¿Hasta dónde llegaría con esto? ¿Y si un día Callum quería algo más que entrenarme? ¿Y si me quería a *mí?* Tenía un extraño interés en mí. Uno que iba más allá del de una persona de contacto normal. Porque no le creía que se estuviera tomando tantas molestias solo para no tener que buscar una nueva persona de contacto si yo moría. Pasar dos horas juntos cada semana era mucho tiempo si no te soportabas. Pero quizás estaba equivocada y le gustaba a Callum. Es más, quizá se sentía extrañamente atraído por mí.

La idea me dio náuseas. Mi madre me había dicho que encontrara la debilidad del Príncipe de la Niebla y la explotara. ¿Y si *yo* resultaba ser *esa* debilidad?

Aceleré el paso y corrí hasta que el corazón me golpeó el pecho con un ritmo acelerado. No era posible, me dije, negando con la cabeza. Callum era un caminante de la niebla y yo una cazavampiros. solo sentiría odio hacia mí.

Nunca.

Éramos enemigos y siempre lo seguiríamos siendo.

10

CON TODOS LOS SENTIDOS

—Oye, Eris, ¿quieres formar un equipo? —Keyla me sonrió expectante.

Había estado tan ensimismada que ni siquiera me percaté de la petición de la profesora Birchwood de formar equipos de dos. La mayoría de mis compañeras ya tenían sus equipos formados. Trish nos miró irritada a Keyla y a mí antes de encogerse de hombros y unirse a Sonja. Obviamente, dio por sentado que Keyla y ella unirían sus fuerzas.

—Vale —balbuceé, tan sorprendida como lo estaba Trish.

La profesora Birchwood repartió por turnos pequeñas cestas de mimbre a cada equipo. Nuestra profesor de *hierbas y medicina* era la única que parecía imperturbable por la lluvia brumosa que envolvía la Academia y el bosque circundante en un velo gris. Lucía una cálida sonrisa en su rostro curtido y arrugado. Las finas gotas de lluvia brillaban en su larga melena gris, que había trenzado en una trenza suelta.

—Así que, jovencitas, voy a resumir una vez más —anunció después de haber distribuido todas las cestas de sauce—. Estamos buscando raíces de consuelda, hierba aguda, hierba de San Juan y corteza de sauce blanco. Todas estas plantas se utilizan para aliviar el dolor o tratar heridas. Pueden serte de gran valor después de una batalla contra los Caminantes de la Niebla.

—Será mejor que me tome una aspirina —susurró Keyla con una sonrisa, lo que le valió una mirada de advertencia de la profesora Birchwood.

—Tienen una hora para recoger las plantas —continuó la maestra —. El primer equipo que vuelva se llevará una sorpresa.

La profesora Birchwood parecía casi un poco emocionada, a diferencia de mis compañeras y de mí. Conocíamos sus sorpresas: tinturas y pastas que ayudaban con heridas leves, servían como defensa contra los insectos o ayudaban al cuerpo a desintoxicarse. Algunas de ellas eran útiles, pero yo no habría calificado ninguna de ellas de gran sorpresa.

—¿Vamos por ahí? —preguntó Keyla, señalando el estrecho sendero de nuestra izquierda.

Asentí con indiferencia y salimos trotando. Las hojas crujieron bajo nuestros pasos. Mis compañeras se dispersaron en todas direcciones hasta que Keyla y yo nos quedamos por fin solas.

—¿Estás bien? —preguntó al cabo de un rato—. Pareces distraída.

—Sí, yo… Es que tengo algunas cosas en la cabeza —respondí, manteniendo los ojos fijos en el camino que teníamos delante.

Musgo y setas relucían entre el colorido follaje. Entre los helechos colgaban telarañas en las que se habían enredado diminutas gotas de lluvia. Pero en ninguna parte descubrí siquiera una de las plantas que mencionó la profesora Birchwood.

—Tu madre te exige mucho, ¿verdad? —preguntó Keyla en voz baja mientras dejaba que sus ojos recorrieran las numerosas plantas y maleza.

Su pelo negro había absorbido la humedad del aire y sobresalía en todas direcciones. Con un hábil movimiento, se lo recogió en una coleta alta para apartarlo de la cara.

—Está preocupada por mi seguridad —respondí con evasivas, esperando que Keyla abandonara el tema.

—Ya veo.

Una mirada de reojo a Keyla me dijo que quería decir algo más. Pero entonces negó con la cabeza y apretó los labios.

Eres la reina de mi partida de ajedrez.

No eres más que un medio para un fin.

Tu madre te está exigiendo mucho.

Keyla no tuvo que decir nada más. Sin darse cuenta, había metido la mano en la herida.

Me adentré más rápido en la espesura. Durante un rato, solo oí el susurro del viento entre las hojas y el suave repiqueteo de la lluvia.

—¡Mira, aquí! —Keyla se agachó. Sus dedos recorrieron suavemente las hojas húmedas de una planta antes de sacarla de la tierra y examinarla más de cerca—. Creo que esto es raíz de consuelda.

Asentí y Keyla colocó la planta en la cesta de mimbre con sumo cuidado.

—Y esto —dije, sacando de la tierra una pequeña planta con flores amarillas—, debe ser la hierba de San Juan.

Era una de las pocas hierbas que recordaba de las clases. Keyla asintió con la cabeza y la añadí a la cesta.

Seguimos recolectando, inmersas en el mundo de las plantas y los silenciosos sonidos del bosque. Una vez vi de reojo un búho quieto e inmóvil sobre una rama, observándonos. En otra ocasión, nuestro camino nos llevó junto a un pequeño arroyo que balbuceaba suavemente.

De repente, en medio de la reunión, Keyla rompió el silencio.

—Probablemente dirás que no, y después de lo que pasó en nuestro último viaje, ni siquiera te culpo, pero… Las chicas y yo nos reunimos todos los domingos por la noche junto al cauce del río para hacer una fogata. Tal vez te gustaría venir alguna vez.

Asentí con la cabeza.

—Esta bien…

Había quedado con Callum el domingo por la tarde. Ahora tenía dos invitaciones que hubiera preferido rechazar. No entendía por qué Keyla insistía tanto en buscar mi compañía. ¿Le daba pena que mi madre me presionara tanto? ¿O esperaba ganar algo siendo amiga de la hija de la directora? Si era así, pronto se llevaría una decepción. Por desgracia, contar con la atención de mi madre rara vez traía ventajas, lo sabía de primera mano.

—Llegas demasiado tarde —gruñó Callum.

Estaba sentado en la mecedora, con las piernas cruzadas y un libro abierto en el regazo, y ni siquiera levantó la vista cuando crucé el umbral.

En realidad no era el tipo de persona que llegaba tarde, pero todo en mí estuvo en contra de esta cita, y por eso me quedé afuera de la cabaña en la oscuridad del bosque, dudando en entrar. Había estado a punto de dar media vuelta, pero entonces pensé en el ataque al campamento de otoño y en cuántos asesinatos más podríamos evitar con la ayuda de Callum. Si reunirme con él salvaba una sola vida, entonces merecía la pena.

—Ya estoy aquí —dije y dejé la mochila en el suelo.

Callum se levantó de un tirón, pasó junto a mí y golpeó el libro que estaba leyendo contra la mesa. Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, leí y no pude evitar soltar un bufido. Qué título más apropiado.

—Me haces perder el tiempo —dijo Callum con voz sombría—. La próxima vez, vienes a tiempo o no vienes.

«No», lo tenía en la punta de la lengua, pero me lo tragué. Los dos sabíamos que me correría siempre que me dieran información.

—Muy bien, ¿por dónde empezamos? —pregunté, luchando por controlarme.

—Con esto.

Callum levantó un pañuelo de seda negro.

Parpadeé irritada.

—¿Y qué vas a hacer con él?

—Voy a vendarte los ojos.

No.

Todas las alarmas sonaban en mi interior. De ninguna manera iba a dejar que el caminante de la niebla me vendara los ojos. Aunque mi instinto me decía que corriera hacia la puerta y saliera, en el exterior permanecí completamente tranquilo.

—Lo siento, pero no me van los actos extraños de bondage —dije encogiéndome de hombros.

—Eso es solo porque aún no me has dejado atarte a la cama —comentó Callum con un brillo travieso en los ojos que me provocó un escalofrío caliente en la espalda que no pude localizar.

¿Fue miedo u otra cosa? ¿Curiosidad? ¿Fascinación?

—Gracias, pero con la silla me bastó —respondí con sequedad.

Callum no respondió a mi comentario. Se limitó a dejar que el pañuelo se deslizara entre sus manos mientras daba un paso hacia mí.

—Peleas técnicamente de forma impecable, pero no confías en tu intuición. Quiero que aprendas a confiar en todos tus sentidos. En lo que oyes, hueles, saboreas y sientes.

—¿Cómo sabes que no lo estoy haciendo ya?

—Luché contra ti, ¿recuerdas? Conozco tus debilidades.

Ahora tenía aún menos ganas de ponerme la venda. Una sola pelea había revelado mis debilidades a Callum. Y tenía razón. Cuando mi visión se nubló en el campamento de otoño, estuve indefensa y a merced del caminante de la niebla. Igual que lo estaría ahora si me vendaba los ojos.

Callum se puso detrás de mí.

—Confía en mí —me dijo, con su voz oscura cerca de mi oído.

—Nunca.

—Entonces confía en que ya te habría matado si hubiera querido, Eris.

Sorprendentemente, sus palabras me tranquilizaron. Sin oponer resistencia, dejé que me vendara los ojos y permití que el mundo a mi alrededor se sumiera en la oscuridad. Resistí el impulso de alargar la mano para agarrarme a algo. En lugar de eso, giré la cabeza en la dirección en la que creía que estaba Callum.

—¿Y ahora qué?

—Quiero que te concentres en lo que te rodea y esquives mis ataques con tu daga —sonó su voz desde la dirección opuesta.

Se había movido completamente en silencio. Mi mano voló hacia la daga de plata que llevaba al cinto y agarró el mango.

—Podría hacerte daño —señalé.

—No puedes hacer eso.

Podía oír la sonrisa y una pizca de arrogancia en su voz. Me enfadaban, pero no podía dejar que me afectaran. Respiré hondo. El silencio en la habitación pareció intensificarse. Lo único que oía era el suave crepitar del fuego de la chimenea y el susurro de las hojas al viento. El olor a madera vieja y cuero flotaba en el aire, mezclado con el aroma apenas perceptible de la piel de Callum: una mezcla de musgo, tierra y algo oscuro y dulce que no podía nombrar.

—¿Estás lista? —La pregunta de Callum era poco más que un susurro, pero cada palabra vibraba en la negrura tras mis párpados cerrados.

—Siempre —respondí con más confianza de la que en verdad sentía.

Y entonces llegó el ataque.

No fue más que un soplo de aire, un cambio mínimo en la habitación que me hizo saber que Callum se movía. Me di la vuelta, con mi daga silbando en el aire, pero no golpeó nada. Un bufido divertido fue mi única advertencia antes de sentir la presión de la mano de Callum sobre mi espalda y caer con fuerza sobre el suelo de madera.

—¡Parece que necesitas acelerar, Eris! —se burló.

De nuevo, su voz provenía de una dirección distinta a la esperada. Me levanté. Me dolían las rodillas, pero mi orgullo estaba más herido. Callum era tan silencioso, tan rápido. Era como si formara parte de las sombras, apenas tangible y, sin embargo, siempre ahí, siempre un paso por delante.

Atacó de nuevo, no podía oírlo, pero algo dentro de mí lo sintió. Me giré hacia un lado, solo sentí cómo me rozaba y oí un suave siseo cuando esquivó por poco mi daga.

Ataqué, un golpe salvaje y desesperado que solo fue respondido por su risa silenciosa. Entonces sentí su aliento en mi oreja.

—No necesitas ver para saber dónde estoy.

Su mano enguantada me rozó la mejilla y me sobresalté, chocando contra algo duro. La risa triunfal de Callum resonó en la habitación mientras yo intentaba recuperar el control de mi respiración.

—¡Siénteme, Eris! —susurró, repentinamente serio de nuevo—. Escucha tu instinto.

Se me aceleró el corazón y la respiración se me volvió errática, pero me quedé quieta, concentrada en el sonido apenas perceptible de sus movimientos.

Callum atacó de nuevo, pero esta vez yo estaba preparada. Una ráfaga de aire superficial, un fugaz cambio de temperatura: sabía que se acercaba. Y mientras esquivaba y blandía mi daga, oí una inhalación sorprendida.

El silencio se extendió por la habitación antes de que sonara un zumbido bajo y divertido:

—Mejor. Pero aún te queda mucho camino por recorrer.

La oscuridad que me rodeaba ya no era tan opresiva. Seguía ahí, seguía abarcándolo todo, pero ya no me parecía tan hostil. Y aunque odiaba admitirlo, Callum tenía razón. Siempre había creído que era una excelente luchadora tras años de entrenamiento. Pero había descuidado un componente en todo ese tiempo: yo. Mi intuición. A lo largo del tiempo aprendí secuencias de movimientos, entrené durante horas para ser más fuerte y ágil. Pero nunca había aprendido a confiar en mí mismo. Tal vez este fuera el primer paso para conseguirlo. Y tal vez algún día este paso me ayudaría a derrotar a Callum y a los demás Caminantes de la Niebla.



—Tu consejo sobre el grupo de mochileros valió su peso en oro. Atrapamos a seis caminantes de la niebla y pusimos al resto en fuga. Deberías haber visto sus caras cuando aparecimos.

Eufórica por el éxito de la cacería, dejé caer la mochila al suelo de la cabaña y cogí el coletero que llevaba en la muñeca para hacerme una trenza. Comprobé cómo me quedaba el pelo antes de arrancarme un mechón para ocultar el lunar de la mejilla, y luego me volví hacia Callum, que me observaba sentado en la mecedora.

Era nuestro quinto encuentro y nuestra tercera sesión de entrenamiento. Callum me había enseñado a confiar en mis sentidos

y en mi intuición, y tenía que admitir que entrenar con él era más divertido que con Maureen. Era un buen luchador y un profesor implacable pero paciente.

—No pareces muy emocionado de que tu ayuda haya sido valiosa para nosotras —le dije.

Callum me miró, con una expresión insondable en sus ojos negros como el ópalo.

—Olvidas que estás matando a mi propia gente —replicó con calma.

Me mordí el labio inferior. Hubo momentos en los que olvidé quiénes éramos y la distancia insalvable que nos separaba. Mistwalker y Slayer: enemigos a muerte.

—Tu gente son asesinos —respondí con sequedad—. Drenan la energía vital de la gente, la matan solo por diversión.

—No por diversión. Son nuestra fuente de alimento —replicó Callum con indiferencia.

Me reí escueta.

—No tendrían que matar a nadie para sobrevivir. Bastaría con robar un poco de energía vital. Sin embargo, lo hacen. Seguimos encontrando cadáveres en el bosque. Una y otra vez nos culpamos por no haber sido capaces de protegerlos de seres como tú. ¿En serio están intentando justificar lo que hacen? Están matando a seres vivos.

—¿Eres vegetariano?

—¿Qué? No.

—Entonces tienes un doble rasero —replicó Callum con brusquedad.

Sacudí la cabeza.

—Eso es algo completamente diferente.

—¿De verdad lo es?

Las preguntas de Callum me desconcertaron. No compartía su opinión, pero tampoco sabía qué responderle.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunté para cambiar de tema y disipar el ambiente sombrío de la habitación.

—Bailar.

Callum se levantó de un tirón y se dirigió a un tocadiscos que se encontaba en una estantería junto a la chimenea. Estaba segura de que no había estado allí antes. Levantó la aguja con el dedo índice y la bajó con cuidado sobre el disco. Se oyó un rasguño y luego sonaron los primeros acordes de un tango. Callum vino hacia mí y se detuvo tan cerca que tuve que levantar la vista para verle la cara.

—¿Bailar? —repetí, irritada.

—Tus movimientos no son lo bastante fluidos. Parecen entrecortados, como si tuvieras que pensar cada vez. Quiero que encuentres tu ritmo.

—No sé bailar —protesté.

—Entonces aprenderás.

—Voy a pisarte los pies.

—Supongo que sí, con lo tiesa e inmóvil que estás —se burló de mí.

Resoplé. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios antes de que me cogiera de la mano y me pusiera a bailar. La repentina cercanía pareció desequilibrarnos a los dos. Me di cuenta porque Callum también estaba conteniendo la respiración. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos, ardiendo de intensidad. Luego levantó la barbilla y miró al otro lado de la habitación.

Nos habíamos tocado antes, pero siempre en combate. Esto era diferente. Nuestros cuerpos reaccionaban entre sí. Era como si fuéramos dos imanes que se repelían y atraían al mismo tiempo.

—¡Sigue mis pasos! —dijo—. ¡Confía en mí!

—Nunca —susurré, temblando.

—Entonces confía en que ya te habría matado si hubiera querido, Eris.

Estas palabras se habían convertido en un pequeño ritual entre nosotros, algo familiar en medio de tanta novedad. Y cada vez que las decíamos, parecían convertirse en mucho más.

Intenté seguir los pasos de Callum, lo que no fue nada fácil. Llevaba un ritmo vertiginoso y más de una vez me tropecé con su pecho, caí sobre mis propios pies o tropecé sin elegancia por la habitación. Callum frunció las cejas en señal de disgusto cuando le di accidentalmente una patada en la espinilla.

—No estás haciendo ningún esfuerzo —me reprochó.

Me separé de él.

—¿Por qué iba a hacerlo? Esto no tiene nada que ver con mis habilidades de lucha —solté enfadada—. Lo único buscas es ponerme en evidencia.

Me volvía loca que Callum se moviera con una postura excelente y la agilidad de un gran felino, mientras que la mitad del tiempo yo no sabía qué camino era el de la izquierda o el de la derecha. Mis ojos se desviaron hacia la puerta. Me habría encantado salir enfadada, pero no le daría a Callum esa satisfacción. Me dedicó una sonrisa arrogante mientras absorbía el ritmo del tango en su cuerpo.

—No te das cuenta, Eris, pero bailar y luchar tienen más en común de lo que crees. —Con un tirón, me atrajo contra él hasta que nuestros cuerpos se tocaron—. Ambas requieren sentimiento —susurró mientras volvía a colocar sus dedos bajo mi omóplato y levantaba mi mano con la otra—. Cada movimiento, cada respiración deben estar en armonía. —Con un giro, me guio hacia el exterior y luego tiró de mí hacia él—. En una lucha, como en un baile, siempre debes ir un paso por delante de tu compañero, de tu oponente, en tu mente.

Como para demostrarlo, ejecutó una rápida secuencia de pasos que me obligó a centrar toda mi atención en él. Era como si estuviéramos luchando en un duelo silencioso, cada uno intentando superar al otro.

—Y no olvides el equilibrio —murmuró mientras me llevaba a una inclinación que me dejó sin aliento—. En la lucha, como en el baile, si pierdes el equilibrio, estás perdido.

Respiré con dificultad cuando volvimos a erguirnos. Nuestros ojos se encontraron, abrazados. Sentí cómo sus dedos se movían contra mi espalda antes de que volviera a mantenerlos quietos.

—¿Crees que porque somos enemigos no podemos bailar al mismo ritmo? —preguntó desafiante.

—Tal vez podamos —respondí mientras la música seguía haciéndonos girar por la habitación—. Pero no voy a ceder ante ti así de fácil.

Se rio con suavidad. Una risa que hizo vibrar su pecho y resonó en mi interior.

—Eso espero —susurró mientras guiaba nuestros cuerpos en un último giro mientras el tango llegaba a un dramático final.

Nos quedamos allí, sin aliento y en silencio, cada uno de nosotros atrapado en la dicotomía entre la hostilidad y una atracción que ambos no podíamos negar. Estaba claro que este baile, este momento, había cambiado las reglas entre nosotros. La única cuestión era cómo.

CHARLA DE CHICAS

—¿Te he entendido bien? ¿Se trata de un chico?

Maureen soltó el saco de boxeo con el que entrenábamos y me miró con ojos entrecerrados, como si quisiera saber si hablaba en serio. Sentí que mis mejillas se enrojecían bajo su mirada. Mi entrenadora era buena cuando se trataba de llegar al fondo de los secretos. Probablemente no debería haber empezado. Pero las miradas de Callum, la forma en que me atrajo hacia él durante el baile, me habían hecho pensar. Mi madre quería que encontrara la debilidad del Príncipe de la Niebla y me aprovechara de ella. Y tal vez, solo tal vez, yo era esa debilidad.

—¿Y? —pregunté impaciente—. ¿Cómo averiguo si le gusto a un chico?

—¿Quién es? ¿Dónde lo conociste? ¿Es guapo?

Maureen movió las cejas de forma sugestiva y yo puse los ojos en blanco, molesta.

—No importa.

—Oh, sí, así es —insistió ella—. Quieres charla de chicas, pues tendrás charla de chicas. Pero primero quiero saber todos los detalles.

Me salió el tiro por la culata. En realidad esperaba beneficiarme de la experiencia de Maureen con los hombres. Pero ahora todo se estaba convirtiendo en un interrogatorio para el que no estaba preparada en absoluto.

—Últimamente voy mucho a la hoguera del cauce del río con las chicas —mentí—. Sabes que ahí es donde se reúnen con los chicos del instituto Raven Ridge.

El instituto Raven Ridge era un internado masculino de la zona. Keyla, Trish y las demás habían conocido a algunos de los estudiantes en fiestas. Se habían formado amistades e incluso alguna que otra pareja.

—¿Vas a la hoguera con las chicas? —Maureen sonaba como si no creyera una palabra de lo que decía.

Liberé mis manos sudorosas de los guantes de boxeo y las arrojé a la colchoneta junto a mí. Luego crucé los brazos delante del pecho e impulsé la barbilla hacia delante.

—Tú misma me dijiste que saliera a divertirme un poco.

—Sí. —Maureen asintió—. Pero no pensé que realmente lo harías.

—No soy mi madre. Soy perfectamente capaz de divertirme.

Ni siquiera tuve que exteriorizar mi indignación. Estaba empezando a ponerme de los nervios que todo el mundo actuara como si tuviera un palo metido en el culo.

Maureen levantó los brazos disculpándose.

—Vale, de acuerdo. Así que estabas en la hoguera y conociste a este tipo… ¿Cómo es?

—No lo sé. Él va a Raven Ridge High, y hemos hablado un par de veces. Es simpático.

Maureen ladeó la cabeza y me miró como diciendo: *¿Ah, sí?*

—Si esto va a ser una charla de chicas, necesito más, Eris —exigió—. ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo es? ¿Cómo te sientes cuando te habla? Porque puedo decirte una cosa, querida, si solo piensas que es *agradable*, no vale la pena pensar en él.

Respiré hondo y solté un suave suspiro antes de echar la cabeza hacia atrás y admitir mi derrota.

—De acuerdo, pero solo porque no me deja en paz después de todo. Es alto y moreno y algo intimidante. Tiene esa sonrisa chulesca y a veces me gustaría retorcerle el pescuezo por ello. Pero…

Me mordí el labio inferior. Era mucho más de lo que había querido decir.

Maureen sonrió.

—Así que lo tienes tan mal, ¿verdad? No pensé que tú de todas las personas te enamorarías de un chico malo.

—No estoy… —*enamorada*, quise protestar, pero me detuve a mitad de frase. Si quería convencer a Maureen de que me ayudara, tenía que hacerle creer exactamente eso: que estaba perdidamente enamorado y que necesitaba su consejo en cuestiones amorosas.

—¡Te toca a ti! —dije en su lugar, lanzándole a Maureen una mirada desafiante.

Mi entrenadora hizo girar un momento su piercing de la nariz, pensativa, antes de sonreír.

—¿Cómo te mira?

Pensé en la intensa mirada de Callum, en sus ojos negros como el ópalo con el brillo violeta que siempre se demoraba en mí un instante de más.

—¿Y busca el contacto físico? ¿Cómo es cuando te toca?

La forma en que su mano enguantada había rozado mi mejilla durante el entrenamiento de combate. Sus dedos crispándose contra mi espalda mientras bailaba.

Tragué en seco y Maureen asintió satisfecha.

—Ahí tienes tu respuesta.

Mi corazón dio un vuelco. Si Maureen tenía razón…

—¿Y qué hago ahora? Bueno, quiero decir: ¿cómo lo seduzco? —Me arrepentí de las palabras en cuanto las dije. La sonrisa de Maureen se ensanchó. Una mirada a la pared del espejo que tenía detrás me dijo que el rojo fresa de mis mejillas había cambiado a un intenso color púrpura—. Olvídalo. No tienes que contestar.

Le hice un gesto para que se fuera y recogí los guantes de boxeo de la colchoneta, jugueteando torpemente con ellos para salvar el incómodo silencio.

—No parece que tu chico necesite mucho convencimiento por tu parte. Sé amable con él, muéstrale interés. Sonríe y mírale a los ojos. ¡Busca el contacto físico! Y, ¿Eris?

—¿Sí?

Miré vacilante a Maureen.

—¿Tenemos que hablar de anticoncepción?

¡Por el amor de Dios!

Hasta ahora, no había creído que esta conversación pudiera ser más embarazosa. Quería hundirme en el suelo. ¡Ahora!

—No… Ni lo sueñes. No… No tengo intención de… ¡Dios mío!

Maureen se rio a carcajadas de mi vergüenza. Luego fue a su mochila, que estaba apoyada en la pared, y rebuscó en ella. Cuando volvió, tenía un paquete de condones en la mano extendida.

—Tal vez no estés planeando acostarte con él en este momento. Pero créeme, querrás hacerlo en algún momento. Y no sería tu entrenadora favorita si no te preparara para eso también.

Negué con la cabeza, pero Maureen insistió. Al final cedí y cogí el paquete de condones antes de que se le ocurriera cómo hacer que todo fuera aún más desagradable.

—¡Ni una palabra a mi madre! —exigí malhumorada.

—¡Lo prometo! —Maureen me guiñó un ojo con una sonrisa conspiradora—. Pero solo si me mantienes informada. Quiero oír todos los detalles, incluso los sucios.

Asentí con la cabeza.

—Claro. Detalles sucios.

Eso definitivamente no ocurriría.

~

—¿Eris?

—¿Sí?

—¿Qué es eso?

Seguí la mirada de Callum hasta mi mano, que llevaba demasiado tiempo apoyada en la parte superior de su brazo.

Busca el contacto físico, me había aconsejado Maureen. Pero sospechaba que lo estaba haciendo mal. La intimidad me resultaba incómoda y forzada, y el corazón se me aceleraba tanto que sentía que iba a vomitar en cualquier momento.

Callum y yo llevábamos casi dos horas practicando el equilibrio y probablemente había intentado agarrarme a él demasiadas veces. Enfrenté su mirada desconfiada con una sonrisa que pretendía ser seductora, pero fracasé de manera vergonzosa.

—¿Qué quieres decir?

—Es obvio que no estás al tanto.

Dio un paso atrás y se apartó de mi contacto. El suelo de madera crujió bajo sus botas de forma imperceptible, un eco en el silencio nocturno de la pequeña cabaña.

Era más de medianoche. Los rayos plateados de la luna se colaban por los resquicios de las cortinas. El fuego crepitaba en la chimenea y su calor recorría la habitación. En el aire flotaba el olor a leña quemada. Las llamas bailaban en la oscuridad, proyectando nuestras sombras en las paredes de la cabaña.

Los labios de Callum se curvaron en una fina línea recta. Parecía contrariado.

—¡Lo siento! Me estoy esforzando, pero…

Me ardía la cara de vergüenza. ¿En qué estaba pensando? Yo no era una de esas chicas que pueden envolver a un chico alrededor de su dedo con una sola mirada. Y Callum definitivamente no era de los que se dejaban envolver por mí de esa manera.

Frunció el ceño con enfado y la tensión entre nosotros se volvió casi palpable.

—No estás esforzándote. Obviamente crees que esto es un juego, pero no me gusta que me hagan perder el tiempo, Eris.

Pasé al ataque. Eso fue definitivamente mejor que dejar que Callum me arrinconara aún más.

—¿Ah, sí? ¿Te estoy haciendo perder el tiempo? —espeté—. Que yo sepa, eres tú quien insiste en estas reuniones y en el entrenamiento de combate.

—Porque quiero entrenarte —gruñó y dio un paso hacia mí—. Porque quiero asegurarme de que tu madre no te envíe a la próxima batalla como un peón barato y mueras en ella. Pero si prefieres perder el tiempo jugando, entonces juguemos.

Me agarró la trenza y tiró de ella, obligándome a mirarle. Tenía la cara a milímetros de la mía. Sus ojos estaban aún más oscuros que

de costumbre, llenos de una mezcla de ira y algo más que no podía identificar. Su aliento estalló caliente en mi mejilla.

La sangre me corría por los oídos como una tormenta que me recorría las venas. El calor recorría todo mi cuerpo como un incendio y me cortaba la respiración. Mi pulso se aceleró cuando se inclinó hacia mí. Sus labios estaban tan cerca de los míos que casi se tocaban.

Eso era lo que yo había querido: que cediera a su debilidad. Que cediera *ante mí.* Pero no parecía que fuera él quien iba a perder. Había querido ganar más control sobre él, pero parecía que estaba arriesgando el mío en el proceso.

Retrocedí involuntariamente.

Callum me soltó y retrocedió un paso.

—Me lo imaginaba —dijo con un gesto adusto—. "No deberías empezar a jugar a juegos de los que no sabes nada, Eris.

Me quedé allí de pie, incapaz de moverme, incapaz de hablar. Cualquier intento de justificarme solo habría empeorado las cosas. El mundo a mi alrededor parecía haberse detenido y me sentía como atrapada en una burbuja, aislada de todo lo demás. El calor que hacía un momento me recorría el cuerpo había dado paso a un escalofrío. Me sentía expuesta. Callum había reconocido mis intenciones. Sabía que intenté seducirle y que fracasé.

Sin decir nada más, Callum se dio la vuelta bruscamente y se dirigió a la puerta. Las tablas del suelo crujieron bajo sus pasos. Vi cómo agarraba el pomo y abría la puerta con un movimiento apresurado. Una ráfaga de aire fresco inundó la casa.

Con la apertura de la puerta, el canto de los grillos, el susurro de las hojas y el olor del suelo húmedo del bosque también entraron en la habitación. Pero todo parecía lejano, como de otro mundo.

Vi a Callum detenerse un momento en el umbral, como si estuviera considerando si debía decir algo más. Pero luego se adentró en la oscuridad y dejó que la puerta se cerrara con un suave clic. El silencio de la noche volvió a apoderarse de la casa y me quedé sola.

12

A MERCED DE LA OSCURIDAD

Callum ya llegaba veinte minutos tarde. Y él nunca llegaba tarde. Me paseaba inquieta de un lado a otro de la pequeña cabaña. Era una noche de tormenta. El viento silbaba a través de las grietas de las paredes de madera y sacudía las ventanas. Fuera, los árboles se doblaban bajo la fuerza de las ráfagas.

¿Y si Callum no quería continuar nuestra relación después de nuestro último encuentro? ¿Y si mis intentos de seducirle habían ido tan a contracorriente que no quería volver a verme? La idea me escocía.

Sin más preámbulos, me dirigí a la puerta. No iba a esperar aquí más tiempo, como si me hubieran ordenado y no me hubieran recogido. Si Callum se había hartado de mí, por mí estaba bien. No me importaba. De todas formas, nunca quise estos encuentros.

Pero ese es el problema, ¿no? Te importa. La idea de que podría haberte dejado plantada duele como el infierno.

Me sacudí el pensamiento y abrí la puerta de un tirón. La tormenta se había vuelto tan violenta en los últimos minutos que casi me deja sin aliento. Tuve que bracear contra el viento para no caerme. Con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos de mi chaqueta de ante negro, quise empezar a andar. Pero algo me hizo detenerme. La luz de la cabaña cortaba una estrecha franja en la oscuridad, y en esa franja vi una figura tendida en el suelo.

¡Callum!

Corrí hacia él. Tenía la ropa rota y una herida en la sien manaba sangre. Su pelo oscuro estaba húmedo y pegajoso. Contrariamente a lo que temía, no estaba inconsciente, pero sus ojos, negros e impenetrables, me miraban fijamente como si no me reconociera. Era una mirada salvaje y peligrosa que me hizo retroceder involuntariamente.

—¿Qué ha pasado? —grité con fuerza, intentando luchar contra el viento.

Callum sacudió la cabeza lentamente e intentó incorporarse. Se llevó una mano a la cadera y pude ver que estaba herido. Le salía sangre de entre los dedos.

Mucha sangre.

—¡Ayúdame a levantarme! —presionó entre dientes.

Miré a mi alrededor en busca de posibles atacantes, pero no se veía a nadie. Callum y yo estábamos solos.

—¿A qué esperas? —gruñó con una voz que apenas parecía humana.

En las últimas semanas, casi había olvidado quién era: un caminante de la niebla, una criatura de las tinieblas. Ahora me daba cuenta demasiado bien. Pero no podía dejarle allí tirado. Así que le rodeé la cintura con el brazo y le ayudé a levantarse. Ambos nos balanceamos al dar los pocos pasos que nos separaban de la cabaña de madera.

Una vez dentro, Callum se hundió pesadamente en una de las sillas y se recostó con los ojos cerrados. Respiraba con dificultad y tenía la cara pálida. La sangre de su cadera había empapado todo el lateral de sus pantalones.

Me arrodillé a su lado y le aparté la capa negra para ver la herida. Cuando intenté levantar el dobladillo de su camisa de lino, sus ojos se abrieron de golpe. Me miró, con expresión todavía salvaje e inaccesible.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó en un áspero susurro.

Resoplé con rabia. ¿De verdad tenía miedo de que me metiera en sus pantalones? Precisamente ahora.

—¿Qué crees *que* estoy haciendo? Quiero echarle un vistazo a tu herida.

—Eso no es necesario.

—Estás sangrando mucho.

—Yo también me he dado cuenta.

—¡Entonces déjame ayudarte!

—No.

Dejo escapar un suspiro frustrado. ¿Cómo podía una persona ser tan testaruda?

No, no un humano. Un caminante de la niebla, recordé.

Mi mirada se deslizó sobre Callum, cada vez más pálido. Su sangre goteaba sin parar sobre las tablas de madera del suelo, formando un pequeño charco a sus pies. Moriría desangrado si no hacía algo. Y si no me dejaba examinarle la herida, tendría que encontrar otra forma.

—Necesitas energía vital para curarte, ¿verdad? —pregunté.

Dudó un momento y luego contestó con voz suspicaz:

—¿Adónde quieres llegar?

—Podrías quitarme algo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque tú eres mi misión, y no pondré en peligro esta misión.

Las palabras de Callum salían entrecortadas, como si se esforzara por pronunciarlas. Le sudaba la frente.

No le pregunté qué quería decir con eso. Si sobrevivía a esto, tendría muchas preguntas que hacerle. Pero primero tenía que convencerle de que aceptara mi ayuda.

—Si mueres, tu misión peligrará aún más. Así que ponte manos a la obra —le insté.

Se llevó una mano a la cadera y gimió, con una sonrisa de dolor en el rostro.

—Y yo que pensaba que sería un sueño hecho realidad para ti verme desangrarme en el suelo de esta cabaña.

—Así son las cosas. Pero como tú mismo has dicho: eres un informante valioso. Habríamos perdido a mucha más gente sin ti.

Me temblaba la voz. Mantuve la mirada fija en el suelo, temerosa de que reconociera la mentira en mis ojos. No me importaba la información que Callum tenía para mí en ese momento. Temía por su vida.

Sobre la vida de un caminante de la niebla.

—Sería mejor que te fueras ahora —dijo Callum.

Al parecer, seguía sin tener intención de dejar que le ayudara. Desesperada, cogí uno de sus guantes de cuero negro y se lo quité de la mano. Se le escapó un sonido de sorpresa. Mis ojos se posaron en la palma de la mano de Callum, cubierta de cicatrices y astillas doradas, antes de que se la metiera bajo la capa.

—¿Qué…? —Quise preguntar a qué se debían las astillas, pero el brillo de advertencia, casi hostil, en los ojos de Callum me detuvo.

—Si no sales de aquí ahora… —siseó.

—¿Qué? —le interrumpí con dureza—. ¿Vas a robarme mi energía vital? Si crees que tu amenaza me asusta, es que no me has escuchado bien, Callum Vaillancourt. Porque eso es exactamente lo que quiero.

Sus párpados se agitaron. Había perdido demasiada sangre. No mucho más y perdería el conocimiento.

—¡Hazlo! —le exigí. Y luego otra vez, porque no respondió—. ¡Hazlo!

Cogí su mano, que había escondido en el fondo de su capa, y entrelacé sus dedos con los míos. Eran fríos y ásperos. Sentí las astillas en la palma. Me rozaban la piel.

Callum tensó la mandíbula como si quisiera volver a contradecirme, pero luego bajó la cabeza con resignación. Podía sentir su poder filtrándose en mí, corriendo oscuro y frío por mis venas. Era más débil que la última vez, pero estaba ahí. La mandíbula de Callum se relajó un poco. Un susurro melódico se deslizó por sus labios. Lo escuché con una mezcla de asco, alivio y fascinación.

Al cabo de un rato, Callum se calló, echó la cabeza hacia atrás y emitió un débil gemido. Seguía terriblemente pálido.

—¿Qué pasa? —pregunté alarmada—. ¿Por qué no funciona?

—Sería más fácil si no tuviera que luchar contra tu barrera todo el tiempo —dijo con voz temblorosa.

—Oh.

Ni siquiera me percaté cuenta de que había levantado mi barrera interior. Fue instintivo. Toda mi vida me entrenaron para protegerme de los Caminantes de la Niebla. Pero si quería salvar a Callum, ahora tenía que renunciar a esa protección. Respiré hondo dos veces y me concentré en dejar caer la barrera, ignorando la idea de que, si lo hacía, quedaría completamente a merced de Callum.

El poder de Callum me inundó como una ola oscura mientras bajaba la barrera. Me tambaleé y caí sobre su regazo, sintiendo cómo me rodeaba la cintura con un brazo para evitar que me cayera. Me quitó la energía vital. Tomó lo justo para evitar que me desmayara. Sin la barrera, era una sensación estimulante. Me corría por las venas, bailaba en mi sangre. Mi cabeza cayó contra el hombro de Callum y se me escapó un gemido áspero. Mis manos arañaron la parte superior de sus brazos mientras me apretaba contra él. Quería sentirlo, quería…

—Basta.

Callum se levantó de golpe y yo caí bruscamente de su regazo al suelo. Los susurros cesaron y sentí que su poder se desvanecía, sentí el extraño vacío que dejaba tras de sí. La realidad se abatió sobre mí con fuerza. Había permitido que Callum drenara mi energía vital. Y no solo eso: me senté en su regazo, aferrándome a él como una gata en celo.

—¿Funcionó? —pregunté con voz ronca.

Conocía la respuesta. Callum se irguió, su rostro había recuperado algo de color. Pero pregunté de todos modos, porque cualquier cosa era mejor que el incómodo silencio que se interponía entre nosotros.

—Sí —confirmó Callum al cabo de un rato.

Su mirada se deslizó hacia la puerta como si pensara salir corriendo. Pero o aún no tenía fuerzas para eso o no quería dejarme atrás así.

—¿Estás bien? —se aseguró.

Tragué saliva y me palpé por dentro. Me sentí un poco mareada. Sentía las piernas como gelatina, como si se me fueran a doblar si intentaba ponerme de pie.

—Estoy bien.

—Deberías beber y dormir mucho durante los próximos días.

—Sí, doctor —bromeé cansada y me esforcé por subir.

Me temblaban las piernas, pero me mantuve en pie. La idea de salir a la tormenta y volver andando a la Academia seguía siendo pura tortura.

—Eris, lo digo en serio —dijo Callum—. No te quité más energía vital de la absolutamente necesaria, pero aun así fue mucha.

—Mhm.

Di un paso hacia la puerta y me tambaleé. Solo el brazo de Callum, que me rodeó la cintura, impidió que me cayera.

—Deberías quedarte aquí —dijo en voz baja, con su boca cerca de mi oído—. Los dos deberíamos.

—De acuerdo.

Después de todo lo que acababa de pasar, eso era lo último que quería. Pero la tormenta y mis piernas temblorosas probablemente no me dejaron otra opción.

Callum me dirigió a la cama y me ayudó a sentarme.

—¡Descansa un poco! —dijo.

—¿Y tú?

Solo había una cama. Mis latidos se aceleraron, pero Callum ya se estaba apartando de mí.

—La mecedora es muy cómoda.

—Oh.

Casi sentí algo parecido a la decepción.

¡Contrólate, Eris! Es un caminante de la niebla. No solo eso: si lo que dice es cierto, él es el hijo del Rey de la Niebla.

Observé cómo Callum encendía el fuego de la chimenea. Mientras las llamas crepitaban alegremente y el resplandor del fuego bañaba la cabaña con una luz cálida, se acercó a la mecedora, se dejó caer y cerró los ojos, exhausto. Se quedó muy quieto. Su pecho subía y bajaba en respiraciones regulares. Casi pensé que se había

dormido, pero cuando carraspeé, una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—No me vas a dejar dormir así como así, ¿verdad? —preguntó un poco divertido.

—Todavía no me has dicho quién te hirió —le dije.

—No, no lo hice.

—Y no tienes intención de hacerlo, supongo.

—Exacto, así es.

Resoplé.

—Eres un maldito burro testarudo, ¿lo sabías?

—Me han llamado cosas mucho peores.

—Me lo puedo imaginar. ¿Qué clase de cicatrices eran esas?

Señalé con la cabeza su mano, que ahora volvía a llevar el guante de cuero. Debió de ponérselo en algún momento de los últimos minutos sin que me diera cuenta.

Callum se pasó un suspiro por el pelo negro y se quedó mirando el fuego.

—Haces demasiadas preguntas —refunfuñó.

—Y no harías mal en contestar una u otra.

Estaba segura de que Callum volvería a darme el silencio por respuesta, pero en lugar de eso se inclinó hacia delante en su mecedora y se miró las manos enguantadas.

—El Rey de la Niebla ha estado experimentando conmigo para aumentar mi poder.

—¿Tu padre? —pregunté, horrorizada.

Silencio. Luego:

—No me gusta llamarle así.

No me extraña. ¿Qué padre experimentaría con su propio hijo?

—¿Qué son estas astillas?

Callum me dedicó una sonrisa dolorida.

—Seguro que ya lo has adivinado.

—Astillas de Oro de Otoño.

Callum confirmó mis sospechas con un movimiento de cabeza antes de volver a centrar su atención en el fuego.

—Uno pensaría que después de que mi padre creara a la primera Cazadora junto con sus hermanos, se habría vuelto más precavido.

Pero no, sigue siendo tan arrogante y miope como entonces. Sigue empeñado en crear el arma definitiva.

Se quitó los guantes y se miró las palmas de las manos. Su pelo oscuro caía como una cortina delante de su cara y yo solo podía adivinar la expresión que había detrás: el dolor que llevaba dentro, el dolor que le atormentaba. El fuego brillaba en las astillas doradas.

—¿Te duele? —pregunté en voz baja.

—Cuando respiro.

Involuntariamente me moví un poco hacia delante en la cama. Todo dentro de mí me urgía a ir hacia él, a tocarle. A hacerle saber que me importaba. Pero sabía que se apartaría de mí, que le molestaría mi compasión. No querría que le tocara, y yo tampoco debería hacerlo.

Ya no tenía ninguna duda: Callum era el Príncipe de las Brumas. Y tenía una muy buena razón para querer derrocar a su padre.

—¿Y? —quise saber—. ¿Cómo va a funcionar todo esto?

—¿Qué quieres decir?

—Dijiste que necesitabas la ayuda de la Academia para destruir a tu padre. Pero, ¿qué forma debe tomar esta ayuda?

Las manos de Callum se cerraron en puños. Su cuerpo se tensó casi imperceptiblemente, como si la pregunta le incomodara.

—Hoy no —dijo en voz baja—. Hablaremos de ello en otro momento.

Por supuesto que sí. Callum no estaba dispuesto a ceder ni el más mínimo control. Con un suspiro resignado, me dejé hundir de nuevo en la almohada. Averiguaría cuáles eran los planes de Callum. Pero necesitaba una cosa por encima de todo: paciencia.

13

FUERA DE CONTROL

Cuando me desperté a la mañana siguiente, Callum ya no estaba. Llevaba horas despierta, mirando al techo de madera mientras repetía una y otra vez en mi mente cada una de las palabras que nos habíamos dicho.

Callum, que se había mostrado extremadamente taciturno tras nuestra conversación sobre las cicatrices de sus manos, se quedó dormido mucho antes, con los brazos cruzados frente al pecho y la cabeza inclinada. Yo permanecí escuchando sus respiraciones hasta que en algún momento se me cerraron los ojos.

Fue el frío lo que acabó por despertarme. El fuego de la chimenea se había apagado. Estiré los miembros cansados. Todavía me sentía un poco mareada. Debían de ser las secuelas de la noche anterior. Pensé en cómo Callum me había quitado la energía vital. Cómo me terminé sentada en su regazo y le había clavado los dedos en la parte superior de los brazos. Nunca podría volver a mirarle a los ojos sin pensar en ello, de eso no cabía duda.

En la mesa de madera encontré una botella de Coca-Cola que ayer no estaba. Callum debió de traérmela esta mañana antes de desaparecer sin dejar rastro. Tomé con gratitud unos sorbos de la bebida fría antes de emprender el camino de vuelta a la Academia.

La tormenta había amainado, pero se fue dejando huellas claras. Los árboles yacían derribados en el suelo, desarraigados y destrozados. Me abrí paso entre ramas y ramitas rotas. Aún era

temprano. Los primeros rayos de sol atravesaban los árboles en largas vetas doradas y danzaban sobre el suelo del bosque destrozado por la tormenta.

Si era lo bastante rápida, aún podría llegar a mi sesión de entrenamiento matinal con Maureen. Así nadie notaría mi ausencia durante la noche. Empujé mis piernas cansadas y troté lentamente, dejando atrás la cabaña y lo sucedido.



—Vale, no puedo contenerme más: ¿qué pasó?

Los ojos de Maureen brillaban de curiosidad mientras se sentaba en el tocón de un árbol y me sonreía ampliamente. Estábamos fuera, en el campo de entrenamiento, las dos empapadas de sudor por nuestra primera ronda de entrenamiento, bebiendo agua. El aire otoñal olía a musgo fresco y a hojas caídas. El cielo estaba bañado por un suave resplandor matutino que se reflejaba en la fachada de ladrillo rojo de la Academia, y las nubes de nuestro aliento formaban pequeñas y fugaces volutas de vaho en el frío.

Sentía que iba a desmayarme en cualquier momento. Probablemente Callum no había exagerado cuando me dijo que me lo tomara con calma. Tal vez debería haberme ido a la cama y fingir que estaba enferma. Pero la idea de quedarme a solas con mis pensamientos no era lo más estimulante.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con disimulo, evitando la mirada de Maureen.

Levantó la mano y me arrancó una hoja del pelo.

—Llevas la misma ropa que ayer, ojeras y hojas en el pelo. Eso nos lleva a la pregunta, ¿dónde pasaste la noche?

Atrapada.

—No es lo que parece —murmuré.

Maureen enarcó las cejas.

—Ah, ¿no? ¿Entonces no pasaste la noche con el Sr. Chico Malo? Recuerda tu promesa: quiero todos los detalles sucios o se lo diré a tu madre.

—Tú no harías eso.

—Nunca digas nunca.

Puse los ojos en blanco y bebí otro sorbo de mi botella de agua para ordenar mis pensamientos y retrasar una respuesta el mayor tiempo posible. Sin embargo, la mirada de espera de Maureen me dijo que no tenía la más mínima posibilidad de escapar a esta conversación.

—Nos hemos acercado —admití.

—¿Se han acercado? —Maureen resopló divertida—. Suenas tan anticuada, como si hubieras salido de una novela de Jane Austen. ¿Qué has hecho? ¿Le has tendido la mano para besarlo? —bromeó.

—Yo… Nos enrollamos —dije, esperando satisfacer el sensacionalismo de Maureen.

Pero parecía que solo la estaba incitando más.

—¡Cuéntame! ¿Cómo ha ido? —insistió.

—¿Bien?

Aquello sonó más como una pregunta que como una afirmación. Maureen parecía decepcionada.

—¿Eso es todo?

Me vinieron imágenes. De Callum agarrando mi trenza y tirando de mi cabeza hacia atrás para que le mirara. Su cara a milímetros de la mía. La idea de que nuestros labios se rozaran me hizo sentir un calor intenso. La forma en que me rodeó la cintura con un brazo y me acercó a él. Cómo sus dientes mordisqueaban mi labio inferior y su lengua se introducía en mi boca.

Tragué saliva.

—Pero solo bien, ¿no? —Maureen torció los labios en una sonrisa divertida.

—¿Qué pasa? —La voz de mi madre nos hizo saltar a los dos.

Maureen y yo habíamos estado tan absortas en nuestra conversación que no nos dimos cuenta de que se acercaba. Me puse imperceptiblemente rígida cuando se acercó, apoyando los antebrazos en la valla de madera que rodeaba el campo de entrenamiento. Era una sombra esbelta en el fresco amanecer, con el pelo rubio peinado hacia atrás y las cejas fruncidas en un ceño crítico.

—Oh, Eris me estaba hablando de la tarta de nueces que tienen ahora en la cafetería —dijo Maureen, levantándose del tocón del árbol y guiñándome un ojo conspiradoramente.

Los labios de mi madre se curvaron en una fina línea.

—No deberías comer azúcar, Eris, lo sabes. Afecta a tu rendimiento físico.

Sentí que mis hombros se encogían ante su reprimenda.

—Era solo una pieza.

—No dejes que se convierta en un hábito.

Ojalá un trozo de tarta de nueces fuera el mayor secreto que llevara conmigo. Entonces habría sido más fácil mirar a mi madre a los ojos.

Así que le arreglé sus uñas cortas y perfectamente cuidadas mientras le preguntaba:

—¿Qué haces aquí?

Era raro que mi madre asistiera a mis entrenamientos. Por lo general era porque tenía algo que criticar o quería enterarse de mis progresos.

Mi madre se enderezó y cruzó los brazos delante del pecho.

—¡Vamos a dar un paseo, Eris! Tu entrenamiento ha terminado por esta mañana.

Eché una última mirada de auxilio a Maureen, que respondió con un encogimiento de hombros y una mueca desganada. Luego salté la verja de madera y seguí a mi madre, con los ojos fijos en su espalda recta.

Caminamos hacia el bosque vecino. Las hojas heladas crujían bajo nuestros pies. El frío se filtraba a través de mi camiseta de entrenamiento y mis finos leggings y temblaba.

—¿Y? —pregunté cuando estuvimos fuera del alcance del oído de Maureen—. ¿Qué pasa?

—Eso es lo que quería preguntarte. ¿Algún progreso con el Príncipe de la Niebla?

Era la segunda conversación esa mañana que me hacía desear que se abriera un agujero en el suelo y me tragara entera, y las dos veces se trataba de Callum.

—Bueno, él… —Me retorcí incómoda bajo la mirada diseccionadora de mi madre, pensando en lo que podría revelar de nuestros últimos encuentros—. Está siendo cooperativo. Realmente creo que quiere derrocar a su padre.

—Sus sospechas por sí solas no son suficientes para mí, Eris. ¡Quiero saber la razón de su traición!

Las manos de Callum.

Pensaba en las cicatrices que le había infligido su padre. Eran motivo suficiente para odiarle. Pero, de algún modo, esta información me parecía demasiado personal para compartirla con mi madre.

—No parece que le guste mucho su padre —dije en voz baja, mirando las coloridas hojas otoñales a mis pies.

Mi madre emitió un pequeño sonido de desgana.

—Para ser sincera, esperaba algo más. Llevas siete semanas viendo a ese caminante de la niebla. ¿De qué hablan? ¿Qué hacen? Debe haberte dicho algo que podamos usar a nuestro favor.

—Es muy reservado —me justifiqué.

Ni siquiera era mentira. Aparte de anoche, Callum apenas había revelado nada sobre sí mismo.

Mi madre sacudió la cabeza con un suspiro.

—Me decepcionas, Eris. El Príncipe de la Niebla podría ser la clave para destruir a todos los Caminantes de la Niebla. Creía que te importaba esta misión tanto como a mí.

—Lo hace.

Devolví a mi madre la mirada de castigo y sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas calientes.

—Bien. —Ella asintió—. ¡Entonces esfuérzate un poco más en el futuro! Y no vuelvas a perder de vista tu objetivo.



Mi madre tenía razón: había perdido de vista mi objetivo. Una parte de mí había empezado a tener ganas de conocer a Callum. Había

bloqueado quién era y empezaba a sentirme cómoda en su presencia. Más que eso, me sentía atraída por él contra toda razón.

Mientras caminaba por los pasillos de la Academia hacia mi habitación para ducharme y prepararme para la clase, sacudí la cabeza. ¿Qué estaba haciendo? No era de las que perdían el control así de fácil, pero con Callum parecía que todo lo que tenía que hacer era mirarme y toda mi vida se desmoronaba. Debería haberle contado a mi madre lo de los fragmentos de oro otoñal en las manos de Callum, lo que había pasado anoche. Pero no lo hice, y no había ninguna razón racional para ello. Callum era el enemigo. Pero mi corazón decía lo contrario. Quería confiar tanto en él.

—¡Eh, Eris! —Keyla se acercó a mí en el pasillo y me sacó de mis pensamientos—. ¿Ya has entrenado? —me preguntó, mirando mi ropa sudada.

—Solo un poco.

Le dediqué una sonrisa, que ella me devolvió.

—¡Eres increíblemente disciplinada! No sé cómo lo haces.

No es como si tuviera elección...

—Ayuda cuando tu madre es la directora y te da una patada en el culo cada vez que llegas tarde al entrenamiento.

Había querido hacer una broma, pero mi respuesta sonó amarga. La sonrisa de Keyla se volvió insegura.

—Bueno, de todos modos, pronto será la gran fiesta de Acción de Gracias —cambió de tema—, y nos vendría bien alguien más en el equipo de decoración. ¿Te apuntas?

Quería decir que no. Ya tenía bastante con lo mío. Pero le había dicho a Maureen que me reunía con las chicas en el lecho del río para hacer fogatas, y esa historia sería mucho más creíble si de verdad pasábamos tiempo juntas.

—Claro, ¿por qué no? —acepté, y Keyla dio una palmada de satisfacción.

—¡Genial! Ya verás, nos vamos a divertir mucho.

—De acuerdo.

Me encogí de hombros, no estaba segura de si lo que necesitaba ahora era *diversión*. Pero distraerme un poco de Callum y de mis intensos sentimientos por él sin duda me vendría bien.

14

REENCUENTRO INESPERADO

—¡La guirnalda tiene que ir más alta! —gritó Trish, poniéndose de puntillas sobre una escalera para fijar la colorida guirnalda de hojas al techo del gran salón de baile.

Con su metro setenta y cinco, no era precisamente la elección perfecta para decorar el techo, pero lo compensaba con su entusiasmo. Su pelo rojo se arremolinaba alrededor de su cara y sus mejillas brillaban de emoción.

Me quedé de pie y sujeté la escalera para asegurarme de que Trish no se cayera. El aire del vestíbulo se llenó del dulce aroma de la calabaza, la canela y las risas. Por todas partes, mis compañeras se afanaban en decorar las largas mesas con manteles de colores otoñales y velas de vivos colores rojo y dorado.

—Cuando hayas terminado con la guirnalda, puedes ayudarme con las flores —me llamó Sonja y colocó junto a mí una cesta tejida con girasoles amarillos brillantes, bayas rojas y avena—. Hay dos jarrones en cada mesa.

—¡Por orden suya!

Trish saludó riendo, colgando tan torcida de la escalera que temí que se cayera en cualquier momento. Miré furtivamente el gran reloj de pared situado en la cabecera de la sala de banquetes. Las manecillas doradas marcaban las diez menos veinte de la noche. Si quería llegar a la cabaña a tiempo para reunirme con Callum, tenía que inventar una excusa lo antes posible.

Dos semanas pasaron desde la noche en que Callum fue herido. Desde ese entonces no se presentó a nuestro último encuentro, le esperé durante hora y media hasta que me di por vencida y terminé por marcharme. Quizá no quería volver a verme después de todo lo que había sucedido.

Pero había otra posibilidad. ¿Y si la persona responsable de las heridas de Callum había vuelto a atacarle, esta vez con más éxito? No servía de nada negarlo: estaba preocupado. Y cada minuto que pasaba, a medida que se acercaba mi encuentro con Callum, me ponía más nerviosa.

—Oye, Eris, ¿está todo bien? Pareces muy tensa.

Keyla se acercó a mí con un montón de manteles y se detuvo a mi lado.

—Sí, es que me duele la cabeza —mentí y me toqué la sien.

Algunas cazadoras se volvieron hacia mí, preocupadas.

—¿Te traigo una pastilla? Creo que todavía tengo algunas en mi bolso —se ofreció Keyla y ya estaba moviéndose para marcharse.

—No, no, no es necesario. —La hice a un lado—. Tal vez voy a ir a tomar un poco de aire fresco.

Trish frunció las cejas y me miró escéptica desde su escalera.

—No nos vas a dejar colgados, ¿verdad? Todavía queda mucho por hacer.

Sonreí con dolor.

—Claro que no. Volveré pronto.

Pronto era una exageración. Llevaría fuera al menos una hora, más si encontraba a Callum en la cabaña. Pero más tarde podría alegar que el dolor de cabeza había sido tan fuerte que me había acostado. De todos modos, no podía imaginarme que las chicas me echaran de menos durante los preparativos. Eran un equipo bien ensayado y yo me sentía un poco como un cuerpo extraño.

Me apresuré a salir de la habitación. Fuera, el aire era frío y claro. Los terrenos de la Academia estaban sumidos en la oscuridad, y solo las linternas de los senderos proyectaban su cálida luz sobre el suelo. Me ceñí más la chaqueta y seguí el sendero oculto a través del bosque que conducía a la pequeña cabaña de madera.

Podía sentir la excitación en el estómago, la tensión que me invadía al pensar en el próximo encuentro con Callum. El último contacto fue tan abruptó que apenas sabía qué esperar. Las preguntas daban vueltas en mi cabeza: ¿estaría allí? ¿Estaría bien? ¿Cómo se comportaría conmigo?

La cabaña estaba a oscuras cuando llegué, la puerta cerrada. No había rastro de Callum. Entré, buscando en el resplandor plateado de la luz de la luna indicios de que hubiera estado aquí mientras tanto. Pero no había ninguna. Todo seguía en su sitio. La mancha de sangre que había empapado las tablas del suelo de madera era un recordatorio de la herida de Callum, de la que esperaba que ya se hubiera recuperado.

Cogí una de las mantas de lana que estaba sobre la cama, me envolví en ella y me hundí en la mecedora donde siempre se sentaba Callum. En mi mente, lo vi mirándose las manos llenas de cicatrices, las astillas de oro otoñal brillando a la luz de la chimenea. Había tanto dolor en su voz cuando hablaba de las heridas que su padre le había infligido.

El hijo del Rey de la Niebla. Me preguntaba cómo era su vida. ¿Se sentía solo o tenía amigos en los que confiar? ¿Se veía obligado a permanecer al lado de su padre y fingir que todo iba bien, que no había sido víctima de su obsesión por el poder? No debería hacerme estas preguntas y, sin embargo, me las hacía, allí sentada en la oscuridad que parecía estrecharse a mi alrededor a cada minuto que pasaba.



Salí de la cabaña poco antes de las once y emprendí el camino de vuelta. No tenía sentido esperar más, así que al menos podría ayudar a las otras cazadoras con los preparativos que quedaban para el festival. La oscuridad era tan densa que apenas podía distinguir el camino, solo el lejano brillo de las estrellas entre los árboles. Los sonidos de la noche llenaban el silencio: el susurro de

las hojas al viento, el murmullo lejano de los animales entre la maleza.

Allí.

Una silueta permanecía inmóvil en la oscuridad.

¿Un caminante de niebla?

Entrecerré los ojos para ver mejor, con el cuerpo tenso, preparado para la batalla. La luna luchaba por abrirse paso a través de la espesa capa de nubes que se extendía por el bosque de noche, y la luz parpadeante reveló la figura que tenía delante. Estaba a pocos metros, oculta entre las sombras de los árboles. Se me hizo un nudo en la garganta y sentí que el corazón me latía más deprisa.

—¿Callum? —susurré esperanzada.

Estaba casi seguro de que era él. Tenía que ser él. Pero entonces, ¿por qué no me respondía? ¿Por qué estaba ahí parado sin moverse?

No, ese no era Callum. Empecé a sospechar. Mi mano se deslizó involuntariamente hacia la daga de plata de mi cinturón y agarró la empuñadura.

La figura que tenía delante levantó la cabeza. Su capa negra ondeaba suave al viento y sus ojos color ámbar brillaban en la noche.

Retrocedí un paso. Las ramas crujieron bajo mis pies.

El caminante de la niebla con los ojos ámbar.

Me había encontrado.

Me invadió la sensación de pesadez y trance que había sentido cuando nos conocimos. Una oscura resaca emanaba del caminante de la niebla y me hechizaba. Pero esta vez estaba preparada. Apreté mis barreras mentales, tirando de ellas a mi alrededor con tanta fuerza que apenas podía respirar.

El caminante de la niebla pareció darse cuenta de que me resistía. Me observó, interesado, como un gato que deja correr a un ratón para ver hasta dónde llega. No intentó caminar hacia mí, sino que simplemente se quedó allí, formando parte de las sombras que lo rodeaban.

No podía pensar con claridad, solo podía quedarme mirándole. Pasaban los minutos, el frío se colaba bajo mi ropa y envolvía mi

cuerpo. Quería preguntarle al caminante de la niebla qué quería de mí, por qué estaba aquí, pero no podía hacer ruido.

Finalmente, levantó la mano y en sus dedos brilló la daga de plata que me había arrebatado aquella fatídica noche. La arrojó a mis pies. Despreocupado, como si fuera algo sin significado para él. Luego, sin decir una palabra, se dio la vuelta y desapareció, tan rápido y silencioso que no estaba segura de que hubiera estado allí.

Me quedé mirando la oscuridad vacía por donde había desaparecido. La luz de la luna volvió a abrirse paso entre las nubes, bailando sobre la hoja de plata que tenía a mis pies.

Mis pensamientos se arremolinaban y no sabía qué hacer. ¿Fue una advertencia? ¿Una petición? ¿O simplemente un gesto que no entendía? Fuera lo que fuera, no podía significar nada bueno. Preocupada, volví a la Academia. Era la segunda vez que Callum no aparecía, y ahora este extraño encuentro. Me gustara o no, tendría que hablar con mi madre.

15

LA GRATITUD DA HAMBRE

Hoy no, fue el primer pensamiento que me vino a la cabeza al despertarme.

Sí, tenía que hablar con mi madre, confesarle todo lo que había pasado. Pero hoy era Acción de Gracias y quería tener un buen día para mí antes de que mi madre me impusiera nuevas restricciones. Porque lo haría, en cuanto supiera lo que tenía que contarle.

Me levanté y me apresuré a ducharme antes de vestirme para el ritual de acción de gracias que tradicionalmente tenía lugar en Acción de Gracias. Antes del amanecer, todas las cazadoras íbamos al bosque, donde nos reuníamos para reflexionar sobre el año transcurrido y dar gracias por todas las cosas buenas que nos habían ocurrido.

En mi camino por el pasillo, me encontré con Trish bostezando y atándose el cabello en una coleta mientras intentaba calzarse sus zapatillas negras bien gastadas.

—Hola, Eris, ¿cómo va el dolor de cabeza? —Su voz sonaba un poco reservada.

No podía culparla. Después del encuentro de anoche con el caminante de la niebla de ojos ámbar, había estado demasiado disgustada para volver al salón de baile. Probablemente Trish estaba resentida conmigo por haberla dejado a ella y a las otras chicas con los preparativos.

—¡Lo siento! —La miré arrepentida—. El dolor de cabeza era tan fuerte que tuve que tumbarme. Pero ya me encuentro mejor.

—Ya veo. —Trish me miró como si no creyera nada de lo que decía, pero luego sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa—. ¡Vamos, entonces! No queremos perdernos el gran discurso de agradecimiento de tu madre.

Puse los ojos en blanco.

—Claro, será un momento culminante, como todos los años.

Trish soltó una risita.

Mi madre siempre era la primera en hablar en este ritual, y nunca dejaba de recordarnos lo afortunadas que éramos de poder cumplir nuestro servicio como cazadoras. Un servicio a la humanidad que solo se prestaba a unos pocos elegidos. Le gustaba olvidar que este servicio podía costarnos la vida.

Trish y yo bajamos las escaleras y, junto con otras chicas, salimos por la puerta de roble macizo. El cielo era gris oscuro y el aire fresco de la mañana soplaba a nuestro alrededor. Seguimos el estrecho sendero que se adentraba en el bosque. Aparte del susurro de las hojas bajo nuestros pies, no se oía ningún ruido. Las conversaciones entre las chicas cesó y se extendió un silencio reverente. Keyla se unió a nosotros y se enganchó a Trish con una sonrisa.

Pronto llegamos al claro, donde las demás cazadoras ya estaban de pie formando un círculo, todas vestidas con túnicas rojas. También cogimos una del montón que había bajo un árbol.

El rojo simbolizaba la voluntad de sacrificio de las cazadoras, la sangre que estábamos dispuestas a derramar en la lucha contra los Caminantes de la Niebla para proteger a la humanidad de ellos. Siempre me había parecido un poco dramático, pero las túnicas formaban parte de un antiguo ritual.

Mientras me ponía la bata, miré alrededor del claro. Era grande y estaba rodeado de árboles viejos y nudosos. Una hoguera crepitaba en el centro y el olor a humo y madera quemada flotaba en el aire. El resplandor vacilante de las llamas proyectaba sombras sobre los rostros de los presentes y confería a la escena una atmósfera solemne.

—Toma.

Una de las cazadoras —una chica más joven de uno de los cursos inferiores al mío— sacó una vela blanca de su cesta de mimbre y me la entregó. Observé cómo recorría el círculo de mis compañeras hasta que todas las velas habían sido distribuidas.

Esperamos unos minutos más hasta que todas las cazadoras se reunieron y todo quedó en silencio. Entonces mi madre se adelantó y encendió la primera vela junto a la hoguera. El cálido resplandor de la llama iluminó su rostro serio e hizo brillar sus ojos verdes. Levantó los ojos y miró a su alrededor.

—Hoy estamos aquí para dar las gracias —empezó con voz firme —. Gracias por la vida que se nos permite llevar. Gracias por los dones que se nos han dado y por la comunidad que encontramos en esta Academia. No olvidemos que estamos en la tradición de la primera Cazadora. Fue ella quien encontró el valor para enfrentarse a los Caminantes de la Niebla, sus propios hermanos, y proteger a nuestro pueblo. Fue ella quien fundó esta Academia para enseñar a las jóvenes las artes de la caza.

Las palabras resonaron en el silencio del claro y sentí la piel de gallina que me cubría el cuerpo. El viento soplaba suave entre los árboles y traía hasta nosotros el susurro de las hojas. El piar de los pájaros se oía por todas partes, saludando al amanecer.

—Somos sus sucesoras y tenemos la responsabilidad de defender nuestra patria y preservar las tradiciones —continuó mi madre—. Así que estemos agradecidas por la herencia que se nos ha confiado y por las habilidades que poseemos. Estemos orgullosas de lo que hacemos y apoyémonos mutuamente en nuestro objetivo común. — Me dirigió una mirada breve y penetrante antes de levantar la vela en el aire—. Gracias por todas las cosas buenas que me han pasado este año. Por la salud y la fuerza que tengo. Por la comunidad que encuentro en esta Academia y por el amor y el apoyo que recibo de mi hija Eris.

—Damos las gracias —concluimos a coro, con nuestras voces resonando en el silencio del bosque.

Reprimí un bufido. Mi madre me dio las gracias por mi amor y mi apoyo, a pesar de que hacía apenas unos días me había dicho lo decepcionante que era para ella. Intenté controlar mis pensamientos

y concentrarme en el ritual, pero no lo conseguí. Estaba enfadada. Enfadada y decepcionada.

Keyla fue la siguiente en dar las gracias. Una a una, las demás cazadoras se acercaron y encendieron sus velas junto a la hoguera. Las palabras de agradecimiento fueron variadas: algunas dieron las gracias por sus habilidades y éxitos en la caza, otras por las amistades y el apoyo que habían experimentado.

El ambiente era reverente. La cálida luz de las velas se mezclaba con los primeros y suaves rayos de sol que se filtraban entre los árboles. El susurro de las hojas y el crepitar del fuego formaban un telón de fondo tranquilizador. Las cazadoras formaban un círculo con las velas en las manos e inclinaban la cabeza como si rezaran. Cerré los ojos e inspiré profundamente, sintiendo el aroma del bosque y del fuego.

Por fin llegó mi turno. Me adelanté y encendí mi vela junto a la hoguera. La mecha prendió inmediatamente y miré hacia las llamas. Sentí la mirada de mi madre sobre mí y traté de organizar mis pensamientos, pensando en lo que quería decir.

Y entonces salió de mí:

—Gracias por las habilidades que se me han dado para luchar contra los Caminantes de la Niebla. Gracias por el apoyo que he recibido de mi entrenadora Maureen. Y gracias por los desafíos inesperados que me han lanzado y que me han mostrado la fuerza que hay en lo más profundo de mí.

Con mis últimas palabras, pensé en Callum y en nuestro entrenamiento de combate juntos. Lo contenta que estaba de que me hubiera demostrado de qué estaba hecha. Me resultaba extraño estarle agradecido por algo. Pero lo estaba. Realmente lo estaba.

Cuando levanté la vista, me encontré con la mirada de mi madre. Había una mezcla de orgullo y tristeza en sus ojos. Le había dado las gracias a Maureen y no a ella, y las dos sabíamos por qué. El abismo que nos separaba era cada vez más insalvable.

Me di la vuelta y volví al círculo de cazadoras. El ritual llegaba poco a poco a su fin. Podía sentir la tensión en el aire. El año pasado había sido difícil para todas nosotras, y hoy nos ofrecía una

oportunidad única para hacer una pausa y reflexionar sobre lo que era realmente importante.

Después de que todas hubiéramos dado las gracias, entregamos las velas a las llamas de la hoguera. Se levantó una densa nube de humo y vi cómo se elevaba lentamente hacia las copas de los árboles de colores otoñales. Cuando volví la vista hacia las demás cazadoras, me di cuenta de que sus rostros estaban iluminados por las brasas del fuego, sus miradas serias y decididas. Estábamos allí, unidas en nuestra lucha común contra los Caminantes de la Niebla, y de pronto ya no me sentí tan sola.



—¿Estás listo para la gran comida? —preguntó Keyla con una sonrisa mientras nos quitábamos las túnicas y emprendíamos el camino de vuelta a la Academia—. Creo que tanta gratitud te da bastante hambre.

—¡Por supuesto! —Trish estuvo de acuerdo, frotándose las manos —. Podría comerme un pavo entero. Durante la ceremonia, me preocupaba tener problemas con la madre de Eri porque mi estómago gruñía muy fuerte.

Nos reímos y aceleramos el paso, animadas por la expectación de la fiesta. Junto con las demás cazadoras, entramos en la Academia y nos agolpamos en el gran salón, que mis compañeras terminaron de decorar la noche anterior. Las mesas relucían con la vajilla de plata que solo se utilizaba en ocasiones festivas, sobre ellas había jarrones con flores y del techo colgaban guirnaldas de hojas de los más bellos colores otoñales. En la parte larga de la sala se había montado un gran bufé. El aroma de las tartas de calabaza, la carne asada, el pan fresco y las especias llenaba el ambiente. El ambiente era exuberante y todo el mundo parecía haber dejado atrás la pesadez de la mañana.

Me senté en una de las largas mesas con Keyla y Trish. Trish estiró el cuello para ver mejor el bufé desde su asiento.

—Vale, ¿cómo de raro sería que empezara con café, pavo, puré de boniatos y salsa de arándanos? —preguntó.

—Es un *brunch*, así que todo vale —respondió Keyla con un guiño.

—Y un poco de esta mousse de nuez y canela para acompañar.

—Ahora empieza a ser raro.

Trish se encogió de hombros.

—Dijiste que todo valía. ¿Qué vas a tomar, Eris?

—No sé, quizá algo de la quiche de calabaza —murmuré indecisa.

Pensé en la última cena de Acción de Gracias y en cómo mi madre me había observado con ojos suspicaces. Ella no creía en eso de llenarse el estómago, era indisciplinado e innecesario, y no perdía ocasión de señalármelo. Incluso pensar en ello me hacía perder el apetito.

Trish empujó su silla hacia atrás.

—Seguro que estás intentando coger ventaja para la carrera del bosque de esta tarde —se burló—. ¿Apuesto a que también te ganaré con pavo, tarta de calabaza y mousse de nuez y canela en la barriga?

—No todo el mundo puede ser tan avaricioso como tú, Trish —replicó Keyla con una sonrisa antes de seguir a su amiga hasta el bufé.

Esperé un momento antes de unirme a la cola del bufé. La comida olía a gloria, pero me limité a la quiche de calabaza y a una selección de coloridas verduras de otoño. No es que dejara que mi madre dictara lo que comía a diario, pero quería ahorrarme la vergüenza de que viniera a nuestra mesa a sermonearme.

Mientras volvía a mi asiento, Trish me deslizó un tarro de crema con un guiño.

—¡Ven al lado oscuro de la Fuerza, Eris! Tenemos mousse de nuez y canela —bromeó.

Y claro que sí, estaba preparada para ser corrompido.

A ÚLTIMA HORA de la tarde, nos reunimos en el campo de entrenamiento de la Academia, donde los preparativos para la carrera por el bosque estaban en pleno apogeo.

Maureen me saludó desde lejos. Estaba ocupada repartiendo los brazaletes para los equipos. Cuando me acerqué a ella, me dio un abrazo corto y apretado.

—Lo que has dicho esta mañana en la hoguera ha sido muy bonito. Me alegro de apoyarte en todo lo que haces —dijo. Asentí en silencio, un poco conmovida de que mis palabras de agradecimiento hubieran significado tanto para ella—. Entonces, ¿con quién vas a formar equipo?

—No tengo ni idea. Supongo que esperaré a ver quién queda.

Me encojo de hombros y miro a las demás chicas, que charlan a gritos en grupos de dos. El año pasado me había quedado sola porque una de mis compañeras tenía dolor de cabeza y no podía participar. Esta vez el número parecía funcionar.

—¡Tonterías! —replicó Maureen—. ¡Pregúntale a Keyla! Te mira todo el tiempo.

—Querrá ir en grupo con Trish —sugerí.

Al fin y al cabo, ambas eran amigas desde hacía mucho tiempo.

—No lo parece. —Seguí la mirada de Maureen hacia Trish y Keyla, que discutían animadamente entre ellas. Al final, Trish levantó las manos en señal de enfado y se giró para acercarse a Sonja.

—Parece que hay problemas en el paraíso. Esta es tu oportunidad. Adelante.

Maureen me puso dos brazaletes verde oscuro en la mano, me dio ánimos con la cabeza y me empujó en dirección a Keyla. Dudé, pero al final me armé de valor y me acerqué a mi compañera.

—Oye, ¿quieres formar un equipo? —le pregunté tendiéndole uno de los brazaletes.

Keyla lo aceptó, radiante.

—¡Qué suerte que hayas preguntado! Trish me dejó colgada. Está enfadada porque no quiero venir esta noche a la hoguera en el cauce del río.

—¿Por qué no? —pregunté frunciendo el ceño.

Keyla solía ser quien organizaba estas reuniones y, por lo que sabía, nunca faltaba a ninguna.

—Tengo una cita —me dijo con una sonrisa de complicidad—. Se llama Jackson. Lo conocí en una de las fiestas de *Siete Sombras*.

—Oh, vale.

—Me invitó a una cena a la luz de las velas en el bosque. ¿No es romántico?

Romántico o siniestro, dependiendo de si el conocido de Keyla era un prometedor romance o un asesino en serie. Pero ella sabría lo que hacía. ¿Y quién era yo para juzgarla? Había quedado con un caminante de la niebla en una cabaña solitaria del bosque. O me había reunido con él… Mis pensamientos se detuvieron un momento en Callum y en mi preocupación por él, lo que me provocó un nudo en el estómago.

—Así que, jovencitas —dijo Maureen, invitando a mis compañeras a unirse a ella, que formaron un semicírculo a su alrededor. Las conversaciones se silenciaron—. Ya conocen las reglas: hay muñecos de paja escondidos por todo el bosque: nuestros andadores de niebla, en los que las chicas de los cursos inferiores han estado trabajando con dedicación durante las últimas semanas.

Algunas de las chicas más jóvenes soltaron una risita. En los últimos años, casi se había convertido en un deporte hacer que los muñecos de paja fueran lo más ridículos y locos posible.

—Cada uno de los muñecos de paja lleva una cinta gris que hay que capturar —continúa Maureen—. Gana el equipo que más cintas tenga al final del día. Pero claro, hay un truco: tienen que atarse las cintas al cinturón, y los otros equipos se las pueden robar. Así que no se confíen. Aunque vayan en cabeza, pueden perderlo todo en cualquier momento.

—Parece que Trish la tiene contra nosotras.

Keyla soltó una risita nerviosa.

—Eso sería típico de ella —murmuré mientras miraba a Trish, que ahora estaba de pie con Sonja y nos escrutaba con una mirada penetrante. No pude entender exactamente lo que le decía a Sonja, pero sus gestos eran claros. Las dos parecían tener ganas de pelea.

—El tiempo de búsqueda de marionetas de paja es de tres horas —gritó Maureen, su voz cortando el aire caliente del campo de entrenamiento—. Deben regresar con tantas cintas como sea posible dentro de ese tiempo. Los equipos que no regresen al final de las tres horas serán descalificados.

Miré a Keyla y nos asentimos con determinación. Lo daríamos todo para ganar el partido.

16

FIEBRE DE CAZA

—¡Vamos! —Maureen levantó la mano y dejó escapar un silbido.

Keyla y yo salimos disparadas, con la respiración acelerada mientras nos adentrábamos en el denso bosque. Las finas ramas nos golpeaban la cara mientras corríamos junto a los demás equipos, siempre atentas a los muñecos de paja.

Al principio seguíamos yendo en grupo, pero pronto nuestros caminos se separaron. Keyla y yo aminoramos la marcha al llegar a un pequeño río. El terreno era escarpado y no parábamos de resbalar en las hojas mojadas hasta quedar cubiertas de barro y hojas.

—Si Jackson pudiera verme así, seguro que reconsideraría la cita —se rio Keyla, y yo me uní a su risa.

—¿También va al instituto Raven Ridge? —pregunté.

Keyla negó con la cabeza.

—No, a otro colegio del barrio. Si te soy sincera, todavía no sé mucho de él. Había demasiado ruido en *Siete Sombras* como para mantener una conversación. Pero eso ya lo sabes. ¡Lamento haberte convencido de venir el otro día! Se notaba que no te sentías muy a gusto allí.

—No, lo siento. No quería estropearte el humor —admití contrita.

—No lo hiciste —me aseguró Keyla. Luego movió la cabeza—. Vale, eso no es del todo cierto. La parte en la que te fuiste de

repente y te perdiste en el bosque realmente estropeó el ambiente. Será mejor que no lo hagas la próxima vez.

Me guiñó un ojo.

—Lo prometo —respondí con una sonrisa.

Caminamos un rato junto al río. El agua corría y notaba la humedad en los zapatos.

—¿Por qué me propusiste ir con ustedes? —quería saber.

—¿Por qué no? —Keyla me lanzó una mirada de incomprensión —. Cada vez que te veo, estás solo. Pensé que tal vez te vendrían bien tener amigas.

—Sí, no, yo… pensé que como soy la hija de la directora, no querrías tener nada que ver conmigo.

Keyla arrancó una hoja amarilla de uno de los árboles y la retorció entre sus dedos.

—No nos definimos por nuestros padres —dijo en voz baja y pensativa—. Si conocieras a los míos, te darías cuenta de que sé de lo que hablo.

Puso los ojos en blanco.

Me hubiera gustado preguntarle qué quería decir con eso, pero Keyla parecía dispuesta a cambiar de tema lo antes posible.

—Creo que veo algo —gritó, dejando caer la hoja y señalando el tronco de un árbol caído.

Nos acercamos y encontramos un muñeco de paja que llevaba una camiseta verde brillante con una capa negra y unas gafas de sol amarillas de gran tamaño que habrían hecho las delicias de Elvis. Keyla hizo un bailecito de la victoria mientras tiraba de la cinta gris del muñeco de paja y se la enganchaba al cinturón.

—Tenemos uno —dijo orgullosa, levantando el puño en el aire.

Seguimos buscando y pronto encontramos otra cinta y luego otra. Era divertido ir a la caza de los muñecos de paja con Keyla. Era ambiciosa, como yo, pero siempre tenía una sonrisa en la cara. Y ahora que habíamos hablado, me sentía mucho más cómoda a su lado.

Mientras encontrábamos nuestro cuarto muñeco de paja y cogíamos la cinta, Trish y Sonja surgieron de repente de entre la maleza.

—Bueno, ¿a quién tenemos aquí? —preguntó Trish, dedicándonos una sonrisa agresiva.

—No te llevarás nuestras cintas. ¡Corre, Eris! —chilló Keyla exultante y me agarró de la mano para tirar de mí tras ella.

Salimos corriendo, riendo y jadeando de emoción. El mundo se convirtió en un remolino de colores amarillos, rojos y marrones mientras nos abríamos paso por el bosque. Trish y Sonja nos pisaban los talones y parecían decididas a alcanzarnos. Pero no nos rendimos y seguimos corriendo por la orilla del río. El viento soplaba alrededor de nuestras orejas y hacía que mi coleta se agitara salvajemente.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Keyla sin aliento.

Teníamos la opción de cruzar el río o subir por la empinada ladera.

Señalé con la cabeza hacia el agua.

—¡Por ahí!

Vadeamos el río. El agua fría nos bañaba las piernas y hacía que avanzáramos despacio. Oí a Trish y Sonja detrás de nosotras, maldiciendo y riendo mientras se acercaban. Y de repente estaban con nosotras.

—¡Son rápidas! —dijo Sonja, apoyando las manos en las rodillas mientras jadeaba.

—Pero no lo bastante ágiles —añadió Trish, levantando triunfante una de nuestras cintas que Keyla se había atado al cinturón.

—¡Eh! —Keyla se lo arrebató, casi resbalando y cayendo al río—. ¡Devuélvemelo ahora mismo!

—Supongo que te gustaría.

Trish subió a la orilla opuesta, seguida de cerca por Sonja, y las chicas desaparecieron entre los árboles, animadas.

—Solo quedaban tres —dijo Keyla, echando una mirada resignada a las correas que quedaban en mi cinturón.

También subimos por el terraplén, con las perneras de los pantalones mojadas y los zapatos empapados por el agua. Quise sugerir que nos tomáramos un descanso, pero Keyla tenía otros planes.

—Vamos a recuperar nuestra cinta —me dijo, con los ojos brillantes de determinación, mientras tiraba de mí.

Salimos corriendo en persecución de Trish y Sonja, que ni siquiera se giraron para ver lo cerca que estábamos de ellas. Ya parecían muy seguras de su victoria.

El bosque se hizo más denso y el suelo se cubrió de musgo, que cedió suavemente bajo nuestros pies. Saltamos por encima de árboles caídos y nos agachamos bajo ramas bajas. Por fin alcanzamos a Trish y Sonja, que se habían detenido junto a una gran roca para buscar más muñecos de paja. No parecían haberse percatado de nuestra presencia. Nos acercamos por detrás.

Keyla se llevó un dedo a los labios y me indicó que esperara. Con paso rápido se acercó a Trish y le quitó el lazo gris de la mano. Trish se dio la vuelta, miró a Keyla con expresión de sorpresa y luego se echó a reír a carcajadas.

—Te lo has ganado —dijo, levantando las manos en un gesto de rendición.

Sonja se unió a las risas.

—Son buenas.



Parecía como si las tensiones entre Keyla y Trish hubieran quedado enterradas. Tal vez fuera cierto lo que decían: que los verdaderos amigos nunca pueden estar enfadados entre sí durante mucho tiempo.

Volvimos a separarnos. Keyla y yo seguimos buscando los muñecos de paja y pronto recogimos bastantes cintas. El sol se ponía lentamente. La luz en el bosque se hizo más suave y dorada. El silbato de Maureen volvió a sonar y supimos que se había acabado el tiempo. Regresamos tranquilamente a la salida, donde Maureen nos esperaba.

—¡Enhorabuena, chicas, ha sido una gran competición! —dijo mientras recibía nuestras cintas y las contaba.

Keyla y yo teníamos más que la mayoría de los otros equipos, pero al final nos faltaron dos cintas para la victoria. No nos importó. Estábamos sudorosas, sucias y felices. La caza de los muñecos de paja nos hizo olvidar por un rato la presión de la Academia.

Charlamos y bromeamos mientras caminábamos de vuelta al edificio principal y me sentí aliviada y relajada por primera vez en mucho tiempo. Hasta ese momento en que mis pensamientos volvieron a Callum. Sobre a qué se debía su desaparición, si simplemente me estaba evitando o si le había pasado algo. Tal vez estaba herido o muerto y yo nunca lo sabría. Tal vez…

—¿Vendrás luego a la hoguera? —preguntó Trish.

Parpadeé dos veces, volviendo a la realidad de los escenarios de horror que había estado visualizando. No solo Trish, sino también los ojos de Maureen estaban puestos en mí, esperando. Le había dicho a mi entrenadora que iba con regularidad a la hoguera con las otras cazadoras. Si me negaba ahora, sospecharía.

—Claro, ¿por qué no?

Mi voz era un poco demasiado alta cuando contesté. Maureen pareció echarle la culpa a mi *Sr. Chico Malo*, como ella lo llamaba.

—¿Supongo que los chicos del instituto Raven Ridge también estarán allí? —preguntó con un guiño conspirativo en mi dirección.

—No irás a delatarnos, ¿verdad? —preguntó Trish alarmada.

—¿Yo? —Los ojos de Maureen se abrieron de par en par con disgusto—. Ni se me ocurriría. Soy la última persona que les negaría un poco de diversión. Sus vidas ya son bastante duras sin que yo interfiera.

Si Maureen le contara a mi madre lo de la reunión de la hoguera, pararía todo de inmediato. Entonces yo estaría libre de culpa. Pero mi entrenadora no lo haría, y yo no podía estropearles la velada a mis compañeras traicionándolas, aunque lo pensara por un momento. Así que, con un suave suspiro, me resigné a mi destino. Me presentaría en la hoguera y luego alegaría que me había vuelto a doler la cabeza. No era para tanto. Puede que incluso me divirtiera, en contra de lo esperado.

—¿Eris? ¡Soy Matt! Trish me envió. Hola.

Algo sorprendida, cogí la mano que me tendía el chico del instituto Raven Ridge. Su apretón de manos fue firme y agradablemente cálido. Su pelo rubio le caía sobre la cara mientras me miraba con una sonrisa abierta y amistosa.

Estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo arenoso junto a la hoguera, un poco alejada de las demás chicas. Había estado mirando las llamas con fijeza hasta ahora, preguntándome cuándo llegaría el momento perfecto para disculparme y emprender el camino de vuelta a casa. Pero al parecer Trish tenía otros planes para mí.

Estaba sentada al otro lado de la hoguera. La miré. Nuestras miradas se cruzaron y enarqué las cejas interrogante, pero ella se limitó a encogerse de hombros inocentemente y se volvió hacia el chico que tenía al lado.

¿De qué iba eso? ¿Estaba intentando emparejarme con Matt?

—Sí, um… ¿Trish? —tartamudeé interrogante.

Matt se pasó los dedos por el pelo, avergonzado.

—Esto es un poco embarazoso, pero me dijo que debería tener una charla contigo. Cree que nos llevaríamos bien.

Resoplé.

—Claro. Te envió a hacer de niñera.

Probablemente Trish ya había adivinado que iba a salir corriendo. Me mordí el labio inferior, molesta por ser tan fácil de ver a través de mí.

Matt se tiró al suelo a mi lado, dobló las piernas y me escrutó de reojo.

—No pareces alguien que necesite una niñera —dijo.

—Yo tampoco.

—Bien, entonces dime: ¿siempre eres así de gruñona o solo cuando te arrastran a una hoguera en Acción de Gracias?

Nos miramos durante un momento y sentí que mis mejillas enrojecían.

—No estoy de mal humor —respondí finalmente.

Matt sacudió la cabeza y sonrió.

—Sabes, a veces está bien divertirse un poco. Y parece que te vendría bien un poco de distracción.

Arrugué la frente.

—¿Y qué sugiere, Dr. Matt?

Levantó las manos.

—Oye, no soy psicólogo. Pero sé contar un buen chiste.

—Bueno, escuchémoslo —suspiré con devoción.

Probablemente no saldría de este número tan rápido de todos modos.

Matt me guiñó un ojo con picardía.

—Vale, ¿cómo se llama un oso sin dientes?

Le miré expectante y me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. ¿Cómo?

—¡Oso gominola!

No pude evitar soltar una carcajada. El chiste era tan malo que volvía a ser bueno.

Matt me miró triunfante.

—Ves, una sonrisa te queda mucho mejor.

Sacudí la cabeza divertida.

—Gracias por el diagnóstico, Dr. Matt.

—Nada que agradecerme. La factura llegará por correo.

—Oh querido, ¿cuál es tu tarifa por hora?

—¿Por hora? Mi tiempo es precioso. Cobro en minutos.

—Como te envía Trish, supongo que ella también pagará la cuenta —bromeé, dándome cuenta de que nuestra conversación se había convertido de algún modo en un flirteo casual.

Por mucho que me costara hablar con Callum, me resultaba más fácil hacerlo con Matt. Tal vez porque no tenía nada que perder con él.

Hizo una mueca irónica.

—Ahora me siento sucio, como un gigoló.

—Estoy bastante segura de que a un gigoló le pagan por otros servicios, Matt.

—¿Ah, sí?

Se acercó y nuestros rostros quedaron a escasos centímetros. Sus ojos verdes se clavaron de pronto en mí, pareciendo penetrarme, y no pude evitar devolverle la mirada.

La hoguera crepitaba. Las chispas volaban hacia el cielo y podía sentir el calor en mi piel. Pero podía sentir aún más claramente la cercanía de Matt. Su cálido aliento en mi mejilla. Su mano, que encontró el camino hasta mi rodilla y se apoyó en ella inestable. Se inclinó un poco hacia mí.

—¿Puedo?"

El corazón me dio un vuelco.

Quiere besarme.

Quiere besarme, pero no es Callum. Y no sé si eso es bueno o malo.

Debería decir que sí, debería aprovechar la oportunidad de cambiar de opinión. Callum era mi enemigo. No podía confiar en él, y no había forma de que me enamorara de él. Matt, por otro lado… Él era inofensivo, solo un pasatiempo.

—¿Eris?

Matt me miró expectante. Sus labios estaban tan cerca que solo tuve que inclinarme unos milímetros hacia delante. Sería tan fácil, y sin embargo…

—Yo… —empecé, pero antes de que pudiera continuar, los ojos de Matt se abrieron de par en par y se apartó de mí.

—¿Oyes eso? —preguntó.

—¿Qué cosa?

Irritada, seguí su mirada, que se centraba en el oscuro bosque.

—El susurro.

A LA FUGA

—¡Caminante de la niebla! —La llamada de advertencia de Trish resonó en el bosque.

Mis compañeras saltaron todas al mismo tiempo, dejando a los chicos del instituto Raven Ridge visiblemente confusos. A diferencia de nosotras, Matt y los demás no tenían ni idea de qué esperar: quiénes éramos y quién acechaba entre las sombras de los árboles.

Yo también me puse en pie y empujé a Matt hacia los otros chicos de la hoguera, donde formamos un círculo protector alrededor del pequeño grupo.

—¿Qué está pasando aquí? —oí que preguntaba uno de los chicos.

Pero ninguno de nosotros se molestó en contestarle. Estábamos cien por cien concentradas en el bosque que teníamos delante.

—¿Cuántos crees que hay? —preguntó Kathy mientras mirábamos en la oscuridad.

—Al menos una docena —respondió Sonja.

—Más. —Trish sonaba tensa y casi un poco ansiosa.

No era una buena señal.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó una de las chicas que estaban detrás de mí, cuya voz no reconocí.

—Lo que siempre hacemos: matarlos —respondió Trish sombríamente.

Sacamos nuestras dagas de plata, que llevábamos ocultas bajo la chaqueta. Incluso en veladas como ésta, las cazadoras nunca estábamos desarmadas.

—Mierda, ¿qué es esto? —murmuró uno de los chicos—. ¿Algún extraño ritual de sacrificio?

Otro intentó salirse del círculo, pero Trish lo agarró por la chaqueta y lo empujó hacia atrás con brusquedad.

—¡Quédate quieto y cállate! —ordenó—. Ahora no tenemos tiempo para explicaciones.

El viento traía hasta nosotros el susurrante canto de los caminantes de la niebla. A medida que se acercaban, podía ver sus formas oscuras deslizándose entre los árboles, con sus largas capas negras ondeando al viento. Los chicos habían abandonado sus intentos de salir de nuestro círculo. Podía sentir los susurros tirando de mi barrera interior. Cómo intentaba penetrar y robarme mi energía vital.

Mi barrera resistió, pero los chicos del instituto Raven Ridge estaban indefensos ante los susurros. Oí sus suspiros agónicos mientras se hundían uno a uno en el suelo, retorciéndose de dolor. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Seríamos capaces de protegerlos?

Los árboles crujían cuando el viento rozaba las ramas. Estrechamos nuestro círculo alrededor de los chicos, acurrucándonos hombro con hombro para impedir que los caminantes de la niebla llegaran hasta ellos. Intenté distinguir sus figuras en la oscuridad, pero los caminantes de la niebla jugaban con nosotros. Estaban ahí y luego ya no, rodeándonos como depredadores rodean a su presa.

—¡Cuidado, Eris! —gritó Trish cuando una sombra salió disparada hacia mí.

No reaccioné lo bastante rápido. El caminante de niebla me golpeó con fuerza en la boca del estómago y salí despedida por los aires. El impacto me dejó sin aliento. Jadeando, levanté la cabeza justo a tiempo para ver cómo decenas de caminantes de la niebla salían de entre los árboles y me atacaban.

Nos invadieron. Fue como si una ola de oscuridad se abatiera sobre nosotros. Vi a Trish, Sonja, Kathy y las otras cazadoras luchar,

las vi interponerse valientemente en el camino de nuestros enemigos.

Fue una lucha a muerte. Nunca antes nos habían sorprendido tanto. Y nunca antes tan superadas en número.

Con un movimiento suave, me puse en pie de un salto y adopté una posición defensiva. Los caminantes de la niebla se movían con rapidez y parecían venir de todas partes. Pero mis sesiones de entrenamiento con Callum me habían preparado. Ya no me fiaba solo de lo que veía. Confiaba en mi intuición. Con los ojos cerrados, presté atención al movimiento: al susurro del suelo del bosque, a los pasos que se acercaban.

Sentí un aliento frío que me rozaba la nuca y reaccioné de inmediato. Me di la vuelta en un instante. Mi daga de plata atravesó la oscuridad y abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo el caminante de la niebla que había intentado atacarme se disolvía en bruma y niebla. El cántico susurrante se silenció por un momento, para ser retomado por otro caminante de la niebla.

A la pálida luz de la luna, las dagas de las otras cazadoras brillaban como relámpagos en un cielo nocturno tormentoso. Trish lanzaba furiosos gritos de guerra mientras destruía un caminante de la niebla tras otro con poderosos movimientos. Su expresión reflejaba pura determinación. Vi a Sonja y a Kathy luchando codo con codo, blandiendo sus dagas al unísono, como si fueran una sola.

Parecía como si poco a poco se fueran haciendo con el control de la situación, como si los Caminantes de la Niebla se fueran retirando de ellos y de los chicos del instituto Raven Ridge.

Pero no podía decir lo mismo de mí: los caminantes de la niebla eran como un incesante torrente de sombras que amenazaba con anegarme por todas partes. Su aproximación silenciosa y suave apenas me daba la oportunidad de reaccionar. A cada paso que daba hacia atrás, parecía caer más profundamente en sus filas.

Sentí un escalofrío al darme cuenta de que estaba aislada de las demás cazadoras. Eran solo borrones en la distancia, sus gritos de batalla un eco lejano en mis oídos. Parecía como si los Caminantes de la Niebla hubieran venido a por mí. Como si yo fuera su verdadero objetivo.

En un último y desesperado intento de defenderme, lancé mi daga y golpeé a uno de los Caminantes de la Niebla directo en el corazón. Se disolvió en las sombras, pero su muerte solo pareció espolear a los demás. Otro me atacó, pero logré esquivarlo y derribarlo con un golpe certero.

Los truenos retumbaron y se tragaron los sonidos de la batalla. Caían gotas de lluvia, y de un momento a otro era como si los cielos hubieran abierto sus puertas. La lluvia empapó mis ropas, sofocó las llamas de la hoguera y sumió mi entorno en la oscuridad.

Un golpe me alcanzó entre los omóplatos. Llegó desprevenido. La tormenta eléctrica me distrajo. Tropecé y caí de rodillas, golpeándome contra una piedra. Mi sangre se mezcló con la tierra húmeda del suelo del bosque. El sonido de la lluvia llenó mis oídos mientras me ponía en pie tambaleándome, maldiciendo.

Los caminantes de la niebla habían formado un círculo a mi alrededor, que acercaban cada vez más. Ahora estaba claro que me perseguían.

No dudé. Eran demasiados para luchar. Lo único que me quedaba era huir. Me lancé hacia delante, me zambullí bajo el brazo de un caminante de la niebla y aproveché el momento de sorpresa para romper el círculo. A grandes zancadas, corrí hacia el refugio de los árboles. La lluvia azotaba mi piel y me impedía ver. A ciegas, tropecé con raíces y piedras, pero no aminoré la marcha. Incluso sin mirar atrás, sabía que me seguían.

Hubo un relámpago a lo lejos y el cielo se iluminó durante un breve instante. Vi una pared rocosa y un pequeño escondite que se abría bajo ella. Con el corazón palpitante, me metí en la grieta y me apreté contra la áspera pared de piedra. Respiraba entrecortadamente e intenté tranquilizarme. Oí el retumbar de un trueno, sentí el frío de la roca contra mi espalda y el suelo húmedo debajo de mí, en el que se hundían mis zapatos. La oscuridad me envolvió, pasada como un manto y escuché atenta cada sonido que penetraba en la noche.

Pasaron minutos que parecieron horas. Finalmente, me atreví a asomarme con cautela fuera de mi escondite. Parecía que los

Caminantes de la Niebla no me habían seguido hasta aquí, pero aún podían estar cerca.

Observé mi entorno. Me resultaba familiar. Bien escondida en uno de los árboles, encontré una daga con una luna creciente tallada en la corteza: el símbolo de la Academia de Otoño. Al parecer, sin quererlo, terminé dirigiéndome hacia a la pequeña cabaña de madera donde Callum y yo siempre nos encontrábamos.

Mi mirada se posó en mis rodillas ensangrentadas y me dije que la herida era peor de lo que supuse en un principio. Una astilla de madera me atravesó el muslo unos centímetros por debajo de la rodilla. No lo había notado durante la huida, pero ahora que la adrenalina estaba desapareciendo, la pierna me temblaba y un dolor agudo me recorrió el cuerpo cuando intenté ponerme en pie con cuidado.

—¡Maldita sea! —maldije entre dientes apretados.

Miré a mi alrededor con desesperación. Tenía tres opciones: podía volver con las otras cazadoras y esperar que hubieran matado a los caminantes de la niebla o al menos los hubieran puesto en fuga. Podía dirigirme a la Academia, lo que me habría llevado unos veinte minutos a paso normal, pero que ahora apenas podía hacer. O podía ir a la cabaña, curarme las heridas y buscar refugio hasta que saliera el sol.

Me decidí por esta última.

El camino no estaba lejos, pero aun así tardé lo que me pareció una eternidad. Cogí una rama gruesa para usarla de bastón y avancé cojeando, con los ojos atentos a lo que me rodeaba. La lluvia y el estruendo de los truenos amortiguaban mis sonidos, pero también me impedían oír si se acercaba algún enemigo. Mis nervios estaban a punto de estallar. Cada crujido, cada susurro, me producía una descarga de adrenalina.

Sentí un gran alivio cuando por fin llegué a la cabaña. Estaba desierta. No había ninguna luz parpadeando tras las ventanas, lo cual no era de extrañar. Gruñendo, subí los chirriantes escalones de madera, abrí la puerta y entré. En la oscuridad, avancé a tientas hasta llegar a la mesa y me dejé caer en una de las sillas que había junto a ella.

Por un momento, me quedé allí sentada y respiré hondo, contenta de haber escapado de los caminantes de la niebla y de tener un techo bajo el que cobijarme. Pero no podía descansar. La herida de la pantorrilla era profunda y tenía que curarla.

Gruñendo, me puse en pie con dificultad y me tambaleé hacia la puerta del baño, esperando que las vendas que Callum guardaba allí siguieran en su lugar. La ropa se me pegaba húmeda al cuerpo y temblaba. solo podía reconocer vagamente lo que me rodeaba. Me resultaba familiar, pero algo me irritaba, me hacía dudar.

Hasta hacía un momento, la tormenta se había tragado todos los sonidos, pero ahora los oía: respiraciones regulares procedentes de la estrecha cama de madera. Miré fijamente las sombras oscuras, intentando reconocer algo.

Una figura.

Estaba tumbada en la cama de espaldas a mí, con las piernas dobladas.

«No estoy sola», pasó por mi mente.

Mientras la conmoción de darme cuenta aún se propagaba en mi interior, la respiración de la figura se detuvo y se volvió hacia mí.

UNA DANZA EN EL FILO DE LA NAVAJA

—¿Callum?

Sentí un gran alivio cuando reconocí la figura. El príncipe de las brumas se sentó torpemente en la cama, sus movimientos eran más lentos y no tan controlados como yo estaba acostumbrada a verle.

—¿Eris? ¿Qué haces aquí?

Su voz oscura era más áspera que de costumbre, como si saliera de lo más profundo de su garganta. Quizá aún no estaba bien despierto.

Cojeé hasta la chimenea, cogí las cerillas de la repisa, me puse en cuclillas y encendí el fuego. Las llamas tardaron un rato en apoderarse de los troncos. Cuando volví a ponerme en pie y me di la vuelta, Callum estaba delante de mí, mucho más cerca de lo que debería.

—¿Y? —preguntó.

Levanté la mirada hacia él, clavándola en sus ojos negros ópalo, que tenían un extraño brillo.

—Entonces, ¿qué?

—No has respondido a mi pregunta, ¿qué haces aquí?

—Podría preguntarte lo mismo. Sobre todo, teniendo en cuenta que las dos últimas veces no has acudido a las citas que habíamos acordado —señalé.

No era mi intención parecer dolida, pero eso es exactamente lo que hice. Callum ladeó la cabeza.

—¿Me has echado de menos? —preguntó con una sonrisa burlona.

Resoplé.

—¡Sigue soñando!

—Ese era en realidad mi plan. Hasta que entraste en la cabaña y perturbaste mi sueño.

Se inclinó hacia mí, tan cerca que sentí el calor de su cuerpo. Por un momento estuve segura de que iba a besarme, pero entonces levantó la mano y buscó algo en la repisa que había detrás de mí.

Una botella de whisky.

Mi perezosa mente tardó un momento en atar cabos. Estaba borracho, de ahí sus movimientos lentos y su voz áspera. De ahí el extraño brillo de sus ojos.

—Extraño lugar para dormir la siesta —dije mientras le veía desenroscar la botella, dejar caer la tapa sobre el suelo de madera y beber un sorbo.

—¿Quién dice que quiero dormir la siesta?

—Entonces es un lugar extraño para emborracharse.

Entrecerró los ojos como si tuviera que pensárselo muy seriamente. Luego levantó la mano que tenía libre y jugueteó con el cuello de mi chaqueta de ante negro, aún húmeda por la lluvia.

—¿Tú crees? Después de todo, *estás* aquí.

Había algo juguetón en la forma en que acariciaba el áspero cuero de mi chaqueta, como un gato jugando con un ratón. Al parecer, el alcohol estaba poniendo descuidado.

¿Debería aprovechar su debilidad para sacarle más información? ¿Sobre por qué hizo lo que hizo? Callum quería derrocar a su padre, y tenía motivos para ello. Pero no lo hacía por el bien de la humanidad. Perseguía sus propios planes, estaba segura de ello. Ahora era el momento de averiguar más. Pero tenía que proceder con cautela. Incluso borracho, Callum seguía teniendo una mente despierta. Se daría cuenta si trataba de envolverlo alrededor de mi dedo.

Me zambullí bajo su brazo y caminé hacia el baño.

—Vuelvo enseguida.

—Estás cojeando.

Me encogí de hombros.

—Unos rasguños.

—¡Vamos a ver!

Devolvió el whisky a la repisa de la chimenea con una floritura, me agarró por la cintura y me empujó hacia la cama. Cuando me senté en el colchón, se puso en cuclillas frente a mí y escrutó mi pierna con mirada penetrante. Toda la pereza, todo el jugueteo desaparecieron de sus movimientos. Sus dedos tocaron la astilla de madera clavada en mi pierna y me estremecí imperceptiblemente.

—Bonito rasguño —comentó secamente.

—Se curará rápido. Solo tengo que sacarla —apreté entre dientes.

Asintió, se levantó y desapareció en el cuarto de baño. Poco después regresó con desinfectante y vendas.

—¿Cómo ocurrió? —me preguntó mientras volvía a ponerse en cuclillas a mi lado y sacaba la astilla con unas pinzas.

Solté un gemido ahogado.

Cuando por fin se calmó el dolor, respondí:

—Nos atacaron los caminantes de la niebla.

—Mi pregunta no era quién te atacó, sino por qué te hirieron. Pensé que ya estarías en condiciones de defenderte —dijo.

Con un bufido indignado, le arrebaté la venda y me la puse con rapidez.

—Soy perfectamente capaz de defenderme.

—¿Ah, sí? —Sus cejas se alzaron—. A mí no me lo parece. Después de todo, estás sentada, indefensa y herida frente a mí en esta cabaña.

—No estoy indefensa. —Me rechinaba la mandíbula.

—Entonces demuéstralo.

Se enderezó, dio un paso atrás y cruzó los brazos delante del pecho.

Estaba enfadada. Con Callum por lanzarme cosas así. Pero sobre todo conmigo. Porque había fracasado en la lucha contra los Caminantes de la Niebla. Porque busqué refugio aquí, en este lugar, de todos los lugares. Y porque permití que las palabras de Callum me afectaran.

—Si es lo que quieres —dije y me levanté con un movimiento rápido y suave que hizo que mi pierna protestara de dolor.

Cada paso me dolía, pero no dejé que se notara mientras me ponía en posición de combate. No estaba en mi mejor forma, pero Callum no era diferente. Estaba borracho. Y a diferencia de su mente, la mía estaba agudizada.

El fuego proyectaba sombras danzantes sobre la pared de madera de la cabaña y se reflejaba en los ojos de Callum. Me rodeó con pasos lentos, tratando de evaluarme. Le devolví la mirada, con los sentidos en alerta máxima. Era un duelo silencioso, una prueba de fuerza, de voluntad y concentración.

De repente, se impulsó hacia delante. Su movimiento fue sorprendentemente rápido para alguien en su estado. Lo esquivé en el último momento, pero no pude evitar que su mano me rozara el brazo. Me recorrió un cálido cosquilleo.

—¡Vamos, Eris! —se burló Callum—. Puedes hacerlo mejor.

El olor a whisky llegó a mi nariz, mezclado con el aroma de Callum a musgo, tierra y algo oscuro y dulce que no podía nombrar. Nos movíamos de un lado a otro de la habitación, nuestros cuerpos casi bailando mientras intentábamos burlar al otro. Las tablas del suelo crujían bajo mis pies mientras luchaba por mantener el equilibrio y me anticipaba a los movimientos de Callum. Empujaba hacia delante y yo retrocedía, sin aliento por el esfuerzo y otra sensación innombrable. Nuestros movimientos eran como un tango: un paso adelante, un paso atrás, un giro, un esquive. El dolor de mi pierna se había convertido en un ruido de fondo, dejando paso a otra cosa.

—Parece que nuestra pequeña lección de baile surtió efecto. ¿Intentas impresionarme con tu nueva habilidad, Eris? —Callum seguía sonando burlón, pero reconocí un matiz que nunca le había oído antes.

—Quizá solo intento mantenerte a distancia —repliqué, aunque en el fondo sabía que era más que eso.

Nuestros cuerpos reaccionaron el uno al otro. Sentía el calor de su cercanía, la tensión eléctrica entre nosotros.

En un momento de descuido, mientras me empujaba hacia delante, Callum utilizó su peso e impulso superior al mío para empujarme de nuevo contra la pared. Sus manos se cerraron alrededor de mis muñecas, su agarre firme e implacable. Estaba atrapada entre la dureza de los tablones de madera a mi espalda y el calor del cuerpo de Callum. Pero en lugar de aumentar su ventaja, me acercó más. Sus labios estaban a un suspiro de los míos.

El calor recorrió mi cuerpo tembloroso. Miré los ojos negros como el ópalo de Callum y me pareció ver en ellos el mismo deseo que yo sentía. De repente, sentí la garganta terriblemente irritada. Tragué saliva y me lamí los labios resecos.

—¿Qué? —Una sonrisa traviesa apareció en la cara de Callum—. ¿Crees que te besaría? ¿Crees que perdería mi corazón por una Cazadora? Eso es ridículo.

—Sí, lo es. —Sonaba sin aliento.

Pero Callum aún no se había alejado ni un milímetro de mí. Sus palabras daban a entender que debía hacerlo, pero no lo hizo.

—Yo nunca sería tan imprudente —susurró con voz gutural.

—No.

—¿No?

Acortó la última distancia que nos separaba y sus labios descendieron sobre los míos. No fue un beso suave, ni tierno ni inquisitivo, sino ardiente y exigente. Su mano bajó por mi cuello, hurgando en mi pelo. Sentí que las piernas me cedían, pero Callum me rodeó con el brazo que tenía libre y tiró de mí hasta que no quedaba ni un soplo de aire entre nosotros. Tuve que echar la cabeza hacia atrás y arquear la espalda para seguir besándole, y lo hice, hambrienta de su contacto. Callum se apoderó de mí y yo se lo permití. No, no solo se lo permití: lo ansiaba.

Su lengua acarició mi labio inferior. Se me escapó un jadeo. Cuando abrí los labios, entró en mi boca y profundizó el beso. Sabía a bosque y a whisky, a fuego y a pecado.

Mis manos viajaron hasta sus hombros, acariciando los duros músculos, sintiendo el calor de su piel arder a través de su camisa de lino negro. Callum me levantó de un tirón e instintivamente le rodeé con las piernas, sintiendo su dureza presionándome.

El deseo me invadió como una ola oscura y solté un jadeo de sorpresa cuando mi cuerpo reaccionó con una pulsación caliente.

Nunca había experimentado…

No sabía cómo…

Una voz tranquila me recordó que no debía sentirme así, que ni siquiera debía pensar en ello. Callum era mi enemigo. Era una imprudencia sentir eso por él, él mismo lo recordó hace un momento. Me estremecí como si el pensamiento me hubiera golpeado de forma física. Se me congelaron las manos y respiré entrecortadamente, temblando.

Callum notó el cambio. Me sujetó con firmeza hasta que mis pies encontraron el suelo y me puse de pie con seguridad. Entonces se apartó de mí, con su mirada oscura e inescrutable.

Tragó saliva.

—¡Deberías irte! —dijo con voz inexpresiva.

Mis ojos se desviaron hacia la puerta y luego volvieron a él.

—No puedo —dije temblando—. Hay un enjambre de caminantes de la niebla ahí fuera y mi pierna…

—Cierto. —Me dedicó una sonrisa dolorida.

No le pregunté *por qué* no se iba él. Era evidente que algo le retenía. Nuestros últimos encuentros habían terminado con él saliendo furioso por la puerta y desapareciendo sin una palabra de despedida. Pero ahora, cuando tenía todas las razones para hacerlo, se quedaba. Quizá no quería enfrentarse a su padre borracho. Tal vez temía traicionarse a sí mismo en ese estado.

La tensión en la habitación era palpable, y parecía empeorar por momentos. Todavía podía sentir los labios de Callum sobre los míos, su lengua en mi boca. Cerré las manos en puños, rezando para que dijera o hiciera algo para calmar la situación, pero él se quedó ahí.

—De acuerdo —dije, con las palabras prácticamente saliendo a trompicones de mi boca—. Si vamos a estar atrapados aquí, podríamos pasar el tiempo.

Decidida, me acerqué a la chimenea, cogí la botella de whisky de Callum y le di un buen trago. El alcohol quemó la garganta de forma horrible y luché por reprimir un ataque de tos. Quería parecer despreocupada, como si ese beso no hubiese significado nada para

mí. Quise encauzar de algún modo esta embarazosa situación en otra dirección. Pero fracasé estrepitosamente, como revelaban las lágrimas en las comisuras de mis ojos.

Callum me miraba. La comisura de sus labios se movió divertida, pero no dijo nada.

Se acabaron las primeras veces por hoy, me juré. Mi primer beso, mi primer sorbo de alcohol… estaba claro que me pasé.

El silencio entre nosotros se alargó. Yo miraba nerviosa alrededor de la habitación, evitando la mirada de Callum y pensando en lo que podía decir o hacer.

—Quizá deberíamos pasar el tiempo de otra manera —sugirió Callum por fin.

—¿Cómo? —pregunté, mi mirada traicionera se desvió hacia la cama.

Callum se dio cuenta. Sacudió la cabeza con una risa suave y oscura antes de acercarse a la estantería junto a la chimenea, coger una gran caja de madera y llevarla hasta la mesa. Solo cuando se sentó y la abrió me atreví a acercarme.

Aparecieron un tablero de ajedrez y las piezas. Observé cómo Callum las colocaba con movimientos rutinarios, como si ya lo hubiera hecho innumerables veces.

—¿Sabes jugar? —preguntó.

Me deslicé en la silla frente a él, sintiendo que mis latidos se calmaban un poco y que el ardor de mis mejillas disminuía.

Ajedrez. Podíamos jugar al ajedrez. Era inofensivo, e inofensivo era exactamente lo que necesitábamos.

—Sí, mi madre me enseñó. ¿Y tú? —le pregunté.

—Mi padre. —Apretó los labios.

—Entonces supongo que hoy descubriremos quién es el mejor estratega. Déjame adivinar: ¿juegas con las negras?

Cogí el rey negro, que Callum aún no colocaba en el tablero, y se lo tendí. Sus dedos rozaron los míos cuando me cogió la pieza. Se detuvo y me acarició la palma con el pulgar. Suave y lento.

—Muy bien —dijo—. ¡A jugar!

HISTORIAS DE BESOS

Callum ganó por un estrecho margen. Jugamos una segunda ronda, que terminó en empate. En algún momento de la noche, el cansancio debió de vencerme. Cuando me desperté al amanecer, estaba tumbada en la cama donde Callum había dormido la siesta, con una manta sobre las piernas. No recordaba haberme subido a la cama. Callum debió cargar conmigo. Su olor aún permanecía en las almohadas, pero ya no estaba.

Sentía un extraño vacío, como si me faltara algo esencial. Y al mismo tiempo, me sentí traicionada por mí misma. ¿Cómo es que permití que Callum se acercara tanto a mí? Quise seducirlo, tuve el tonto objetivo de explotar su debilidad en mi propio beneficio para averiguar más cosas sobre sus planes. Pero en lugar de eso, terminé por dejarle tomar el control e incluso disfruté mientras lo hacía.

Mis dedos viajaron hasta mis labios, acariciándolos. Me estremecí al pensar en cómo Callum me besó, en cómo su lengua entró en mi boca.

Nadie podía saberlo. Ni mis compañeras de clase. Ni Maureen. Y ciertamente mi madre menos.

Me invadió un sentimiento de culpabilidad. No solo por el beso, sino también porque apenas había pensado en las otras cazadoras en las últimas horas. Cuando hui, parecía que habían repelido con éxito el ataque de los Caminantes de la Niebla, pero eso no significaba que no hubiera bajas.

Me quité la venda de la pierna y miré la herida. Gracias a mis poderes curativos especiales, estaba casi curada de nuevo. Me puse un nuevo vendaje y salí de la cabaña, dirigiéndome de nuevo a la Academia. Sabía lo que tenía que hacer, aunque fuera a regañadientes. Había pospuesto hablar con mi madre durante demasiado tiempo. Pero ahora se lo contaría todo.

Bueno, quizá no todo: me guardaría el beso con Callum para mí.



—Ya veo.

Mi madre me miró con labios finos y expresión molesta. Su alivio de que no nos hubiera pasado nada a mí ni a las otras cazadoras no duró demasiado. Me removí nerviosa en la silla. En los últimos minutos, me fui desplomando cada vez más en mi asiento frente a su escritorio mientras le contaba todo sucedido en las últimas semanas. Del encuentro con el caminante de la niebla de ojos ámbar. De la repentina desaparición y reaparición de Callum. De las cicatrices en sus manos.

Mi madre se levantó de un tirón y se acercó a la ventana, a través de cuyo cristal la cálida luz de la mañana inundaba el estudio. Miró al exterior, a la zona de prácticas de la Academia, donde entrenaban algunas alumnas de cursos inferiores. La miré con fijeza a la espalda, al moño cuidadosamente recogido en el que siempre se sujetaba el cabello, y esperé su castigo. A pesar de la ansiedad y el miedo a lo que iba a decir a continuación, me sentía desafiante. ¿Qué iba a hacer? No podía darme más lecciones de entrenamiento como castigo.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —preguntó sin girarse para mirarme. Su voz era tranquila y controlada, pero parecía la calma que precede a la tormenta.

Tragué saliva.

—No lo sé. Supongo que tenía miedo de que te decepcionara.

—Tienes razón, Eris: estoy decepcionada. Cuando por fin volvió a mirarme, deseé que no lo hubiera hecho. Sus ojos verdes eran fríos

e inflexibles—. Te has puesto a ti misma y a la Academia en peligro con tus acciones. Y me has ocultado información importante. Creía que estabas a la altura, pero no parece ser el caso.

Abrí la boca en señal de protesta, pero las palabras se me atascaron en la garganta. ¿Qué podía decir en mi defensa? Lo que mi madre me reprochaba era cierto: le oculté información. Actué sin cuidado. Y ella ni siquiera conocía toda la historia. Me preguntaba si volvería a mirarme a los ojos en caso de que lo supiera.

—No saldrás de la Academia en las próximas semanas —decidió mi madre y volvió a sentarse en su escritorio para organizar una pila ya ordenada de expedientes.

Sacudí la cabeza. Una mezcla de desesperación, pánico y rabia surgió en mi interior.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa con la caza nocturna?

—Las chicas estarán bien sin ti.

—¿Y mis encuentros con Callum?

Mi madre golpeó las carpetas contra la mesa de forma abrupta.

—El hecho de que le llames por su nombre de pila solo deja claro que no estás a la altura del trabajo. Nunca volverás a ver al Príncipe de la Niebla.

—No puedes… Nos dio información importante. Gracias a Cal… Gracias al Príncipe de la Niebla, pudimos rechazar muchos ataques enemigos que nunca habríamos visto venir. Lo necesitamos.

Sentía cómo se me estrechaba la garganta. La idea de no volver a ver a Callum era como si me quitaran el aire. Estaba mal. No debería sentirme así. Pero lo sentía.

Miré suplicante a mi madre.

—¡Por favor! No lo tires todo por la borda solo porque cometí un error.

Mi madre me dirigió una mirada larga y penetrante, y luego negó lentamente con la cabeza.

—Vivimos en un mundo en el que no podemos permitirnos cometer errores, Eris. Créeme, puede que veas esto como un castigo, pero es por tu propio bien.

Se me llenaron los ojos de lágrimas calientes y bajé la mirada para que mi madre no me viera.

Su voz era suave mientras continuaba.

—No puedes saberlo, pero yo también he cometido errores. Y quiero protegerte para que no hagas lo mismo.



Las palabras de mi madre me perseguían de camino a clase. Estaba segura de que sus errores no se parecían en nada a los míos. Ella por su parte nunca habría besado a un caminante de la niebla. No tenía que admitir que desarrolló sentimientos por su peor enemigo.

Pude ver la melena pelirroja de Trish desde lejos. Estaba de pie en el pasillo, fuera del aula, con Sonja y Keyla, y a juzgar por sus movimientos, le estaba contando a Keyla lo sucedido la noche pasada. Cuando se volvió hacia mí, vi la larga cicatriz roja y brillante que tenía en la mejilla y que casi le llegaba al ojo.

Se me cortó la respiración. Mi madre me aseguró que la lucha contra los caminantes de la niebla transcurrió sin contratiempos. No hubo muertos, apenas heridos. Pero a juzgar por la cicatriz de Trish, la habían golpeado muy fuerte. Una herida menor se habría curado hace mucho, pero esto…

—¡Eh!

Sonreí torpemente mientras me acercaba a los tres. Mi remordimiento de conciencia por no haber vuelto a la Academia anoche para ver qué pasaba me abrumaba. Me mordí el labio inferior con nerviosismo.

—Maldita sea, ¿dónde has estado, Eris? —preguntó Trish con enfado—. Primero te enfrentaste a una docena de Caminantes de la Niebla, y luego desapareciste de repente. Anoche te buscamos por medio bosque.

—Oh. —Ni siquiera se me había ocurrido que las otras vendrían a buscarme, pero por supuesto que lo hicieron. —Lo siento, estaba herida y me escondí.

—¿Toda la noche?

—Me di en la pierna. Apenas podía andar —me justifiqué.

—¿Así que estuviste sola en el bosque toda la noche? —preguntó Trish—. ¿Con esta tormenta?

Me miró dubitativa.

Me encogí de hombros.

—Sí, encontré un refugio. ¿Qué te pasó en la mejilla?

—Solo es un rasguño.

Trish acarició despació la cicatriz. Seguía desconfiando, y no podía culparla. Para haber pasado toda la noche en el bosque, probablemente me veía bastante en forma. Y al menos no era yo la que tenía una enorme cicatriz en la mejilla.

—Parece que me he perdido toda la diversión —observó Keyla mientras intentaba borrar con una sonrisa el ambiente tenso que había entre Trish y yo—. Una vez estoy en una cita y tú estás teniendo una sangrienta batalla con todo un ejército de caminantes de la niebla.

—Keyla, no queríamos robarte el protagonismo —respondió Sonja con una sonrisa irónica—. ¿Cómo estuvo tu cita?

Keyla ladeó la cabeza.

—Estuvo… bien. Pero, ¿quién quiere hablar de una cita aburrida cuando todo son batallas y valientes hazañas?

Trish cruzó los brazos delante del pecho.

—Que hayas salido y conocido a un tipo no significa que tengas derecho a burlarte de nuestras hazañas.

—Por favor —replicó Keyla teatralmente—, yo tengo mis propias hazañas heroicas. Solo que quizá sean menos sangrientas y más… románticas.

—¡Dímelo a mí! ¿Se besaron? —preguntó Sonja con curiosidad.

Keyla soltó una risita.

—Puede ser. Pero eso te lo contaré más tarde. Picnic en el patio a la hora de comer… Eris, ¿te apuntas?

Asentí antes de que pudiera cambiar de opinión. Un picnic sonaba a normalidad, y eso era algo que de verdad necesitaba ahora mismo.



Después de la clase con la profesora Ludwig, que nos había dado una extensa conferencia sobre el juego *Capturar la Corona* en la legendaria Academia de Invierno, Keyla, Trish, Sonja y yo nos dirigimos juntas a la cafetería.

—Cielos, me alegro de no ser alumna de la Academia de Invierno —gimió Trish—. Imagínate si tuviéramos que caminar a través de metros de nieve y atacarnos unos a otros con avalanchas de nieve mientras cazamos alguna estúpida corona.

Keyla sonrió.

—No estoy segura de que se juegue realmente así. Según la profesora Ludwig, implica un montón de hechizos complicados.

Trish se encogió de hombros.

—Puede ser, pero de cualquier forma acabas enterrado bajo una avalancha de nieve y congelándote el culo. Eso me vendría muy bien, ¡al igual que los demonios de hielo o los reyes del invierno!

—Que yo sepa, solo hay un Rey de Invierno —la corrigió Sonja—, y probablemente sea tan incómodo como nuestro Rey de la Niebla. Tal vez deberíamos enfrentarlos a los dos.

—¡Oh, sí! —Trish asintió con entusiasmo—. Invierno contra el Rey de la Niebla en un combate a muerte y una bolsa de palomitas de maíz para arrancar, eso sería justo mi sueño.

Riendo, entramos en la cafetería y nos recibió una abundancia de olores: pan recién horneado, el penetrante aroma de la calabaza asada y el dulce olor de la tarta de manzana.

—¡Oh, tarta de manzana con natillas! —exclamó Trish mientras se unía a la cola de colegialas que esperaban—. Justo lo que necesito. Y no me digan que no es el almuerzo.

—Ni se nos ocurriría —respondió Keyla con una sonrisa.

Sonja se sirvió pasta y Keyla una ensalada con granos de granada y nueces. Yo cogí un cuenco y me serví un poco de la sopa de calabaza, deliciosamente aromática.

Salimos al patio con nuestras bandejas. Hacía un día espléndido. Las hojas de colores crujían bajo nuestros pies al cruzar el prado y el sol lo bañaba todo con una luz cálida y dorada.

Extendimos una manta que Keyla había traído consigo bajo un gran arce viejo, nos acomodamos en ella y empezamos a comer. El

susurro de las hojas y el sonido del viento creaban un ambiente acogedor.

—Bueno, Keyla —empezó Sonja después de haber devorado prácticamente sus espaguetis con pesto de nueces—. Ahora quiero saberlo todo: háblanos de tu beso.

Keyla se sonrojó un poco.

—¡Qué curiosa eres! Bueno, fue… diferente a todo lo que he experimentado antes.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Trish.

Keyla apartó el tenedor.

—Bueno, fue intenso, en el buen sentido. Tenía mariposas en el estómago y sin duda habría estado dispuesta a ir un paso más allá, si sabes a lo que me refiero. —Guiñó un ojo, conspiradora.

—Dios mío —suspiró Sonja—, eso suena tan romántico.

—Suena bastante caliente —se dio cuenta Trish. A mí también me gustaría tener una vida amorosa que contarte. Pero de momento solo tengo cicatrices de caminantes de la niebla y ninguna historia de besos.

—¿Y tú, Eris? —preguntó Sonja—. ¿Alguna vez has besado a alguien?

—Em…

Se me encendieron las mejillas al pensar involuntariamente en Callum. Quería responder que no a la pregunta de Sonja, pero Trish se me adelantó.

—Diablos, sí. Y por cómo te brillan las mejillas, debe de haber sido un buen beso. ¿Pero con quién? Matt no tuvo su turno anoche, aunque estoy segura de que no le habría importado. Estaba muy preocupado cuando desapareciste. Así que, después de que superó todo el asunto de la Cazadora. Los chicos de Raven Ridge estaban bastante angustiados. ¡Pero qué más da! ¿Quién fue el afortunado?

Me arranqué con inquietud el mechón de pelo que cubría la marca de nacimiento de mi mejilla.

—Solo un tipo —respondí evasiva.

—¡Oh, vamos, Eris! No puedes hacerme esto —gritó Trish indignada—. ¿Mi vida amorosa no va a ninguna parte y ahora

quieres ocultarme la tuya también? Si no quieres decirme quién fue, ¡al menos háblame del beso! ¿Fue tan bueno como el de Keyla?

—Mejor —dije en voz baja.

La palabra salió de mí más rápido de lo que podía pensar. Las chicas ulularon y silbaron entusiasmadas. Y a pesar de todo lo que había pasado en los últimos días y horas, una pequeña sonrisa se abrió paso en mis labios. Porque aquí, a la sombra del arce, con Keyla, Trish y Sonja a mi lado, por un breve instante me sentí como una chica normal que había besado a un chico normal.

20

SIN MONSTRUOS A LA VISTA

—¡Booh!

Trish saltó de detrás de un árbol, agitando los brazos salvajemente, y se interpuso en mi camino y el de Keyla. La tela negra de su traje de esqueleto se confundía con la oscuridad, de modo que solo se veían los huesos blancos.

Era Halloween, y aunque mi madre no le daba mucha importancia a la fiesta, las alumnas de la Academia de Otoño no perdieron la oportunidad de salir de caza disfrazadas esa noche. Después de todo, mi madre había suspendido mi arresto domiciliario por esa noche. Eso era más de lo que yo esperaba.

—¿Estás loco? —regañó Keyla—. Eso podría haber salido realmente mal. ¿Y si te hubiera confundido con un caminante de la niebla?

—Sí, claro. —se rio Teish—. Como los caminantes de la niebla siempre estuviera saliendo de detrás de los árboles y gritando *booh*.

—Al menos eso sería un cambio respecto a sus constantes susurros —dijo Keyla, encogiéndose de hombros.

—Bueno, eso sí —aceptó Sonja.

Nos adentramos en el bosque. Los caminos estaban decorados con calabazas huecas, caras grotescas que habíamos tallado en los últimos días y en las que parpadeaban velas de té.

Trish me miró con curiosidad.

—¿Y tú, Eris? ¿No te apetecía arreglarte? ¿O por qué cogiste lo primero que encontraste en el armario de tu madre?

—¡Muy graciosa! —Puse los ojos en blanco. En realidad me había puesto un disfraz sencillo de bruja: una capa larga y oscura y un sombrero puntiagudo. No era particularmente imaginativo, pero pensé que encajaba bien con el ambiente—. Solo soy una viajera clásica.

—Bueno, si así quieres llamarlo —se burló Keyla, que iba vestida de pies a cabeza con un disfraz de pantera negra.

Para estar más en personaje, se puso un par de lentes de contacto y sus ojos amarillos destellaban peligrosos a la luz de la luna. No era la única que se había esforzado con su disfraz. Había fantasmas, vampiros, hombres lobo y hadas, una Medusa con pelo de serpiente y el Fantasma de la Ópera entre los árboles.

Un inesperado y espeluznante aullido irrumpió en la oscuridad, seguido de risas. Era evidente que algunas alumnas habían decidido aprovechar la noche para asustar a sus compañeras en lugar de ir de caza.

Sacudí la cabeza.

—No creo que podamos cazar caminantes de la niebla así.

—¡Relájate, Eris! Es Halloween. Todo es diferente solo por una noche —dijo Trish, haciendo sonar el collar de huesos que llevaba al cuello.

—Ah, sí, ¿estás segura? —pregunté alzando las cejas—. Los Caminantes de la Niebla saldrán de caza y Halloween o no, matarán a gente si no lo impedimos.

Era nuestro deber como cazadoras proteger a los inocentes. ¿De verdad tenía que recordárselo a las chicas? Me mordí el labio inferior.

—¡Aguafiestas! —refunfuñó Trish.

—Pero no está del todo equivocada —admitió Keyla—. Quizá al menos algunas de nosotras deberíamos ir a patrullar mientras las demás celebran.

—Me ofrezco voluntaria —se apresuró a decir una chica disfrazada de sirena.

—¡Lana! —exclamó Trish feliz, abrazándola—, ¡no sabía que estabas aquí hoy!

—No podía perderme el espectáculo —respondió Lana con una sonrisa mientras se ajustaba su reluciente vestido escamoso—. Pero estoy lista para ser útil.

Al final, éramos una bruja, una pantera, una sirena, dos hombres lobo y un vampiro a la caza. No se pudo convencer a Trish y Sonja para que se quedaran fuera de la fiesta. Jugaron a pescar manzanas con las demás chicas y se divirtieron tanto que era imposible enfadarse con ellas.

La luz de la luna brillaba plateada a través de las copas de los árboles. Las voces y las risas de las otras chicas se perdían en la distancia a medida que nos adentrábamos más y más en el bosque. Nos habíamos dividido para cubrir un área mayor. Lana y el vampiro fueron por la derecha, mientras que Keyla, los dos hombres lobo y yo optamos por el camino de la izquierda. El plan era reunirnos de nuevo dentro de una hora en el gran roble, cuyas enormes raíces se clavaban en el suelo como patas de araña.

Solo unos minutos después de separarnos, la oí por primera vez: una risa brillante y risueña que parecía surgir de las sombras. Sonaba casi como la risa de un niño, pero tenía un matiz extrañamente hipnótico.

—¿También oyeron eso? —pregunté a las demás y miré en todas direcciones.

Keyla negó con la cabeza.

—¿Qué cosa?

—La risa. Ahí está otra vez.

Mis compañeras escucharon con atención, pero se notaba que no tenían ni idea de lo que estaba hablando. No me estaba imaginando cosas. ¿O sí?

Decidida, giré a la derecha y me agaché bajo la rama baja de un árbol. Un sendero descendía por una pendiente poco profunda.

—Eris, ¿adónde vas? —oí que Keyla llamaba detrás de mí.

—¡Sigan! Ahora vuelvo —le contesté sin volver a mirarla.

La niebla se cernía sobre el suelo y se hacía cada vez más espesa cuanto más caminaba. Volví a oír la risa, clara como una campana. Parecía más cercana que antes. Me pareció ver una figura que se

escabullía entre la maleza, pero cuando corrí tras ella, no había nadie.

«Es Halloween, quizá alguna de mis compañeras me esté gastando una broma», intenté tranquilizarme.

Pero intuí que no era así. Había alguien —o algo— en las sombras.

Di un paso adelante, tropecé con algo blando y casi me caí. Cuando miré hacia abajo, reconocí la silueta de un osito de peluche. Lo cogí con cuidado. Ya estaba viejo. El pelo estaba enmarañado y le faltaba un ojo. Era posible que una familia con un niño pequeño lo hubiera perdido mientras caminaba por el bosque, pero aquí, en este entorno sombrío, en la noche de Halloween, parecía espeluznante, como una broma macabra que alguien hubiera inventado para mí.

—Eso es mío.

Me estremecí y me volví hacia la delgada voz. Mi mano se dirigió involuntariamente a la daga de plata que llevaba al cinto.

Un niño de unos cuatro o cinco años estaba de pie entre los árboles. Tenía el cabello largo y castaño, la piel pálida y la cara en forma de corazón. Su camisa beige estaba rota por varios sitios y tenía hojas en el pelo.

Un caminante de niebla.

Me puse rígida. Había blandido mi daga contra los Caminantes de la Niebla tantas veces, pero nunca contra un niño entre ellos.

Él es uno de ellos.

El niño se acercó un paso inseguro y cogió el osito.

—¿Me lo devuelves? —preguntó con voz casi suplicante.

Dudé, dividida entre mi deseo de cumplir con mi deber como cazavampiros y mi conciencia, que simplemente quería dejar marchar al chico. No importaba quién fuera. Sin importar *lo que* fuera.

—¡Por favor! El Sr. Knuddel tiene miedo de estar solo en el bosque.

El chico parecía que iba a echarse a llorar en cualquier momento. Sus ojos marrones estaban muy abiertos y tristes. ¿Sabía que estaba cazando a los de su especie?

De repente, mi corazón se sintió demasiado pesado.

—¿Eris? —La voz de Keyla resonó en el bosque.

Me estaba buscando.

El chico y yo nos miramos. Su mirada me dijo que sabía quién era yo y lo peligrosa que podía ser para él. Se llevó un dedo a los labios.

¡Silencio! No me traiciones.

Mis dedos se cerraron con más fuerza alrededor del osito de peluche que tenía en la mano, apretando el suave pelaje. No podía dejarlo ir. Pero tampoco podía matarlo. Era un niño.

Solo un niño.

—¡Ve! —dije.

—Pero Sr. Knuddels…

Miré un momento el osito de peluche que tenía en la mano. Luego se lo tendí.

—¡Ahora vete!

El chico se precipitó hacia delante y cogió el osito antes de girar sobre sus talones y desaparecer entre los árboles. El corazón me latía con fuerza. No sabía qué habrían hecho Keyla o las demás si hubieran visto al niño. ¿Habrían hecho lo mismo que yo y lo habrían dejado ir? ¿O lo habrían matado? Ese pensamiento me hizo un nudo en el estómago.

Cuando Keyla me encontró, yo ya había vuelto con los demás.

—¿Dónde has estado? —quiso saber.

—Oh, en ninguna parte. Me pareció oír algo.

—¿Y? ¿encontraste algo?

—No, no había nada. —Sonreí irónica—. No hay monstruos a la vista.

Keyla me abrazó.

—Y eso que es Halloween. Pero quién sabe: quizá los caminantes de la niebla necesiten tomarse un descanso.

—Sí, tal vez —respondí pensativa.

Pensé en el niño. Que debía tener padres. Y que si me hubiera encontrado a su madre o a su padre en el bosque, los habría matado sin pestañear.

Quizá nosotros éramos los monstruos y no lo sabíamos.

POR OTRA PARTE

Algo me despertó.

Un susurro que penetró en mi habitación a través de la ventana abierta. Acarició casi con sutileza mi barrera interior, como si no tuviera intención de derribarla, sino que simplemente quería hacerse oír.

Salté de la cama, corrí descalza hacia la ventana, aparté la cortina y contemplé el patio iluminado por la luna. Casi nunca, los caminantes de la niebla no se acercaban tanto a la Academia. A menos que planeasen atacarnos. Pero este susurro no parecía un ataque. Al contrario: parecía casi familiar.

Entrecerré los ojos en la oscuridad, intentando distinguir algo entre las sombras. La piel me hormigueó de expectación. ¿Estaba Callum aquí? ¿Vino a averiguar por qué no me presenté en nuestro último encuentro?

Habían pasado tres semanas. Semanas en las que mi madre me había vigilado de cerca para asegurarse de que no salía de los terrenos de la Academia. Los viernes por la tarde que solía pasar con Callum, entrenaba con Maureen mientras mi madre se sentaba en un banco a mi lado y comentaba cada movimiento en falso hasta que Maureen y yo estábamos completamente exasperadas. En ningún momento pude encontrar la más mínima oportunidad para escaparme. Y quizá eso era bueno. No podía confiar en mí misma.

No cuando se trataba de Callum.

Me detuve un momento ante la ventana, luego cogí mi daga de plata y mi chaqueta de ante y me las puse por encima del fino camisón blanco. Con pasos rápidos y silenciosos, corrí por los pasillos y bajé las escaleras hasta el vestíbulo. Hacia media hora atrás, mi madre estuvo revisando mi habitación, asegurándose de que me encontraba en la cama dormida. Así que disponía de unos minutos para averiguar a qué se debían los susurros.

Los retratos de las antiguas cazadoras que se alineaban en la pared del vestíbulo parecían mirarme con reproche mientras caminaba hacia la puerta de roble macizo, la abría y salía de un tirón. El frío aire otoñal me envolvió las piernas desnudas. Me arrastré a lo largo de la pared en dirección al bosque, y solo aminoré la marcha cuando llegué al abrigo de los árboles.

Miré a mi alrededor atentamente. El murmullo se detuvo. El silencio del bosque me rodeaba, roto por mi propia respiración, que era demasiado fuerte. Mientras escuchaba, clavé los dedos de los pies en la tierra húmeda del suelo.

De repente sentí una suave brisa a mi espalda.

—¿Callum?

Se puso detrás de mí. Podía sentir el calor de su cuerpo contra el mío.

—¿Qué habrías hecho si no hubiera sido yo? —preguntó su oscura voz a mi espalda.

—Desenvainé mi daga —respondí sin vacilar.

—Eres muy descuidada, Eris.

—Siempre lo parezco cuando se trata de ti.

Me volví y le miré. La verdad de mis palabras latía entre nosotros como un ser vivo.

Su rostro parecía haberse estrechado desde la última vez que nos vimos. Sus pómulos, ya de por sí afilados, resaltaban aún más. Apreté las manos, reprimiendo el impulso de tocarlo.

—¿Qué haces aquí? —quise saber.

—No te has presentado a nuestras reuniones.

—Mi madre me lo prohibió. Ahora me vigila como una leona.

Puse los ojos en blanco y sonreí dolorosamente. Callum no me devolvió la sonrisa.

—Hay algo que tengo que hacer —dijo sin responder a mis palabras—. Y necesito que vengas conmigo.

—¿Contigo? ¿A dónde?

—¿Confías en mí?

Negué con la cabeza.

—No. Pero confío en que ya me habrías matado si hubieras querido.

Las comisuras de sus labios se crisparon un instante.

—Bien.

—¿Y? ¿A dónde quieres ir?

—Al mundo de la niebla.

La respuesta de Callum me dejó sin aire en los pulmones. Ninguna Cazadora había estado nunca en el Mundo de la Niebla, al menos no por voluntad propia. Y si lo había hecho, no había regresado de allí. Era el reino de los Caminantes de la Niebla, y solo ellos podían caminar entre mundos.

—Yo… ¿Por qué haría eso?

—Pase lo que pase, prometo protegerte con mi vida —gruñó Callum.

No era la respuesta que esperaba, pero su mirada sombría me dijo que hablaba en serio. Me estremecí por dentro. Sería una locura ir con Callum. Era mi enemigo y quería que me uniera a él en su mundo. Un mundo que solo quería mi muerte. Debería dar media vuelta tan rápido como mis pies me llevaran y volver a mi habitación. De vuelta a la protección de la Academia. Pero no lo hice.

Quizá por curiosidad.

Tal vez porque, después de todo, terminé confiando en Callum.

—Mi madre se dará cuenta si estoy fuera mucho tiempo —le dije.

Callum resopló.

—Tu madre sería la última persona por la que me preocuparía.

—Pero solo porque no la conoces.

Callum ignoró mi protesta entre dientes.

—Vamos —me dijo y me puso una mano en la parte baja de la espalda, pero me zafé de él.

—Eso no va a funcionar. Apenas llevo nada.

—Lo sé.

Su mirada se detuvo en el escote de mi camisón, que asomaba por debajo de mi chaqueta de cuero, y me sonrojé.

—¡Espera aquí! Volveré en cinco minutos.

Me apresuré a volver a mi habitación, me puse el traje de combate y las botas y me ajusté la daga de plata al cinturón. Luego me quedé de pie en mi habitación, mirando la cama deshecha, indecisa. Mi madre volvería como muy tarde en una hora para ver cómo estaba y me encontraría fuera. ¿Debería dejarle un mensaje? Pero, ¿qué podía escribir para que no se asustara?

No te preocupes. Entré en el mundo de la niebla con Callum. No. Definitivamente no sería el mensaje con el cual ella quisiera encontrarse. Enviaría a toda la Academia tras de mí, de ser así.

Vacilante, cogí un papel y un bolígrafo y empecé a escribir.

Todo se está volviendo demasiado para mí. Necesito salir. Visitaré a Juniper en la Academia de Verano.
Por favor, no se preocupe.
- Eris

JUNIPER ERA MI PRIMA. Si tenía suerte, mi madre tardaría al menos unas horas en averiguar si realmente iba hacia ella. Pensé en decírselo a Juniper para que me cubriera, pero ¿cómo iba a explicarle que tenía que mentirle a mi madre para seguir a un caminante de la niebla en su mundo? Ni siquiera entendía por qué lo estaba haciendo.

Lo único que sabía era que mi vida no podía seguir así. No podía vivir con ese miedo constante con el que mi madre vivía, encerrada entre los muros de la Academia como una princesa a la que había que proteger de monstruos malvados. Tal vez no fuera la mejor idea huir con uno de esos monstruos, pero quizá era necesario para descubrir quién era realmente y qué quería.

Extendí la manta sobre la cama y coloqué la nota encima, bien visible. Si mi madre la encontraba, al menos tendría una explicación de dónde estaba, y esperaba que no asumiera inmediatamente lo peor.



Callum ya esperaba impaciente en el bosque, su silueta apenas visible a la difusa luz de la luna. Me escrutó de pies a cabeza cuando me presenté ante él con mi equipo de combate.

—Mejor —comentó con sequedad.

—Bueno, me alegro de que te parezca bien mi atuendo —respondí con una mirada sarcástica—. Me preocupaba que prefirieras mi camisón.

Se puso a mi lado y me rodeó los hombros con un brazo mientras nos adentraba en el bosque.

—Oh, definitivamente preferiría tu camisón —dijo con una voz baja y suave que cosquilleó contra mi piel—. Pero creo que es un poco inapropiado para el mundo de la niebla.

—Ya veo.

Sonaba un poco jadeante. La idea de que Callum siguiera pensando en mi camisón me ponía nerviosa. Al igual que el recuerdo de nuestro beso, del que nunca habíamos hablado y que aún se interponía entre nosotros.

Caminamos codo con codo entre la maleza. La tensión entre nosotros era palpable, pero era una tensión caracterizada tanto por la confianza como por la desconfianza. Nos movíamos en un punto intermedio que ninguno de los dos parecía ser capaz de comprender.

—¿Cómo llegamos al mundo de la niebla? —pregunté cuando llevábamos un rato caminando en completo silencio, lo que me hacía sentir cada vez más cosquillas.

—Vamos a atravesar un portal de niebla —explicó mientras trepaba por el tronco de un árbol caído—. Normalmente no es posible que los mortales los utilicen. Pero mientras estés a mi lado, no debería ser un problema.

—¿Y crees que voy a atravesar ese portal contigo?

—Ya estás aquí, ¿verdad? —contestó con una sonrisa de suficiencia en los labios.

Sí, soy yo.

Y a cada paso que daba, estaba segura de que no era una buena idea. Si solo podía atravesar el portal al lado de Callum, significaba que estaría a su completa a su merced. No podría volver a mi propio mundo sin su ayuda.

—¿Sueles alternar entre mundos? —pregunté, intentando que mis pensamientos fueran menos sombríos.

Asintió.

—Tu mundo tiene mucho más que ofrecer que el nuestro.

—Y, sin embargo, solo vienes aquí por la noche —me di cuenta.

—No necesito explicarte por qué. Seguro que lo aprenderás en clase.

—La luz del día te roba energía. No es que el sol te queme, pero te debilita.

—No, no nos quemamos —confirmó Callum—. Y tampoco brillamos a la luz del sol.

—¿Brillar? —Fruncí el ceño, irritada.

—Como en *Crep*… Oh, olvídalo. ¡Estamos aquí!

Callum apartó las ramas bajas de un árbol y entramos en un pequeño claro. Una bruma plateada y brillante se extendía por el suelo. Era tan espesa que pronto me llegó a las rodillas.

—Quédate cerca de mí —ordenó.

Mi corazón comenzó a latir desbocado mientras le seguía vacilante. La niebla crecía. De ella emanaba una frialdad brumosa. Era como adentrarse en una masa de agua desconocida en la que no se podía ver el fondo. Pronto la niebla me llegó a la cintura.

—Toma mi mano —dijo Callum.

Cuando sus dedos rodearon los míos, me invadió un calor tranquilizador. Me concentré en mi respiración, intentando mantener la calma. Pero la niebla subía más y más. Sentía que me tragaría entera.

—¿Y si algo sale mal? —solté—. ¿Y si nos encontramos con un montón de caminantes de la niebla por allí?

—Entonces espero que puedas darle un buen uso a tu daga —respondió Callum con una sonrisa desafiante—. Pero no, estás bajo mi protección. Mientras no te apartes de mi lado, no te pasará nada. Te lo prometo.

Le miré con escepticismo.

—¿Estás seguro de que quieres llevarme contigo? ¿Y tu padre?

—Te necesito allí —dijo, mirándome de forma penetrante. Su rostro desapareció casi por completo en la niebla. Solo sus ojos negros ópalo parecían seguir mirándome—. Hay cosas que necesitas saber. Sobre ti, sobre mí… sobre lo que nos unió.

—Suena desconcertante —respondí.

—¿Estás lista?

Me encogí de hombros.

—Tan lista como puedes estar cuando quieres atravesar un portal a otro mundo.

—Bien.

Callum me rodeó la cintura con un brazo y me acercó a él. Sentí que la niebla nos engullía, sentí su frío penetrante como mil pequeños y tiernos pinchazos en la piel. El mundo que me rodeaba desapareció en un blanco plateado. Me concentré en el cuerpo de Callum contra el mío, en su calor, en su respiración regular.

Y entonces, tan repentinamente como la niebla nos envolvió, se levantó de nuevo. Estábamos en medio de un paisaje que no se parecía ni al bosque que habíamos dejado atrás ni a nada que yo hubiera visto antes. Todo estaba impregnado de una luz difusa que bañaba el entorno en fantasmales tonos rojos y ámbar. Ante nosotros se extendía un bosque con plantas extrañas y un río que brillaba a la luz dorada de la luna. La niebla se arremolinaba a nuestro alrededor. Era impresionante y aterradora al mismo tiempo, la forma en que se movía, casi como si tuviera conciencia propia.

—Bienvenida al mundo de la niebla —me susurró Callum cerca del oído.

Sus palabras sonaron más a advertencia que a bienvenida.

UN JUEGO DE ENGAÑO

Era como si estuviera caminando por un sueño al entrar en el brumoso mundo al lado de Callum. Un sueño en el que mi mundo familiar se desvanecía y era sustituido por la realidad distorsionada de este lugar. Añoraba la Academia, las caras conocidas y el aroma familiar del bosque. Aquí todo estaba envuelto en un silencio extrañamente engañoso.

—Mantén la cabeza gacha y camina siempre un paso por detrás de mí —me instruyó Callum mientras nos adentrábamos en el brumoso mundo.

Intenté orientarme. Atravesamos un bosque de árboles tan viejos y nudosos como si hubieran resistido el paso del tiempo. Su corteza era negra y agrietada, sus ramas se extendían como dedos escuálidos que destacaban sobre el cielo rojo sangre.

—¿Por qué? —pregunté, con la mirada fija en las oscuras nubes de niebla que ondeaban entre los árboles.

—Porque aquí hay seres que están al acecho de la menor señal de debilidad o desafío —respondió, con la tensión inconfundible en su voz—. El equilibrio de poder en el Mundo Brumoso no es como el tuyo. Podrías ser percibida como una amenaza o una presa si no tienes cuidado.

—Odio que me consideren débil —respondí a regañadientes.

—No es una cuestión de fuerza real, Eris. Es una cuestión de percepción —explicó con paciencia—. Las criaturas de aquí perciben

la inseguridad, el miedo o incluso la arrogancia. Tienes que adaptarte si quieres sobrevivir.

Suspiré, y mi mano se cerró con fuerza en torno a la empuñadura de mi daga.

—¿Así que es un juego de engaño y disimulo?

—Exacto —confirmó con una mirada oscura en los ojos.

«Y apuesto a que eres un maestro en ello», añadí en mi mente.

El silencio se apoderó de nosotros, solo interrumpido por el misterioso susurro de los árboles. El viento traía extraños tonos melódicos que sonaban como las lejanas voces de los muertos. De vez en cuando parpadeaban en la oscuridad pequeñas luces que parecían luciérnagas, salvo que brillaban y palpitaban en diversos tonos de rojo.

Al acercarnos a la orilla del río, Callum vaciló. El pálido reflejo de la luz de la luna en la superficie del agua reveló su rostro preocupado.

—Quédate cerca detrás de mí —susurró con una urgencia que nunca antes había oído en su voz.

Aunque interiormente me resistí a su orden, hice lo que me dijo. Miré por encima de su hombro y vi cuatro figuras oscuras formando un círculo, con los rostros ocultos como si hubieran nacido de la propia niebla. Mientras intentábamos pasar desapercibidos, uno de los caminantes de la niebla levantó la cabeza y miró a Callum. Sus ojos brillaban de un azul más profundo y frío que la noche misma.

—Callum Vaillancourt, hace mucho tiempo que no te veo, amigo mío.

El cuerpo de Callum se puso rígido. Cada fibra de su cuerpo parecía retorcerse de tensión. El caminante de la niebla podría haberle llamado *amigo*, pero era evidente que no lo eran.

—He estado ocupado —Callum apretó entre dientes. Sonaba enfadado.

—Ocupado, ¿verdad? ¿Ha enviado el rey a su perro faldero favorito a merodear de nuevo?

El caminante de la niebla enseñó sus relucientes dientes blancos con una sonrisa malévola, que fue recibida con una risa espeluznante y gorgoteante por parte de los demás.

¡¿Qué?! ¿No deberían los Caminantes de la Niebla ser más respetuosos con Callum? Después de todo, era el Príncipe de las Brumas. ¿Por qué se burlaba de esa manera de él?

Las nubes de niebla se desplazaron y surgió de ellas una mujer alta con una melena rubia plateada casi antinaturalmente larga. Sus ojos me escrutaron y me estremecí bajo su gélida mirada.

—¿Y quién es la niña? ¿Un regalo para nuestro rey?

—No es asunto tuyo —gruñó Callum, y había una amenaza tácita en cada una de sus palabras.

Me quedé helada. No por el evidente interés de los Caminantes de la Niebla en mí, ni por la reacción de Callum, sino por lo que vi ante mí. Para cuando la mujer de pelo rubio plateado se hizo a un lado, ya había despejado la vista de lo que había en el centro del círculo: dos mochileros, hombres jóvenes, sentados en el suelo pedregoso, con las mochilas aún a la espalda, las miradas oscuras y vacías, como si sus almas hubieran abandonado sus cuerpos hacía tiempo.

Callum metió la mano por detrás. Sus dedos enguantados se cerraron en torno a mi muñeca como si supiera que todo en mi interior le urgía a desenvainar mi daga y atacar.

—Veo que están ocupados —dijo a los Caminantes de la Niebla, y su voz no indicaba si esta escena le impactó tanto como a mí.

—Solo un pequeño tentempié nocturno. —El tipo que había llamado perrito faldero a Callum se rio.

—Entonces no te molestaremos más.

El agarre de Callum en mi muñeca se hizo más inflexible, más firme. Intentó arrastrarme con él, pero me quedé clavada en el sitio.

No podía dejar a los mochileros a su suerte. Los Caminantes de la Niebla los matarían, y no podía dejar que eso sucediera. Yo era una cazadora. Era mi deber proteger a aquellos que no podían protegerse a sí mismos.

Callum se volvió hacia mí, con la cara a escasos centímetros de la mía.

—¡Muévete! —siseó, y sus ojos negros como el ópalo me miraron fijamente, opacos y fríos.

—No.

Intenté coger mi daga de plata, pero me agarró la otra mano y me la puso a la espalda.

—¡Interesante captura! Tu pequeña es un poco testaruda, Callum. ¿La cuidamos por ti? —preguntó la rubia plateada con suficiencia.

—No hace falta —siseó, alto y desenfrenado. Seguía mirándome. Un rastro de preocupación se había infiltrado. Finalmente, me hizo un gesto imperceptible con la cabeza—. Está bien, lo solucionaré —dijo en voz baja e insistente—. ¡Pero no debes interferir!

Me relajé un poco. Callum haría algo. Ayudaría a los dos mochileros. Bajé la cabeza en señal de que lo entendía y Callum me soltó las manos. Se volvió hacia los caminantes de la niebla y se acercó a ellos a paso lento.

—Saben que el rey no aprueba que traigan humanos al Mundo Brumoso?

—Sí, ¿y? —La rubia plateada se encogió de hombros despreocupada—. Tú también estás arrastrando a la pequeña.

—Eso es otra cosa —gruñó Callum, y sus palabras no admitían discusión.

Casi había alcanzado a los mochileros. Contuve la respiración y me preparé para una pelea. Los Caminantes de la Niebla no nos dejarían tener a los dos hombres por voluntad propia.

—¿Así que se supone que tienes que llevárselos al rey? Interesante.

El tipo de los dientes blancos y relucientes ladeó la cabeza y me escrutó con curiosidad, pero Callum dio un paso a un lado, impidiéndole verme.

—Lo siento, pero las reglas son las reglas.

Ocurrió en un instante y sin que pudiera reaccionar. A Callum se le resbaló un guante y lo dejó caer. Su mano tocó fugazmente a uno de los mochileros en la frente y el joven se hundió en el suelo, el segundo le siguió.

—¿Qué coño? —chilló la rubia plateada, fuera de sí de rabia.

—Te lo advertí: nada de humanos en el Mundo Brumoso.

Callum se agachó, cogió su guante y se lo puso. Cuando se volvió para mirarme, su rostro era una máscara fría y rígida.

Mi mirada iba y venía entre él y los dos mochileros. Estaban inmóviles, uno al lado del otro.

¿Eran…?

—¡Te arrepentirás! —rugió uno de los Caminantes de la Niebla.

—Ah, ¿sí? —Callum me agarró por el codo y me arrastró detrás de él con demasiada brusquedad—. Si tienes algún problema con mi enfoque, háblalo con el rey.

Los árboles sombríos y la densa maleza se desdibujaban mientras yo tropezaba con raíces y piedras. Mis pensamientos daban vueltas en círculos. Callum dijo que quería ayudar a los mochileros. Pero no lo hizo.

—¿Están… están muertos? —pregunté, ahogándome.

Sabía la respuesta y, sin embargo, no quería creerla.

—Sí. —La voz de Callum era tan fría e inflexible como su agarre. Intenté zafarme de él, pero su mano de hierro continuó sujetando—. Si haces una escena ahora, ambos estamos condenados.

Su advertencia flotó entre nosotros, tan pesada como el aire después de una tormenta. Abandoné mi resistencia.

Por ahora.

Estaba agitada, enfadada y confusa, pero no podía ignorar la urgencia de las palabras de Callum.

Caminamos por el bosque en silencio durante media eternidad antes de que Callum aflojara el agarre de mi codo. Me alejé de él y lo fulminé con la mirada.

—¿De qué iba eso? Prometiste ayudarles.

El frío gélido del bosque se colaba bajo mi piel, y el eco de mis acusaciones se perdía en la noche interminable. Callum levantó los hombros y volvió a bajarlos.

—Estrictamente hablando, dije que lo solucionaría. Y eso es lo que hice.

Sus ojos estaban vacíos y fríos. El negro ópalo parecía aún más oscuro que de costumbre.

—Tú los mataste —grité furiosa, sin intentar ocultar el temblor de mi voz—. Los mataste como si su vida no significara nada para ti.

—Tienes razón: su vida no significa absolutamente nada para mí. *Tú* significas algo para mí. Los mataría a todos con tal de salvar tu

vida. ¿Qué crees que habrían hecho esos caminantes de la niebla si yo hubiera intentado liberar a los dos hombres? Nos habrían atacado. Tal vez habríamos escapado con vida, pero habrían empezado a hacer preguntas. Preguntas que no podemos permitirnos hacer si queremos salir vivos de este mundo.

Callum tenía la mandíbula tensa, las manos cerradas en puños y me miraba con fijeza, con una mezcla de desafío e ira en la mirada.

—Y sin embargo… los mataste —repetí acusadora.

Se apartó de mí con un bufido.

—¿Has olvidado quién soy? Soy un caminante de la niebla. Mato gente.

Un dolor punzante me atravesó al admitir la amarga verdad: había olvidado quién era. Había olvidado quién era yo.

—Te odio —le espeté.

Los hombros de Callum se tensaron un momento y luego se volvió hacia mí. La ira había desaparecido de su expresión.

—No, no lo haces. Y ese es el problema, ¿no? No puedes odiarme más de lo que yo puedo odiarte a ti.

Quería protestar, quería gritarle en la cara, pero la verdad de sus palabras me hizo callar. Incluso estando allí, condenándole por lo que había hecho, no podía odiarle.

Con un suspiro resignado, miré hacia la carretera.

—¿A dónde me llevas, Callum?

—Ya no está lejos —prometió—. Cuando llegues, lo entenderás todo.

Nunca debí haberme ido con él. Pero ahora era demasiado tarde para dar marcha atrás. Con el corazón encogido, seguí a Callum a través del bosque brumoso. Sabía que no podía confiar en él, pero en este mundo extraño no tenía elección. Y aunque sus acciones me habían escandalizado, había una chispa de desesperación en sus ojos que me decía que él también estaba atrapado en una red de obligaciones y expectativas que lo asfixiaba tanto como a mí.

No había respuestas fáciles en aquel mundo nebuloso. Y a medida que nos acercábamos a nuestro destino desconocido, sabía que nos esperaban pruebas aún mayores.

REVELACIONES

—Ahí es donde está —dijo Callum.

Mis pasos se ralentizaron hasta que finalmente me detuve. El horror se apoderó de mí mientras echaba la cabeza hacia atrás para ver mejor el edificio que tenía delante. No tenía ni idea de adónde me llevaba Callum, pero ahora todo en mi interior me gritaba que diera marcha atrás.

—El palacio del Rey de la Niebla —jadeé.

Ya había leído sobre él en mis libros de texto, pero nunca habría soñado con verlo con mis propios ojos.

El palacio era una imponente estructura hecha de una piedra gris oscura y brillante que parecía casi negra. Era como si el propio edificio se tragara la escasa luz que se filtraba a través de la densa niebla. Las puntiagudas torres se elevaban hacia el cielo rojo sangre y las altas ventanas eran tan oscuras que no se veía nada detrás de ellas.

Pensé en las palabras del caminante de la niebla que había secuestrado a los mochileros: «¿Así que se supone que tienes que llevárselos al rey? ¡Interesante!».

¿Tenía razón en sus sospechas? ¿Quería Callum entregarme a su padre?

—No te preocupes, no te pasará nada —dijo Callum en voz baja, como si me hubiera leído el pensamiento.

Solté una carcajada seca.

—¿Me arrastras a la boca del lobo y me pides en serio que te crea?

—Sí. —Una sola palabra que decía más que mil promesas.

Callum me dirigió hacia los escalones de piedra que conducían al palacio. Eran empinados y agrietados, y a cada paso que daba, el aire a mi alrededor parecía volverse más húmedo y frío.

Llegamos a la puerta principal, una enorme y lisa superficie de piedra que no parecía tener ni picaporte ni cerradura. Vi cómo Callum se quitaba el guante, ponía la mano en la puerta y empezaba a susurrar un canto, una canción en un idioma que no entendía. La piedra empezó a vibrar bajo sus dedos y la puerta se abrió lentamente. Me estremecí al asomarme a la oscuridad. Era como si se hubiera abierto la puerta del inframundo.

—¡Después de ti!

Callum señaló la entrada, y con pasos renuentes seguí su invitación.

El interior del palacio no era menos aterrador. Las paredes estaban adornadas con cortinas que representaban escenas lúgubres. Las antorchas proyectaban su luz inestable y vacilante sobre un suelo de mármol oscuro. Dibujaban sombras distorsionadas que parecían extenderse tras los recovecos ocultos del palacio, como si tuvieran vida propia. Me invadió la inquietante sensación de que decenas de pares de ojos nos observaban desde la oscuridad.

Aparté la mirada de las sombras y contemplé el techo, tan alto que parecía desaparecer en la nada. Columnas de obsidiana oscura colocadas esporádicamente salían disparadas como dientes puntiagudos y sostenían la enorme bóveda, en la que se perdía el eco de nuestros pasos.

—Vamos —dijo Callum, guiándome por un largo pasillo que se hacía eterno—. Nos esperan.

—¿Quién? —le pregunté, pero no me dio respuesta.

«El Rey. Me lleva al Rey de la Niebla».

¿Pero por qué iba a hacer eso? Callum odiaba a su padre.

Pensé en los fragmentos de oro otoñal que tenía en las manos, en la forma en que había hablado de su padre: uno pensaría que después de crear a la primera cazavampiros junto con sus

hermanos, se habría vuelto más precavido. Pero no, sigue siendo tan arrogante y corto de miras como entonces. Sigue empeñado en crear el arma definitiva.

Le había preguntado si aún le dolían las cicatrices y me había contestado: *solo cuando respiro.*

Nada de esto podía ser mentira. La agonía en sus ojos fue real.

Callum parecía tenso y alerta, como si esperara que nos atacaran en cualquier momento. Agarré la empuñadura de mi daga de plata mientras me acercaba a él y decidí confiar en él, solo por esta vez. ¿Qué otra opción tenía?

Llegamos a una gran puerta de doble hoja con herrajes de latón. Callum la abrió y entramos en una larga sala bañada por la tenue luz de dos enormes lámparas de araña.

—¡Cal! —gritó una voz infantil.

Una chica menuda corrió hacia Callum. El morado intenso de su pelo armonizaba a la perfección con su piel color marfil. Llevaba un vestido de tela dorada que brillaba con la luz de la habitación.

Los ojos de Callum se iluminaron cuando la cogió en brazos. Cualquier tensión que hubiera sentido antes en él desapareció por un breve instante y abrazó a la chica como si no quisiera dejarla marchar nunca.

—Isra. ¿Estás bien? —murmuró con ternura en su pelo.

Se separó de él para que yo pudiera ver su sonrisa pícara.

—Por supuesto. Kilian me cuidó muy bien. Como siempre. ¡Eh, tú debes de ser Eris! Yo soy Isra, la hermana de Callum.

Me tendió una mano delgada, con las uñas pintadas de un delicado tono plateado. Dudé en cogerla porque tendría que soltar la empuñadura de mi daga, pero al final lo hice. Isra tendría unos siete u ocho años. Dudaba que supusiera un peligro grave.

—Hola —le dije y le devolví la sonrisa con inseguridad.

—No me dijiste lo bonita que es, Cal. Tienes un pelo tan bonito. ¿Te lo puedo trenzar?

Un carraspeo llenó la habitación. En lo profundo de las sombras, en un lugar donde la luz de las velas no llegaba, algo se movía.

Una voz profunda y divertida parecía venir de todas partes y de ninguna.

—Tal vez deje que nuestra invitada llegue primero.

La silueta de un hombre surgió de la oscuridad. Me quedé helada al darme cuenta de quién había hablado: el caminante de la niebla de ojos ámbar.

Me había encontrado.

No, peor. Callum me trajo a él.

El pánico se apoderó de mí. Instintivamente di un paso atrás y choqué la espalda contra el pecho de Callum, que se había colocado detrás de mí, impidiéndome la salida.

—Vaya, vaya, ¿tan nerviosa, Eris? Ni siquiera hemos tenido ocasión de presentarnos. —El caminante de niebla de ojos ámbar salió de las sombras y rodeó la enorme mesa de comedor de ébano oscuro que estaba en el centro de la sala. Tenía el pelo negro como el cuervo hasta los hombros y le caía sobre la cara. Sus labios carnosos y sensuales se curvaron en una sonrisa burlona—. ¿Por qué no te acercas? —me instó.

Sentó cómo mi cuerpo reaccionaba ante él. Una voz en mi cabeza me advertía que no me acercara a él, pero era silenciosa y distante. Mi mente estaba nublada y puse un pie delante del otro, acatando la llamada del Caminante de la Niebla como si unos hilos invisibles tiraran de mí hacia él.

Callum no se separó de mí. Siguió mi paso hasta que me situé entre los dos hombres, cuyos cuerpos eran grandes y musculosos.

El caminante de la niebla agarró mi mano, que yacía indefensa y flácida entre las suyas, y la besó.

—Me alegro de que por fin podamos hablar, Eris —dijo, con una fina sonrisa formándose en sus labios carnosos.

—¿Quién eres? —Me esforcé por pronunciar las palabras. Era como si estuviera atrapada en una especie de trance.

—Kilian es el… —empezó Isra, pero el caminante de niebla de ojos ámbar la cortó con una mirada aguda.

—¿Por qué no te sientas a la mesa y coloreas un poco, Isra? —sugirió. Esperó a que ella obedeciera su orden y se volvió hacia mí, con una sonrisa de satisfacción en los labios, como si hubiera estado esperando mi pregunta—. Me llamo Kilian —dijo—, y soy el hijo del Rey de la Niebla.

El hijo del Rey de la Niebla.

Mi mirada interrogante se dirigió a Callum, pero él me evitó.

¿Eran hermanos Kilian y él? Nunca mencionó nada sobre un hermano. Por otra parte, yo no tenía ni idea de que tuviera una hermana hasta ahora. ¿Cuánto más no me había dicho? ¿Hasta qué punto conocía al hombre en cuyas manos puse mi vida cuando entré en el mundo de las brumas?

Kilian rio con suavidad.

—¡Tendrás que perdonar a mi amigo por su pequeño engaño! Se hizo pasar por mí. Pensamos que sería más fácil ganarse tu confianza y la de tu madre.

—¿Entonces no eres el Príncipe de la Niebla? —le pregunté a Callum.

Me temblaba la voz. Sentí como si me hubieran tirado de la cama. Callum me mintió y yo me tragué su historia. Creí que su padre abusó de él y que ahora quería vengarse. Pero no era verdad. Nada de esto era verdad. Y ahora sabía la respuesta a mi pregunta de hasta qué punto conocía al hombre en cuyas manos había puesto mi vida. No lo conocía. Ni un poquito.

—Callum es el general de la escolta real —respondió Kilian en lugar de Callum.

¿Ha enviado el rey a su perro faldero favorito a merodear de nuevo?

De repente, las palabras que el caminante de la niebla había dicho en el bosque tenían sentido. Al igual que su falta de respeto tenía sentido.

—Pero… ¿por qué? —pregunté, con la voz apenas más que un susurro.

Parecía lógico que mi madre diera más importancia a las demandas del Príncipe de la Niebla que a las de un general. Pero eso no explicaba por qué Kilian envió a Callum en lugar de ponerse en contacto conmigo directamente.

—Quieres decir: ¿por qué disfrutaste de la compañía de Callum y no de la mía? —respondió Kilian a mi pregunta mientras paseaba con la elegancia pausada de un príncipe hasta una gran chimenea de mármol negro situada en el otro extremo de la sala.

—Quizá deberías preguntarle a tu madre —respondió Callum, que obviamente había recuperado la voz.

Le miré, pero seguía evitándome. Su mirada feroz estaba fija en Kilian, que se agachó junto a la chimenea y encendió un fuego. El crepitar de las llamas llenó la habitación y una cálida luz penetró en las sombras.

—¿Qué quieres decir? —quise saber—. ¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto?

—Todo —soltó Isra.

Había seguido nuestra conversación embelesada, pero ahora apretó los labios y bajó apresuradamente los ojos a sus páginas para colorear.

—¿Cuánto sabes de tu padre, Eris? —preguntó Kilian, retomando la conversación.

Parecía molesto porque Isras nos había interrumpido.

—No mucho —admití, encogiéndome de hombros.

Mi padre nunca había desempeñado un papel en mi vida. Mi madre siempre lo llamaba un *error*. Un hombre cuyo paradero desconocía y que bien podría haber muerto. Siempre se mostraba taciturna y firme cuando se trataba de este tema y yo nunca me atrevía a preguntar.

Kilian resopló divertido.

—Déjame adivinar: no sabes nada de tu padre, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque Callum me dijo lo sorprendida que estabas de que tu madre accediera a sus demandas y te enviara con él de nuevo.

Callum había informado sobre mí a Kilian. Me escocía el hecho. Pero ahora no era el momento de ceder a mis emociones. Había otras cosas más urgentes.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿Qué tiene eso que ver con mi padre?

—Todo, mi querida Eris.

—No lo entiendo… —balbuceé.

—No, no lo haces —dijo Kilian—. Porque aún no te has fijado bien. ¡Ven, Eris!

Volví a sentir esa irresistible atracción, y de nuevo la seguí hasta situarme junto a Kilian, junto a la chimenea, mirándole a los ojos color ámbar, que parecían brillar a la luz del fuego.

—¡Fíjate bien! —me imploró y se echó lentamente hacia atrás el largo pelo negro como el cuervo.

Mi mirada se deslizó por su rostro y se posó en la gran cicatriz alargada de su mejilla izquierda.

No, no una cicatriz. Una marca de nacimiento.

La misma marca que yo tenía.

Los latidos de mi corazón se aceleraron. Mi mano voló involuntariamente a mi mejilla.

—¿Qué… qué significa eso?

Kilian se inclinó hacia mí. Había una sonrisa burlona en su rostro mientras susurraba:

—¿No lo adivinas, *hermana*?

LA CINTA AZUL

Hermanita.

La palabra resonó en mi interior. Intenté comprenderla. Traté de entender lo que significaba. Kilian y yo éramos parientes. Teníamos el mismo padre. ¿Era eso lo que intentaba decir? Pero eso significaría que mi padre —el hombre del que mi madre nunca había dicho una palabra— era el Rey de la Niebla.

No puede ser.

—No… No, no, no.

Me alejé de Kilian, alejándome de él como si pudiera escapar de la verdad.

Sonrió con indulgencia.

—Es verdad, Eris. Mi padre estuvo involucrado con tu madre. Un oscuro secreto, oculto al mundo, pero no a mí.

Cerré las manos en puños.

—¡Estás mintiendo! Mi madre nunca…

—¡Oh, Eris, despierta! ¿Por qué crees que tu madre nunca habló de tu padre? ¿Por qué te encerró entre los muros de la Academia como a una princesa en su torre? ¿Y por qué se apresuró a aceptar la historia de Callum sobre el Príncipe de las Brumas? No fueron las palabras que escribió ni la información que le dio. Era la cinta azul que sujetaba el pergamino. Su vieja cinta del pelo que mi padre se llevó como recuerdo después de aquella fatídica noche juntos.

La cinta azul.

Recordé cómo habían temblado los dedos de mi madre al sacarla del rollo de pergamino. En aquel momento no le di ninguna importancia, pero ahora, de repente, todo parecía tener un terrible sentido: mi marca de nacimiento. La cinta azul. Mi padre, que nunca fue un problema. Mi madre, que me vigilaba día y noche como si temiera perderme. Un rompecabezas de secretos que poco a poco iba encajando ante mis ojos.

—¿Es por eso que mi barrera interior no funciona contigo? Porque tú…

—Porque soy tu hermanastro —Kilian terminó la frase que no me atreví a pronunciar e inclinó la cabeza—. Sí, eso parece.

—¿Y tu… nuestro padre? ¿Sabe que existo?

Kilian asintió.

—Sí, pero a menos que tengas poderes de niebla, le eres inútil. Cuando eras pequeña, hizo que te secuestraran para comprobarlo, pero no encontró magia en ti.

—El ataque cuando tenía diez años —susurré.

Recordé cómo los Caminantes de la Niebla habían asaltado la Academia. Las cazadoras no habían estado preparadas para un ataque como ese y por lo mismo hubieron innumerables bajas.

—Exactamente —confirmó Kilian mientras acariciaba la superficie de la mesa con una mano—. No podrás recordar parte de ello, los Caminantes de la Niebla que te secuestraron por orden de nuestro padre se aseguraron de ello. Pero llevaron a cabo experimentos contigo.

Me estremecí al pensarlo. Mi madre nunca volvió a ser la misma después del ataque. Se ponía ansiosa, en pánico cuando se trataba de mi seguridad. Ahora sabía por qué.

—¿Y por qué me cuentas todo esto? —quise saber con voz temblorosa—. Estoy segura de que no anhelas una reunión familiar.

Kilian me midió con una mirada pensativa.

—Aunque ciertamente sería entretenido ver a tu mamá y a mi querido padre juntos en la misma habitación, no le doy mayor importancia —dijo al fin.

—¿Entonces qué? —pregunté.

Kilian quería algo de mí, estaba segura. No me había hecho venir hasta aquí para revelarme la historia de mi familia.

—Mañana. Volveremos a hablar mañana por la mañana —decidió con una voz que no admitía discusión—. Es suficiente por hoy. Callum, llévala a una de las habitaciones de invitados.

—No, yo…

Quise protestar, pero Kilian se apartó de mí y caminó a grandes zancadas hacia una puerta situada al final de la habitación. Atónita, lo vi desaparecer tras ella.

No podía hacer eso. No podía decirme que era la hija del Rey de la Niebla y luego desaparecer.

—Vaya, tiene más giros que la novela que estoy leyendo —dijo Isra emocionada. Había dejado caer su lápiz de color sobre el bloc y me miraba con los ojos muy abiertos—. Primero crees que Cal es el Príncipe de la Niebla y luego, sorpresa, sorpresa: es Kilian.

—¡Isra! —Callum llamó severamente al orden a su hermana, pero ella siguió balbuceando.

—… y por si fuera poco, resulta que Kilian es tu hermanastro. ¡Boom! Eso es…

—¡Isra, cállate!

Callum se acercó a su hermana y le puso una mano en el hombro, un recordatorio para que dejara de hablar. Me miró preocupado. La evité y me quedé mirando las llamas de la chimenea.

—¡Pero eso es una locura! —continuó Isra imperturbable—. ¿Cómo va a saber Eris en quién puede confiar?

De repente me sentí infinitamente cansada. Me había preparado para la lucha cuando entré en el Mundo Brumoso, pero no esperaba que todo mi mundo se pusiera patas arriba. Isra lo terminó diciendo en pocas palabras: ¿cómo iba a saber en quién podía seguir confiando? Mi madre me había ocultado todos estos años que era la hija del Rey de la Niebla. Callum me mintió sobre su identidad y sus verdaderas intenciones. Y Kilian podía ser mi hermanastro, pero no confiaba en él. Había estado rodeada de mentiras y engaños toda mi vida. Solo que ni por mi cabeza pasó ,hasta ahora.

—Vamos —dijo Callum, con voz suave y compasiva. Me tendió una mano—. Te llevaré a tu habitación.

Mis hombros se hundieron. No tenía fuerzas para enfrentarme a él. Mi deseo de pasar la noche en el Palacio de la Niebla era limitado. Pero necesitaba respuestas, y solo Kilian podía dármelas. Así que seguí a Callum por los oscuros pasillos del palacio. Caminamos codo con codo por pasillos desiertos, el silencio solo roto por el eco de nuestras pisadas.

Nos detuvimos frente a una anodina puerta de madera. Callum la abrió y dio un paso a un lado para que yo pudiera entrar. Vi una habitación sencilla con una cama grande flanqueada por dos mesitas auxiliares con candelabros dorados. La ventana, rodeada de pesadas cortinas de color rojo oscuro, ofrecía una vista del brumoso paisaje.

—Buenas noches, Eris —murmuró Callum con voz ronca.

—¡Espera! —Mi mano se disparó hacia delante involuntariamente y le agarró por el antebrazo. El calor de su cuerpo se filtró a través de la tela de su camisa hasta mí. Nuestras miradas se cruzaron y vi rastros de dolor y vacilación en los ojos de Callum. Apreté los labios, luchando por encontrar aire y palabras—. ¿Era todo mentira? ¿Todo lo que me has dicho?

Tenía que saberlo, aunque sintiera que no podía soportar otro golpe. Había confiado en Callum, había desarrollado sentimientos por él contra toda razón.

Callum dudó en su respuesta. Finalmente, levantó la cabeza y me miró.

—No. Lo que te dije sobre los experimentos del Rey de la Niebla es cierto. Y también que quiero destruirle.

—De acuerdo. —Asentí.

Eso era más de lo que me había atrevido a esperar.

Me di la vuelta. Pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Callum la sujetó.

—Lo que te dije antes en el bosque… —casi se le quiebra la voz —, también es verdad: los mataría a todos con tal de salvar *tu vida*.

Con estas palabras, soltó la puerta. Aturdida, lo vi desaparecer en el oscuro laberinto de pasillos, con su capa ondeando.

~

El agotamiento me alcanzó. Me dejé caer en la cama grande y dormí unas horas antes de que la pálida luz del amanecer me despertara. Me quedé allí aturdida, mirando al techo, hasta que unos golpes insistentes en la puerta me obligaron a levantarme. Cuando abrí la puerta, Isra entró a empujones y se detuvo en medio de la habitación con una sonrisa radiante.

—¡Vamos a hacernos amigas! —anunció eufórica.

—¿Qué?

Desconcertada, la miré con fijeza. Tenía que saber que yo era una cazavampiros. Callum le había advertido sobre mí.

Isra se rio.

—¡No pongas esa cara! Después de todo, ahora eres uno de los nuestros, al menos la mitad

Me recorrió un escalofrío. No, en lo absoluto yo era una de *ellos*.

—No tengo poderes de niebla —protesté y crucé los brazos a la defensiva delante del pecho.

Isra se encogió de hombros como si no importara.

—Pero eres la hermana de Kilian. Y él es el Príncipe de las Brumas. Así que, estrictamente hablando, eres una princesa.

—Sí… No. Por supuesto que no.

—Bueno, a mí me gustaría ser princesa —balbuceó Isra y se dejó caer en mi cama—. Le propuse a Kilian que se casara conmigo, entonces seríamos príncipe y princesa brumosos, pero dijo que aún era demasiado joven… ¿crees que Kilian tiene unos ojos preciosos?

—Em…

Confundida, negué con la cabeza. No era tan fácil seguir el torrente de palabras de Isra, y menos a estas horas.

—Creo que sí. —Isra asintió efusiva—. Y es muy bueno jugando al ajedrez. Cal siempre dice que no debería mantener a Kilian ocupado todo el tiempo, pero creo que le gusta pasar tiempo conmigo. Al menos más que Cal, que últimamente está viajando todo el tiempo.

Parecía que a Isra le gustaba Kilian. Quizá fuera mi oportunidad de averiguar algo más sobre el Príncipe de la Niebla… y sobre Callum.

Me senté junto a Isra en la cama, subí las piernas hacia mi cuerpo y las rodeé con los brazos.

—¿Son Callum y Kilian realmente buenos amigos? —pregunté.

—¡Oh, sí! —Isra asintió con entusiasmo—. Se conocen desde niños. Cuando Cal tenía doce años, nuestros padres murieron en un ataque a la Academia de Otoño. Yo tenía menos de cuatro meses. El Rey de la Niebla nos acogió y dejó que Cal trabajara para él. Siempre fue muy bueno con nosotros.

A Callum le pareció diferente, pero probablemente nunca le había hablado a su hermana de los experimentos para protegerla.

—¿Sabes por qué Callum siempre lleva guantes? —indagué con cautela.

—No lo sé, debe haber habido un accidente una vez en el que se lastimó. —Frunció el ceño—. ¿Por qué lo preguntas?

—Curiosidad.

Pensé en las manos de Callum: las astillas de oro otoñal y las innumerables cicatrices. Desde luego, no fue un accidente. Pero confirmó mi sospecha de que no se lo había contado todo a su hermana.

—Este ataque a la Academia de Otoño: ¿cuándo fue? —pregunté.

—Hace cinco o seis años.

Entonces sí fue el mismo ataque en el que yo fui secuestrada.

Fue ahí donde Callum perdió a sus padres y tuvo que hacerse cargo de la crianza de su hermana recién nacida. Un niño de doce años que de repente se encontraba solo y que entró al servicio del Rey de la Niebla para asegurar la supervivencia de su hermana. Soportó los experimentos que el Rey de la Niebla había llevado a cabo con él porque no tenía otra opción. Era difícil no sentir lástima por él.

—¿Echas de menos a tu familia?

Isra se encogió de hombros.

—No me acuerdo de ellos. Claro que habría estado bien tener a mamá y a papá. Pero tengo a Cal. Siempre está ahí cuando lo

necesito. Ha visto *Crepúsculo* conmigo infinidad de veces y siempre me trae chocolate negro porque es mi favorito. ¿Te gusta el chocolate negro?

—No lo sé.

Mis ojos se desviaron hacia la puerta e involuntariamente me pregunté dónde estaría Callum. ¿Estarían Kilian y él esperándome ya?

—Es una respuesta curiosa —se dio cuenta Isra, y tuve que reconocer que apenas había prestado atención a su última pregunta. Hacía tiempo que mi mente estaba en otra parte.

—Yo también soy una chica divertida —respondí con una sonrisa irónica.

—Lo eres de verdad —confirmó Isra con un serio movimiento de cabeza. Luego siguió mi mirada hacia la puerta—. Cal también estará ahí para ti, si se lo permites. Le gustas, ¿sabes?

—Si le gustara, no me habría ocultado tantas cosas —respondí con amargura.

No quería abrir mi dolor de corazón a la hermana pequeña de Callum, pero el aguijón de la traición era profundo.

—Fue difícil para él, estoy segura —dijo Isra con tono tranquilizador—. Pero Kilian y él tienen grandes planes, y no pueden permitirse cometer errores.

—¿Qué tipo de planes?

Isra se levantó de la cama de un salto.

—Será mejor que se lo preguntes tú mismo. ¡Vamos!

Salió corriendo por la puerta y me costó seguirla. Por dos veces pensé que la había perdido en el oscuro laberinto de pasillos, pero de pronto estábamos una al lado de la otra, respirando agitadamente, frente a la habitación donde ayer había visto a Kilian por primera vez.

—¿Lista? —preguntó Isra, sonriendo como un niño la mañana de Navidad.

Asentí con la cabeza, aunque me sentía cualquier cosa menos preparada.

~

Callum y Kilian estaban sentados en un rincón de la oscura mesa de ébano, hablando en voz baja. Cuando entramos, Callum se levantó de la silla con un movimiento rígido. Parecía sorprendido y no muy emocionado de verme.

—Ahí está nuestra princesa de la niebla —dijo Kilian, frotándose las manos con satisfacción—. ¡Muchas gracias por traérnosla, Isra! Eris, espero que hayas tenido una noche tranquila.

Di un paso adelante e intenté que no se notara mi nerviosismo. Kilian tenía el control y estaba claro que lo estaba disfrutando, pero yo no le permitiría más de lo estrictamente necesario.

—Bueno, al menos he descansado lo suficiente para escuchar lo que tienes que decir.

Kilian sonrió.

—Mi hermana parece muy directa, Callum. No entiendo por qué avanzaron tan poco.

¿Avanzar?

Miré inquisitivamente a Callum, pero tenía la mirada fija en la parte superior de la mesa de ébano con la cabeza gacha. No obtendría ninguna respuesta de él.

Kilian se levantó de su asiento. Se acercó a mí, con sus ojos color ámbar fijos en mí como un depredador en su presa.

—La razón por la que le pedí a Callum que te buscara y se ganara tu confianza es por un raro artefacto en posesión de tu madre —explicó—. Callum debía persuadirte para que lo obtuvieras para nosotros. Pero estaba seguro de que te negarías. Por eso le pedí que te trajera conmigo. Para poder explicarte mis planes y convencerte yo mismo.

Un artefacto. Así que de eso se trataba.

Me pregunté si mi madre habría mencionado alguna vez un objeto importante, algo que no debiera caer en manos de los Caminantes de la Niebla. No se me ocurría nada, pero eso no significaba nada. Al fin y al cabo, mi madre tenía muchos más secretos de los que yo suponía.

Ese pensamiento me punzó. ¿Cómo pudo ocultarme que el Rey de la Niebla era mi padre? Durante todo este tiempo había actuado con superioridad moral, echándome en cara cualquier error que pudiese cometer, y ahora resultaba que ella cometió el mayor de todos. Mi madre, una cazadora, se había liado con un Caminante de la Niebla, y no con uno cualquiera: con el mismísimo Rey de la Niebla.

—¿Qué clase de artefacto es? —quise saber.

Kilian se acercó a mí, levantó la mano hacia mi mejilla y apartó el mechón de pelo que cubría mi marca de nacimiento, la misma que tenía él.

—Es un anillo con una piedra de cuatro colores —respondió—. Pero lo importante no es lo que es, sino lo que este anillo puede hacer.

—Ok, entonces déjame plantear la pregunta de otra manera: ¿qué puede hacer?

Kilian y Callum se miraron por un buen rato. Parecía como si estuvieran manteniendo un diálogo sin palabras. El aire de la habitación vibraba de tensión. Finalmente, Callum volvió a bajar la cabeza. Parecía resignado, como si hubiera librado una feroz batalla y hubiera perdido.

—Te diré lo que puede hacer el anillo —dijo Kilian, y una extraña sonrisa que no supe interpretar se deslizó por sus labios—. Puede cerrar para siempre la frontera entre el mundo de las brumas y el de los humanos.

—Eso no es posible —dije, tropezando con mis propias palabras.

Hasta entonces, no había pensado que muchas cosas fueran posibles. Por ejemplo, que mi padre fuera el Rey de la Niebla. O que tenía un hermano.

Pero, ¿y si Kilian decía la verdad? ¿Si este artefacto de verdad existiera y poseyera este increíble poder?

Desafiante, levanté la barbilla.

—¡Estás mintiendo! ¿Por qué no utilizaría mi madre el artefacto si estuviera en su poder? Ella sería la primera en cerrar la frontera entre los mundos.

Kilian asintió lentamente.

—Tal vez lo haría. Pero no puede hacerlo por sí misma. Solo el Rey de la Niebla o su heredero al trono pueden cerrar la frontera.

—¡Qué conveniente para ti! —me reí con amargura—. ¿Y por qué harías eso?

—Para poner fin a la pelea. —Kilian me miró seria e insistentemente—. Nuestro mundo y el tuyo nunca deberían haberse mezclado. Es un peligro para todos.

—No confío en ti.

Mis ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas mientras escrutaba a Kilian e intentaba descifrar cuáles eran sus verdaderas intenciones.

¿A qué juego estaba jugando?

Kilian me dio la espalda y volvió a sentarse a la mesa. Levantó los codos, juntó las palmas de las manos y se las llevó a los labios.

—Bueno, tendrás la oportunidad de pensar, Eris. Callum te acompañará de vuelta a tu mundo. Pero yo no me tomaría demasiado tiempo. Mi padre está planeando un ataque a la Academia de Otoño, y a diferencia de mí, solo conoce un objetivo.

Tragué saliva.

—¿Y ese sería?

—Destruir a las cazavampiros y al resto de la humanidad.



En el camino de vuelta a través del mundo brumoso, Callum y yo no intercambiamos una palabra durante mucho tiempo. Estaba perdida en mis propios pensamientos. Después de todo lo que Kilian me había contado, me sentía impotente. ¿A quién debía recurrir? ¿En quién más podía confiar? Si lo que decía era cierto, nos enfrentábamos a un gran ataque. Y lo único que podía evitarlo era el artefacto que estaba en posesión de mi madre.

—¿Qué harías tú? —le pregunté a Callum cuando el silencio entre nosotros se hizo insoportable.

No le había perdonado sus mentiras, como tampoco podía pasar por alto el hecho de que hubiera matado a los dos mochileros. Pero

necesitaba consejo y, por una razón que ni yo misma comprendía, su opinión seguía siendo importante para mí.

Callum se aclaró la garganta. Su voz sonaba un poco tensa cuando empezó a hablar:

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que haría cualquier cosa por proteger a los que quiero.

Los mataría a todos con tal de salvar tu *vida.*

¿Era eso lo que intentaba decir? ¿Que me quería? Le dirigí una mirada insegura. Tenía los ojos fijos en el sendero del bosque que teníamos delante, siempre alerta, siempre listo para atacar si se acercaba un atacante.

Suspiré.

—Ya no sé qué está bien y qué está mal. Todo está de alguna manera entrelazado. Todo el mundo tiene sus propias razones, sus propios objetivos…

Callum asintió lentamente sin apartar los ojos del camino.

—A veces no hay bien o mal, Eris —dijo en voz baja—. A veces solo existe lo que hay que hacer.

—Lo sé —dije—. Y también sé que soy la única que puede entregar el artefacto a Kilian. ¿Pero realmente debería hacerlo?

Callum parecía esforzarse por encontrar palabras en el silencio.

—Solo tú puedes tomar esa decisión —dijo finalmente—. Pero deberías considerar lo que está en juego. No solo para nosotros, sino para ambos mundos.

Llegamos al portal de niebla. Callum me cogió de la mano y tiró de mí hacia él mientras lo atravesábamos. Apenas lo sentí. Lo que sí sentí fue el peso de la responsabilidad que ahora recaía sobre mis hombros. De mí dependía evitar la batalla o permitir que ocurriera. De mí dependía el destino de nuestros mundos.

25

LO SÉ TODO

Había estado fuera menos de doce horas y, sin embargo, todo había cambiado para mí. Mientras me despedía de Callum y caminaba hacia la Academia bajo la cálida luz del sol matutino, sentí que caminaba sobre brasas ardientes. Tenía que hablar con mi madre, tenía que confrontarla con lo que había descubierto. Y ya sabía que no iba a ser una conversación agradable.

Maureen me vio al pasar por delante de la zona de entrenamiento. Me saludó con la mano, pero yo miré obstinadamente hacia delante y fingí no verla. Tal vez era la única persona en la que aún podía confiar, pero sabía que si me detenía ahora, nunca reuniría el valor para hablar con mi madre. Así que caminé hacia la puerta de roble macizo y entré en la Academia.

Pasé con paso decidido por delante de los retratos de las antiguas cazadoras hacia el pasillo que conducía al despacho de mi madre. El corazón me latía con fuerza en la garganta, pero no dudé en llamar a la puerta del despacho y entré sin esperar respuesta.

Mi madre estaba sentada en su escritorio frente a una pila de documentos y levantó la vista cuando entré en la habitación. Frunció el ceño, enfadada.

—Eris, ¿dónde has estado? Encontré esta nota tonta donde escribiste que todo se estaba volviendo demasiado para ti. ¿Es esa una razón para huir? Has puesto en alerta a toda la Academia y nos has dejado en ridículo a las dos.

Por supuesto que mi madre tenía que echármelo en cara. Y claro que le importaba más lo que el resto de la Academia pensara de su hija que cómo me iba realmente. La ira bullía en mi interior.

Crucé los brazos delante del pecho.

—Ya basta, mamá. Ya me has echado en cara mis defectos y carencias demasiado tiempo. Ahora hablemos de los tuyos.

Fue casi satisfactorio ver cómo se le caía la mandíbula. Solo duró unos segundos antes de que recuperara la compostura y me llamara al orden.

—¡No en ese tono, Eris! Después de todo, soy tu madre.

Solté una risa corta y amarga.

—Sí, esa eres tú. Y siempre pensé que eso era lo único que importaba… hasta que descubrí quién es mi padre.

Silencio.

Contuve la respiración mientras esperaba una reacción. La sorpresa se reflejaba en sus ojos verdes.

Levantó las manos en señal de aplacamiento.

—Eris, lo que sea que creas saber…

—Lo sé todo —la interrumpí—. Sé que el Rey de las Brumas es mi padre y que tengo un hermano. Por no mencionar…

Me interrumpí bruscamente. En realidad había querido contarle lo del artefacto, pero dudé. Si decidía confiar en Kilian y llevarle el anillo, no podía dejar que mi madre se enterara. Me estorbaría.

—¿Sin mencionar qué, Eris? —preguntó mi madre. Le temblaba un poco la voz.

La miré por un momento —a la mujer que me había criado, que me había impulsado a sobresalir y había construido una jaula dorada a mi alrededor porque me quería y temía perderme— y luego negué con la cabeza.

—Nada, mamá. Es solo que… todo es demasiado.

Se levantó y se acercó a su mesa.

—Sé que todo esto debe de ser muy chocante para ti —me dijo con suavidad y me puso las manos en los hombros—. Pero tienes que entenderlo: solo hice todo esto para protegerte.

—¿Para protegerme? —repetí incrédula—. ¿De qué? ¿De la verdad?

—Sí —respondió con firmeza—. De la verdad y del peligro que conlleva esa verdad.

—¿Y qué hay del peligro que se cierne sobre nosotras ahora? —pregunté con sequedad—. Mi hermano me dijo que el Rey de la Niebla planea un ataque contra la Academia. ¿Tú también querías protegerme de esta verdad?

Mi madre me soltó las manos de los hombros y dio un paso atrás. La expresión de su cara era difícil de interpretar.

—No sabía nada de un ataque planeado —dijo sin ton ni son.

—Pero tú sabías lo del Rey de las Brumas —le reproché—. Sabías quién era y lo que quería.

Mi madre asintió lentamente.

—Sí, ya lo sabía.

—Y aún así me dejaste en la oscuridad —dije con amargura.

—Eris, lo hice porque te quiero —respondió mi madre.

Luchó por controlarse. Se le llenaron los ojos de lágrimas y parpadeó. Nunca la había visto así, tan vulnerable. Eso aplacó mi ira.

—Quería protegerte de todo esto, del dolor y del peligro. Quería que pudieras llevar una vida normal —dijo, sonando casi suplicante.

Una vida normal.

Las palabras resonaron en mi cabeza.

No había nada normal en mi vida, aparte del hecho de que era una Cazadora. Había crecido entre los muros de la Academia, encerrada como una princesa en su torre. Mi madre había controlado cada detalle de mi vida, haciéndome entrenar día y noche como si ese fuera mi único propósito en la vida. ¿Y por qué? Por miedo. Había vivido con un miedo cuya causa desconocía.

—¿Cómo… cómo surgió? —quise saber—. Tú y el Rey de la Niebla…

Mi madre se tensó.

—Era joven y estúpida, eso es todo lo que necesitas saber —respondió con sequedad.

Con resignación, observé cómo recogía los documentos de su mesa y los organizaba en una de las estanterías altas. Nuestra conversación había terminado y no iba a sacarle nada más, eso estaba claro. Conocía a mi madre lo suficiente como para saber

cuándo se cerraba en banda. Pero sabía con quién podía hablar y quién podría contarme más cosas sobre el pasado de mi madre. Alguien que la conocía desde que era joven: Maureen.



—Te preguntaría dónde has estado esta noche y por qué Eleonore nos ha vuelto locas a todas por eso, pero no me lo vas a decir, ¿verdad?

Maureen parecía disgustada, y tenía todo el derecho a estarlo. La había mantenido a oscuras durante demasiado tiempo. Con un suspiro, me senté en el tocón de un árbol y la observé golpear vigorosamente un abultado saco de yute que colgaba de un marco de madera. Su sesión de entrenamiento con las mayores había terminado hacía tiempo, pero parecía que aún necesitaba desahogarse.

—Quizá no te lo he contado todo —admití—. Pero tú tampoco lo has hecho.

—¿Qué quieres decir?

Maureen soltó la bolsa de yute y se quitó las vendas de las manos para vendárselas de nuevo antes de mirarme interrogante.

—Sé quién es mi padre —dije sin rodeos.

No tenía sentido andarse con rodeos y quería ver la reacción de Maureen, quería averiguar cuánto sabía.

Maureen vaciló en su movimiento.

—¿Entonces te lo ha contado? —preguntó. Su voz sonaba cautelosa, como si temiera decir demasiado.

—Lo descubrí por mí misma —respondí—. Pero no tenía por qué ser así. Entiendo por qué mi madre me lo ocultó, pero tú…

—No era mi secreto, Eris. Cielos, le rogué a Eleonore que te lo contara, pero se negó. Lo que pasó entonces… se asocia con tanta vergüenza para ella.

Me froté las sienes con un suspiro.

—Sí, pero ¿qué pasó en realidad? Ella no quiere contármelo.

Maureen apretó los labios. Parecía indecisa sobre si debía romper su silencio.

Se me ocurrió una idea terrible, y no sabía por qué no se me había ocurrido antes. Tal vez porque Kilian dio a entender que el encuentro entre el Rey de la Niebla y mi madre fue consentido. Lo había calificado de *oscuro secreto*, pero ¿y si…?

—¿La… daño? —pregunté horrorizada a Maureen.

—¡Dios mío, no! —Sacudió la cabeza—. Tu madre tenía dieciocho años cuando lo conoció. Fue en nuestro último año en la Academia de Otoño. Debía de sospechar que era un Caminante de la Niebla, pero no tenía ni idea de que se trataba del mismísimo Rey de la Niebla. Lo descubrió muchos años después.

—¿Pero cómo pudo liarse con uno de ellos? —Sacudí la cabeza sin comprender.

—Tu madre era otra por aquel entonces, Eris. No lo olvides —respondió Maureen—. Era aventurera y arriesgada, y le encantaba saltarse las normas.

—¿Mi mamá?

Maureen se rio ante mi cara de asombro.

—Sí, tu madre. Cambió cuando te tuvo a ti. De repente tenía a alguien a quien cuidar. Sé que ahora no quieres mucho a tu madre, y no todo lo que hizo Eleonore fue bueno y correcto. Cometió muchos errores. Pero todo lo que ha hecho en los últimos dieciocho años ha sido para protegerte. Porque te quiere más que a nada en el mundo.

Tragué saliva. Las lágrimas ardían en mis ojos.

Maureen me acercó y me envolvió en sus brazos.

—Ojalá pudiera decírmelo ella misma —resoplé, enterrando la cara contra su hombro.

Maureen me acarició suavemente la espalda.

—Lo hará. Con el tiempo —me susurró en el pelo.



Mi madre sacó las consecuencias. Siempre lo hacía cuando temía perder el control. Así que no me sorprendió que pronto tuviera a dos

cazadoras a mi lado, vigilándome día y noche. Ruth y Laine estaban junto a la puerta de mi habitación cuando me levantaba por la mañana y me acompañaban a clase. Vigilaban mi entrenamiento, mis descansos para comer e incluso mi sueño.

No era solo incómodo, era condenadamente embarazoso. Mis compañeras ya cuchicheaban, pero nadie se atrevía a mencionármelo. Excepto Keyla, que se animó al tercer día de mi vigilancia constante y puso su bandeja del almuerzo junto a la mía en la cafetería.

—¿Quiénes son las dos perros guardianes? —preguntó, señalando con la cabeza a Ruth y Laine, que estaban de pie a menos de cinco metros, observándome como si estuviera planeando la fuga de una prisión.

Suspirando, dejé los cubiertos.

—Mi madre ha decidido que necesito supervisión las 24 horas.

Keyla enarcó las cejas.

—¿En serio? ¿Por qué?

Era una buena pregunta. Una que no podía responder a menos que quisiera contarle a Keyla toda la historia de mi familia, y estaba claro que no estaba preparada para hacerlo.

—Probablemente me he metido en problemas con ella demasiadas veces en los últimos días —respondí, encogiéndome de hombros—. Ya sabes, por aquel encuentro con el caminante de la niebla y porque me perdí en el bosque después de la fiesta. Por no hablar de mi salida de la otra noche, que a mi madre no le gustó nada.

Puse los ojos en blanco para demostrar lo tonto que me parecía todo aquello.

Keyla me miró pensativa antes de asentir.

—Ya veo. —Hurgó en su ensalada antes de volver a levantar la vista—. Sabes que puedes hablar conmigo si quieres, ¿verdad?

Sonreí agradecida.

—Sí, ya lo sé. Gracias, Keyla.

Me devolvió la sonrisa.

—Bien, porque parece muy gracioso —añadió señalando con la cabeza a Ruth y Laine.

Hice una mueca de agonía.

—Sí, lo sé.

Mientras seguíamos sentadas en silencio, lancé una mirada furtiva a mis dos guardias. Quizá había llegado el momento de darles esquinazo. Pero primero tenía que tomar una decisión: ¿debía confiar en Kilian y ayudarle a encontrar el artefacto? ¿O debía quedarme en la Academia y esperar que estuviéramos a la altura de un ataque de los Caminantes de la Niebla?

CON CORAZÓN DE GUERRERO

El ataque a la Academia de Otoño llegó antes de lo que esperábamos. Ruth y Laine me despertaron de repente en mi habitación. Las dos cazadoras parecían visiblemente tensas.

—¡Vístete! —fue su breve orden.

Apresurada cogí mi uniforme de combate y me lo puse, me calcé las botas y me ajusté la daga al cinturón.

—No lo necesitarás —dijo Laine, mirando la hoja plateada que destellaba a la luz de la luna que caía por el estrecho hueco de las cortinas.

—¿Por qué no? Nos están atacando.

Me acerqué a la ventana y aparté un poco la cortina para echar un vistazo al exterior, donde había todo un ejército de caminantes de la niebla, cuyas oscuras figuras solo se iluminaban por la pálida luz de la luna y el resplandor de las antorchas que llevaban en las manos. Algunos llevaban espadas, otros estaban tan cubiertos de niebla que apenas se reconocían sus siluetas.

Laine se apresuró a apartarme de la ventana.

—¡No lucharás! —anunció con sequedad—. Órdenes de tu madre.

Resoplé indignada. No hablaba en serio. ¿Tenía que esconderme y dejar que mis compañeras fueran solas a la batalla? ¿Para qué me había estado entrenando todos estos años?

—Eso no lo decide mi madre. Soy una Cazadora entrenada, parte de esta Academia, y lucharé.

Me dirigí hacia la puerta resuelta, pero Ruth se interpuso en mi camino.

—No tenemos tiempo para discusiones, Eris —dijo en voz alta pero firme—. ¡Vienes con nosotros ahora!

—No voy a…

Un estruendo ensordecedor sacudió las paredes de la Academia y me cortó el paso. El suelo tembló bajo nuestros pies y nos tambaleamos, intentando apoyarnos en las paredes.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté mirando las caras de Ruth y Laine, que parecían tan sorprendidas como yo.

Laine se acercó a la ventana, de la que me había apartado unos segundos antes, y se asomó al exterior.

—Parece que los Caminantes de la Niebla han accedido a la Academia —dijo en voz baja—. Han volado la puerta principal.

—¡Deberíamos irnos!

Ruth abrió la puerta de mi habitación. Había un alboroto de actividad en el pasillo. Mis compañeras corrían con sus trajes de batalla y sus dagas de plata en las manos, decididas a defender la Academia. Vi la melena pelirroja de Trish cuando pasó corriendo junto a nosotras y desapareció en el tumulto un momento después.

—Necesitamos refuerzos en el vestíbulo —gritó una de las cazadoras.

—¡Vamos! —le instó otra para que se diera prisa.

Todo en mí me instaba a seguir su orden.

—Iremos al sótano. Allí estarás a salvo hasta que acabe el ataque —decidió Ruth y me agarró del brazo.

Reaccioné y me alejé de ella. Probablemente era mi única oportunidad de escapar. Ruth y Laine no podrían atraparme tan rápido entre el bullicio. Me zambullí bajo el brazo de Laine, que intentaba detenerme, y seguí a mis compañeras por el pasillo.

—¡Eris, para! —gritó Laine, pero su voz quedó ahogada por el caos.

Los gritos de mis compañeras resonaron a mi alrededor. Sin mirar atrás, bajé furiosa las escaleras que conducían a los pisos inferiores

de la Academia. Esquivé a un grupo de cazadoras que corrían en dirección contraria y doblé una esquina. El corazón me latía con fuerza cuando por fin llegué a una salida lateral y salí a la fría noche.

Un verdadero campo de batalla se desplegaba frente a la Academia. Los Caminantes de la Niebla se habían reunido en mayor número de lo que esperaba. Luchaban con una velocidad y una fuerza antinaturales que pondrían en apuros incluso a las cazadoras mejor entrenadas. Pero no vacilé. Avancé con paso decidido, con mi daga firmemente en la mano.

Un caminante de la niebla se fijó en mí y se abalanzó sobre mí con un grito salvaje. Me agaché y giré para asestarle un corte en el pecho. Se tambaleó hacia atrás. Aproveché la oportunidad para clavarle la daga en el estómago. Su cuerpo se disolvió en bruma y niebla, y yo retiré mi arma, preparada para el siguiente atacante.

—¡Eris! —Me di la vuelta, esperando ver a Ruth o a Laine intentando llevarme de vuelta a la Academia, pero era Maureen la que estaba detrás de mí. Respiraba con dificultad. Tenía sangre en la ropa y en el pelo corto y gris, pero no parecía herida—. Menos mal que estás aquí.

Me dedicó una sonrisa agotada pero sincera. Estaba segura de que conocía la orden de mi madre, pero no me prohibió luchar. En cambio, sacó otra daga de plata de su cinturón y me la entregó.

—¡Toma! Necesitarás más de una.

—Gracias.

La cogí, sosteniendo su mano un poco más de lo necesario. Sabía que le estaba agradeciendo algo más que la daga. Le agradecía la confianza que había depositado en mí. En ese momento, deseé haber tenido el valor de abrirme a ella. Si le hubiera contado todas las cosas que me habían estado molestando durante tanto tiempo. Haberle hablado de Callum y Kilian, del artefacto y de la decisión que tenía que tomar. Una decisión para la que quizás ya era demasiado tarde. ¿Y si no sobrevivíamos a este ataque? ¿Y si la Academia caía esta noche?

—¡Podemos hacerlo! —me aseguró Maureen, que parecía haberme leído el pensamiento.

Me saludó con la cabeza y volvió a lanzarse a la batalla. Luchó con el corazón de una guerrera y la tenacidad de una leona que defiende a sus cachorros. Y yo la seguí, haciendo todo lo posible por no traicionar su confianza.

La confusión de la batalla me envolvió. Seguían apareciendo nuevos caminantes de la niebla. Eran muchos y su flujo parecía no tener fin. Me dolía el brazo, me ardían los pulmones. Pero seguí luchando tenazmente, sin querer rendirme, aunque rendirme parecía ser lo único que me quedaba por hacer. Muchas de mis compañeras estaban heridas y nos hacían retroceder cada vez más.

—¡Eris, ayúdame!

Trish se tambaleó hacia mí, con un brazo alrededor de la cintura de Keyla, sosteniéndola. Tenía los ojos muy abiertos y el pánico por su amiga se reflejaba en ellos. Keyla luchaba por mantenerse en pie. Tenía todo el costado derecho abierto. La sangre se derramaba por el suelo y respiraba errática.

—Maldita sea, ¿qué pasó? —pregunté horrorizada mientras corría al otro lado de Keyla para apoyarla lo mejor que podía.

La sentí delgada y frágil. Su sangre estaba húmeda en mis manos.

—Algún bastardo la atacó por detrás —espetó Trish—. ¡Rápido, tenemos que llevarla al ala del hospital!

La ayudé a llevar a Keyla por una de las entradas laterales de la Academia. Avanzamos a trompicones por el pasillo hacia el ala del hospital. La profesora Birchwood nos recibió en la puerta. Parecía angustiada. Le temblaban las manos. Parte de su pelo gris se había soltado de la trenza y le colgaba de la cara.

—Por el amor de Dios, otra baja. Necesitamos más camas de campaña. Y vendas. Y… ¿Dónde está tu mamá, Eris? No estamos a la altura. Tenemos que… —Se interrumpió y sacudió la cabeza con desesperación—. ¿Dónde está, Eris?

—No lo sé —admití.

Hasta ahora, la pelea me había tenido tan ocupada que no había pensado en ella. Pero ahora estaba preocupado. ¿Dónde estaba? ¿Se encontraba bien?

—Tenemos que ocuparnos de Keyla —le recordé a la profesora Birchwood, y ella asintió con entusiasmo.

—Sí. Sí, por supuesto.

Arrastramos a Keyla hasta el ala del hospital. La imagen que nos esperaba allí era una pesadilla. La habitación, por lo demás tan estéril y ordenada, parecía un campo de batalla. Había chicas heridas por todas partes, algunas inconscientes, otras gimiendo de dolor. La doctora de la escuela estaba desbordada. Corría de un paciente a otro, intentando detener hemorragias, fijar huesos y suturar heridas. El olor a sangre y desinfectante flota en el aire.

—¡Pónganla ahí! —nos indicó la profesora, señalando un catre vacío en el centro de la habitación.

Ayudamos con cuidado a Keyla a tumbarse en la cama. Se me aceleró el corazón cuando vi lo profundas que eran sus heridas. Era un milagro que siguiera consciente.

—Hay que suturar esto de inmediato —dijo la profesora Birchwood—. Eris, dame el kit de sutura y la pomada anestésica.

Me apresuré a acercarme a una de las estanterías donde había material médico y le pasé el kit de sutura y un tubo grande de pomada. Exprimió una gruesa capa de pomada sobre la herida de Keyla y vi que se relajaba un poco cuando empezó a hacer efecto y a calmar el dolor. No era mucho, pero algo era algo. Keyla debería haber sido hospitalizada, como muchos de los estudiantes, pero no había tiempo para eso.

La profesora Birchwood empezó a coser la herida. Trabajaba concentrada, aunque le temblaban un poco las manos. La cara de Keyla estaba contorsionada por el dolor, pero apretó los dientes y se quedó quieta.

—Puedes hacerlo —murmuró Trish mientras cogía la mano de Keyla y le acariciaba la frente tranquilizándola con la otra. A Keyla se le llenaron los ojos de lágrimas—. Eres fuerte. Saldrás de ésta.

Mientras la profesora Birchwood trabajaba, eché un vistazo a las otras chicas de la sala. A algunas las conocía bien, a otras solo de vista. Me partía el corazón verlas sufrir tanto. Pero, al mismo tiempo, me impresionó su fortaleza. A pesar de sus heridas, muchas de ellas

intentaron consolarse y ayudarse unas a otras. Y los que se mantenían medianamente en pie se lanzaban de nuevo a la batalla.

—Bueno, ya está —dijo la profesora Birchwood, vendando la herida de Keyla y secándole luego la frente sudorosa—. Ha perdido mucha sangre, pero creo que se recuperará —nos informó.

Keyla cerró los ojos y respiró hondo, exhausta.

—Le daré algo para el dolor para que pueda dormir un poco —dijo el profesor Birchwood—. Tal vez ustedes dos también deberían descansar un poco.

Trish y yo negamos con la cabeza. La lucha aún no había terminado y, mientras nos siguieran atacando, sabíamos lo que teníamos que hacer: defenderíamos la Academia hasta la muerte.

—No esperaba menos de vosotros —dijo la profesora Birchwood, con una mezcla de orgullo y pesar en su voz—. Pero, por favor, ¡cuídense!

—Volveremos a ver cómo estás más tarde —prometió Trish a Keyla, que ya se estaba durmiendo.

Era una promesa que no podía estar segura de que cumpliríamos. Las posibilidades de que sobreviviéramos a esto no eran muy buenas. Sin embargo, asentí con la cabeza.

Al salir del ala hospitalaria, pasando junto a los heridos, Trish se detuvo bruscamente.

—¡Mira!

Señaló con la cabeza uno de los catres contra la pared, donde yacía una figura desplomada de pelo corto y canoso.

—¡Maureen!

El corazón me dio un vuelco.

Corrí hacia ella. Llevaba una venda en la parte superior del cuerpo, a través de la cual ya se filtraba la sangre. Su rostro estaba ceniciento y le costaba respirar.

—¡Rápido, necesita ayuda! —le grité a Trish, que inmediatamente salió en busca del médico del colegio.

Me arrodillé junto a mi entrenadora y tomé su mano entre las mías. La sentí fría y quebradiza, como las hojas en otoño. Maureen sonrió al verme.

—Eris —susurró.

—La ayuda está en camino —le prometí con voz entrecortada, intentando contener las lágrimas que intentaban abrirse paso.

No Maureen. No ella.

—Es demasiado tarde, Eris. Mejor que gasten su energía en los que aún pueden salvarse.

Las palabras de Maureen, dolorosamente susurradas, me golpearon como un puñetazo en las tripas. Respiré hondo e intenté calmarme, pero no funcionó. Se me escapó un sollozo que me sacudió todo el cuerpo.

—No. —Sacudí la cabeza—. No es demasiado tarde. No puedes… No puedes dejarme. Te necesito. —Pensé en todas las cosas que había querido decirle y no le dije. En cómo Maureen siempre había estado ahí para mí. Su amor y sus cuidados. Su fuerza—. ¡Por favor, Maureen!

Cerró los ojos. Su pecho subía y bajaba bajo su respiración agitada.

—Lo siento, Eris. Estoy cansada. Tan terriblemente cansado—.

Intenté sonreír, intenté mostrarme fuerte, aunque quería gritar en voz alta.

—Sé que estás cansada —susurré—. Pero tienes que luchar, Maureen.

Una risa baja y áspera escapó de sus labios, agrietados y sin sangre.

—Siempre luchando, ¿no es así, Eris?

Asentí, con la garganta demasiado apretada para hablar. Todo me oprimía el pecho. Me sentí impotente, como un niño llamando a su madre en la oscuridad.

—Pero a veces luchar no es el camino correcto. Prométeme… prométeme que siempre escucharás a tu corazón, pase lo que pase.

—Yo…

—¡Prométemelo!

Las lágrimas corrían por mis mejillas y me nublaban la vista, pero asentí con valentía.

—Lo prometo.

—Bien

Me apretó la mano con un último esfuerzo y luego volvió a apoyar el brazo en la cama. Su respiración se hizo más superficial. Más irregular. Era como si un poco más de vida se escapara de su cuerpo con cada respiración.

Me quedé con ella y le cogí la mano, la sostuve hasta que terminó. Trish volvió con el médico del colegio, pero ya era demasiado tarde. Me abrazó, pero apenas la sentí. Todo a mi alrededor era un rugido sordo y me sentía vacía y quebrantada.

Maureen estaba muerta.

LLEGARÁ EL DÍA

Los Caminantes de la Niebla se habían retirado a su mundo con las primeras luces del alba, pero la batalla distaba mucho de haber terminado. Al amanecer, recogimos a las heridas y nos hicimos una idea del alcance de la destrucción. Los Caminantes de la Niebla habían accedido al edificio explotando la entrada de la Academia. Había escombros por todas partes, las ventanas estaban rotas y el suelo cubierto de polvo y ceniza. Había grietas en las baldosas de piedra del vestíbulo y los retratos de las cazadoras colgaban torcidos y parcialmente hechos jirones de las paredes.

Encontré a mi madre en su despacho, como de costumbre, con un mapa de la Academia y sus alrededores desplegado ante ella, que estudiaba con el ceño fruncido. Llevaba puesto su traje de batalla, pero nada más indicaba que hoy no fuera un día normal.

—No me digas que estuviste aquí todo el tiempo —siseé enfadada—. La profesora Birchwood te estaba buscando. Necesitaba ayuda con los heridos. Y Maureen…

Se me quebró la voz. Tragué saliva contra las lágrimas, pero fue inútil. Rodaron inexorables por mis mejillas.

—He oído lo que ha pasado —dijo mi madre con suavidad. Por un momento pareció como si ella misma fuera a derrumbarse bajo el peso de la pena y la desesperación, pero luego se recompuso—. Pero no debemos dejar que nos deprima. Y no, no he estado aquí

todo el tiempo. He estado luchando. Igual que tú, por lo visto, aunque les di a Ruth y a Laine instrucciones diferentes.

¿De verdad esa era su única preocupación? No podía creer lo rápido que superó la muerte de Maureen. Pero tal vez no tenía otra opción. Muchos confiaban en ella. Confiaban en ella para tener un plan y mantener la cabeza fría incluso en esta situación desesperada.

—Ya no soy una niña pequeña. No puedes encerrarme porque tengas miedo de que me pase algo —dije, sorbiéndome los mocos.

Mi madre me miró con escrutinio y luego asintió:

—Tienes razón. No eres un niña pequeña.

Me sequé las lágrimas descuidadamente con el dorso de la mano antes de acercarme a mi madre y mirar el mapa de los terrenos.

—¿Cuál es tu plan? —quería saber.

—Tenemos que atraer a los Caminantes de la Niebla a una emboscada. Si atacan de nuevo esta noche…

Sacudí la cabeza.

—No pasaremos una segunda noche. Si hubieras estado en el ala del hospital, lo sabrías. Hay muchas heridas.

Keyla y muchas de las otras chicas no pudieron luchar. Y sin ellas, no teníamos ninguna oportunidad.

Mi madre parpadeó molesta.

—No puedo concentrarme en eso ahora, Eris.

—Pero deberías. Tenemos que encontrar otra manera.

—No hay otra manera —insistió.

Pensé en el artefacto. En Kilian y en su promesa de cerrar la frontera entre los mundos si yo le conseguía el anillo. No sabía si podía confiar en él. Pero sabía con certeza que la Academia no resistiría otro ataque de los Caminantes de la Niebla.

—Tal vez haya otra posibilidad después de todo —empecé con cautela—. Hablé con el Príncipe de la Niebla y…

—No.

—¿Por qué no me dejas terminar?

—¡No quiero oír lo que tienes que decir! Crees que puedes confiar en este caminante de la niebla porque es tu hermano. Dejas

que te envuelva alrededor de su dedo. Pero, Eris, él es tu enemigo. Todos ellos lo son… sin excepción.

La sentencia de mi madre parecía definitiva. Sabía que no tenía sentido discutir con ella. Tenía su opinión y no iba a cambiarla. Y podría tener razón: tal vez no podía confiar en Kilian. Pero confiaba en Callum. No a un nivel racional. No podía explicar por qué lo hacía. Pero en el fondo de mi corazón, sabía que significaba algo para él.

«Prométeme que siempre escucharás a tu corazón, pase lo que pase», me dijo Maureen antes de morir.

Y eso era exactamente lo que haría, incluso si eso significara poner mi vida y la de mis compañeras en manos de un caminante de la niebla.



Hacia el mediodía, mi madre salió de su despacho para echar un vistazo a los terrenos y al estado de la Academia. Aproveché el tiempo para registrar la habitación en busca del artefacto. Nunca había dicho nada al respecto y nunca la había visto llevar el anillo, pero dado lo valioso que era, supuse que lo guardaba en algún lugar seguro.

Rebusqué en todos los cajones, estantes y cajas de la mesa, pero solo encontré papeles, carpetas, bolígrafos y demás material de oficina. Frustrada, me desplomé en la silla del despacho y me di la vuelta mientras escudriñaba las paredes. Mis ojos se posaron en un cuadro de la primera cazavampiros que colgaba de la pared de mi derecha. Era un cuadro lúgubre y siempre me había preguntado por qué mi madre lo había colgado allí.

Siguiendo un instinto, me levanté y aparté el cuadro. Mis ojos se posaron en una caja fuerte que estaba empotrada en la pared.

—¡Bingo! —susurré con sombrío triunfo.

Por supuesto que mi madre tenía una caja fuerte escondida. Era un secreto más en su lista cada vez mayor.

Escudriñé la combinación de la cerradura: seis dígitos. Seis dígitos que podían ser cualquier cosa. Probé con mi cumpleaños. Sin

éxito. Luego el cumpleaños de mi madre, el día en que se fundó la Academia y el día en que mi madre se convirtió en directora. Me rasgaba las vestiduras. Mi madre era probablemente una de las pocas personas que en verdad pensaban en un conjunto arbitrario de números, si es que de verdad existían esas personas. En un último y desesperado intento, elegí la fecha en la que la Academia había sido atacada por última vez y yo había sido secuestrada.

La caja fuerte se abrió con un chasquido y, mientras la abría y echaba un vistazo en su interior, empecé a atar cabos. Maureen dijo que mi madre no supo hasta muchos años después que mi padre era el Rey de la Niebla y no un Caminante de la Niebla cualquiera. ¿Y si eso hubiera ocurrido el día de mi secuestro, cuando él intentó averiguar si yo tenía poderes de la Niebla? Mi madre había estado aterrorizada y preocupada por mí y por mi seguridad después de aquel suceso. Eso tenía sentido, pero tenía aún más sentido cuando considerabas quién era mi padre.

La cinta azul que Callum me había regalado por mi madre estaba encima. A su lado encontré una daga de plata desgastada, un fajo de billetes y un libro encuadernado en cuero, al que no presté más atención. Mi madre podía entrar por la puerta en cualquier momento y yo buscaba algo en concreto.

Mis dedos profundizaron en la caja fuerte y tocaron una tela fría y aterciopelada que envolvía un objeto. Lo saqué. Era del mismo color azul que la cinta que ahora sabía que mi madre había llevado una vez como diadema para el pelo.

Aparté la tela y encontré un trozo de pergamino doblado y quebradizo y el anillo que buscaba.

Kilian habló de una piedra de cuatro colores, pero quizá olvidó mencionar qué clase de piedra era. O mejor dicho: qué tipo de *piedra*. Encontré el frío azul de la piedra lunar, los fuertes colores rojo anaranjado del rubí solar, el colorido brillo del cristal arco iris y el cálido resplandor del oro otoñal unidos en una sola piedra. Nunca antes había tenido algo tan hermoso y poderoso en mis manos.

Cada una de las cuatro piedras tenía su propia historia. Eran portadoras de la magia del mundo que las había creado. Una forma pura de magia que no era ni buena ni mala en su origen, pero que

había cambiado con el tiempo, convirtiéndose en una amenaza. Las piedras llegaron al mundo humano. Y aquellos que las encontraron fueron corrompidos por su poder y abrieron una puerta entre los mundos. Esto es lo que les había ocurrido a los Reyes de la Niebla, a la Sacerdotisa del Sol, al Rey del Invierno y al Señor de la Primavera. Pero no podía explicar cómo la magia de las cuatro piedras pudo combinarse en una sola.

El corazón me latía con fuerza en la garganta cuando me puse el anillo en el dedo. Lo sentí frío y pesado contra mi piel. Sentí que emanaba una extraña energía, como si reaccionara a mi tacto.

Volví a quitármelo apresuradamente del dedo, cerré la caja fuerte y dejé que la foto volviera a su sitio. Guardé el pergamino, junto con el anillo, en el bolsillo del pantalón. Lo leería más tarde. Ahora tenía que asegurarme de salir de aquí lo antes posible antes de que mi madre se diera cuenta del robo.

Al menos había renunciado a tenerme vigilada. Tal vez Ruth y Laine tenían mejores cosas que hacer en el caos posterior a la batalla que hacer de niñeras conmigo.

Hice una rápida visita al ala del hospital para asegurarme de que Keyla estaba bien dadas las circunstancias antes de salir de la Academia y me dirigí a la cabaña donde Callum y yo solíamos reunirnos. Solo me quedaba esperar que apareciera esta noche. Y que lo hiciera antes de que se produjera otro ataque a la Academia.

~

Debo haberme quedado dormida. Los efectos de la batalla se hacían sentir. Cuando me desperté, ya era por la tarde. Las sombras eran cada vez más largas y solo entraba un poco de luz por la ventana. Callum aún no había llegado.

Inquieta, me levanté de mi asiento en la mecedora y me paseé de un lado a otro. El pergamino volvió a mi mente, lo saqué y lo desdoblé con cuidado. La escritura era pequeña y en negrita, la nota ya un poco amarillenta. Me esforcé por descifrar lo que estaba escrito.

Octubre, 2015

Mi querida Eleonore,

Si estás leyendo estas líneas, ya sabes que soy algo más que un error que nunca debió ocurrir. Soy tu destino que te perseguirá para siempre: el Rey de la Niebla al que diste a luz una hija.

Por el momento, no tiene ningún valor para mí. Sus poderes de mistwalker aún no han despertado. Pero llegará el día —y yo estaré allí.

Eris es hija de dos mundos. Posee los poderes de los Caminantes de la Niebla, pero también los de los Cazadores. Esto la convierte en un arma poderosa en la batalla entre nuestros pueblos.

No es la primera de su especie, igual que tú, Eleonore, no fuiste la primera Cazadora que me dio una hija.

Por desgracia, mis hijos no sobrevivieron mucho tiempo. El despertar de sus poderes de Mistwalker fue su muerte. Sus cuerpos humanos no eran capaces de albergar tanta magia.

Mantén el anillo a salvo. Ayudará a Eris a controlar sus poderes en cuanto despierten. Es la única manera de salvar su vida. Y eso es lo que ambos queremos, incluso si estamos en lados opuestos.

Las palabras bailaban ante mis ojos. Fue como si el suelo se hubiera abierto bajo mis pies y yo hubiera caído en un abismo. Me hundí impotente en la cama y me aferré a la madera de la estructura.

¿Por qué mi madre nunca me había hablado de esta carta? ¿Por qué me ocultaba los posibles peligros que podían acarrear mis

propios poderes? ¿Creía que podía protegerme ocultándome la verdad? ¿O no confiaba en las palabras del Rey de la Niebla?

Saqué el anillo, lo miré y volví a ponérmelo en el dedo. ¿Me salvaría cuando despertasen mis poderes de Mistwalker o me enviaría a la perdición?

¡Respira, Eris! ¡Respira!

Creí que mi madre y el Rey de la Niebla se habían atraído. Un amor que no debía existir. Pero era mucho peor que eso: yo era el producto de un experimento. Otro intento del Rey de la Niebla de crear el arma definitiva, igual que la primera Cazavampiros, igual que lo hizo con Callum.

Mi corazón se aceleraba, los latidos resonaban en mis oídos y todo se volvió tenso y congestionado. Intenté respirar con calma y regularidad, pero lo hacía demasiado deprisa. La habitación se desdibujó ante mis ojos. El crujido de las tablas de madera y el sonido del viento silbando alrededor de la pequeña cabaña se convirtieron en un ruido impenetrable. Un sudor frío me recorrió la frente. Las imágenes parpadeaban ante mis ojos: mi madre, el Rey de la Niebla, Kilian, Callum y yo, todos atrapados en una red de mentiras y secretos.

Una red que le terminó costando la vida a Maureen.

Se me escapó un fuerte sollozo. Tenía la sensación de no poder respirar, de no sentir las manos ni las piernas.

No podía… no podía…

De repente, la puerta de la cabaña se abrió de un empujón. Callum entró, sus ojos me buscaron y me encontraron, su mirada llena de sombría preocupación. Estaba sin aliento, como si hubiera corrido hasta aquí.

—Eris.

No reaccioné, era incapaz de moverme. El pánico me dominaba.

Callum vino corriendo hacia mí con largas zancadas y se puso en cuclillas delante de mí.

—¿Eris? —preguntó.

—Yo… —balbuceé con voz temblorosa, pero luego me interrumpí.

—¡Respira! —me imploró—. Tómatelo con calma. Inspira y espira. Inspira y espira.

Cerré los ojos, me concentré en su voz y respiré al ritmo de sus palabras. Callum me puso las manos en los muslos. Me estremecí antes de relajarme un poco bajo la calidez de su tacto.

Era peligroso hacerlo.

Callum era peligroso.

No podía confiar en él más de lo que mi madre debería haber confiado en el Rey de la Niebla. Sin embargo, algo dentro de mí cedió en cuanto abrí los párpados y miré sus ojos negros como el ópalo.

—¿Qué pasó? —preguntó en voz baja.

Negué con la cabeza, incapaz de responderle. La mirada de Callum se posó en el pergamino que aún sostenía. Me lo quitó suavemente de los dedos y lo leyó con los ojos entrecerrados. No parecía sorprendido.

—Lo supiste todo el tiempo, ¿tenía razón? —me atraganté.

Asintió con la cabeza.

—Sospechaba que el Rey de la Niebla tenía sus propios planes.

—Y también sabías lo del ataque a la Academia.

—Sabía que iba a pasar… igual que tú. Kilian te advirtió que algo así podría pasar.

Lo hizo. Pero no había dicho que sería tan pronto.

—¿Sabías la hora?

Callum me lanzó una mirada larga y penetrante. Se creó una tensión insoportable entre nosotros. Ambos sabíamos lo mucho que dependía de su respuesta. ¿Sabía lo del ataque y no me había avisado? ¿Me había dejado a mí y a los demás cazavampiros al descubierto?

Sacudió la cabeza.

—No.

Expulsé el aire que estaba reteniendo sin ser consciente.

—Maureen está muerta —dije sin voz.

No sabía por qué se lo decía. Tal vez necesitaba decir las palabras para entender realmente. Tal vez esperaba que él entendiera lo que significaban para mí.

Lo que Maureen había significado para mí.

—¿Tu entrenadora? —preguntó.

—Era como una madre para mí.

Sentí que las lágrimas intentaban brotar de nuevo de mi interior. Me oprimían la garganta, pero me mordí con fuerza el labio inferior y las aparté.

Callum no dijo nada. Se limitó a mirarme, con sus manos aún firmes, cálidas y tranquilizadoras sobre mis muslos. Me alegré de que guardara silencio. No había nada que pudiera hacer o decir. Nada que hubiera hecho el dolor más soportable.

—¿El anillo es realmente capaz de cerrar la frontera entre los mundos? —pregunté cuando por fin recuperé el control de mi voz.

—Sí —confirmó.

—Bien. —Levanté la mano con decisión para que se viera el anillo que llevaba en el dedo. Quizá fuera lo más estúpido que había hecho en mi vida. Tal vez estaba haciendo un pacto con el diablo. Pero, ¿tenía otra opción si quería salvar la Academia? No sobreviviríamos a un segundo ataque. Y de esta manera al menos teníamos una oportunidad—. Entonces hagámoslo. ¡Cerremos la frontera entre los mundos para siempre!

Callum colocó una mano enguantada sobre mi muñeca y acarició con suavidad la piedra del anillo. Tenía los labios finos mientras lo tocaba. Parecía dudar. Abrió la boca como si quisiera decir algo, pero volvió a cerrarla. Finalmente, se levantó de un tirón.

—Está bien. Te llevaré con Kilian.

CONFIANZA Y TRAICIÓN

Se nos acababa el tiempo.

A medida que avanzaba por el mundo de las brumas al lado de Callum, me sentía cada vez más inquieta. Estaba segura de que los Caminantes de la Niebla volverían a atacar la Academia esta noche, y la única forma de detenerlos era cerrar la frontera entre los mundos.

Para siempre.

Le lancé una mirada furtiva a Callum. Él era un caminante de la niebla, yo era una cazavampiros. Cerrar la frontera significaría que nunca volveríamos a vernos. ¿O tenía que quedarme en el Mundo de la Niebla para asegurarme de no morir en cuanto se despertaran mis poderes de Caminante de la Niebla? ¿Se despertarían una vez cerrada la frontera?

Había tantas preguntas, pero Callum aún no había respondido a ninguna. Cada vez que le hacía una, me aplazaba hasta la conversación con Kilian.

Te lo explicará todo, dijo, y su voz sonó extrañamente inexpresiva, como si tratara de contener sus emociones con todas sus fuerzas.

—Tu hermana y tú… —empecé titubeando. Mi aliento formó pequeñas nubes en el aire mientras intentaba dirigir nuestra conversación en una dirección más inofensiva—. Parece que están muy unidos.

Callum asintió. Su capa negra ondeaba ligeramente al viento.

—Haría cualquier cosa por ella. Ha estado a mi cuidado desde que tenía unos meses.

—Parece que ya lo has hecho todo por ella —dije, señalando con la cabeza sus manos enguantadas. Una pizca de tristeza se apoderó de mis palabras—. Ella no sabe lo que te hizo el Rey de la Niebla, ¿verdad?

—No. —La mandíbula de Callum se endureció.

—¿Por qué no se lo dijiste? —le pregunté en tono amable.

Callum se zambulló bajo una rama baja y yo le seguí antes de que respondiera:

—Porque quería que Isra tuviera una infancia normal, libre de miedos. Dependíamos del favor del Rey de las Brumas y nunca podríamos haber salido del palacio.

—¿Y Kilian? ¿No pudo ayudarte?

Callum negó con la cabeza.

—Él también era un niño, y tenía tanto miedo de su padre como yo.

—Parece que a tu hermana le gusta Kilian. Ha estado delirando sobre sus ojos color ámbar.

Sonreí ante la idea, pero a Callum no pareció hacerle ninguna gracia. Se detuvo bruscamente y sus manos se cerraron en puños. La tensión era casi palpable.

—Isra es aún muy joven —dijo finalmente en voz baja.

Debo haber dado en el clavo. ¿Pero era sorprendente que a Callum no le gustara la idea? Isra era su hermana y Kilian su mejor amigo.

—Seguro que se enamorará muchas veces más —dije para calmar la situación.

Callum continuó su camino, con los ojos fijos en el húmedo suelo del bosque que tenía delante.

—Eso espero —murmuró.

Llegamos al Palacio de la Niebla sin incidentes. Parecía que todos los Caminantes de la Niebla se habían retirado a recargar las pilas para su próximo ataque a la Academia. Me estremecí al pensarlo mientras subía los escalones de piedra del palacio. A cada paso que daba, la niebla parecía hacerse más espesa. Se asentaba sobre mí como una pesada manta hasta que sentí que me asfixiaba.

Callum me cogió de la mano cuando llegamos a la puerta principal. La sujetó con fuerza, como si temiera perderme, mientras susurraba las extrañas palabras que hicieron que la verja se abriera.

Como la última vez, me dirigió a través del laberinto de pasillos oscuros, pero sus pasos parecían cada vez más lentos, más reacios. Al fina, nos detuvimos frente a la puerta que conducía al comedor donde me había reunido antes con Kilian. Callum levantó la mano para abrir la puerta, pero luego volvió a bajarla.

—¿Qué pasa? —quise saber.

—Lo siento, Eris —dijo. Su mirada se volvió sombría, pero su voz estaba llena de remordimiento—. Nunca debiste confiar en mí.

—¿Qué quieres decir?

Me alejé un paso de Callum, insegura de cómo reaccionar ante sus palabras. Mi mano se zafó de la suya y la puerta se abrió en el mismo momento.

—¡Eris! —Kilian se acercó a mí con una sonrisa radiante—. Veo que lo conseguiste.

Sus ojos ambarinos se detuvieron en mi mano, en la que llevaba el anillo. Había codicia en su mirada, e instintivamente me di cuenta de que había cometido un error. Kilian tenía que saber lo del ataque a la Academia, pero lo único que parecía importarle era el anillo.

Quise dar un paso atrás, alejarme de él, quise darme la vuelta y correr, correr, correr. Pero la extraña atracción que existía entre Kilian y yo me detuvo.

Miré a Callum en busca de ayuda. Estaba de pie a mi lado, con la espalda recta y la cara vuelta hacia otro lado, como si yo no tuviera ninguna importancia para él: solo era una tarea que estaba cumpliendo, un recado que había hecho.

Lo siento, Eris. Nunca debiste haber confiado en mí.

Tragué saliva. ¿De verdad había sido tan ingenua? Había creído que significaba algo para Callum, que podía confiar en él. Y que tenía una oportunidad de salvar la Academia. Había caído en una trampa.

—¿Dónde está? —gruñó Callum.

Me estremecí. Nunca había oído tanta rabia, tanta hostilidad en su voz, y estaba claramente dirigida a Kilian.

—¿De quién estás hablando? —preguntó el Príncipe de la Niebla, fingiendo ignorancia, y luego sus labios se torcieron en una sonrisa burlona—. Ah, te refieres a Isra. Supongo que está en su habitación dibujando corazones con mi nombre en su diario. Tu hermana sueña con ser mi princesa algún día. Quizá le haga un favor. ¿Qué piensas, Callum? ¿No le iría bien a mi lado?

—¡Mantén tus manos alejadas de ella! —Callum siseó—. Me lo prometiste.

Kilian le hizo un gesto con la mano.

—Tranquilo, cumpliré mi promesa: me mantendré lejos de Isra si a cambio me entregabas a Eris y el artefacto. De todas formas, tu hermana no es mi tipo: demasiado joven, demasiado ingenua y si tengo que volver a ver *Crepúsculo*, me dará dolor de cabeza. ¿Pero qué no haces para ganarte el favor de una chica? Ella era tan fácil de envolver alrededor de mi dedo. Si hubiera sabido que era una buena moneda de cambio, lo habría hecho mucho antes.

Mis ojos se dispararon hacia Callum, que seguía negándose a mirarme. De repente lo comprendí: Callum dijo que haría cualquier cosa para proteger a sus seres queridos. Y yo fui tan tonta como para pensar que se refería a mí. Pero, en realidad, se refería a Isra. Kilian debió haber amenazado con hacerle daño si Callum no hacía lo que decía.

Ni siquiera podía culparle. Isra era su hermana, la chica a la que había criado y protegido siempre. Callum estaba dispuesto a pasar un infierno por ella. Y estaba igual de dispuesto a hacerme pasar por un infierno si eso significaba que podía salvar a Isra.

—Y tú, mi querida Eris —dijo Kilian, volviéndose hacia mí—. ¿Quién iba a pensar que repetirías los errores de tu madre y te enamorarías de un caminante de la niebla? —Echó la cabeza hacia

atrás y soltó una carcajada—. Es decir, esperaba que alguien tan virtuoso y abnegado como Callum se ganara tu confianza, pero esto es mucho mejor. —Se secó una lágrima de risa con el rabillo del ojo —. ¡Amor juvenil! Es tan conmovedor de ver. Es una pena que probablemente no sobreviva a la traición de Callum.

Le odiaba. Lo odiaba tanto. Y no me importaba si era mi hermano, quería matarlo.

—¿Para qué quieres el artefacto? —pregunté secamente—. Supongo que no planeas cerrar la frontera entre los mundos.

Una oscura sonrisa se dibujó en los labios de Kilian.

—No, no pretendo hacer eso. Lo siento, hermana. Aunque el artefacto es perfectamente capaz de hacerlo, tengo cosas mucho más grandes planeadas para él. ¿Te imaginas lo sorprendido que me quedé cuando me enteré de que nuestro padre le había dado a tu madre un anillo que no solo es lo suficientemente poderoso como para cerrar la frontera, sino también para levantarla para siempre? Y se lo dio para que pudieras controlar tus poderes de Mistwalker cuando despertaran. —Sacudió la cabeza, resoplando—. Nuestro padre y sus pequeños experimentos. Es ridículo. Intentó crear el arma definitiva en la batalla de nuestros pueblos, pero nunca pensó en grande. Supongo que quería la guerra, pero no el Armagedón. Tenía miedo de lo que pasaría si eliminaba la frontera entre su mundo y el nuestro. Pero parece que pronto lo sabremos.

Un aliento helado recorrió mis venas.

—No puedes hacer eso —logré decir, mi voz era poco más que un susurro jadeante.

La revelación de Kilian fue un shock. La mera idea de que la frontera pudiera no solo no cerrarse, sino destruirse por completo, me revolvió el estómago.

El Príncipe de la Niebla se inclinó hacia mí, sus ojos ámbar brillaban con una intensidad peligrosa.

—Oh, puedo y lo haré. Imagina las posibilidades ilimitadas, Eris. Un mundo sin divisiones, donde el poder y la magia de los Caminantes de la Niebla fluyen libremente.

Sacudí la cabeza mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Habrá caos, muerte y destrucción. Nuestros mundos no están hechos para existir juntos.

—Esa es la belleza de la evolución —replicó Kilian con una sonrisa cruel—. No tiene en cuenta a nadie. Los fuertes sobreviven, los débiles perecen. Ya es hora de que cumplamos nuestro verdadero destino. Pronto los Caminantes de la Niebla dominarán el mundo humano.

Me cogió la mano y me quitó el anillo del dedo con un movimiento fluido. Dejé que lo hiciera sin oponer resistencia, igual que había permitido que me quitara la daga. Mi mente me ordenaba a gritos que me defendiera, pero mi cuerpo me fallaba. Estaba indefensa a merced de Kilian.

Asintió a Callum.

—¡Ve, y asegúrate de que la preparan! Luego puedes ir a buscar a tu hermana.

—¿Prepararme para qué? —pregunté, pero Callum me agarró del brazo sin dignarse a darme una respuesta y tiró de mí tras él, hacia el pasillo. Esperé lo suficiente a que la puerta se cerrara para separarme de él y mirarle con rabia—. ¡No me toques!

—Entendido.

Dio un paso atrás, esperando a ver qué hacía yo a continuación. Me quedé indecisa. Mi pecho subía y bajaba con mi respiración frenética mientras mi mirada viajaba en la dirección donde debía estar la salida del palacio. Callum la captó, sus ojos negros como el ópalo se clavaron en los míos.

—Sabes que no puedes escapar. Kilian y yo volveríamos a atraparte de inmediato. Y no puedo dejarte marchar —añadió con un temblor apenas perceptible en la voz.

—Por Isra. —Tragué saliva.

—Si algo le pasa a ella…

Se detuvo y cruzó los brazos delante del pecho. Su mirada se centró en la fría y oscura pared de piedra.

—Lo comprendo —respiré, conteniendo las lágrimas de desesperación que se agolpaban en mis ojos. Realmente le comprendía y, sin embargo, el peso de la traición me pesaba—.

¿Adónde se supone que me llevas? —pregunté, tratando de ser sobria.

No tenía sentido gritar o llorar. Callum hizo lo que tenía que hacer.

Se aclaró la garganta.

—A tu habitación. Una criada vendrá a vestirte para el baile.

—¿Un baile?"

Se me escapó una carcajada incrédula. Kilian acababa de describirme en términos vívidos cómo quería destrozar mi existencia, ¿y ahora se suponía que yo tenía que hacer de Cenicienta? No podía hablar en serio.

La mirada de Callum se endureció.

—Kilian quiere contarles a los Caminantes de la Niebla su plan para abrir la frontera entre los mundos. Y quiere que tú estés a su lado —explicó.

—¿Yo? ¿Pero por qué yo entre todos? —¿Y el Rey de la Niebla? ¿Estaría allí también? Él le dio a mi madre el anillo por una razón. Estoy seguro de que no estará contento si su hijo lo usa para otros fines.

Callum negó con la cabeza.

—El Rey de la Niebla está muerto, Eris. Kilian lo asesinó. Todo lo que hace es para asegurar su reinado. Tiene derecho al trono por nacimiento, pero necesitará la aceptación de nuestro pueblo para gobernar.

Miré a Callum con horror. Kilian había matado a su propio padre. A *nuestro* padre. No podía decir que me entristeciera su muerte, pero la brutalidad seguía conmocionándome.

—¿Y los otros Caminantes de la Niebla? —tartamudeé, intentando calmar mi acelerado corazón—. ¿Saben lo que ha hecho Kilian?

—Saben que el rey está muerto, y estoy seguro de que algunos de ellos sospechan que Kilian estuvo involucrado en su muerte. Pero no tienen ni idea de cuáles son sus planes.

—Así que un gran día para todos —dije, haciendo una mueca cínica—. Pero entonces, ¿por qué el ataque a la Academia? Creía que era la voluntad del Rey de la Niebla.

—Fue por orden de Kilian —explicó Callum, con la culpa escrita en la cara por no haberme informado antes—. Quería acorralarte para que le llevaras el artefacto.

Resignada, cerré los ojos. No podía creer que hubiera caído en la manipulación de Kilian.

—Entonces consiguió lo que quería —me di cuenta—. ¿Eso significa que no habrá un segundo ataque a la Academia?

Cuando volví a abrir los ojos, me encontré con la mirada feroz de Callum.

—Si el plan de Kilian funciona y consigue eliminar la frontera entre los mundos con la ayuda del artefacto, eso ya no será necesario.

UNA NUEVA ERA

Miré mi reflejo en el espejo y vi cómo la doncella me aplicaba una capa de maquillaje, lo bastante delicado como para no cubrir la marca de nacimiento de mi mejilla. Me recogió el cabello y me vistió con un vestido de seda púrpura. Mi mente se agitaba mientras esperaba sentada frente al espejo a que terminara por fin.

¿De qué iba todo aquello? Entendía por qué Kilian necesitaba el anillo y por qué me había manipulado para conseguirlo. Pero, ¿por qué el vestido? ¿Por qué se molestó en vestirme y presentarme a sus súbditos? ¿Era yo un trofeo para él? ¿La hija de la directora, una cazadora con la sangre de los Caminantes de la Niebla corriendo por sus venas? Fuera cual fuera la razón de todo esto, no dejaría que Kilian ganara tan fácilmente. Lucharía, aunque fuera lo último que hiciera.

Apreté las manos con decisión.

—Estará lista en un momento, Alteza —dijo la criada, que malinterpretó mi gesto como impaciencia.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y Kilian entró. Llevaba un smoking negro con camisa gris y una capa gris plateada. Sus gemelos brillaban del mismo color ámbar que sus ojos. Con un rápido movimiento, espantó a la criada, que se retiró a la carrera.

—Eris, veo que estás lista —dijo con una voz profunda y aterciopelada que me produjo un desagradable escalofrío.

Me levanté. La tela de mi vestido crujió cuando me volví hacia el Príncipe de la Niebla y lo miré furiosa.

—¿Lista para qué? ¿Qué vas a hacer conmigo, Kilian?

—Pronto lo sabrás, hermanita. ¡Sígueme!

Sus ojos destellaron peligrosamente, luego se apartó de mí y avanzó a grandes zancadas. Tropecé tras él sin voluntad. Mi cuerpo siguió sus órdenes sin oponer resistencia. Adiós a la lucha. Mi mente podía rebelarse cuanto quisiera, pero mientras mi cuerpo no me obedeciera, no tenía la menor posibilidad de cambiar mi situación.

Cruzamos un largo pasillo bordeado de altas ventanas. Intenté distinguir la hora del día, pero era imposible saber si era mediodía o atardecer por el crepúsculo pálido y rojizo que caía a través de los cristales.

Después de que Callum me llevara a mi habitación, me pasé horas gritándole a la almohada con rabia y desesperación hasta que me quedé afónica y apareció la criada para vestirme para el baile.

¿Me echaban ya de menos en la Academia de Otoño? ¿Se dio cuenta mi madre de que gracias a mí el colegio se había librado de un segundo atentado? Les había dado un respiro, pero ¿a qué precio?

Callum salió de uno de los pasillos vecinos y nos siguió. Llevaba una fina capa de terciopelo negro, botas de cuero pulido y una hilera de insignias doradas en el pecho que probablemente lo identificaban como general de la guardia real. Podía sentirle cerca detrás de mí y oía sus pasos sobre el suelo de piedra gris. Había algo reconfortante en su presencia. A pesar de todo, creía que yo significaba algo para él, que intervendría si Kilian intentaba hacerme daño.

«No seas tonta», Eris, me reprendí a mí misma. «Te ha traicionado, no solo una vez, y volverá a hacerlo en cualquier momento si eso significa que puede salvar a su hermana. Tú no significas nada para él».

Llegamos a una enorme puerta doble negra, que se abrió como por arte de magia al oír un susurro de Kilian. Nos recibió una oscuridad opresiva, solo interrumpida por el tenue parpadeo de las antorchas ocultas en los rincones del salón de baile. El fuerte olor a

incienso flotaba en el aire y confería a la estancia una atmósfera solemne, casi sagrada.

La sala en sí era impresionante en su lúgubre esplendor. Columnas grises oscuras, casi negras, se alzaban hacia arriba y sostenían un techo tan alto que se perdía en las sombras. Una niebla espesa y negra se extendía entre los pilares, se pegaba a las piernas como humo frío y ocultaba el suelo.

Mi mirada se deslizó sobre los presentes, todos ellos caminantes de la niebla vestidos con túnicas oscuras y espléndidos trajes de noche adornados con piedras preciosas. Se volvieron hacia nosotros cuando entramos. Sus susurros nos acompañaron como un murmullo siniestro cuando Kilian me puso la mano en la espalda y me condujo a una plataforma en el centro del salón de baile. Sentí su aliento en la sien mientras me acercaba a él, frío y controlado.

—¡Deberías parecer un poco más amigable, hermana! —me susurró al oído—. Después de todo, estos también son tus súbditos, o lo serán cuando despierten tus poderes.

—Prefiero morir a llamar súbditos a estos monstruos —respondí siseando.

Podía sentir cómo Callum se ponía rígido detrás de mí, pero Kilian se limitó a sonreír.

—¡Espera y verás! Tal vez cumpla tu deseo de muerte esta noche.

Intenté no pensar en lo que podría querer decir con eso. En una habitación llena de caminantes de la niebla, la muerte se cernía sobre mí como una espada de Damocles, y mientras mi hermanastro me tuviera bajo su control, no podría hacer nada para impedirlo.

Kilian y yo subimos a la plataforma. Callum estaba de pie frente a él, de espaldas a nosotros y con los brazos cruzados frente al pecho. Tenso y alerta, observaba a la multitud. Me pregunté si Kilian le había contado sus planes o si no tenía ni idea de cómo se desarrollaría la velada.

—¡Mis queridos Caminantes de la Niebla! —Kilian extendió los brazos en un amplio gesto de bienvenida. Su voz resonó en la enorme sala y silenció las últimas conversaciones susurradas—. Esta noche nos reunimos para una ocasión especial. Aún están frescos los

recuerdos de mi padre, nuestro difunto gobernante, y de la forma en que gobernó nuestro reino. Pero mientras él gobernó con sentimentalismo y debilidad, yo veo el futuro de los Caminantes de la Niebla más claro y brillante que nunca.

Hizo una pausa dramática y dejó que su mirada recorriera a la multitud. La mayoría de los Caminantes de la Niebla estaban pegados a sus labios, pero el fondo de la sala empezaba a inquietarse.

—¡Traidor! —oí gritar a alguien.

—¡Patricidio!

Kilian ignoró los comentarios con una sonrisa indiferente.

—Mi padre se dejó guiar por emociones y apegos sin importancia —continuó—. Por eso mantuvo a su hija Eris —mitad cazadora, mitad caminante de la niebla— oculta de todos ustedes durante mucho tiempo. Pero veo en ella algo más que una hija perdida.

Kilian hizo un gesto elegante en mi dirección. Sentí cientos de miradas dirigidas hacia mí, algunas curiosas, otras llenas de desprecio.

—Eris posee un poder único —proclamó Kilian—. Un poder que, cuando se despierta, podrá cambiar el destino de los Caminantes de la Niebla y de los humanos por igual. Con el anillo que me ha dado, podemos hacer que la frontera entre nuestros mundos desaparezca para siempre. Imaginen un mundo en el que ya no tengamos que vivir en las sombras.

Un murmullo recorrió la multitud, mezclado con susurros entusiastas y murmullos de aprobación. Ahogó los gritos airados de las últimas filas.

—Esta noche —Kilian bajó la voz hasta convertirla en una promesa—, celebraremos el comienzo de una nueva era. Un futuro en el que los Caminantes de la Niebla ya no tendrán que esconderse, ¡sino en el que podremos vivir nuestro verdadero destino!

La sala se llenó de aplausos.

Me sentía como un animal enjaulado, expuesto a la vista de todos. Mis ojos buscaron a Callum, que permanecía inmóvil, con la mirada fija en la multitud que lo aclamaba.

Kilian me pasó un brazo por los hombros y me empujó un poco más hacia delante, hasta el borde de la plataforma.

—Pero antes de empezar con los festejos, vamos a hacer algo que mi padre debería haber hecho hace mucho tiempo: desataremos los poderes de Eri.

Callum se estremeció visiblemente antes de enderezarse y girar la cabeza en mi dirección. Solo pasaron unos segundos hasta que nuestros ojos se cruzaron, pero vi la desesperación en su mirada. Los vítores frenéticos de los Caminantes de la Niebla se convirtieron en ruido de fondo. El pánico se aferró a mi nuca con una fuerza helada.

¿Qué significaba eso? ¿Cómo quería Kilian desatar mi poder?

Recordé mi secuestro cuando tenía diez años. Por aquel entonces, el Rey de la Niebla ya había intentado desenterrar mis poderes una vez. ¿Qué dijo Kilian al respecto?

«No eres capaz de recordar parte de ello, los caminantes de la niebla que te secuestraron en nombre de nuestro padre se aseguraron de ello. Pero llevaron a cabo experimentos contigo».

No me había atrevido a preguntar en qué consistían los experimentos. Ahora desearía haberlo hecho. Quizá me hubiera dado una pista de lo que me esperaba.

—¡Callum, por favor, ven a mí! —exigió Kilian con frialdad inflexible.

Callum empezó a moverse de mala gana. Tenía la mandíbula tensa y los ojos negros como el ópalo clavados en los del Príncipe de la Niebla.

—No puedes pedirme eso —dijo, con una voz tan baja que solo Kilian y yo pudimos oírle.

Kilian resopló.

—¿Qué no puedo pedirte? ¿Que me demuestres tu lealtad? Yo diría que ya es hora de que lo hagas. Eres un caminante de la niebla, amigo mío, no lo olvides.

—No voy a hacerle daño.

Callum sonaba decidido. Tenía las manos cerradas en puños. Temblaban de ira reprimida.

Una fría sonrisa apareció en el rostro de Kilian.

—Isra no estaba en su habitación, ¿tengo razón? La estabas buscando, pero no la encontraste.

Isra.

La busqué entre la multitud, pero no la encontré.

—¿Qué le hiciste?

El miedo en la voz de Callum era insoportable. Respiré entrecortadamente, intentando calmarme. Todo dentro de mí seguía gritando que escapara. A degollar a Kilian y salir de aquí lo antes posible. Pero hacía tiempo que Callum me había arrebatado mi daga de plata y el poder del Príncipe de la Niebla me mantenía cautiva.

—¿Qué has hecho, Kilian? —repitió Callum.

—Oh, no te preocupes, amigo mío. Simplemente envié a Isra a mis aposentos y le dije que me esperara allí. Que juegue una partida de ajedrez con ella o que haga otras cosas con ella cuando regrese es cosa tuya.

Otras cosas.

Las palabras me revolvieron el estómago.

Callum parecía como si Kilian le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Se volvió hacia mí, con los ojos llenos de disculpas sin decir y que yo no necesitaba escuchar. Kilian le dio a elegir entre Isra y yo, y siempre elegiría a Isra.

Observé con la respiración contenida cómo Callum se quitaba los guantes. Sus manos temblaban ligeramente. Las astillas de oro otoñal de sus palmas brillaban a la luz de las antorchas.

—¡Hazlo, Callum! —le imploró Kilian.

Se había hecho tanto silencio en el vestíbulo que podría haber caído una pluma. Los caminantes de la niebla contenían la respiración mientras nos observaban con curiosidad.

De mala gana, Callum alargó una mano y me la puso en la mejilla. El tacto era casi tierno. Las astillas me arañaron la piel.

—¡Perdóname! —susurró.

Un susurro melódico se deslizó de sus labios, y sentí que su poder entraba en mí de forma oscura e implacable, recorriendo mis venas con furia. Esperé a que mis sentidos se desvanecieran y me desmayara, o a que mi mente se rindiera voluntariamente a los

poderes de Mistwalker de Callum. Apenas había sido capaz de mantener mis manos lejos de él la última vez.

Pero esto era diferente.

El poder de Callum parecía estar buscando algo dentro de mí. Podía sentir su furia en mi cuerpo. Me invadieron recuerdos dolorosos. Recuerdos de la niña que había sido cuando el Rey de la Niebla intentó desatar mis poderes. Las imágenes parpadeaban ante los ojos de mi mente: los oscuros pasillos del Palacio de la Niebla, figuras sombrías que se inclinaban sobre mí, palabras susurradas en un idioma extranjero y dolor… un dolor insoportable.

Era como si el poder de Callum intentara abrir esas viejas heridas, buscando algo. La oscuridad se deslizaba por los bordes de mi conciencia, pero en lo más profundo de mi ser algo más se agitaba. Una chispa. Una energía que había estado latente en mí desde mi nacimiento.

Sentí que los fragmentos de la mano de Callum se calentaban y que su poder rebotaba al chocar contra el núcleo de mi propia energía. Un grito agónico escapó de mi garganta mientras una oscuridad susurrante se extendió por mi interior. Pareció impregnarlo todo en mi interior con una frialdad dolorosa y me hundí en el suelo, temblando.

La mano de Callum resbaló de mi mejilla, el flujo de su energía se cortó. Apenas me di cuenta, estaba agotada. Mi entorno se desdibujó ante mis ojos: los rostros embelesados de los Caminantes de la Niebla, sus miradas fijas en mí. Las botas de cuero pulido de Callum cuando dio un paso atrás. El dobladillo de la capa gris plateada de Kilian.

—Aún no está lista —le oí decir al Príncipe de la Niebla—. Si sigo ahora, morirá.

—¡Hazlo! —ordenó Kilian con severidad.

—Pero…

—¡He dicho que lo hagas!

Morir. Voy a morir.

Aquel pensamiento despertó en mí los últimos restos de voluntad de vivir. Me levanté y me esforcé por ponerme en pie. Pero mi cuerpo se negó a obedecerme. Mis brazos cedieron y me golpeé la

cara contra el frío suelo de piedra. Un dolor agudo me recorrió el labio inferior y el sabor metálico de la sangre se extendió por mi boca.

No quiero morir.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Callum se puso en cuclillas frente a mí. Su mirada encontró la mía y la sostuvo. Sus labios formaron palabras tan suaves que las adiviné más de lo que las entendí.

—¡Confía en mí!

Sacudí la cabeza débilmente.

No puedo hacerlo.

Mi mente nublada se sumó a las palabras que habíamos pronunciado innumerables veces y que se habían convertido en un ritual entre nosotros: «Pero confío en que me habrías matado hace tiempo si hubieras querido».

Callum me puso una mano en la mejilla y me la acarició con ternura.

No quiero morir, volví a pensar.

Entonces todo se volvió negro.

30

SOBRE MI CADÁVER

—No hay latido —oí la voz extraña y sin emoción de un hombre. Penetró a través de la oscuridad hasta mí.

—Entonces ella es inútil para mí. —*Kilian*—. ¡Llévensela!

Me agarraron bruscamente por las manos y los pies y me levantaron. Quise rebelarme, luchar, pero mis miembros estaban inertes e inmóviles.

No hay latido.

No puede ser.

Sigo viva. Maldita sea, todavía estoy viva.

¿Qué planeaban hacerme? El pánico y el horror me invadieron, pero mi cuerpo permaneció completamente rígido.

—¡Qué desperdicio! —murmuró la extraña voz.

Un suave balanceo. Luego el mundo volvió a sumirse en la oscuridad.



Golpeé el suelo con fuerza. El aire se me escapó de los pulmones y sentí la tierra fría y mohosa debajo de mí mientras mi cuerpo rodaba por una pendiente y finalmente se detenía.

—Deberíamos enterrarla, como nos pidió el príncipe Kilian —oí una voz áspera y femenina no muy lejos.

Luego una segunda, masculina:

—¡No llames *príncipe* a ese parricida, no se lo merece! Kilian nunca lo sabrá. Y nos pagan un buen dinero por no enterrar su cuerpo. ¡Déjenlo ahí!

—Pero…

—¡Silencio! Salgamos de aquí.

Las hojas crujieron. Los pasos se alejaron.

Me quedé tumbada, helándome amargamente. El dulce olor a hojas podridas y tierra me llenaba la nariz. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Tenía que levantarme. Debía asegurarme de salir de aquí.

Pero estaba terriblemente cansada. Y tenía frío. Mucho frio.



—¡Aguanta, Eris! Todo saldrá bien. Te tengo.

Brazos fuertes que me sujetaban con fuerza. Me apretaron contra un pecho firme y cálido. El olor familiar a musgo, tierra y algo oscuro y dulce me envolvió.

Chocolate. El olor dulce, que no había sido capaz de reconocer, era chocolate.

«Siempre me trae chocolate negro porque es mi favorito», las palabras de Isra rondaban mis pensamientos.

Por eso Callum la escogió. Porque él haría cualquier cosa por ella.

No, no todo. No había obedecido la orden de Kilian, de lo contrario yo estaría muerta ahora. En lugar de eso, yacía en sus brazos, sintiendo mi corazón latir débilmente.

Estaba a salvo.



—¿Eris? ¡Eris! Gracias a Dios que por fin estás despierta.

Parpadeé aturdida, intentando averiguar dónde estaba y quién me hablaba. Alguien se inclinaba sobre mí y me frotaba la cara con

un paño suave y caliente. Unos cabellos de color berenjena caían sobre mi mejilla y me hacían cosquillas.

—¿Isra?

Se enderezó y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Callum se alegrará mucho cuando sepa que te has despertado. Empezábamos a pensar que no lo conseguirías.

—¿Callum?

Intenté incorporarme, pero mis músculos protestaron y un dolor agudo me atravesó la cabeza. Por un instante, mis ojos se volvieron negros.

—¡Quédate acostada! —ordenó Isra con la autoridad de una enfermera y me empujó suave pero firme hacia las almohadas.

Cojín.

Estaba tumbada en una cama. Mi cabeza cayó a un lado y observé mi entorno: paredes de madera, una mesa y sillas, una chimenea, una mecedora. Estaba en la cabaña donde Callum y yo solíamos reunirnos.

—¿Dónde está? —grazné con voz delgada.

Isra se apresuró a entrar en el cuarto de baño contiguo y regresó poco después con un vaso de agua que me acercó a los labios.

—Mi hermano está con Kilian en palacio —dijo mientras yo daba un sorbo cauteloso. El agua me quemaba en la garganta—. Quería estar contigo, pero estuviste inconsciente casi dos días. Kilian habría sospechado si Callum hubiera estado fuera tanto tiempo.

—No lo entiendo… ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy aquí?

…y no muerta, añadí en mi mente, pero las palabras no salían de mis labios.

Isra se sentó con las piernas cruzadas en la silla junto a mi cama.

—Callum te drenó tanta energía vital que Kilian pensó que habías muerto —explicó como si fuera lo más natural del mundo—. Era la única forma de sacarte del palacio.

Como un cadáver.

Tragué en seco.

Los dos hombres cuyas voces había oído supusieron que se habían deshecho de mi cuerpo en el bosque. Pero yo seguía viva, a duras penas.

—¿Y el anillo? —quise saber.

Isra hizo una mueca.

—Kilian lo tiene. Sigue planeando poner en marcha su plan. Sabes, realmente pensé que estaba enamorada de él. Pero después de todo lo que les hizo a Callum y a ti…

—Tengo que volver a la Academia —interrumpí a Isra con dureza.

Había asuntos más urgentes que su angustia. Mi madre tenía que averiguar que Kilian tenía el anillo y qué pensaba hacer con él. La Academia tenía que saberlo. Teníamos que detenerlo de alguna manera.

Isra negó con la cabeza.

—Estás demasiado débil para levantarte todavía. Callum me ha dicho que tengo que cuidar de ti. Si se entera de que has pensado en volver a la Academia, le dará un ataque de nervios. Ya conoces a mi hermano. Es tan sensible.

—Si tú lo dices…

Callum no parecía alguien que pudiera tener un ataque de nervios con tanta facilidad, pero yo no estaba en desacuerdo. Apenas podía mantenerme en pie. A menos que Isra quisiera llevarme en brazos hasta la Academia, de todas formas no tenía ninguna posibilidad.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunté en su lugar.

—Trece días. —La respuesta de Isra llegó como un disparo—. Entonces la próxima luna estará llena. Kilian quiere usar su poder para eliminar la frontera entre los mundos con el anillo.

—¿Y qué significa eso exactamente? Quiero decir, tengo una idea aproximada, pero…

—Significa que la niebla saldrá de nuestro mundo y entrará en el de los humanos —explicó Isra—. No habrá más estaciones, solo un otoño eterno. El poder de los Caminantes de la Niebla se multiplicará, y podremos ir y venir entre mundos a nuestro antojo. De momento estamos limitados a los bosques de Canadá, solo aquí podemos abrir portales de niebla. Si el plan de Kilian tiene éxito, podremos hacerlo en cualquier parte del mundo.

—¡Suena fantástico! —comenté con sarcasmo.

Isra se encogió de hombros.

—Sí, ¿verdad? Yo también lo pensé, pero Callum dijo que pondría en peligro el equilibrio entre los mundos.

Obviamente, no había entendido que mi respuesta iba en tono irónico.

—Trece días entonces —murmuré pensativa.

—Sí. —Isra volvió a coger el paño húmedo, que ya se había enfriado, y me lo pasó por la frente—. Tiempo suficiente para que descanses.



La siguiente vez que me desperté, fuera estaba oscuro. Isra se había ido y Callum estaba sentado junto a mi cama. Estaba absorto en un libro, con el ceño ligeramente fruncido. Su pelo negro le caía desordenado sobre la cara, como si se hubiera pasado las manos por él demasiadas veces. Lo miré un momento a la luz de la chimenea. Sus rasgos llamativos y sus pómulos afilados. Sus cejas hundidas. La mirada fija de sus ojos negros como el ópalo.

Había confiado en él y una parte de mí aún lo hacía, contra toda razón.

—¿Estás entretenida?

—¿Qué?

Me pilló desprevenida y me estremecí.

—Con mirarme fijamente.

—No estaba mirando —respondí con un resoplido indignado.

¿Qué se creía que estaba haciendo? Me había traicionado, me hizo poner un arma poderosa en manos del enemigo. Casi muero por su culpa. ¿Y aún así pensó que yo lo miraba enamorada?

La comisura de la boca de Callum se crispó divertida.

—Lo que digas.

—Yo no… Casi me matas.

La mirada de Callum se volvió seria. Cerró su libro con lentitud y me miró.

—Sí. No había otra manera.

No había otra manera.

Bueno, ¡gracias a ti también!

—Podrías haberme hablado de Kilian y sus planes mucho antes —le reproché—. Después de todo, está planeando el fin del mundo. ¿No crees que habría merecido la pena mencionarlo?.

Callum asintió.

—Es cierto, podría haberte contado los planes de Kilian. Pero entonces nunca le habrías traído el anillo, y yo no habría podido salvar a Isra.

—Es bueno saber que confías tanto en mí.

—¿Estoy equivocado?

Callum me miró insistentemente hasta que cedí a su mirada e incliné la cabeza.

—No —admití a regañadientes.

—Sí, bueno, eso era lo que esperaba.

Ambos teníamos personas a las que queríamos y protegeríamos, costase lo que costase.

—¿Sabías lo que tramaba Kilian desde el principio? ¿Incluso cuando nos conocimos? —pregunté, con la voz temblorosa por miedo a su respuesta.

La idea de que todo entre nosotros había sido una mentira me dolía tanto que apenas podía respirar.

Callum negó con la cabeza.

—No, realmente creía que Kilian quería el anillo para cerrar la frontera entre mundos. Era mi amigo y confiaba en él, sobre todo después de que matara a su padre. Hizo que pareciera que lo había hecho por mí, para que Isra y yo por fin fuéramos libres. Incluso dejé a mi hermana a su cuidado mientras me reunía contigo. Nunca pensé que me traicionaría así.

Callum apretó los labios y fijó la mirada en el fuego de la chimenea. El brillo de las llamas bailaba en sus ojos.

—¿Cuándo te enteraste? —pregunté.

—La noche que me encontraste borracho aquí. Necesitaba un lugar para pensar. Uno que estuviera fuera del alcance de Kilian. Y entonces apareciste. Estabas herida y de repente me di cuenta de que podía perderlo todo si seguía jugando con las reglas de Kilian.

«Creía que ya serías capaz de defenderte», me había dicho Callum aquella noche, y había sonado muy enfadado.

Solo que no había sido ira, sino miedo, miedo por mí.

—Decidí mantenerme alejado de ti en el futuro —continuó Callum —, pero Kilian utilizó a Isra como palanca. Tu vida por la de mi hermana.

—Pero no querías escoger.

—No podría.

—Y ahora Kilian tiene el anillo —concluí.

Callum se levantó, fue a la chimenea y añadió un leño. Observé cómo se limpiaba los dedos enguantados en las perneras del pantalón y luego volvía a levantarse.

—Tenemos que hacer algo —insistí.

—¡Duerme ahora!

—Callum…

—Estás demasiado débil para hacer planes, y tengo que volver al Palacio Brumoso para que Kilian no sospeche. Isra está en el bosque, pero volverá a ver cómo estás más tarde.

Tenía razón, y yo lo sabía. Pero eso no me impidió mirarle mal. Esto aún no era el final. No me rendiría y dejaría que Kilian tuviera el anillo. No podía dejar que eliminara la frontera entre los mundos, aunque eso significara que el resto de la Academia y yo tuviéramos que luchar contra él.

—Eres la última persona que debería decirme lo que tengo que hacer —susurré y volví a hundirme en las almohadas.

Callum volvió a sentarse en la silla a mi lado, con los ojos fijos en mí.

—Aún no ha terminado —murmuré, justo antes de dormirme.

La futura batalla se interponía entre nosotros y, mientras me sumía en un profundo sueño, sentí la mano de Callum posarse suavemente sobre la mía.

MOMENTOS ROBADOS

—Yo no soy el héroe de esta historia, Eris. No puedes esperar que me lo juegue todo para salvar tu mundo. Ella no me importa. Todo lo que me importa es Isra y tú.

Callum deambulaba inquieto arriba y abajo por la pequeña cabaña mientras se pasaba la mano por el pelo negro, desordenándolo aún más. Parecía agotado. Necesitaba todas sus fuerzas para jugar a este doble juego.

Desde que desperté de mi inconsciencia, apenas se separó de mí durante el día. Probablemente temía que encontrara la forma de volver a la Academia si lo hacía. Pero pasaba las noches en el Palacio Brumoso, al lado de Kilian y haciendo todo lo posible por mantener a salvo a su antiguo mejor amigo.

Habían pasado seis días. Yo seguía débil. Mientras tanto, conseguí caminar hasta la puerta. Llegué al baño por mi cuenta. Pero un paseo por el bosque de vuelta a la Academia de Otoño estaba fuera de cuestión.

—No te creo —dije con calma mientras me sentaba en la cama—. Sabes muy bien lo que está en juego.

—Sí, lo sé. Y no me importa. —Callum se detuvo bruscamente. Sus ojos negros ópalo brillaban salvajes hacia mí a la luz del crepúsculo que se acercaba—. ¿Has olvidado quién soy, Eris? Soy un caminante de la niebla. Soy tu peor enemigo. Yo…

—Tú me quieres —le dije, y yo misma me sorprendí de que no hubiera vacilación ni incertidumbre en mi voz—. Y sí, puede que tú no seas el héroe de esta historia. Pero, ¿y si yo soy la heroína? ¿Y si te digo que te necesito?

Callum parpadeó. La expresión salvaje desapareció de sus ojos y dio paso a algo más. Un deseo que probablemente había reprimido durante los últimos días por mi preocupación, pero que ahora se abalanzaba sobre él como una ola que lo consumía todo.

—Eris… —dijo, con su oscura voz temblorosa.

—Te necesito —respiré—. ¡Por favor, Callum!

Estuvo a mi lado en dos largas zancadas. Su mano se deslizó por mi cuello. Me atrajo hacia él y el calor de su cuerpo me caló hondo.

—Serás mi perdición —gruñó antes de acercar sus labios a los míos, lenta y deliberadamente.

Casi desesperado.

Era como si supiera que nunca podríamos tener esto. Que eran momentos robados por los que algún día tendríamos que pagar.

Le devolví el beso con la misma ferviente desesperación. Mis dedos recorrieron el contorno de su mandíbula, los tendones de su cuello, hasta llegar a sus hombros. Intenté memorizarlo todo al detalle: cómo se sentía su cuerpo contra el mío, cómo se movía al apretarme con suavidad contra las almohadas y subirse encima de mí.

Callum se separó de mí el tiempo suficiente para ayudarme a quitarme la camisa. Me besó la clavícula mientras sus dedos recorrían los bordes de mi sujetador y finalmente lo desabrochó. Jadeé cuando me acarició el pezón con ternura. El cuero de sus guantes se sentía frío contra mi piel.

—¡Por favor! Quiero sentirte por completo —susurré.

La mirada de Callum siguió la mía hasta los guantes de cuero. Tragó saliva.

—¿Estás segura?

—Confío en ti.

La comisura de sus labios se crispó.

—Confía en que te habría matado hace tiempo si hubiera querido —repitió las palabras que tantas veces habíamos pronunciado y que

acentuaban la frágil paz que reinaba entre nosotros.

—No. Confío en ti, con todo lo que tengo y todo lo que soy.

Su mirada parecía incendiarse. Un fuego que ardía más que cualquier otra cosa. Infinitamente despacio, se quitó los guantes y los dejó caer sobre la cama a su lado. Vaciló.

—¿Qué pasa? —pregunté en voz baja.

—Es que… pensé que mis manos nunca volverían a servir para otra cosa que no fuera matar. —Sacudió la cabeza para librarse de ese pensamiento.

Se me encogió el corazón al pensar en el chico que había sufrido todo aquello solo para proteger a su hermana. Que había soportado los experimentos del Rey de la Niebla y le había ocultado las cicatrices. Que recordaba lo que le hicieron cada vez que se quitaba los guantes.

Entrelacé mis manos con las suyas, repartiendo besos desesperados en sus nudillos. Deseaba tanto que se olvidara de todo, solo por ese momento. Que sus manos pudieran ser algo más que un arma para él.

—¡Tócame! —pedí en un susurro.

Las manos de Callum descansaban sobre mis pechos desnudos, acariciándolos con infinita ternura. Sentí cada cicatriz, cada astilla arañando suavemente mi piel sensible. Eché la cabeza hacia atrás y dejé escapar un profundo suspiro cuando todos mis sentidos se precipitaron hacia aquella caricia.

Callum no me quitó los ojos de encima ni un momento, estudiando cada una de mis reacciones como si quisiera recordarlas para siempre. Su tacto parecía inseguro, como si temiera hacerme daño. Agarré su camisa de lino con movimientos inquietos y tiré de ella hasta que se la quitó. Mis dedos recorrieron su pecho, sus músculos duros y bien tonificados.

—¡Por favor! No pares —supliqué sin aliento.

Callum dejó escapar un sonido áspero. Como si necesitara oírlo de mí, nos despojó del resto de nuestras ropas hasta que quedó desnudo encima de mí, con el peso y el calor de su cuerpo sobre el mío. Podía sentir su dureza palpitando en mi entrada y mis entrañas se tensaron casi dolorosamente.

—¿Estás segura que quieres esto? —preguntó. Su voz era gutural y apenas reconocible.

Asentí con la cabeza.

Sí, lo deseaba. Lo deseaba tanto que me dolía.

Mientras me penetraba de esa manera lenta, sus ojos negros como el ópalo se posaron en mi cara. Sintió que me tensaba e hizo una pausa antes de continuar con movimientos lentos e infinitamente suaves.

—¿Se siente bien? —quiso saber.

Solté un grito ahogado y asentí mientras mis manos se aferraban a sus hombros. Él apoyó la frente en la mía. Nuestras respiraciones se entremezclaron, encontrando un ritmo.

Era como si el mundo que nos rodeaba hubiera dejado de existir. Solo estábamos Callum y yo, y su cuerpo sobre mí y dentro de mí. Parecía saber exactamente cómo y dónde tocarme. Cómo tenía que besarme para que apretara aún más las piernas alrededor de su cuerpo. Cómo tenía que moverse tan despacio que la tensión en mi interior se hizo casi insoportable y me arqueé hacia él, gimiendo en busca de liberación.

La habitación que nos rodeaba estaba bañada por una luz tenue, pero no necesitaba luz para saber qué aspecto tenía Callum. Había visto cada contorno, cada cicatriz, cada movimiento de su cara tantas veces que me resultaban tan familiares como mi propio reflejo. Y, sin embargo, había momentos como este en los que sentía que de verdad lo estaba viendo por primera vez. Con toda su vulnerabilidad y su fuerza.

Parecía adivinar mis pensamientos. Su mirada se volvió incierta, interrogante.

—¿Estás bien? —me preguntó en un susurro mientras salía de mí.

—Sí —jadeé—. Nunca he estado tan bien.

Nuestros labios se encontraron en un beso hambriento mientras él me penetraba aún más. Fue un intento de acallar los sentimientos y miedos no expresados de ambos. Un intento desesperado de aferrarnos al momento y recordarnos que nos pertenecíamos el uno al otro a pesar de todos los peligros y secretos.

Encontré mi redención en sus brazos.

En este pequeño y precioso momento.

Con el hombre que se suponía que era mi enemigo.

Callum me siguió poco después. Un sonido estrangulado salió de su garganta mientras se desplomaba sobre mí, exhausto. Nuestros corazones latían al unísono. Sentí su peso y su calor y me sentí más segura que nunca. Y cuando se apartó de mí y nos tapó con las sábanas, supe que haría cualquier cosa por vivir para siempre ese momento robado.

GRIS

—Tengo un plan, pero tienes que confiar en mí. Y tienes que conseguir que las otras cazadoras se pongan de nuestro lado.

Me estiré somnolienta y me puse de lado para ver a Callum. Estaba sentado en el borde de la cama, de espaldas a mí. El sol de la mañana que entraba por la ventana de la cabaña proyectaba un suave resplandor sobre su espalda desnuda y musculosa.

Quería acercarme a él y volver a meterlo en la cama conmigo, solo para vivir otro momento robado con él. Pero, aunque me parecía que el tiempo y el espacio habían dejado de existir cuando los labios de Callum tocaron los míos, no era así. El reloj avanzaba sin piedad. Y no nos quedaba mucho tiempo para detener a Kilian.

—¿Qué sugieres? —pregunté en su lugar, sentándome y envolviendo mi cuerpo con el edredón.

Callum se giró para mirarme. Su mirada se deslizó por mi cabello castaño despeinado hasta mis hombros desnudos, y una pequeña sonrisa pícara se dibujó en sus labios. Se notaba que estaba pensando en algo completamente distinto a su plan para detener a Kilian cuando me vio. El calor se disparó por mi cuerpo cuando mi mente vagó hasta la noche anterior, hasta las manos de Callum sobre mi cuerpo, hasta la sensación de él moviéndose dentro de mí.

Carraspeé mientras me acariciaba las mejillas sonrojadas, un poco avergonzada.

—¿Y?

—Y… —Callum se apartó de mí, presumiblemente para volver a centrarse en su plan—. Para eliminar la frontera entre los mundos, Kilian tiene que realizar un ritual. Al hacerlo, reúne todos sus poderes en el anillo. Ahí es cuando tenemos que atacar. Es cuando es más vulnerable.

—¿Nosotros? —pregunté, apenas capaz de ocultar la esperanza en mi voz—. ¿Eso significa que vas a luchar a mi lado?

Callum asintió.

—Yo y otros cuantos Caminantes de la Niebla que no tienen muy buena opinión del gobierno de Kilian. —No le respondí nada, pero mi mirada dubitativa pareció bastar para decirle a Callum lo que estaba pensando.

—No todos somos tus enemigos, Eris —dijo con un bufido frustrado—. Algunos solo queremos vivir en paz.

—Se alimentan de la energía vital de los demás. Yo diría que eso los convierte en nuestros enemigos por definición —murmuré mientras acercaba mis piernas a mi cuerpo y las abrazaba.

Anoche había bloqueado todo eso —quién era Callum, quién era yo—, pero hoy, a la luz del amanecer, ya no podía hacerlo.

—La gente come animales —señaló Callum—. Eso no significa que quieran exterminarlos. Pero eso es exactamente lo que le pasará a los humanos si Kilian elimina la frontera entre los mundos. No son rivales para nosotros ni para nuestros poderes.

Quería protestar, pero sabía que Callum tenía razón. En mi mundo, los humanos vivían en la cima de la cadena alimenticia. En el Mundo Brumoso, sin embargo, un simple susurro podía destruirlos.

—Además, no tenemos que matar a la gente para sobrevivir —añadió Callum en voz baja—. Basta con quitarles parte de su energía vital. Algunos de nosotros damos mucha importancia a no convertirnos en asesinos.

Algunos.

¿Me pregunto si Callum e Isra formaban parte de ello?

—¿Has matado alguna vez a un humano? —pregunté, con la voz temblorosa porque no estaba segura de querer oír la respuesta—.

Quiero decir, aparte de los dos mochileros que conocimos en el Mundo Brumoso.

En realidad no contaban, intenté convencerme. Callum no tuvo elección. Pero sabía que me estaba mintiendo.

Contuve la respiración mientras esperaba a que Callum respondiera. Parecían pasar segundos interminables.

—Más de una vez —admitió al fin, mirando sombríamente las sábanas blancas que se arrugaban en la cama—. El Rey de las Brumas me lo pidió, y lo hice. No estoy orgulloso de ello.

Tenía los hombros caídos, como si le pesara un peso inmenso. Vacilante, tendí la mano a Callum, tiré de él hacia mí y entrelacé sus dedos con los míos. Acaricié las innumerables cicatrices y fragmentos de oro otoñal de su palma.

En ese momento, me di cuenta de una cosa: para mí, siempre había existido solo el bien y el mal, el blanco y el negro. Pero si quería aferrarme a Callum, si no quería perderlo, tenía que aceptar el gris en mi vida, en todas sus facetas.



Volví a la Academia de Otoño tres días antes de que Kilian realizara el ritual. Tenía miedo de lo que encontraría. Cuando me fui, parte de la Academia estaba en ruinas, Maureen había muerto y muchos de mis compañeras estaban gravemente heridas. Sentía que les había defraudado, sobre todo porque le había robado a mi madre un artefacto importante que ahora estaba en manos del enemigo.

Las había defraudado a todas y ahora les pediría que lucharan conmigo. No era justo. Pero no tenía otra opción si quería salvar nuestro mundo.

La hermana de Callum caminaba a mi lado. Sus pasos eran tan silenciosos que ni siquiera oía el susurro de las hojas bajo sus pies, pero cuanto más nos acercábamos a la Academia, más lenta se volvía. Finalmente, Isra se detuvo por completo.

Me di la vuelta para mirarla. Su pelo color berenjena ondeaba suave con el viento otoñal. Su expresión era ansiosa. Parecía mucho

más joven de lo que era en realidad.

—¿Vienes? —pregunté animado.

Ella dudó.

—Sé que Callum cree que es buena idea que te acompañe a la Academia. Como prueba de que puedes confiar en nosotros y de que no todos los Caminantes de la Niebla son malvados. Pero…

—Pero no confías *en nosotros* —completé su frase.

No podía culparla. Cazadoras y Caminantes de la Niebla siempre habían sido enemigos. Los padres de Isra fueron víctimas de esta guerra eterna. ¿Cómo podría sentirse segura en nuestra presencia?

—Bueno, confío en *ti* —confesó mientras empujaba las hojas de un lado a otro con sus deportivas negras, que llevaba con medias a rayas y un vestido morado—. Y confío en que quieres a mi hermano y nunca le harías daño. Pero en cuanto a las otras cazadoras…

—Te protegeré. Pase lo que pase —le aseguré.

Fue un enorme acto de fe por parte de Callum entregar a su hermana a mi cuidado. No me la jugaría.

Isra asintió, pero no parecía convencida. Continuamos juntas nuestro camino.

A medida que nos acercábamos a la entrada de la academia, al suave murmullo y susurro del bosque se superponían otros sonidos: gritos, sonidos de batalla y tintineo de dagas. El campo de entrenamiento estaba en pleno apogeo.

Me volví hacia la zona polvorienta con los sacos de yute y los maniquíes de paja utilizados para las peleas de práctica esperando ver a Maureen. Su figura tonificada y delgada con tatuajes, su pelo corto y gris, su mirada atenta mientras vigilaba las peleas entre las chicas. Una visión familiar, pero que nunca se materializaría.

Donde Maureen solía hacer sus rondas, ahora estaba Anara, una de las cazadoras más veteranas. Su larga melena oscura, que había recogido en una apretada trenza, se balanceaba de un lado a otro mientras gritaba instrucciones por la plaza.

—Eris —gritó cuando me vio llegar—. ¿Dónde diablos has estado? Te espero en cinco minutos con el equipo de combate puesto…

Se interrumpió cuando sus ojos se posaron en Isra. Sentí que la hermana de Callum se tensaba a mi lado, bajaba la cabeza y se hacía cada vez más pequeña, como si esperara que se abriera un agujero en el suelo y se la tragara.

Anara entrecerró los ojos y se llevó la mano a la daga de plata que llevaba al cinto. Quiso decir algo, pero me le adelanté, colocándome de modo que la cazadora tuviera que pasar primero por delante de mí si quería atacar a Isra.

—¡Luego! —respondí con firmeza, intentando que no se notara mi nerviosismo—. Primero tengo que hablar con mi madre.

El ruido de las peleas se detuvo. Mis compañeras nos miraron atónitas. Oí susurrar a algunas de ellas.

No se les podía culpar. Todo en Isra —desde su cabello color berenjena hasta el extraño vestido morado y la capa negra que llevaba encima— gritaba Mistwalker. Hacía solo quince días que la Academia había sido atacada. Las cazadoras habían resultado heridas, algunas incluso murieron. Partes de nuestro hogar seguían en ruinas. Y yo traía al enemigo en medio de ellas.

—¿Eris?

Keyla salió de entre mis compañeros y me miró interrogante. Cojeaba ligeramente y aún parecía bastante maltrecha. Tenía la cara demacrada y profundas ojeras.

Ahora no.

Negué a penas con la cabeza mientras cogía a Isra de la mano y tiraba de ella detrás de mí hacia la entrada de la Academia. Más tarde tendría tiempo de explicárselo todo a Keyla y a las demás. Pero por ahora, tenía que hablar con mi madre, contarle lo sucedido y esperar que por una vez en su vida estuviera dispuesta a escucharme.



—¿Estás realmente loca, Eris? ¿La Academia no vale nada para ti? ¿Y Maureen? Estás deshonrando su memoria al traer aquí a esa

Mistwalker. ¿Crees que Maureen luchó hasta el amargo final para que pudiéramos hacer un pacto endeble con esas criaturas?

Isra había dado un paso más atrás con cada palabra. ¡No me extrañaba! Mi madre actuaba como una furia.

En lugar de escucharme, me acusó desde el momento en que entré en su despacho. E incluso ahora, después de haberle dejado claro lo que estaba en juego, no comprendía mis decisiones.

—Madre, no lo entiendes: Kilian está planeando algo grande y necesitamos toda la ayuda posible —le imploré—. No todos los caminantes de la niebla son nuestros enemigos.

—¡Oh, sí, lo son! —siseó, con el dedo índice apuntando acusadoramente en mi dirección—. Has traicionado a la Academia, Eris. Maureen estaría tan decepcionada de ti.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

—Maureen se sentiría decepcionada de las dos si supiera que discutimos en momentos como este en lugar de permanecer unidas —respondí con tristeza y cansancio.

Ya no quería discutir con mi madre. No quería tener que demostrarle por qué yo tenía razón y ella no. Lo único que quería era que confiara en mí.

Por esta vez.

—No estabas aquí, Eris. —La voz de mi madre temblaba de emoción, algo poco habitual en ella. Normalmente no dejaba traslucir sus emociones—. No estabas aquí cuando lloramos a las muertas. Cuando limpiamos los escombros y salvamos lo que pudimos. En vez de eso, te largaste para poner un poderoso artefacto en manos de nuestro enemigo.

Eso no fue justo. Mi madre lo hizo sonar como si le hubiera dado deliberadamente a Kilian la clave de nuestra caída.

—Quería salvar la Academia —me defendí—. No habríamos sobrevivido a un segundo ataque.

—Habríamos sobrevivido a otras cosas. Solo estabas siendo débil y buscando la solución fácil —me acusó —. ¡Y mira adónde te ha llevado! ¿Quieres volver a cometer el mismo error? ¿Confiar en un caminante de la niebla y perder aún más gente?

Sacudí la cabeza.

—¡Esta vez es diferente, créeme! Tenemos que detener a Kilian. Isra tiene tanto que perder como nosotros. Su pueblo está siendo manipulado por Kilian. Debemos unirnos y luchar contra el verdadero enemigo.

—*Ella* es el verdadero enemigo —gritó mi madre, señalando a Isra—. ¡Abre los ojos, Eris! No puedes confiar ni en ella ni en ese tal Callum. ¿Qué ha hecho para ponerte de su lado? ¿Jurarte lealtad y amor eternos?

—Puedo confiar en él —dije con calma, y nunca había estado tan segura de nada en toda mi vida.

Los labios de mi madre se entrecerraron.

—Eres ingenua si crees eso —me acusó con una mirada mordaz.

—Tal vez… sí. —Asentí con la cabeza—. Quizá tengas razón. Si tener esperanza significa ser ingenua, entonces lo soy. Pero prefiero ser ingenua a quedarme de brazos cruzados y ver la desaparición de la Academia de Otoño y de toda la humanidad.

Agarré a Isra del brazo y la saqué de la habitación conmigo. Con una mezcla de rabia y desesperación en el estómago, atravesé furiosa los pasillos de la Academia en dirección a la salida.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Isra, que apenas podía seguirme el ritmo, sin aliento.

—¡Eso fue un error! Mi madre no nos ayudará. Tenemos que ir con Callum. Tal vez podamos encontrar un camino juntos y…

Me detuve bruscamente al doblar una esquina y casi chocamos con Keyla, Trish y las otras cazadoras. Parecía que ya nos estaban esperando. Trish tenía los brazos cruzados delante del pecho. Keyla me miró como diciendo: «Creo que tienes que dar algunas explicaciones».

—Em… —Me aclaré la garganta mientras trataba infructuosamente de recuperar el aliento—. ¿Nos dejan pasar?

Trish negó con la cabeza.

—No, eso no va a pasar.

—¿Qué está pasando aquí, Eris? —quiso saber Keyla—. ¿Has estado fuera durante días y vuelves con una caminante de la niebla?

No parecía enfadada, más bien confusa. Pero sin duda se enfadaría cuando supiera lo que había pasado.

—¡Por favor! —Dejé que mis ojos recorrieran a mis compañeras, evaluando mis posibilidades de sacarnos a Isra y a mí de aquí de una pieza. Si eso significaba que tenía que luchar contra las otras cazadoras, no tenían muy buena pinta. Yo seguía estando débil y ellas me superaban en número. Levanté las manos en señal de aplacamiento—. Lo único que queremos es salir de la Academia.

—¿Por qué? —Keyla frunció el ceño.

—Te lo explicaría, pero no lo entenderías —dije con un suave suspiro.

Mi madre no lo entendía. ¿Por qué lo haría ella?

—Tal vez —respondió Trish, encogiéndose de hombros y bajando los brazos—. Después de todo, llevas un caminante de la niebla a cuestas. No puedo decir que eso te dé ningún plus de confianza en particular. Pero si no nos das una oportunidad, nunca lo sabrás.

LOS ACANTILADOS NEGROS

—De acuerdo.

—¿Qué? —Miré a Keyla y a Trish, sin comprender.

Cuando terminé mi informe, los dos permanecieron en silencio durante largo rato. Después, ellas y las demás cazadoras intercambiaron miradas silenciosas. Isra y yo observamos la conversación sin palabras, que al parecer había llegado a su fin, con la respiración contenida.

—¿Nos dejan ir? —pregunté esperanzada.

No esperaba que escapáramos sin luchar. Y para ser honesta, nuestras posibilidades de escapar eran bastante escasas.

Trish negó con la cabeza.

—No, tonta. Somos cazadoras, ¿recuerdas? Nos mantenemos unidas. Nunca dejaríamos que una de las nuestras corriera hacia su perdición.

Mis hombros se desplomaron. No nos dejaban ir a Isra y a mí. Les había contado todo para nada. Y con *todo* me refería a *todo.* No me había dejado ni un solo detalle. Bueno, quizá me había contenido un poco al describir a Callum y mi noche juntos, pero por lo demás había sido abierta y sincera, aunque hubiera sido difícil.

Tal vez demasiado sincera…

Keyla se puso al lado de Trish.

—Tiene razón. No vamos a dejar que huyas a tu perdición, al menos no sola.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿no es obvio? Iremos contigo, por supuesto —dijo Keyla con una sonrisa.

—Todas nosotras —añadió Sonja—. Después de todo, tenemos un interés común en patearle el culo a este príncipe mentiroso de la niebla y salvar al mundo de la destrucción.

Tragué saliva de la emoción. Era más de lo que me había atrevido a esperar. Mucho más.

Isra me cogió la mano y la apretó ligeramente. Me di cuenta de que se sentía tan aliviada como yo. Habíamos venido aquí en busca de apoyo y lo habíamos encontrado de una forma inesperada. Y aunque seguía doliéndome que mi madre no estuviera dispuesta a confiar en mí, agradecía infinitamente el apoyo que recibía de mis compañeras.

—De acuerdo, entonces. —Asentí—. Tenemos solo tres días hasta que Kilian quiera realizar el ritual. No es mucho tiempo.

Trish miró por encima del hombro a las otras cazadoras que habían formado un semicírculo a nuestro alrededor.

—¿Qué les parece, chicas? —preguntó—, ¿es hora de afilar las armas?

La respuesta fue un murmullo de acuerdo.



Me equivocaba con mis compañeros. A diferencia de mi madre, ellas parecían ser capaces de pensar en términos de algo más que el bien y el mal. Incluso me llevaban ventaja. Había tenido que enamorarme de Callum para darme cuenta de que no todos los caminantes de la niebla eran monstruos. Mi seguridad y una niña con el pelo teñido de berenjena eran suficientes para ellas.

Entrenamos sin parar durante los días siguientes. Isra fue de gran ayuda. Nos mostró cómo sus compañeros utilizaban la niebla para engañar a sus oponentes, dónde estaban los puntos débiles de los caminantes de la niebla y dónde veía ella los nuestros. Para ser una niña de ocho años, sabía exactamente lo que hacía. Callum

nunca la había dejado luchar contra un oponente real, pero le había enseñado todos los trucos. Se notaba que la preparó a una edad tan temprana para sobrevivir sin él, y darme cuenta de eso hizo que mi corazón se entristeciera.

Las otras cazadoras aceptaron a Isra entre ellas con sorprendente rapidez. No podía moverse con libertar por la Academia porque mi madre y las profesoras no podían saber que estaba aquí, pero mis compañeras se aseguraron de que siempre se sintiera bienvenida. Trish incluso se ofreció a darle un poco de su energía vital, pero Isra se negó con vehemencia. Se sentía incómoda, no cabía duda. A altas horas de la noche, se escabulló y se fue de caza.

Sabía que vagaba por los bosques y las pequeñas ciudades de los alrededores en busca de víctimas. Era una idea extraña. Isra me había asegurado que nunca tomaba de un humano más energía vital de la que necesitaba para sobrevivir, pero aun así me resultaba difícil darle la espalda. Era mi destino como cazadora detenerla. En lugar de eso, me quedé despierta en mi cama, mirando agujeros en el techo y pensando en Callum. ¿Se encontraba bien? ¿Pudo convencer a Kilian de su lealtad? ¿Pensaba a veces en mí o estaba totalmente concentrado en la tarea que teníamos por delante?

El día del ritual, pocas horas antes de nuestra partida, encontré a Isra sentada en el alféizar de la ventana de mi habitación, contemplando el bosque otoñal. Su rostro estaba bañado por los rayos dorados del sol que brillaban a través del cristal de la ventana. Parecía cansada. La luz del día restaba energía a su cuerpo no humano, pero sus ojos brillaban al contemplar las coloridas hojas que bailaban suavemente al viento. Doradas, rojas y marrones, todos los árboles y todas las hojas parecían arder, un último y apasionado grito antes del invierno.

—¿Qué haces? —quise saber mientras me sentaba con las piernas cruzadas en la cama.

—Tu mundo es tan hermoso —respondió Isra en voz baja—. Tan brillante y colorido. No puedo creer que Kilian quiera destruirlo. —Se volvió hacia mí, con una sonrisa triste en los labios—. Callum nunca me dejaba entrar en tu mundo más de lo estrictamente necesario,

¿sabes? Pensaba que era demasiado peligroso, temía que me matara una cazavampiros. Toda mi vida creí que eran el enemigo. Pero ahora no sé de qué debo tener miedo, excepto de Kilian, de quien estaba tan enamorada.

—Todos tenemos que aprender que no son nuestros orígenes los que nos dividen en buenos y malos, sino solo nuestras acciones —dije pensativa.

—Eso suena… sabio. —Una carcajada escapó de sus labios y me uní a ella—. ¿Crees que Callum me dejará venir más a menudo cuando hayamos detenido a Kilian? —preguntó esperanzada.

—Tal vez.

Isra no era consciente de ello, pero su pregunta incluía tantos imponderables que me resultaba insoportablemente difícil respirar. ¿Conseguiríamos detener a Kilian? ¿Y cuánto nos costaría? ¿Y si Callum no sobrevivía? Estaría junto a Kilian durante el ritual y, por tanto, era el más cercano a él. ¿Y si Kilian se percataba de la traición y lo asesinaba antes de que pudiéramos intervenir? ¿Y si vio venir nuestro ataque?

—Ya es hora —dije, poniéndome de pie y tratando de ocultar mis manos temblorosas detrás de mi espalda—. Deberíamos ponernos en marcha.



NUESTRA DESAPARICIÓN no permanecería oculta mucho tiempo en la Academia de Otoño. Habíamos esperado hasta después de la cena para que nuestra ausencia no fuera notada de inmediato por las cazadoras mayores, pero eso solo nos daría una pequeña ventaja.

Isra estaba lista para llevarnos a los Acantilados Negros, como llamaban los Caminantes de la Niebla al lugar oculto donde su magia era más fuerte en el mundo humano. Allí era donde Kilian quería realizar el ritual en luna llena que uniría nuestros mundos para siempre.

—¡Que espeluznante! —comentó Trish.

Éramos unas cuarenta cazadoras marchando juntas por el oscuro bosque. Los árboles se alzaban hacia el cielo como sombras fantasmales, sus copas eran tan densas que la luna apenas podía atravesar las ramas. Un silencio espeluznante cubría el bosque, solo interrumpido por el susurro de las ramas y nuestros pasos. De vez en cuando oíamos un aullido lejano: lobos persiguiendo a su presa o marcando su territorio.

—Espeluznante es quedarse corto —murmuró Sonja mientras se llevaba la mano al cinturón, donde llevaba la daga.

Ninguna de nosotras lo dijo, pero todas temíamos que nos tendieran una emboscada. No porque no confiáramos en Callum o Isra —al menos yo lo hacía completamente—, sino porque Kilian era un adversario serio. Había perfeccionado el juego del engaño.

«Kilian cree que estás muerto», traté de tranquilizarme. «Nunca verá venir un ataque. No puede. Es imposible».

Pero la duda persistía a medida que nos adentrábamos más y más en el bosque. ¿Y si la ausencia de Isra hizo sospechar a Kilian? Callum le había dicho que había alojado a su hermana con Caminantes de la Niebla amistosos para mantenerla fuera de la línea de fuego durante el ritual. ¿Y si mi hermanastro se dio cuenta de la mentira?

—¿Cuánto falta? —le pregunté a Isra, que corría delante a paso ligero para que no nos costara seguirla.

—No muy lejos —prometió.

Keyla, que caminaba a mi lado, tropezó con una raíz y rápidamente la agarré del brazo para sostenerla. Todavía se tambaleaba un poco, como consecuencia de la herida que había sufrido en el ataque a la Academia. Le ofrecí la posibilidad de quedarse en casa, pero ella rechazó indignada mi sugerencia.

—Soy una luchadora, así que lucharé —dijo—. Y ahora no quiero saber nada más de eso.

—Gracias —susurró mientras se levantaba. En la oscuridad, pude ver sus ojos marrones mirando ansiosos hacia el bosque—. Algo no está bien aquí.

Nos detuvimos, intentando comprender el origen de su malestar. El bosque parecía respirar: cada árbol, cada arbusto, cada hoja,

como si supieran más que nosotras.

Isra, que se había adelantado un poco, volvió con nosotros.

—Nos acercamos a los Acantilados Negros —dijo—. La magia aquí es más fuerte. Pueden sentirla, ¿verdad?

—Sí —respondió Trish en voz baja—. Se siente como… no sé… un muro que intenta impedir que vayamos más lejos.

—Es un hechizo de protección —confirmó Isra—. Se supone que impide que los viajeros que pasen por allí visiten el lugar. Pero yo puedo guiarnos.

Cerró los ojos y susurró palabras en una lengua extranjera que no entendí. La resistencia invisible que nos había impedido avanzar cedió e Isra nos hizo señas para que la siguiéramos.

Cuanto más caminábamos, más frío parecía haber en el aire. Una brisa helada sopló entre los árboles. Pero no era solo el frío físico lo que sentía: era una oscuridad, una profundidad que nunca antes había experimentado. Llegamos a un cauce seco y lo seguimos hasta que los árboles se hicieron más delgados, pero la oscuridad opresiva parecía seguirnos también aquí.

—Allí —susurró Sonja, señalando una formación rocosa que sobresalía frente a nosotras.

—Son ellos, ¿verdad? Los acantilados negros.

Isra asintió con asombro.

—Sí, lo son.

Fascinadas, nos quedamos mirando las monumentales rocas bañadas por la luz de la luna, que sobresalían de la tierra como los dientes de un monstruo gigantesco. Parecían antinaturales en medio de aquel bosque, como si no fueran de este mundo.

—Aquí es donde las energías de tu mundo y el nuestro se encuentran —explicó Isra en un susurro—. Aquí es donde la barrera entre los mundos es más débil.

Una sensación opresiva se apoderó de mí al pensar en el plan de Kilian. Si no conseguíamos detenerle, el mundo de los Caminantes de la Niebla nos engulliría irremediablemente. Todo lo que conocíamos se perdería para siempre.

—¡Tenemos que darnos prisa! —advirtió Trish—. La luna llena está a punto de llegar a su cenit y realmente me mordería el culo si

llegamos tarde a la pequeña fiesta del juicio final de Kilian.

—Siempre se espera un poco más a los invitados de honor —bromeó Keyla, pero la tensión se le notaba en la cara.

Seguimos un estrecho sendero cubierto de niebla que serpenteaba entre los escarpados acantilados. Isra nos guio de nuevo. Saltó ágilmente por encima de todas las piedras y raíces hasta que se detuvo con brusquedad y se tapó la boca con un dedo.

—Ahí está —susurró.

Frente a nosotras se extendía una gran plaza rodeada de enormes acantilados negros. En el centro de la plaza había un altar de piedra. A su alrededor ardían antorchas que emitían una luz titilante y espeluznante que hacía brillar la niebla. Era como si en aquel lugar se hubiera abierto una puerta entre los mundos, donde la realidad y lo mágico se fundían.

Los caminantes de la niebla se reunieron alrededor del altar. Sus siluetas parecían sombras danzantes. En el centro de la plaza estaba Kilian, majestuoso y aterrador, con una capucha sobre la cabeza que le ocultaba el rostro. Le reconocí por su estatura y por el anillo que llevaba en el dedo, que brillaba con los colores de las cuatro piedras antiguas.

Callum se había acercado al Príncipe de la Niebla. No podía distinguir su expresión en la oscuridad, pero su postura rígida delataba su tensión interior.

—¿Qué hacemos ahora? —quiso saber Keyla mientras se agachaba más al abrigo de los arbustos que nos ocultaban.

Podía sentir los ojos de las otras chicas clavados en mí. Me habían seguido a la batalla y ahora querían que las guiara. Esta vez no podía defraudarlas. Había demasiado en juego.

—Esperaremos hasta que Kilian comience el ritual. Entonces estará debilitado y podremos atacar —respondí—. Callum nos dará una señal cuando llegue el momento.

—Así que otra espera —refunfuñó Trish, un poco insatisfecha—. ¿Alguien ha traído cartas o algo para que podamos pasar el tiempo?

Sonja soltó una risita suave.

—Sí, claro. Fue lo primero que pensé cuando me preparaba para una lucha a muerte: jugar a las cartas y algo de picar.

—Malvaviscos —Trish suspiró de placer y se frotó el estómago, que gruñó como si se lo ordenaran.

—¿Qué? —pregunté irritada, ganándome una amplia sonrisa de su parte.

—Realmente me apetecen malvaviscos tostados ahora mismo. ¿A ti no?

—Claro. —Keyla puso los ojos en blanco—. Déjame prender una fogata rápido…

—¡Shh! —siseé, haciendo callar a las demás.

La mirada de Callum estaba fija en nuestro escondite. Era imposible que nos viera, pero parecía que sus ojos negros como el ópalo me miraban directamente. Se aclaró la garganta lo bastante audible para que lo escuchara.

¿Era esta la señal que estábamos esperando? Pero Kilian aún no había empezado el ritual. Confundida, me incliné un poco hacia delante y vi lo que mis ojos no habían visto hasta entonces: Isra salió de nuestro escondite y corría hacia su hermano con pasos decididos.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Mi primer impulso fue correr tras Isra y llevarla de vuelta a las sombras, pero ya era demasiado tarde.

Una extraña sonrisa se deslizó por el rostro de Callum cuando su hermana le alcanzó. La saludó con la cabeza y luego se volvió hacia Kilian. No pude oír lo que los dos hombres se decían, pero mi hermanastro parecía satisfecho. Muy satisfecho.

Eso no estuvo nada bien.

Me quedé helada cuando Kilian alzó la voz, y lo que dijo me heló las entrañas:

—Mis queridos Caminantes de la Niebla, acabo de enterarme de que han llegado nuestros invitados. Isra, ¡muchas gracias por traérnoslas! Has hecho un buen trabajo.

LA OSCURA CANCIÓN DE LA NOCHE

Traición.

La palabra me latía en el pecho, martilleándome la cabeza. Me había dejado engañar de nuevo, había vuelto a caer en el juego de los caminantes de la niebla. Y, sin embargo, mi madre me lo advirtió con tanta urgencia. Nunca debí hacer caso a mi corazón. Un sonido estrangulado se deslizó por mis labios.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó una de las cazadoras, pero me sentí incapaz de responderle, incapaz de moverme.

Alguien me agarró por el hombro y me sacudió.

Keyla.

Su cara de preocupación apareció frente a mí.

—¡Eris…! Eris, ¿qué hacemos ahora?

Tenía que guiarlos.

Tuve que…

Mi mirada se dirigió a Callum. El caminante de la niebla del que me había enamorado. El hombre en quien confié contra toda razón. Un rugido sordo llenó mis oídos mientras me llevaba una mano al corazón, donde un dolor insoportable parecía estar desgarrándome por dentro. El mundo a mi alrededor se volvió borroso y me sentí mareada.

—¡Retirada! —oí que Keyla siseaba una orden a las otras cazadoras—. ¡Vamos, rápido! Tenemos que retirarnos.

—No. —Puse mi mano sobre la suya y tragué con fuerza—. ¡Pelearemos!

Keyla me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Estás segura?

—Sí —respondí con una dolorosa claridad que no había sentido desde que pisé aquellos malditos Acantilados Negros. Estábamos preparadas para una traición. Quizá no por parte de Callum, pero estábamos preparados.

—Eris, son demasiados —susurró Sonja, y pude oír el horror en su voz.

Nos superaban claramente en número, pero eso no cambiaba los hechos.

—Si no hacemos nada ahora, Kilian realizará su ritual y eso significará el fin. Para todos nosotros. Para nuestro mundo. Así que luchemos —decidí.

Mis palabras no admitían discusión y, cuando me volví hacia mis compañeras, vi la misma determinación en sus rostros. No importaba si había confiado en la persona equivocada, no para ellas. Lo único que importaba era que había que derrotar a Kilian.

—Nada de malvaviscos entonces —murmuró Trish, desenvainando su daga de plata.

Ella y Keyla se pusieron a mi lado, flanqueándome mientras cargábamos contra Kilian, en una batalla que no podíamos ganar.

~

Mis sentidos se agudizaron cuando comenzó la batalla. Mientras la niebla se espesaba a nuestro alrededor y oscurecía mi visión. Cada aliento sabía a tierra húmeda y a traición. Los Caminantes de la Niebla no eran más que siluetas oscuras ocultas en las sombras, listas para atacarnos de la nada en cualquier momento. Aquí, donde la barrera entre los mundos era más débil, su influencia era mayor. Podía sentir el débil zumbido de su poder, el susurro que llenaba el aire, tratando de atravesar mi barrera interior.

—Maldita sea, ¿dónde está el cabrón? —oí maldecir a Trish a mi lado.

No sabía si se refería a Kilian o a Callum. Ambos habían desaparecido en la bruma.

—Encuentren al Príncipe de la Niebla —ordené a las otras cazadoras—. Él es nuestra prioridad. Tenemos que detenerlo.

Los latidos de mi corazón retumbaban en mis oídos, al compás de la pisada de mis botas sobre el suelo de piedra. Cada movimiento era una danza de supervivencia. Sentía el frío peso de la daga de plata en la mano y era plenamente consciente de cada movimiento, de cada susurro a mi alrededor.

Pero luchar contra los Caminantes de la Niebla era como enfrentarse a sombras fugaces. Cada vez que creía que tenía a uno de ellos, desaparecían en la niebla, solo para reaparecer y atacar de nuevo. Sus susurros estaban en todas partes y en ninguno al mismo tiempo, un aliento helado que me envolvía.

Un caminante de la niebla apareció justo delante de mí e instintivamente me agaché. Su mano pasó volando junto a mí, arañándome la mejilla y llevándose un mechón de mi cabello. Me giré, le clavé mi daga y le di en el pecho.

—¡Eris, detrás de ti! —gritó Keyla.

Me di la vuelta justo a tiempo para repeler el ataque de otro caminante de la niebla. Era mucho más fuerte. Me rodeó el cuello con la mano, tiró de mí y me lanzó por los aires, cayendo de espaldas.

—¡Ríndete, hermana!

Jadeante, miré a mi alrededor, pero la estruendosa voz de Kilian parecía no venir de ninguna parte. Solo había niebla oscura por todas partes. Se asentó húmeda sobre mi piel, llenándome los pulmones y amenazando con asfixiarme.

—¡Manténganse juntas! —les ordené a las otras cazadoras.

Retrocedimos y nos encontramos, formando un círculo cerrado, una al lado de la otra, listas para rechazar cualquier ataque.

Los caminantes de la niebla también se habían retirado, solo se oían sus ominosos susurros. Junto con los latidos acelerados de mi corazón, se mezclaban en una tormenta rugiente.

—¿Dónde están? —susurró una de las chicas.

—Seguro que se están preparando para otro ataque —gruñó Trish.

Esperamos, con las dagas desenvainadas y todos los músculos del cuerpo tensos hasta el límite. Me sentía mareado. Sentía que mi barrera interior cedía y que la energía vital me era succionada lentamente. Con un esfuerzo, me obligué a mantener los ojos abiertos. Una mirada a las otras cazadoras me dijo que sentían lo mismo. Nos habíamos entrenado durante años para mantener nuestras barreras, pero aquí, en este lugar donde el poder de los Caminantes de la Niebla era tan fuerte, no teníamos ninguna posibilidad.

—¡Aguanten! —jadeé—. ¡Aguanten!

Elevé una plegaria a los cielos para que mi madre hubiera notado nuestra ausencia en la Academia y para que las cazadoras hubieran captado nuestro olor. Eran nuestra única esperanza de detener a Kilian, nuestra única esperanza de sobrevivir a esto.

Entonces, la niebla se levantó de repente y los caminantes de la niebla salieron en tromba de ella. Eran tantos que nos vimos literalmente desbordados. Por cada caminante de la niebla que repelíamos con nuestras dagas, parecían brotar dos más. Conseguimos mantener nuestro círculo, pero podía ver la desesperación en las caras de los otros cazavampiros. Luchamos con todo lo que teníamos.

Pero no fue suficiente.

Trish soltó un fuerte grito cuando un caminante de la niebla la agarró por la pierna y la tiró al suelo. La arrancó de nuestro círculo, dejando un enorme agujero.

—¡Trish!

Keyla quiso correr hacia ella, pero otra chica se lo impidió. No podíamos romper el círculo, era nuestra última línea de defensa.

Trish fue arrastrada por el suelo. Pateó salvajemente a su atacante y logró apartarlo de ella. Con la daga en la mano, volvió a ponerse en pie.

Respiré aliviada, contenta de que estuviera fuera de peligro, pero entonces se tambaleó y cayó a lo largo. Keyla la siguió y luego otra

chica y otra. Yo también sentía que los susurros me carcomían, que la oscuridad me alcanzaba, pero luché, luché, luché.

Esto no podía ser el final.

No así.

Cada vez más cazadoras se tambaleaban y caían. Sus cuerpos ya no parecían obedecerles. Tanta fuerza, tantos años de duro entrenamiento y ahora no eran más que unas palabras susurradas las que nos derribaban.

Intenté sostenerme con mis últimas fuerzas, pero las piernas me temblaron y finalmente me fallaron. Aterricé con fuerza sobre las rodillas y caí hacia un lado, con la escarpada piedra negra de los acantilados bajo mis pies.

Perdimos.

Habíamos perdido.

Las cazadores fueron derrotadas. Kilian realizaría su ritual y destruiría el mundo humano para siempre.

Y fue culpa mía. Solo mía.

Las lágrimas se me agolparon en las comisuras de los ojos y corrieron inexorablemente por mis mejillas. Pensé en todas las personas a las que había defraudado. Mi madre, Maureen, Keyla y las otras chicas. Había sellado su destino cuando decidí confiar en Callum.

Las manos se deslizaron bajo mi espalda y mis piernas. El olor familiar a musgo, tierra y chocolate negro me envolvió.

—Aún no ha terminado, Eris —oí la voz suave y oscura de Callum contra mi oído.

Me hundí contra su pecho. No tenía fuerzas para resistirme. Su cálido aliento me acarició el pelo.

Me traicionó.

Todo fue una mentira.

—Aquí está —dijo Callum, toda la dulzura desapareció de su voz.

Me dejó caer y mi cuerpo ni siquiera intentó amortiguar la caída. Los susurros de los Caminantes de la Niebla me tanta energía que solo conseguí alzar los ojos y parpadear aturdida. Miré los ojos color ámbar de Kilian, que parecían brillar de triunfo.

—Realmente lo hiciste, Cal —dijo apreciativamente—. Pensé que mi hermana sería inútil sin sus poderes de Mistwalker, pero conseguiste que llevara a media Academia de Otoño a una emboscada. Y todo lo que tuviste que hacer fue susurrarle unas dulces palabras al oído. Tengo curiosidad, hermanita: ¿de verdad pensaste que Cal podría enamorarse de ti cuando los de tu especie mataron a sus padres? ¿O lo hiciste todo porque compartió la cama contigo? ¿Pensaste que eso significaría algo?

Kilian echó la cabeza hacia atrás y se rio.

Sus palabras ardían como el fuego. Fui tan estúpida. ¿Cómo pude creer que Callum sentía algo por mí? ¿Que era capaz de ello? Era un caminante de la niebla, joder.

—Ya era hora —dijo Callum, alzando los ojos al cielo.

Detrás de las nubes se veía la luna llena. Su luz plateada proyectaba sombras largas y distorsionadas sobre el suelo de piedra negra.

—Tienes razón, amigo mío. Es hora de destruir la barrera entre los mundos para siempre.

Kilian se puso delante del altar y, como si se tratara de una señal invisible, los demás Caminantes de la Niebla se acercaron. Formaron un gran círculo a nuestro alrededor mientras esperaban embelesados a que comenzara el ritual.

Cuando Kilian levantó las manos, el aire a su alrededor pareció crepitar. Una oscura canción, cantada en un idioma que yo no entendía, brotó de sus labios. La niebla nos envolvió como un manto helado. Estaba viva y húmeda en mi piel. Podía sentir una energía ancestral palpitando en el suelo bajo mis pies. Era como si miles de almas lloraran al mismo tiempo. El dolor, la desesperación, el sufrimiento… todo pareció concentrarse en esos instantes.

Las voces de los caminantes de la niebla resonaron como un eco lejano. Una sinfonía de susurros y gritos se mezclaba con la oscura canción de Kilian. La luna se tiñó de rojo, presagio del inminente fin de este mundo.

No podía permitirlo.

Intenté incorporarme desesperadamente, pero mis miembros pesaban como el plomo. Solo pude emitir un débil gemido. Me

temblaban los brazos mientras luchaba por ponerme de rodillas.

La mano desnuda de Callum se cerró en torno a mi nuca, pesada y cálida. Las astillas de oro otoñal me rozaron la piel. Probablemente intentaba asegurarse de que no me interpusiera en el camino de Kilian. Me aparté de su contacto, pero me abrazó sin descanso.

«¿De verdad creías que Cal podría enamorarse de ti cuando los de tu clase mataron a sus padres?».

Sí. Lo creí, en contra toda razón. Y ahora todos pagaríamos por ello.

—No te resistas —susurró Callum en voz tan baja que solo yo pude oírlo.

Por una fracción de segundo, me pregunté qué quería decir. Apenas podía creer que mi lamentable intento de ponerme en pie supusiera una seria amenaza para Kilian. Entonces su mano me apretó un poco más la nuca y sentí que el poder de Callum entraba en mí, recorriéndome la espina dorsal y haciendo estragos en mi sangre.

—¿Qué haces? —jadeé ahogada.

—Lo que tengo que hacer —gimió Callum.

Sonaba tan tenso como yo. Nuestra respiración era rápida, acompañada por la oscura canción de Kilian.

¿Era parte del ritual? ¿Me necesitaba el Príncipe de las Brumas para levantar la barrera entre los mundos?

Algo muy dentro de mí reaccionó al poder de Callum, se resistió. Era como si Callum intentara despertar algo que no quería ser despertado. La energía latía entre nosotros. Su mano en mi nuca brillaba, un calor insoportable me quemaba el cuerpo. El dolor y la energía que se acumulaban eran abrumadores. Intenté encontrar algo a lo que agarrarme y me agarré a la tela de la capa de Callum, arañándola.

—¡Por favor! —rogué—. ¡Basta ya! Por favor!

La mano de Callum se separó de mi cuello y se deslizó hasta mi mejilla. Se arrodilló frente a mí. De repente estaba muy cerca, su cara a milímetros de la mía. Tenía la vista borrosa, pero sus ojos negros como el ópalo parecían penetrar en lo más profundo de mí.

—¡Vamos, Eris! —dijo, y su voz sonó agónica, como si sintiera el mismo dolor que yo—. Tienes que concentrarte en el poder que llevas dentro. Libéralo. solo así podremos detener a Kilian.

¿Detener?

Parpadeé confundida. ¿De verdad acababa de decir eso?

—¡Vamos, Eris, concéntrate!

Callum también puso su otra mano en mi mejilla. Esto no tenía nada que ver con el ritual. No intentaba debilitarme, sino desatar algo dentro de mí.

Mis poderes de Caminante de la Niebla.

—¿Por qué? —balbuceé.

La apresurada mirada de Callum se dirigió a Kilian y luego de nuevo a mí.

—No había otro modo —se apresuró a explicar—. Kilian se enteró de que seguías viva y de que yo te había llevado. La única forma de recuperar su confianza era decirle que te había hecho caer en una trampa para que le llevaras a las otras cazadoras.

—Pero Isra… Ella nos traicionó.

Pensé en la naturalidad con la que Isra había salido de nuestro escondite, pero Callum negó con la cabeza.

—Ella solo seguía mis órdenes. Cuando salió de caza anoche, la intercepté y le informé.

—Podrías *habérmelo* dicho.

—Entonces nunca habrías traído a las otras cazadoras aquí.

Tenía razón: no lo habría hecho.

—Las has puesto a todas en peligro —acusé a Callum.

—Para salvarte.

«Los mataría a todos con tal de salvar tu vida».

Pensé en Keyla, Trish y los demás que yacían sin vida en el suelo. Tal vez estuvieran inconscientes, tal vez muertas… no lo sabía.

—¿Cómo has podido…? —gemí, temblando.

Los labios de Callum se entrecerraron.

—No tenía otra opción.

—Sí, la tenías —respondí enfadada—. Solo que no quisiste.

—Vale, sí, tienes razón. —Callum se encogió de hombros, aparentemente despreocupado, pero había una verdad sombría en

sus ojos—. Tuve elección y te *elegí a ti*. Dime que tú no harías exactamente lo mismo. Que no estarías dispuesto a sacrificar las vidas de todos los Caminantes de la Niebla para salvar la mía.

El suelo bajo nuestros pies tembló, interrumpiendo nuestra conversación de forma abrupta. La niebla se tiñó de un rojo intenso, envolviéndonos como si quisiera engullirnos. El oscuro canto de la noche se había convertido en un murmullo constante. Parecía arremolinarse en la niebla, arrastrado por el viento. El anillo de la mano de Kilian brillaba. Los colores de las cuatro piedras primigenias brillaban más que antes, tanto que tuve que apartar la mirada.

—Está ocurriendo —murmuró Kilian, y sonó lleno de asombro—. Los mundos se están conectando.

Estaba tan concentrado en el ritual que se acercaba a su clímax, que no se percató de lo que pasaba entre Callum y yo. Pero tal vez no importaba. Fuera lo que fuera lo que Callum intentaba hacer, no iba a conseguirlo.

Era demasiado tarde.

—Vamos, Eris, puedes hacerlo —instó Callum—. Sé que puedes. El poder que yace latente en tu interior es mucho más fuerte que todo lo que conocemos. Eres la hija del Rey de la Niebla con el don de una cazadora.

Me acercó y apretó sus labios contra los míos. Fue un beso salvaje y desesperado. Un beso que me dejó sin aliento mientras su fuerza recorría mi cuerpo como si quisiera consumirlo todo. Derribó muros que desconocía y me dejó gritando de dolor.

Mis ojos se volvieron negros por un momento, pensé que estaba perdiendo el conocimiento, pero entonces mis sentidos se agudizaron. Una explosión de poder y energía se apoderaron de mí e impregnó cada centímetro de mi ser.

¡LIBÉRAME!

Sentía un hormigueo en la piel y los latidos del corazón me retumbaban en el pecho. El aire a mi alrededor brillaba como si el mundo bailara ante mis ojos. Una oleada de calor me recorrió, seguida de un escalofrío helado que me hizo temblar.

—Ya está. —Callum sonaba casi aliviado. Se separó de mí. Había un brillo hipnotizado en sus ojos—. ¿Puedes sentirlo?

Asentí sin aliento mientras me enderezaba lentamente. La pesadez paralizante que pesaba sobre mi cuerpo momentos antes, desapareció de repente. Me sentía fuerte, poderosa. Era como si de repente percibiera el mundo que me rodeaba de una forma distinta. Cada cosa, cada ser vivo, parecía estar impregnado de una energía palpitante. Una energía que podía alcanzar.

Mi mirada se desvió hacia Kilian. Estaba allí como si fuera el ojo del huracán en medio de una tormenta. Su energía brillaba más que la de los demás, era más poderosa. Pero parecía estar conectada al mundo que le rodeaba. Miles de hilos brillantes, finos como telarañas, se extendían en todas direcciones, anclándolo a árboles, piedras e incluso a las más pequeñas briznas de hierba. Las conexiones latían a un ritmo constante y podía sentir la energía de todo el lugar centrada y fluyendo a través de él.

Era como si Kilian fuera un centro viviente, un mediador entre los mundos y una fuente invisible de energía. Su visión, la magia y el

poder que irradiaba me cautivaron y me hicieron detenerme un momento.

—El ritual drena su energía —explicó Callum, que también se había levantado y se había colocado detrás de mí—. Eso le hace vulnerable.

—¿Cómo…? —pregunté.

Puede que ahora tenga esos nuevos poderes, pero no tengo ni la menor idea de cómo usarlos, ni de cómo podrían ayudarme a detener el ritual.

—Sigue tu instinto —aconsejó Callum.

Puse los ojos en blanco. Eso era tan útil como lanzar un pez al aire y decirle que volara.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Callum cuando se percató de mi mirada escéptica.

—En el fondo, ya sabes lo que tienes que hacer, Eris —dijo—. Solo tienes que confiar en tus habilidades.

—¿Qué hay de los otros Caminantes de la Niebla?

Miré a mi alrededor. En la brumosa niebla, no eran más que siluetas que se agitaban inquietas. No parecían haberse dado cuenta aún de que su príncipe estaba en peligro. Tal vez pensaban que lo que estaba pasando aquí era parte del ritual. Pero no seguiría siendo así una vez que atacara a Kilian.

—No te preocupes por ellos —replicó Callum—. Ya te había dicho que el reinado de Kilian está en terreno inestable. No todo el mundo luchará de su lado.

No todos.

Reprimí un bufido. Aunque unos pocos Caminantes de la Niebla estuvieran dispuestos a rebelarse contra el Príncipe de la Niebla, nuestras posibilidades seguían siendo escasas. Pero al menos teníamos algunas, y no iba a desperdiciarlas quedándome de brazos cruzados.

Callum me puso la mano en la espalda y cerré los ojos para concentrarme mejor, bloqueando a los caminantes de la niebla que me rodeaban y la voz de mi interior que no paraba de gritar *¡Demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde!*

Podía hacerlo. Solo tenía que conseguir drenar la energía del príncipe de la niebla.

«Un juego de niños», pensé irónicamente mientras me estiraba interiormente en busca de la energía de Kilian.

No podía agarrarla. Parecía seguir fluyendo entre mis dedos. Frustrada, abrí los ojos.

—No funciona.

—Usa todos tus sentidos —dijo Callum con calma.

Su confianza en mí parecía inquebrantable. Me devolvió un poco la creencia de que podía hacerlo. Respiré hondo antes de volver a cerrar los ojos.

La canción.

Los sonidos de la canción que Kilian había cantado aún resonaban en el aire. Intervine en la melodía, la cambié, la hice mía. Con cada compás que cantaba, crecía mi certeza de que estaba haciendo lo correcto. No dejaría que Kilian destruyera este mundo, aunque tuviera que aceptar mis nuevas y aterradoras habilidades.

El mundo a mi alrededor se hundió en la oscuridad, solo la energía resplandeciente de Kilian se alzaba como un faro en esta oscuridad. Podía sentir los hilos de su energía moviéndose hacia mí, envolviéndose alrededor de mis dedos. Tiré de ellos y absorbí su energía vital.

Fue como un torrente. El poder de Kilian fluyó por mi cuerpo con tal fuerza que perdí el aliento y busqué desesperada el apoyo de Callum.

El príncipe de las brumas se tambaleó. Lanzó un grito espeluznante y su rostro se contorsionó de dolor.

—¿Cómo te atreves? —siseó, volviendo hacia mí sus ojos color ámbar. Brillaban de rabia.

Con la velocidad de un depredador, se lanzó sobre mí y me tiró al suelo. Sus dedos me rodearon el cuello mientras me susurraba incansablemente palabras al oído.

Podía sentir su poder tirando de mi energía vital con furia. La conexión entre nosotros hacía imposible resistirse. Los dedos de Kilian me estrujaron la garganta y me dejaron sin aliento. Pataleé y me agité, intentando esquivarle de alguna manera, pero mis

movimientos eran erráticos e impotentes. Por un momento pareció que Kilian iba a ganar la partida, pero entonces Callum estaba encima de nosotros y lo apartó de mí. Kilian cayó al suelo con fuerza a pocos metros de mí y yo respiré, respiré, respiré errática.

Cada respiración me quemaba en la garganta, pero agradecía el dolor. Me mantenía consciente, porque Kilian no se había rendido. Seguía robándome energía vital, mientras los caminantes de la niebla que nos rodeaban empezaban a moverse. Parecían haberse dado cuenta de que yo era un peligro para su príncipe. Algunos cargaron contra nosotros, pero no llegaron lejos.

Callum me había dicho que no todo el mundo estaba del lado de Kilian. Pero no había esperado que hubiera tantos que dudaran de su gobierno. Una feroz batalla estalló a nuestro alrededor. Caminantes de la Niebla luchaban contra Caminantes de la Niebla, y yo solo podía observar cómo mi cuerpo se debilitaba cada vez más.

Isra apareció a mi lado.

—¿Puedo? —preguntó, y antes de que pudiera responder, sacó la daga de plata de la funda de mi cinturón.

—¡Isra, no! —gritó Callum, pero ella ya se había ido de nuevo.

Su pelo color berenjena centelleó un instante en medio de la conmoción y luego la perdí de vista. Callum me miró frenético a mí y al lugar donde Isra había desaparecido.

—¡Vete! —le grité. Era su hermana. Tenía que ayudarla, tenía que asegurarse de que no le pasara nada—. Estaré bien.

Todo mi cuerpo protestó cuando intenté incorporarme. Callum corrió hacia mí y me rodeó la cintura con un brazo.

—No, tú te vienes. Tenemos que sacarte de aquí.

Quise protestar, pero Kilian había reunido fuerzas suficientes para abalanzarse de nuevo sobre mí. Callum me soltó y se levantó hacia él. Me hundí impotente en el suelo. A través de la niebla, solo podía reconocer sombras mientras los hombres se atacaban entre sí. Era una lucha a muerte. Miré las sombras de los dos hombres mientras se fundían una y otra vez, para separarse inmediatamente después. Mis sentidos se agudizaron. Oía los sonidos de la batalla, el crujir de las telas, las respiraciones frenéticas y el crujir de las piedras cuando

uno de ellos caía. Cada sonido me metía más en la lucha, me hacía sentir el dolor, la adrenalina y la tensión.

Y entre estos sonidos oí algo más: Kilian y Callum susurrando en voz baja, las corrientes mágicas que ambos controlaban luchando ahora entre sí en un poderoso tira y afloja.

Vi cómo una sombra caía al suelo, seguida de la otra. Un breve grito de dolor reprimido resonó en el campo de batalla, y solo pude adivinar cuál de los dos hombres lo había emitido.

El miedo por Callum me dio fuerzas suficientes para ponerme en pie. Los latidos de mi corazón latían en mis oídos mientras avanzaba tambaleándome, ignorando la batalla que seguía librándose a mi alrededor.

Era Kilian, tirado en el suelo.

Callum había derrotado con éxito a su antiguo amigo. Su mano desnuda estaba en la garganta de Kilian, drenando su energía vital mientras susurraba palabra tras palabra.

—¡Ayúdame! —jadeó cuando me acerqué—. Ayúdame a acabar con esto de una vez por todas.

Me arrodillé junto a Kilian y me uní a los susurros de Callum, sintiendo cómo la energía fluía hacia mí. Cómo abandonaba lentamente el cuerpo de Kilian y se debilitaba cada vez más.

Mi mirada se posó en el anillo que llevaba en el dedo. Los colores de la piedra engastada parecían brillar aún más que antes: el azul frío de la piedra lunar, los fuertes colores rojo anaranjado del rubí solar, el colorido resplandor del cristal arco iris y el cálido resplandor del oro otoñal.

Saqué con cuidado el anillo del dedo de Kilian. Estaba pesado y caliente en mi mano. Podía sentir la magia que vibraba en su interior, oír sus susurros.

—Eris —susurró—. ¡Eris, libérame!

Aparecieron imágenes ante mi ojo interior. De hojas surcando el aire y marchitándose al caer. De fuego azul lloviendo del cielo. Y de hielo y nieve arrastrándose por las grietas de un mundo alienígena hasta el de los humanos.

El Rey de la Niebla, mi padre, había escrito a mi madre que necesitaba el anillo para controlar mis poderes, para sobrevivir. Pero

yo percibía la magia oscura de su interior, el peligro que emanaba de él. El anillo ansiaba conectar conmigo, como había hecho con el Príncipe de la Niebla.

No.

Dejé caer el anillo al suelo de piedra, donde cayó con estrépito, me enderecé y lo miré. A esta pequeña cosa que tenía tanto poder, que podía hacer tanto daño.

—¡Eris! ¡Libérame, Eris!

Mi padre no había querido salvarme. Me dio el anillo para poder corromperme, para que me convirtiera en un monstruo como lo fue él.

—Este no es tu mundo —dije con firmeza—. Y no dejaré que te lo lleves.

Entonces cogí una piedra del tamaño de mi puño, cerré los dedos a su alrededor y la dejé caer con toda su fuerza sobre el anillo.

CAMINOS SEPARADOS

Un destello brillante iluminó el cielo. Una ola de energía me envolvió y me tiró al suelo. La roca bajo mis rodillas empezó a temblar como si el mundo entero se estuviera desencajando.

Por el rabillo del ojo, vi cómo el anillo —el centro de este inmenso poder— se rompía en incontables astillas centelleantes que se lanzaban a la oscuridad como estrellas. La magia que una vez estuvo atrapada en él estalló en una danza salvaje y caótica. Hizo retroceder el velo rojizo que cubría el cielo. Cuando la niebla finalmente se levantó, reveló el firmamento azul nocturno en el que brillaba la luna llena.

Luché por levantarme, sintiendo el agotamiento de la lucha en lo más profundo de mis huesos. A mi lado estaba Callum, con la cara cubierta de suciedad y sudor. Sus ojos estaban fijos en Kilian, que yacía inmóvil en el suelo. La energía que había palpitado por su cuerpo segundos antes se había apagado, los hilos brillantes que lo conectaron al mundo que lo rodeaba se desgarraron. Mi hermanastro, el Príncipe de la Niebla que nos llevó a todos al borde de la destrucción, estaba muerto.

Exhalé temblorosamente, permitiéndome sentir, por un diminuto instante, el alivio que me producía la visión de Kilian. Callum se levantó y se puso a mi lado. Su brazo rozó el mío.

—Se acabó —dijo, con la voz áspera por la lucha y el esfuerzo.

—Sí —dije, sin apartar los ojos de los fragmentos brillantes del anillo que estaban esparcidos por toda la piedra negra—. Por ahora.

Mis ojos recorrieron el campo de batalla. La muerte de Kilian hizo que los últimos combatientes bajaran sus armas. Isra estaba entre ellos, con mi daga de plata aún en la mano. Parecía ilesa, pero la conmoción se reflejaba en su rostro. Kilian estaba muerto y, a pesar de lo que hizo, ella había sentido algo por él.

Intenté coger la mano de Callum, pero se apartó de mí.

—Aquí no, Eris —murmuró—. No ahora.

Estaba en lo cierto. Kilian fue derrotado, pero el futuro de los Caminantes de la Niebla y las Cazadoras era incierto. Había habido pérdidas en ambos bandos. Los Caminantes de la Niebla estaban divididos. Estaban los que siguieron a Kilian en la batalla y perdieron, y los que se pusieron del lado de Callum.

Habíamos encontrado una paz frágil. Pero, ¿podríamos confiar el uno en el otro?

—¿Qué pasa ahora? —pregunté un poco impotente mientras miraba a mis compañeras, que poco a poco se iban levantando.

Keyla y Trish parecían estar bien, pero había otras que no tuvieron tanta suerte. Vi cómo Trish se inclinaba sobre el cuerpo de Sonja y la sacudía, llamándola por su nombre una y otra vez. El dolor me entumeció. Ganamos la batalla, pero perdimos muchas vidas también.

Callum miró a los Caminantes de la Niebla. Algunos habían pagado con su vida, otros que se habían aliado con Kilian yacían encadenados. Me pregunté si él también tenía amigos a los que llorar, si se sentía tan perdido como yo.

—Bueno, estrictamente hablando, ahora eres su reina —dijo Callum, señalando con la cabeza a los Caminantes de la Niebla—. Kilian y el Rey de la Niebla ya no viven, así que tú eres la siguiente en la línea de sucesión: la hija de la Niebla.

La hija de la niebla.

Las palabras me hicieron estremecer. Quizá estaba preparada para aceptar que no todos los Caminantes de la Niebla eran monstruos. Pero definitivamente no estaba preparada para ser su princesa… o su reina.

Sacudí la cabeza.

—Esta no es mi gente. —Mi voz sonó más amarga de lo que pretendía.

El dolor recorrió las facciones de Callum. Parecía a punto de decir algo, pero en lugar de eso asintió lentamente y contestó:

—Probablemente sea lo mejor.

—¡Eris! —La voz de Keyla cortó el opresivo silencio, desesperada y agotada al mismo tiempo.

Tenía la cara pálida. El pelo se le pegaba a la frente y un largo corte en la sien parecía ser el origen del hilillo de sangre que le corría por la cara.

—Yo… tengo que… —Me tropecé con mis propias palabras mientras el corazón me golpeaba el pecho.

Callum se aclaró la garganta.

—Tú tienes que ver cómo está tu gente y yo tengo que ver cómo está la mía —dijo en voz baja.

—Sí.

Mis ojos cayeron al suelo. El peso de la responsabilidad me oprimió los hombros. Callum y yo habíamos luchado codo con codo y, sin embargo, ahora teníamos que volver a tomar caminos separados. Aquello me dolió más que cualquier otra cosa.

Quería decirle que le perdonaba. Que entendía por qué antepuso mi vida a la de los demás. Que yo habría hecho lo mismo en su lugar.

Pero no pude hacerlo.

No cuando Keyla, Trish y las demás estaban arrodilladas frente al cuerpo inmóvil de Sonja a menos de diez metros de nosotras. No cuando tantas cazadoras estaban heridas. Eran mi familia. Habían confiado en mí y luchado a mi lado cuando mi madre no lo hizo. Y por mucho que quisiera elegir a Callum, lo sentía como una traición.

A veces, el amor no era suficiente.

Callum me levantó la barbilla y me obligó a mirarle. Parpadeé contra las lágrimas, luchando por no perder los nervios. Sus ojos negros como el ópalo parecían buscar algo en los míos. No supe si lo encontró o no, pero al final bajó la mano y asintió.

—Adiós, Eris.

Cuando estaba a punto de darse la vuelta, mi mano salió disparada hacia delante y agarró la suya. Fue más un acto reflejo que consciente. No quería que se fuera, no quería perderlo.

Callum se volvió hacia mí con las cejas levantadas.

—¿Sí?

—¿Qué… qué vas a hacer ahora? —pregunté, casi suplicante.

Respiró hondo y, en la breve pausa, el peso del mundo pareció descansar sobre sus hombros.

—Con la muerte de Kilian, la marea ha cambiado. Los Caminantes de la Niebla están sin liderazgo, y como General de la Guardia Real, es mi deber asegurar la estabilidad.

Callum torció el gesto. No parecía muy contento con la idea de tener que asumir ese puesto. Podía ver el conflicto en el fondo de sus ojos: la lucha entre el deber y el deseo.

—¿Crees que te aceptarán como su líder?

Sonrió con amargura.

—Solo el tiempo lo dirá.

Ambos permanecimos en silencio. La fresca brisa nocturna arrastraba hacia nosotros los murmullos de los transeúntes. Sabía que nos observaban, intentando comprender lo que ocurría entre nosotros. El general de la Guardia Real y la hija de la directora de la Academia de Otoño: enemigos hasta la médula y, sin embargo, nuestro lenguaje corporal contaba una historia completamente distinta.

Cuando Callum estaba a punto de darse la vuelta de nuevo, solté:

—¿Volveremos a vernos?

Me mordí el labio inferior. La pregunta no era justa. Ni para Callum ni para mí. No había lugar para los sentimientos que albergábamos el uno por el otro. No mientras estuviéramos en lados opuestos.

—Eso también se está por ver —dijo Callum, su voz poco más que una suave bocanada de aire.

Ojalá hubiera podido besarle de nuevo, sentir sus labios en los míos una vez más. Pero no era el momento ni el lugar adecuados.

Así que le dediqué una sonrisa triste antes de volver con las otras cazadoras.

(NO) UN ADIÓS PARA SIEMPRE

5 SEMANAS DESPUÉS

El tejado de la cabaña estaba enterrado bajo un manto de nieve. Mis pasos crujieron al acercarme a su entrada. Gruesos copos blancos danzaban por el cielo azul oscuro de la noche y se me enredaban en el pelo.

Era Nochebuena. Mis compañeras correteaban por las salas comunes, ocupadas colgando los calcetines para la mañana de Navidad, bebiendo chocolate caliente y cantando villancicos. El ambiente era alegre por primera vez desde nuestra victoria sobre el Príncipe de las Brumas. Incluso mi madre había dejado su estudio para venir a cenar con nosotras.

Aún no me perdonaba por desobedecer sus órdenes, pero tampoco me lo reprochaba. En algún momento tendríamos que hablar de ello: lo que sucedió, lo que hice y lo que pasaría después.

Ahora tenía poderes de Caminante de la Niebla. Y aunque parecía ser capaz de controlarlos —al contrario de lo que el Rey de la Niebla había afirmado en su carta a mi madre—, eso lo cambiaba todo. Ya no era solo una cazavampiros, aunque mis compañeras se empeñaran en hacérmelo sentir así. Era hija de dos mundos.

Tal vez esa fue la razón por la que me alejé de la Academia aquella noche y me dirigí hacia la cabaña donde Callum y yo nos habíamos reunido tantas veces. O quizá solo fuera la esperanza de volver a verle. Cuando nos despedimos, me di cuenta de que le echaría de menos, pero no de lo mucho que podría dolerme. Sentía

como si lo único que me había dado estabilidad en los últimos meses hubiera desaparecido. Como si caminara por la oscuridad sin dirección alguna. Como si extendiera la mano con la esperanza de encontrar la suya.

Pero no estaba allí.

La cabaña estaba cerrada. Me senté en los escalones de madera cubiertos de nieve que conducían a la entrada y crucé los brazos delante del pecho. Hacía frío. Mi aliento dejaba nubes humeantes en el aire y empecé a temblar. Una lágrima me recorrió la mejilla, luego otra. No me había permitido llorar en las últimas semanas. Tenía que ser fuerte. Por la Academia. Por mis compañeras. Pero aquí, en la oscuridad, los sollozos brotaron de mí como olas que fluyen y refluyen.

Pensé en Maureen, en Sonja, en todos los que habíamos perdido. Y en Callum. En el hecho de que quizás nos habíamos enfrentado por última vez en el campo de batalla. Aún había muchas cosas que quería decirle, pero quizá no se las dijera nunca.

—¿Tienes frío?

—¿Qué?

Sorprendida, alcé los ojos y me enjugué las lágrimas mientras recorría los alrededores con la mirada. Una silueta oscura surgió de entre las sombras de los árboles.

Callum.

—Te pregunté si tenías frío.

Una pequeña sonrisa se deslizó por mis labios ante sus palabras. Ya me lo había preguntado antes. La primera vez que nos vimos. Por aquel entonces, yo creía que solo era un chico que flirteaba conmigo. No tenía ni idea de que cambiaría mi vida para siempre.

—¿Por qué? —pregunté, moqueando—. ¿Me prestarías tu capa entonces?

Sin decir palabra, se acercó a mí, desabrochó el botón del cuello de su gorra negra y me la puso sobre los hombros. Olía a él, a musgo, a tierra y a chocolate negro. Me acurruqué en la cálida tela.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

Su mirada se deslizó por el paisaje cubierto de nieve.

—Me gusta el invierno —dijo—. En nuestro mundo solo existe el eterno otoño. El tuyo tiene mucho más que ofrecer. —Sus ojos se posaron en mí—. Mucho más —repitió en voz baja.

Tragué saliva. El corazón me latía desbocado en el pecho. Me temblaban las manos, el deseo de tocarle era tan fuerte. Las clavé en la nieve hasta que se entumecieron de frío y bajé los ojos.

—¿Cómo están las cosas en tu mundo? Quiero decir… después de la muerte de Kilian.

Se sentó a mi lado en los escalones, con su muslo tan cerca del mío que pude sentir el calor incluso a través de la tela. Pensé en todos los momentos que habíamos compartido en la cabaña: nuestra primera pelea, nuestro primer baile, nuestro primer beso, nuestra primera y única noche juntos.

—Habrá una votación —dijo—, sobre quién será el próximo Rey Niebla. Mis posibilidades son buenas.

Asentí con la cabeza.

—Bien, eso es bueno, ¿no?

Tragó saliva.

—Sí, haré todo lo que pueda para asegurarme de que tu mundo ya no esté en peligro por el nuestro. Y voy a necesitar un aliado. Alguien que conozca y entienda ambos mundos.

Mi corazón se llenó de esperanza al comprender el significado de sus palabras.

—¿Alguien como yo? —pregunté en voz baja.

Callum me puso una mano bajo la barbilla y me la levantó. Sus ojos negros como el ópalo parecían ver dentro de mí.

—Alguien como tú —respondió con la voz ronca—. Te necesito a ti.

La distancia entre nosotros pareció desaparecer, aunque no nos moviéramos. Fue como si el mundo entero se detuviera para capturar ese momento. Los copos de nieve flotaban en el aire esperando a caer de nuevo, el viento se detuvo y el único sonido era el suave susurro de nuestras respiraciones.

Se me cortó la respiración cuando Callum se acercó a mí, bajó la cabeza y posó suavemente sus labios sobre los míos. Fue un beso

tierno que prometía y pedía al mismo tiempo. Y mientras duraba, el frío se derretía a nuestro alrededor.

NIEBLA

7 MESES DESPUÉS

—Eris, ¿dónde estabas? Tu prima estaba intentando comunicarse contigo. Sonaba bastante molesta.

—¿Te refieres a Juniper? —pregunté asombrada a Keyla cuando se reunió conmigo en el vestíbulo de la Academia de Otoño.

Me arranqué una hoja del pelo con discreción. Probablemente parecía que me había revolcado por la hierba. Y no sin razón, porque Callum y yo estuvimos haciendo justo eso. Por lo general nos reuníamos en la cabaña, pero esta vez la cálida noche de verano nos había llevado fuera.

Nuestras reuniones eran secretas. Todavía había demasiada desconfianza entre los Caminantes de la Niebla y las Cazadoras. Los ataques al mundo humano habían disminuido, pero Callum solo llevaba unos meses como Rey de la Niebla y aún estaba lejos de tener la situación bajo control. Algún día tendría que confesar la verdad sobre estas reuniones secretas a mi madre y a mis compañeras, pero ese día no era hoy.

—¿Sabes por qué Juniper quería verme? —le pregunté a Keyla.

Mi compañera ladeó la cabeza.

—Tenía algo que ver con la Academia de Verano y un ataque.

—¡Eso… no suena bien!

Maldiciendo una vez más la deficiente red de telefonía móvil, subí a toda prisa las escaleras, atravesé los pasillos y me dirigí a una de las salas comunes donde había un teléfono fijo. Keyla me siguió.

Mientras marcaba el número de Juniper, pensé en la última vez que había hablado con mi prima. Parecía mucho tiempo de eso. Por aquel entonces, me hablaba con un chico de su colegio, un mago fénix que le gustaba en secreto, a pesar de que le hacía la vida imposible. Se llamaba Ash. Pero difícilmente podría haber tenido algo que ver con esa llamada de medianoche.

Sonó una vez, entonces oí la voz excitada de Juniper.

—¿Eris? Gracias a Dios que volviste a llamar. Ha ocurrido algo. No sé cómo explicarlo, pero ha habido un ataque en la Academia de Verano y necesitamos tu apoyo. No sabemos en quién más podemos confiar. Aparte de Madame Fontenot y la cabra, por supuesto, y…

—¡Respira, Juniper! —la interrumpí, preguntándome qué demonios tenía que ver un macho cabrío con todo esto. ¿Acaso mi prima había tenido una pesadilla?

—Es mejor que empecemos otra vez desde el principio —le pedí —, y esta vez muy despacio para que pueda seguir el ritmo.

La oí respirar hondo al otro lado y luego volvió a empezar:

—Todo empezó cuando Ash aterrizó en mi cabeza en un accidente mágico. De repente podía leer mi mente. Como puedes imaginar, aquello fue de todo menos agradable. Al principio pensé…

Así que se trataba de Ash después de todo.

Juniper seguía hablando, pero su voz se desvanecía en un ruido de fondo. Keyla se había acercado a la ventana abierta y miraba hacia la oscuridad con los ojos entrecerrados.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó.

Yo también lo vi: la niebla roja que engullía el bosque lenta pero inexorablemente. No era una niebla ordinaria que se reconocería en una mañana fresca. Parecía viva y palpitante, ávida de todo lo que encontraba a su paso. Los árboles que antes se alzaban orgullosos hacia el cielo desaparecían poco a poco en esta nada roja y arremolinada. Y con ellos, los sonidos del bosque: pájaros, insectos, todo se silenció en el sofocante abrazo de la niebla.

El propio cielo pareció oscurecerse, las estrellas y la luna desaparecieron tras un velo rojo, y todo quedó bañado en una luz profunda, de color rojo sangre. Era como si la propia naturaleza se replegara ante ese fenómeno, como si la oscuridad se la tragara.

—Eso parece… —empezó Keyla, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

…la niebla del mundo de Callum, completé su frase en mi mente.

¿Pero qué significaba eso? El anillo estaba roto, el ritual de Kilian nunca se terminó por completar.

Habían pasado meses…

—¿Eris? —La voz de Juniper llegó a mí desde la distancia. Sonaba como si estuviera esperando una respuesta—. ¿Puedes ayudarnos?

—Ya vamos —respondí, sintiéndome en trance—. Solo tengo que hablar con mi madre y luego me pondré en contacto contigo.

Juniper me respondió algo, pero las palabras no me llegaron. Murmuré un adiós antes de colgar y me reuní con Keyla en la ventana.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó con voz temblorosa.

Cerré las manos en puños. Este era mi mundo y no iba a renunciar a él tan fácilmente.

—Lo que siempre hacemos —respondí, más valiente de lo que me sentía—. Lucharemos.

FIN